

Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

*Siglo IX: Desde Luis I el Piadoso
hasta las primeras luchas
contra los sarracenos*

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Claudio Gancho

Cubierta: Geest/Høverstad

Ilustración: Las grandes crónicas de Francia.

Escuela del Norte, siglo XIV. Coronación de Luis el Piodoso
Museo Goya, Castres / Agencia INDEX

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

Título original: *Kriminalgeschichte des Christentums: 9. und 10. Jahrhundert*

© 1997 by Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© 1997, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enric Granados, 84, 08008 Barcelona

ISBN 84-270-2296-4

Depósito legal B. 40.444-1997

Fotocomposición de Fort, S. A., Rosselló, 33, 08029 Barcelona

Impreso por Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Dedico esta obra, especialmente, a mis amigos Alfred Schwarz y Herbert Steffen. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilhelm Adler	Volker Mack
Prof. Dr. Hans Albert	Dr. Jorg Mager
Lore Albert	Prof. Dr. H. M.
Klaus Antes	Nelly Moia
Else Arnold	Fritz Moser
Josef Becker	Regine Paulus
Karl Beerscht	Jean-Marc Pochon
Dr. Wolfgang Beutin	Arthur y Gisela Reeg
Dr. Otto Bickel	Hildegunde Rehle
Prof. Dr. Dieter Birnbacher	M. Renard
Dr. Eleonore Kottje-Birnbacher	Gabriele Rówer
Kurt Birr	Germán Rüdel
Dr. Otmar Einwag	Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Dieter Feldmann	Heinz Ruppel y Frau Renate
Dr. Karl Finke	Martha Sachse
Franz Fischer	Hedwig y Willy Schaaf
Kláre Fischer-Vogel	Friedrich Scheibe
Henry Gelhausen	Else y Sepp Schmidt
Dr. Helmut Haussler	Dr. Werner Schmitz
Prof. Dr. Norbert Hoerster	Norbert Schneider
Prof. Dr. Walter Hofmann	Alfred Schwarz
Dr. Stefan Kager y Frau Lena	Dr. Gustav Seehuber
Hans Kalveram	Dr. Michael Stahl-Baumeister
Karl Kaminski y Frau	Herbert Steffen
Dr. Hedwig Katzenberger	Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Dr. Klaus Katzenberger	Almut y Walter Stumpf
Hilde y Lothar Kayser	Artur Uecker
Prof. Dr. Christof Kellmann	Dr. Bernd Umlauf
Prof. Dr. Hartmut Kliemt	Helmut Weiland
Dr. Fritz Kóble	Klaus Wessely
Hans Koch	Richard Wild
Hans Kreil	Lothar Willius
Ine y Ernst Kreuder	Dr. Elsbeth Wolffheim
Eduard Küsters	Prof. Dr. Hans Wolffheim
Robert Machler	Franz Zitzlsperger
Jürgen Mack	Dr. Ludwig Zollitsch

NOTA

Ante la abundancia de materiales relativos a la evolución y desarrollo de las relaciones entre Iglesia e Imperio durante los siglos IX-X (correspondientes a los volúmenes 8 y 9 de la versión castellana), el autor no ha podido prestar la atención debida a los acontecimientos de la Iglesia hispana. Consciente de la involuntaria laguna, promete llenarla de manera adecuada en próximos volúmenes de esta *Historia criminal del cristianismo*.

ÍNDICE

Réplica.....	15
De quién es el pan que me como.....	19
1. El emperador Luis I el Piadoso (Ludovico Pío) (814-840)...	37
<i>Matar y rezar</i>	40
<i>«Nueva acometida a la reforma...»</i> , hasta cinco litros de vino y cuatro litros de cerveza por día y canónigo.....	44
<i>Lucha por el «patrimonio eclesiástico» y contra la iglesia propia</i>	45
<i>Reforma matrimonial</i> ' eclipses lunares, o de la superstición del emperador.....	47
<i>«... ese juego asesino que es la caza»</i>	49
<i>Purificación de Aquisgrán de «reos de alta traición» y de prosti tutas</i>	52
<i>El emperador, el clero y la unidad imperial</i>	55
<i>La Ordinatio Imperii (817) y la ironía de la historia</i>	57
<i>Luis el Piadoso manda desollar y tonsurar a sus parientes y hace una confesión pública de sus pecados</i>	59
<i>La avaricia de los grandes y los que nada tenían</i>	62
<i>Política exterior o «los amables alicientes del verano...»</i>	64
<i>Guerra contra daneses, sorbios y vascos</i>	64
<i>Guerra contra los bretones</i>	65
<i>Guerra contra abodritos y vascos</i>	66
<i>Guerra contra los croatas</i>	67
<i>Guerra en España y contra los bretones</i>	69
<i>Guerra contra los búlgaros</i>	72
<i>La situación romana: Por qué se canonizó al papa asesino León III</i>	73
<i>Fraude con la corona y la coronación imperial: Esteban IV (816-817) y Pascual I (817-824)</i>	74
<i>El papa Pascual, que saca ojos y corta cabezas, es declarado santo y de nuevo se le borra del calendario</i>	77

<i>El coemperador Lotario I y la «Constitutio Romana».....</i>	78
<i>Los obispos frances humillan al emperador y rechazan ser juzgados por nadie.....</i>	80
<i>Católicos entre sí: el primer levantamiento.....</i>	82
<i>Católicos entre sí: segundo levantamiento</i>	87
<i>Mucho peor que Canossa, y todo «según la sentencia de los sacerdotes».....</i>	91
<i>La chusma episcopal sin conciencia cambia una vez más de frente.....</i>	95
<i>La «Causa Ebonis».....</i>	97
<i>La lucha del emperador en favor de Carlos (el Calvo) y contra los nietos, o en favor del «orden» y contra la «peste» ...</i>	100
<i>Muerte del emperador.....</i>	103
<i>Lo franco y lo cómico.....</i>	105
<i>Los hombres del aquilón.....</i>	106
 2. Los hijos y los nietos.....	111
<i>Se hicieron cristianos... y excelentes.....</i>	113
<i>Frentes siempre cambiantes o juramentos de lealtad baratos «como las zarzamoras».....</i>	115
<i>La batalla de Fontenoy o «a donde la disposición divina con duzca la causa...».....</i>	117
<i>El emperador Lotario se alía con los paganos y devasta las iglesias; Luis el Germánico corta cabezas.....</i>	120
<i>Los juramentos de Estrasburgo (842) como la voluntad de Dios y de los clerizontes.....</i>	121
<i>Una curiosa opinión de historiadores antiguos y modernos. . .</i>	123
<i>Los tratados de Verdún (843) y de Meersen (870).....</i>	124
<i>Luis, rey de los bávaros por la gracia de Dios.....</i>	127
<i>Carlos el Calvo y el Oeste.....</i>	132
<i>Asesinatos y muertes en Bretaña.....</i>	134
<i>Carlos el Calvo liquida a sus sobrinos.....</i>	135
<i>Luis el Germánico ataca el reino franco occidental.....</i>	138
<i>Los eslavos se infiltran.....</i>	141
<i>... y del «derecho de los pueblos civilizados contra la barbarie».....</i>	144
<i>El gusano eslavo y el pueblo franco de Dios.....</i>	145
<i>En 400 años, 170 guerras contra los eslavos.....</i>	148
<i>La Gran Moravia.....</i>	151
<i>La estirpe de Luis: un suave trabajo al amparo de la cruz y «la creación sangrienta de la espada».....</i>	152
<i>... y de nuevo hijos católicos contra el padre católico.....</i>	157
<i>El príncipe Carlos (emperador Carlos III el Gordo) en lucha con los malos espíritus.....</i>	160

El papado a mediados del siglo IX.....	163
<i>Sergio 11, o «... tan bien como podamos».....</i>	165
<i>El Vaticano se convierte en castillo y un papa santo en constructor de fortificaciones.....</i>	167
<i>Por primera vez un papa garantiza el reino de los cielos al que revienta en la guerra.....</i>	168
<i>El emperador Luis II (850-875) fracasa en la cuestión sucesoria.....</i>	170
<i>Las Decretales Seudoisidorianas, «las falsificaciones más osadas y más graves jamás cometidas...»</i>	171
<i>Anastasio Bibliotecario o el estreno de un antipapa.....</i>	177
<i>Nicolás I, un pavo real de papa, «... cual si fuese el soberano del orbe terráqueo».....</i>	179
<i>La querella matrimonial de Lotario II: El emperador Lotario I divide su imperio.....</i>	184
<i>El abad Hucberto; «prostitutas, perros y halcones de caza» y 6.600 mártires.....</i>	185
<i>El arzobispo Gunthar de Colonia revela un falso secreto de confesión</i>	187
<i>Nicolás I en lucha con el episcopado franco oriental y con el emperador.....</i>	188
<i>«Escuchad, señor papa Nicolás...» Buitres coronados y cambio de frente papal.....</i>	191
<i>Desde el idilio familiar bajo el papa Adriano hasta la muerte abnegada del emperador Luis II «por la causa de Cristo».....</i>	194
<i>Deposición y rehabilitación de Anastasio: la muerte de Lotario II, un «juicio de Dios».....</i>	195
<i>Aclamaciones para Carlos el Calvo con el saludo entusiasta de los obispos.....</i>	196
<i>El emperador Luis II muere agotado por Cristo, y la Iglesia le hereda.....</i>	199
<i>Roma pierde Bulgaria.....</i>	201
<i>Sexo, pastoral, pequeños sobornos y degüellos en la corte de Bizancio.....</i>	202
<i>Consejo papal para Bulgaria: ¡A la batalla no con una cola de caballo sino con la cruz!.....</i>	204
<i>Roma gana Bohemia y Moravia. Llegan los «apóstoles de los eslavos».....</i>	205
<i>Al duque Ratislav le sacan los ojos y al arzobispo Metodio lo trata a fustazos el obispo de Passau.....</i>	207
<i>Incursiones en el este o «ninguno escapó de allí, a excepción del obispo Embricho...».....</i>	208

<i>Prohibición definitiva de la liturgia eslava y exaltación de los «apóstoles de los eslavos» a patronos del país y a «santos de moda».....</i>	210
4. Juan VIII (872-882), un papa como Dios manda.....	213
<i>Una «iniciativa fresca» o el primer papa almirante.....</i>	215
<i>Los negocios de Juan con Carlos el Calvo, el «libertador del mundo».....</i>	216
<i>Muere Luis el Germánico: el último adiós del abad Regino . .</i>	219
<i>Pésame de Carlos el Calvo y primera batalla de los «enemigos hereditarios» por el Rin.....</i>	220
<i>Juan corteja a Carlos, cuyos «méritos no pueden ser expresados por la lengua humana...».....</i>	222
<i>Muerte después de 37 años de gobierno «en el fracaso de la mayor miseria».....</i>	223
<i>Juan ensalza a Carlomán y corona a Luis el Tartamudo</i>	225
<i>El rey sacristán Bosón sube a las candilejas.....</i>	227
<i>El papa Juan quiere «antes y sobre todo» llamar al emperador</i>	229
<i>Última llamada a Bosón: «... ahora es el día de la salvación» o el cuádruple juego de Juan.....</i>	230
<i>Contactos fracos entre parientes.....</i>	232
<i>A cambio de la cesión de barcos de guerra y otras ayudas, Juan se decide a reconocer al patriarca Focio, dos veces depuesto y anatematizado.....</i>	233
<i>De Carlomán a Carlos III el Gordo.....</i>	234
<i>El papa Juan a la caza de sarracenos; los católicos colaboran con ellos.....</i>	236
<i>Asesinato de caudillos musulmanes prisioneros: condición papal para la readmisión en la Iglesia.....</i>	238
<i>Los cantaradas de Juan y el primer asesinato papal.....</i>	240
Notas.....	243
Bibliografía.....	261

RÉPLICA

Después de aproximadamente treinta años de preparación, en septiembre de 1986 apareció en Alemania el primer volumen de *Kriminalgeschichte des Christentums (Historia criminal del cristianismo)* de Karlheinz Deschner, concebida en diez volúmenes. En octubre de 1988 se publicó el segundo volumen y en octubre de 1990 el tercero. Con ello se cerraba la época primera, la Antigüedad.

Tres volúmenes imponentes, que representan cerca de 1.600 páginas, con unas 350 de notas científicas, alrededor de medio millar de personajes y otros tantos topónimos y miles de citas de fuentes primarias y secundarias. En total una verdadera vía láctea de nombres, fechas, dogmas, títulos y datos.

Una acusación tan fundada y tan fundamental contra el cristianismo (y no sólo contra la Iglesia) jamás se había formulado. En cualquier caso, la parte atacada se atuvo en principio a la regla de Oggersheim: aguardar.

Cuando los cristianos competentes y profesionales no consiguieron ignorarlo, cuando decenas de miles de lectores devoraban cada dos años un nuevo volumen del «*Krimi*» histórico de Deschner, cuando el número de las salidas anuales de la Iglesia se multiplicaba rápidamente por seis y muchos de los disidentes aducían razones históricas en apoyo de su decisión, y concretamente las cruelezas que Deschner aíra, entonces a los ministeriales atacados del cristianismo organizado les pareció que aquello pasaba de castaño oscuro. Y en 1992 pasaron al contraataque.

Hans Reinhard Seeliger, profesor de Teología Histórica en la Universitat-Gesamthochschule Siegen, organizó, bajo el título de *¿Criminalización del cristianismo? La historia de la Iglesia de Deschner en el banco de prueba*, un simposio de tres días en la Katholische Akademie Schwerte am Nordrand des Sauerlandes.

Entre los días 1 y 3 de octubre de 1992 se pronunciaron conferencias, que de un modo general o particular versaron sobre los 23 capítulos de los tres volúmenes aparecidos hasta la fecha. La mayor parte de los conferenciantes eran profesores de Alemania y de Austria: ordinarios, ex-

traordinarios, supernumerarios, eméritos, además de un catedrático y de un honorario. Dos pertenecen a la orden de los dominicos y uno es franciscano. El espectro de las especialidades se extiende desde la historia antigua de la Iglesia, la patrología, la arqueología cristiana, la historia antigua, la filología antigua y la judaística hasta la teología histórica y sistemática. Al grupo se sumaron un catedrático de derecho penal, de derecho procesal y de criminología (¡pues se trata de una historia *criminal!*) así como un doctor recién titulado en medicina de Friburgo.

También fue invitado Karlheinz Deschner —un gesto caballeresco— para que expusiese «la concepción básica y general de su obra». Uno solo contra veintidós, un desafío muy tentador para un espíritu combativo como Deschner. Pese a lo cual rehusó la invitación. Acerca del tema propuesto ya había él disertado ampliamente en la introducción general a su obra: *Sobre la temática, la metodología, la cuestión de la objetividad y los problemas de la historiografía en general* (60 páginas impresas). A lo cual nada tenía que añadir, como escribió el propio Deschner a los organizadores.

El conjunto de las conferencias apareció en forma de libro en la católica *Traditionsverlag Herder* de Friburgo, editadas por el iniciador Hans Reinhard Seeliger, con un total de 320 páginas. En la cubierta, «La quema por hereje del dominico Savonarola en Florencia» de Fra Bartolommeo. ¿Una broma? ¿Una aspiración? Como quiera que sea, el editor escribe en su introducción que «una "degollación" del autor-habría sido fácil de ejecutar» (11).

Naturalmente que el libro aparecido en Herder, bastante caro por cierto, no ha sido un bestseller. Pero aun con un pequeño número de ejemplares cumplió su función de pantalla, cuando en adelante con la referencia tan erudita a dicho volumen colectivo se entrelaza el veredicto de que allí más de veinte expertos han demostrado que Deschner trabaja de una forma nada científica y que escribe con parcialidad. Cuando ahora alguien remitiéndose a Deschner formula a la Iglesia preguntas dolorosas, el iniciado sólo necesita sonreír con expresión compasiva y remitir a dicho volumen —naturalmente sin haberlo leído— y con ese truco mágico de la autoridad todo el mosaico histórico de la *Historia criminal* se diluye en una complacencia, y el alma seducida por Deschner debe seguir creyendo que el cristianismo y su(s) Iglesia(s) jamás han tenido una historia criminal, sino única y exclusivamente una historia sacra.

El filósofo Hermann Josef Schmidt, profesor en Dortmund, ha analizado a fondo el volumen editado por Seeliger en Herder y ha publicado su dictamen catastrófico bajo el título *Das «einhellige» oder «scheinheilige «Urteil der Wissenschaft»? Nachdenkliches zur katholischen*

Kritik an Karlheinz Deschners «Kriminalgeschichte des Christentums»}

Deschner partía del supuesto de que el lector interesado puede juzgar por sí mismo qué punto de vista resulta más convincente, qué autor está más cerca de la «verdad» crítica e histórica. Deschner, que de continuo recomienda a su público que examine lo que él dice, no que le «crea», cree por su parte en la resaca de la razón.

Pero callar en este caso sería autolesivo y ajeno a la realidad. *Calumniare audacter, semper aliquid haeret*: ¡No seas tímido en calumniar! ¡Siempre queda algo! Un científico extranjero recordaba con especial énfasis ese viejo (y verdadero) cinismo: Deschner debería tomar posiciones tajantes, inmediatas y claras frente a sus críticos de Schwerte.

Una gripe maligna en el invierno de 1996 dificultó a Deschner la redacción del quinto volumen de la *Historia criminal*. Entonces tomó de nuevo el volumen de Herder, como una especie de gimnasia espiritual para convalecientes, y buscó un modus operandi. ¿Analizar críticamente todo el largo texto de trescientas páginas? Imposible. Sólo cabía proceder en forma selectiva: escoger un artículo y analizarlo a fondo.

Deschner se decidió por la ponencia *Kaiser Konstantin: ein Grosser der Geschichte?* de Maria R.-Alföldi (la única mujer en el corro de Schwerte). Bien mirado, dicha conferencia responde al nivel medio del volumen. Algunos textos ceden a todo tipo de crítica. Unos pocos se abstienen al menos de la difamación personal e intentan hacer justicia a las peculiaridades y la aportación de Deschner.¹ Maria R.-Alföldi ocupa un punto medio, siendo por tanto representativa de la obra.

Maria Radnóti-Alföldi, nacida en 1926 en Budapest, se doctoró en 1949, en 1961 fue nombrada profesora en Munich y trabajó desde entonces como consejera científica y más tarde como profesora en el seminario de Historia griega y romana de la Universidad de Frankfurt del Main en ciencias auxiliares para la arqueología y para la historia y cultura de las provincias romanas. Entre las disciplinas auxiliares de la historia se cuentan la epigrafía, la papirología, la gliptografía y la sigilografía. Maria Radnóti-Alföldi ha publicado sobre todo obras de numismática, como *Die constantinische Goldpragung: Untersuchungen zu ihrer Be-*

1. En Clara und Paul Reinsdorf (eds.), *Drahtzieher Gottes. Die Kirchen auf dem Marsch iris 21. Jahrhundert*, Aschaffenburg, Alibri 1995. También el estudio de Oliver Benjamin Hemmerle, *Klerikale Kontinuitäten: Wer sie lehrte, was sie lehren. Biographisch-bibliographische Annotationen zu ausgewählten Deschner-Kritikern, ihren Lehrern und Vorbildern*.

2. Por conversaciones con Karlheinz Deschner yo sé que está especialmente agradecido a cuatro conferenciantes por su cortesía: el profesor Ulrich Faust O.S.B., decano de la sección histórica de la Bayerische Benediktinerakademie; el profesor Theodor Baumeister O.F.M., de la Universidad de Maguncia; el profesor Erich Feldmann, de la Universidad de Münster y, por encima de todos, el profesor Gert Haendler, de la Universidad de Rostock.

deutung für Kaiserpolitik und Hofkunst (1963) y *Antike Numismatik: Theorie, Praxis, Bibliographie* (1978).

La profesora Radnóti-Alföldi es miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y Literatura de Maguncia. Seeliger, el iniciador-Schwerite, la presenta como una «investigadora de Constantino de prestigio internacional» (148). Su conferencia fue acogida con especial simpatía en Schwerite; pero aquí parecía un corifeo para torpedear como historiadora la fiabilidad de Deschner. ¿Cuántos blancos hizo realmente? Eso es lo que Karlheinz Deschner analiza en la réplica siguiente.

Hermann Gieselbusch

Reinbek, 23 de agosto de 1996 Sachbuchlektorat Rowohlt Verlag

DE QUIÉN ES EL PAN QUE ME COMO o «Frente a cualquier forma de poder sobre el vientre»

por Karlheinz Deschner

Maria R.-Alföldi reseña y censura en apenas 12 páginas (148-159), y bajo el título de *Kaiser Konstantin: ein Grosser der Geschichte?*, las 72 páginas (213-285) del capítulo «San Constantino, el primer emperador cristiano, "símbolo de diecisiete siglos de historia eclesiástica"», que figuran en el primer volumen de mi *Historia criminal del cristianismo* [pp. 169-222 de la ed. castellana]. Casi al comienzo encuentra «difícil dar, aunque sólo sea en forma aproximada, el contenido de las explicaciones de Deschner» (149). ¿Por qué? Sin duda porque le desagrada el contenido mismo, dividido en diez subtítulos y en consecuencia perfectamente reseñado, como le desagrada la orientación nada académica, que ella califica de «popular» y hasta «populista» (159), «marcada por una fuerte tendenciosidad» (149), que yo reconocía ya explícitamente en mi «Introducción general» (I, 36 y ss.). Y al final de su informe exhorta a un manejo precavido de la historiografía ¡en lo que no puedo más que estar de acuerdo con toda mi energía!

El ensayo de Maria R.-Alföldi está en la tercera parte, que el editor titula «Modelo de crítica concreta». Modelo, *pars pro toto*. Ahora someto yo dicho artículo, siguiendo muy de cerca el texto, a una crítica detallada. Necesariamente esa crítica de la crítica tiene que recoger pequeñeces, por lo que casi forzosamente tiene que resultar de lectura algo laboriosa. Hay muchas cosas que pueden dar la sensación de afán de crítica, pedantería y dureza. Difícilmente puede ser de otro modo, si la respuesta ha de resultar convincente. De la misma manera muchas pie-drecitas forman un mosaico de perfiles claros y capaz de decir algo, en lo que los espíritus pueden dividirse. «Se lee que Constantino falsificó su genealogía...» (149). Efectivamente, se lee. ¿Y qué? ¿Es falso? La autora no lo dice; sólo lo sugiere... Un alfilerazo, parte de la táctica para hacerme subliminalmente indigno de crédito, para descalificarme. El que Constantino, para tildar de usurpadores a los corregentes, atribuyese a su padre Constancio Cloro una ascendencia mucho más noble, el que hiciese presentar como cristiano a quien había sido pagano y hasta perseguidor de los cristianos, según el padre de la Iglesia Lactancio, lo

disimula la autora de la crítica y rebaja la falsificación de la ascendencia como una «pasajera maniobra propagandística» (149). Se lee, agrega dicha autora, que Constantino «había encontrado comprometedores a sus antepasados». Bueno, ¿y qué? ¿Es falso? (Véase más arriba.)

«De su madre Helena se cuentan toda clase de chismes, poniendo siempre de manifiesto una opinión desfavorable a la misma [!]; estuvo sujeta a la situación de su tiempo y naturalmente condicionada por su clase. Deschner la arrastra por el fango sin el menor miramiento» (149).

De nuevo ignora la señora Alföldi los motivos de esa «opinión desfavorable». La presenta como «sujeta a la situación» (lo que las más de las veces es una opinión) y, cosa que ella aquí no atenúa, «condicionada por su clase». Pero con ello silencia una vez más que también prelados eminentes divulgaron «chismes», que por ello Constantino condenó al obispo Eustaquio de Antioquía a un exilio sin retorno y que el padre de la Iglesia Ambrosio llega a decir de Helena que «Cristo la había elevado del fango al trono».

«Los primeros años de gobierno del joven emperador en occidente no son más que guerras espantosas contra los pobres germanos, que después fueron hechos prisioneros y degollados sin compasión.» Todo aparece como terriblemente exagerado por mí, como no verdadero, aunque una vez más esto no se dice. Tanto las fuentes antiguas como las investigaciones modernas confirman que la barbarie de Constantino fue ya en su tiempo algo infrecuente y espantoso. Sin embargo, la señora crítica prefiere unas insinuaciones discretas, unas ironías hirientes, que me presentan como un historiador oscurantista, sin que ella con decente alevosía lo exprese abiertamente; aunque tampoco retrocede ante tal perspectiva bajo la presión del peso de la prueba (véanse pp. 154,156) y hasta falsea sin más mi texto (p. 150).

Piensa la señora que a Majencio, víctima de Constantino, «siempre lo disculpa, pese a su demostrado despotismo» (149). ¿Siempre? Como si yo no hubiera escrito también de Majencio que «agobió a la clase terrateniente», que «añadió nuevas cargas tributarias a las ya vigentes», y desde luego obtuvo «en primer término su dinero allí precisamente donde existía casi sin límites»; esto último no dejaba de ser una empresa loable. Además, yo no le disculpo. Aduzco la autoridad de un investigador, que en la segunda mitad del volumen 28 de la *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa explica con tanta extensión como fuerza por qué defiende a Majencio, cuya situación comparó «a la de un jabalí acosado» (Groag).

En cualquier caso el bando cristiano viene difamando hasta hoy «al impío tirano» y falsea sistemáticamente su biografía (véanse p. 220 y ss.). Ya el obispo Eusebio, «padre de la historiografía eclesiástica», y a quien Jacob Burckhardt califica de «el primer historiador de la Anti-

güedad total y absolutamente desleal», afirma por ejemplo de «la brutalidad sangrienta del tirano» Majencio: «Es incalculable... el número de senadores a quienes hizo ajusticiar, asesinándolos en masa...». En realidad no se conoce ningún nombre de senador ejecutado por Majencio. Tampoco la tradición aporta «ni una sola prueba concreta» de la crueldad que se le atribuye. Asimismo, ni en Roma ni en África se sostiene la hostilidad contra los cristianos, que los historiadores eclesiásticos le achacan. Muchos de los favores que hizo al clero se le atribuyeron después a Constantino. Las mismas fuentes cristianas confirman la tolerancia de Majencio. El obispo Optato de Mileve le califica correctamente como libertador de la Iglesia.

La autora no menciona nada de todo esto. Más bien critica sin cuestionarlo el que «Constantino figure como agresor» (p. 149). ¡Como si Constantino no hubiera sido el que declaró la guerra, y no Majencio! ¡Como si no hubiera sido Constantino el que avanzó desde el Rin sobre Roma, cuando Majencio partió de Roma hacia el Rin! ¡Como si Constantino no hubiese abatido o hubiese hecho abatir y matar a los demás corregentes! ¡Y como si Constantino no hubiera eliminado de inmediato al padre de Majencio!

«La conducción de la guerra [de Constantino], sus batallas, están empapadas de sangre, y sobre todo las que todavía lamentan los germanos, en adelante sujetos a servidumbre, rebosan de crueldad» (149). Ahora bien, de acuerdo con la tradición yo escribo que Constantino ahogó en sangre las sublevaciones de sus enemigos germanos, que hizo devorar por los osos a los reyes de los mismos en la arena de Tréveris y que tales espectáculos, conocidos como «juegos francos», alcanzaron el punto culminante anual de la temporada convirtiéndolos en una institución permanente (del 14 al 20 de julio). Sin embargo, no manifiesto compasión —por mucho que lo sienta—, ni «rebosan de crueldad las [batallas] que todavía lamentan los germanos». Lo que no sería ninguna contradicción.

Inmediatamente después la señora Alföldi me cita: «Al final "el hijo del vencido fue pasado por las armas con todos sus partidarios políticos" (1, 223)» y continúa: «mas por entonces ya hacía años que no vivía Rómulo, el hijo de Majencio. Y no se sabe si fue eliminado brutalmente un segundo hijo». Que Rómulo Valerio «hacía años» que no vivía puede ser cierto. Pero el año exacto de su muerte lo conocemos tan mal como el de su nacimiento. Y yo ni siquiera nombro a Rómulo Valerio. Y me habría equivocado, si a su tiempo no hubiera muerto ningún otro hijo de Majencio. Pero invito a reflexionar que, por ejemplo, Karl Hönn en su biografía *Konstantin der Grosse. Leben einer Zeitenwende* escribe de Majencio en p. 107: «Sus hijos [!] fueron asesinados». Según esto, incluso fueron varios los hijos del vencido que acabaron víctimas de Cons-

tantino. Pero la propia señora R.-Alföldi interrumpe mi cita en mitad de la frase y subraya: «...toda la casa de Majencio [fue] exterminada». Ése es el hecho decisivo.

«El autor no tiene conocimiento de que los altos dignatarios paganos fueron perdonados con extraordinaria prudencia e incorporados al servicio» (149 y ss.). ¡Ya lo creo que sí! En la página 220 escribo: «Más bien vemos cómo los aristócratas romanos más ilustres volvieron bajo Constantino a sus puestos y dignidades».

Ciertamente continúa siendo falsa la afirmación de que la inmediata guerra civil contra Maximino Daia «no la llevó a cabo Constantino, como sugiere Deschner, sino su corregente Licinio» (150). Pero yo relato que «Constantino y [...] Licinio», «dos [...] hombres amados por la divinidad», pusieron en marcha aquel proceso armado, pero que «Licinio» se enfrentó con un enemigo «que ostentaba ya divisas cristianas» y que «Licinio» antes de la batalla del 30 de abril del 313 había ordenado: «Fuera el casco para rezar...». En todo este conflicto no se menciona para nada a Constantino.

Pero mientras la señora Alföldi me señala con tiza, como hace a menudo, reprochándome engañar al lector, es ella la que lo hace. Y mientras declara que yo sugiero que Constantino llevó a cabo la guerra, sugiere ella ya con la frase siguiente, y de nuevo contra la veracidad, «una vez más se leen descripciones extremadamente emocionales de atrocidades de toda índole» (150). Tales descripciones, como advierto claramente, me llegan en su conjunto de los padres de la Iglesia Eusebio y Lactancio. En consecuencia, con más motivo tengo que aparecer como autor, cuando la señora me cita una vez más en la frase inmediata: «A los soldados de Licinio se les llama simplemente "carniceros"» (150). (Entre paréntesis: ¡de repente interesa Licinio! ¡Y no Constantino, como me había imputado falsamente dos líneas antes!)

Para mí los soldados son carniceros: ¡qué falta de seriedad! La profesora de ciencias auxiliares para la arqueología, etcétera, se horroriza. ¡Carnicería, jefe de carniceros, especie de carnicero, fama de carnicero, muerte de carnicero, eso es lo que hay que decir y escribir, suena bien, merece todos los honores, como la misma batalla! Pero carniceros es simplemente poco fino.

Con «solapada acritud» (150) —eso es lo que se me reprocha— comento yo después la soberanía universal de aquel a quien ella misma tilda de «bizantinismo». «Fuerza a la Iglesia a entrar bajo su férula; y ésta a su vez, según Deschner, se doblega gustosa y oportunista para llegar al dinero y al poder.» Pero eso sólo sería «un determinado grupo de palacio perfectamente delimitable...».

No, porque la Iglesia *en su conjunto* consiguió a través de Constantino (y sus inmediatos sucesores) un influjo eminente y prestigio. Lo que

resulta indiscutible. Por todo el imperio exaltaban los obispos al dictador. Sus muestras de favor se derramaron hasta sobre las jerarquías de países lejanos, y llegaron al clero católico en su conjunto, que ahora era una casta reconocida y privilegiada, en forma de dinero, honores, títulos, basílicas y otros edificios, en forma de exención de cargas e impuestos, liberación de prestar juramento y de la obligación de testificar, permiso para utilizar la posta estatal, derecho a admitir últimas disposiciones y legados; más aún, el soberano —¡como harían muchos otros en el futuro!— delegó en los prelados parte del poder estatal aunque personalmente decidía también en cuestiones de fe. No pocos prelados imitaron ya en sus sedes episcopales el estilo y ceremonial de la residencia imperial. Una y otra vez se dice en las fuentes «los hizo respetables y envidiables a los ojos de todos», «con sus órdenes y leyes aún les procuró mayor prestigio», «con munificencia imperial abrió todos los tesoros...». Pronto, y precisamente los padres más grandes de la Iglesia, como Ambrosio, Crisóstomo, Jerónimo y Cirilo de Alejandría, ensalzarán a Constantino, que no sólo se autotitulaba co-obispo, «obispo para los intereses exteriores» (*epískopos tón ektós*), sino que modestamente no dudaba en llamarse «nuestra divinidad» (*nostrum numen*).

Mi crítica me echa en cara el que «no se diga que otros pasan a la oposición»... Porque no es relevante; la resistencia incomparablemente significativa de los cismáticos y herejes se discute a lo largo de varias páginas. ¡Y qué remedio! «Que la historia eclesiástica haya sido la primera en dar a su héroe el sobrenombre de "el Grande" es una vez más falso. Fue el ateniense Praxágoras...» (150). ¿Qué significa aquí «una vez más»? ¿Y qué significa «falso»? Yo lo expreso de forma correcta: «La historiografía eclesiástica ha dado a Constantino el sobrenombre de "el Grande"». Y para demostrar que eso es falso y poder reprocharme otra «faltilla» la señora profesora R.-Alföldi introduce de contrabando, y en forma tan disimulada como infame, el inciso «la primera», ¡que falta en mi texto!

Pues bien, no todo habla en mi favor, hay algo que me falta: «A todas luces una deficiente técnica de investigación», por ejemplo, que me atribuye el editor. Seguramente que la señora R.-Alföldi tiene en abundancia esa «técnica de la investigación». Por ello en buena medida le desagrada también mi polémica. Y especialmente polémico me encuentra contra la Iglesia, los militares y la guerra. En consecuencia, ni polémica ni populista, no, con hábil elegancia sugiere ella: «En esa forma de compartir la dirección del Estado ve él [Deschner] simplemente la traición a Cristo en persona. Su tendenciosidad culmina en el giro especialmente elegido: "Pero exactamente eso, la magnitud del estrago, que deja el crimen sin castigo, pasó a ser la moral de la Iglesia y ha continuado siéndolo"» (150 y ss.).

Ahora bien, la siempre obscena asociación de trono y altar, especialmente en incontables matanzas desde el siglo IV hasta hoy, no es un producto de mi «tendenciosidad» (149), sino algo bastante espantoso. Mas como en muchísimos conformistas de profesión, tampoco en ella fluye apenas la sangre; en realidad, ni una sola gota, mientras que a mí me recuerda, a lo que parece, con todo horror: «las batallas están inundadas de sangre» (149). ¡como si yo la hubiera vertido!

Por el contrario ignora, sin duda con el grueso del gremio de los historiadores, la perversidad que conocemos por la historia, que época tras época conduce moralmente al absurdo y el completo descrédito ético: la práctica absolutamente lamentable de colgar a los pequeños bribones y de ensalzar a los grandes. Nada específicamente cristiano, sin duda. Ya el obispo africano Cipriano, mártir y santo, censuraba esa práctica en el paganismo y lamentaba que cuando la sangre se derrama en privado, el acto se califica de delito atroz; pero si se derrama públicamente, es valentía. «La magnitud del estrago es la que deja el crimen sin castigo...» (251 y ss.).

Mi «tendenciosidad» culminaría, según María R.-Alföldi, en ese giro, silenciando por completo que procede de san Cipriano. Mientras que yo, según se dice inmediatamente después, cada vez me hago «más indiferenciado y sensible...» (151). Porque en tanto que ella, sólo en un inciso habla en forma sumaria y con la frialdad de la investigadora del «fin trágico» de los parientes de Constantino, yo narro evidentemente «cada vez más indiferenciado y sensible» que el gran santo y el santo grande hizo ahorcar en Marsella a su suegro Maximiano (310), después hizo estrangular a sus cuñados Licinio y Basianbo, mandó asesinar en Cartago a Liciniano, hijo de Licinio, ordenó envenenar a su propio hijo Crispo (a la vez que asesinaba a muchos de sus amigos) e hizo ahogar en el baño a su esposa Fausta, madre de cinco hijos... Además de que personalmente mandó al infierno a otros parricidas mediante la terrible insaculación hacia largo tiempo desaparecida (*poena cullei*, el ahoga-miento especialmente lento dentro de un saco de cuero).

Ni basta esto para el cada vez más sensible: analizo también «los cambios en la legislación penal siempre con trazos negativos» (151), me reprocha indignada la profesora. Y de nuevo faltando a la verdad, en el caso de que no haya sobrevolado simplemente sobre mi trabajo dándole una ojeada por encima. Pues yo reconozco muy bien —y desde luego no siempre en forma negativa— que la evolución jurídica «a menudo seguía las tendencias humanizantes del derecho antiguo (pagano) o de la filosofía (pagana), que en ocasiones reforzó, y así hay que admitirlo, bajo influencia cristiana». Y a propósito del primer emperador cristiano subrayo que «Constantino atenuó el rigor de muchas disposiciones penales, tal vez incluso bajo influencia cristiana, aunque a menudo es difi-

cil de precisar. Por ejemplo, puso trabas legales al repudio unilateral de la esposa (aunque no lo abolió), mejoró la protección del deudor frente a sus acreedores, y reemplazó la pena capital de la crucifixión con rotura de las piernas (atestiguada legalmente todavía en 320) por la pena del garrote. También prohibió Constantino las marcas a fuego en el rostro (de los condenados a la lucha de los gladiadores y a los trabajos de minería), "porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios..."; aunque no pretendía ocultar la proposición segunda: «¡y también se podían marcar a fuego manos y pantorillas!». Así lo expongo en la página 266.

Pero la crítica no hace ni una sola vez el intento de rectificar lo que yo trato «siempre» de un modo negativo y fundamentar su reprimenda. Y es que naturalmente eso no encaja de manera alguna en su concepto apologético de que el déspota altamente celebrado hasta hoy por teólogos e historiadores (que «bajo la influencia de concepciones cristianas», como le exalta el *Handbuch der Kirchengeschichte*, muestra «un respeto creciente a la dignidad de la persona humana», el «respeto cristiano a la vida del hombre»: Baus, católico), aquel santo usurero hiciera por ejemplo cortar la lengua a los delatores antes de su ejecución, mandase matar en el rapto de una novia al personal doméstico que hubiera participado, hiciese quemar a los esclavos e hiciera matar a las nodrizas echándoles plomo derretido en la boca, que ordenase ejecutar de inmediato, sin investigación ni presentación de testigos, a todo esclavo y doméstico que hubiera acusado a su amo (¡exceptuando curiosamente los casos de adulterio, alta traición o delito fiscal!); que practicaba la astrología y permitía legalmente sortilegios, encantamientos y curas simpáticas y que castigaba la simple administración de «bebédizos» con el destierro y la confiscación de bienes, y en caso de muerte, con el desgarramiento por aves de rapiña o con la crucifixión.

Sobre todas esas cosas y muchas más, la experta en Constantino no dice una sola palabra. Por el contrario, a seguida de la falsa noticia continúa diciendo que yo trato siempre de forma negativa la legislación penal constantiniana, que hasta «tilde de antisemitismo al emperador», y esto «a pesar del hecho conocido de que en aquel tiempo los judíos aún podían practicar libremente su fe» (151).

Como si la libre práctica de su fe por parte de los judíos estuviera en contradicción con el antisemitismo del emperador, un soberano que se burla de los judíos como ciegos espirituales, una «nación odiosa» a la que atribuye una «demencia innata»; a quienes permite la visita a Jerusalén un solo día al año, les prohíbe tajantemente que tengan esclavos cristianos, con lo que empieza su alejamiento de la agricultura, de tan graves consecuencias. Más aún, suya es la primera ley antijudía sobre la

conversión al judaísmo (otoño del 315) amenazando ya con la hoguera al judío que se convierte y al cristiano convertido.

Tampoco es cierto que yo recoja sólo de forma «titubeante» la reserva de Constantino frente a los paganos (151). Frente a los paganos concedo en la página 278 que el regente mantuvo «en principio una notable reserva». Destaco su posición como *Pontifex maximus* durante toda su vida, como presidente del colegio de sacerdotes paganos, subrayando que su pontificado supremo, que simbolizaba la alianza con la religión pagana, figura siempre en los textos oficiales a la cabeza de sus cargos y funciones.

Por el contrario, la especialista en el emperador silencia que su héroe, con el aumento del poder y la libertad de movimientos, atacó también con creciente rigor a los paganos. Lo que se echa de ver sobre todo en sus últimos años de gobierno, aunque tampoco entraba en sus intereses oponerse frontalmente a la gran mayoría del imperio. Así y todo, prohibió la reconstrucción de los templos ruinosos y también ordenó ya el cierre de templos. En todas las provincias fueron además robados y «saqueados sin miramiento» (Tinnefeld) para él, sus favoritos, para las iglesias; de hecho se llegó a «un latrocínio de obras de arte como jamás se había dado» (Kornemann). Y después dispuso también Constantino su destrucción; «destruyó hasta los cimientos aquellos templos que los idólatras tenían en mayor veneración». «A una señal yacían en el suelo templos enteros», relata en tono triunfal el obispo Eusebio. Ni tardó el potentado en ordenar la quema de los quince libros de Porfirio *Contra los cristianos*, en los que se adelantaba «a toda la crítica bíblica de la Edad Moderna» (Poulsen), «sin que todavía hoy haya sido refutado», al decir del teólogo Harnack.

Acerca de todo esto Maria R.-Alföldi una vez más guarda silencio absoluto. Por el contrario, advierte «la reserva de Constantino frente a los paganos, que no puede negarse» y que yo supuestamente sólo abordo «de forma titubeante» y en seguida pone sobre la mesa otra falsedad: la de que «una vez más, apenas he visto» que su «severidad» contra los herejes respondía al deseo de «asegurar la paz interna» (151).

En realidad, y así lo hago constar en las páginas 277 y ss., la lucha del emperador contra los «herejes» no se interesaba tanto por la religión «como por la unidad de la Iglesia... y con ello por la unidad del imperio... el soberano deseaba la unidad de la Iglesia para fortalecimiento del Estado, odiaba "la gangrena de la discordia"». Dejo claro que Constantino, como él mismo afirma, deseaba la «unión de todos los servidores de Dios» y que también el Estado «pudiera gozar de sus frutos». Subrayo que por ello el regente «buscaba la unidad estatal más que ninguna otra cosa», que en sus cartas a obispos, sínodos y comunidades conjuraba «incansable a la unidad, a la concordia», «la paz y el entendimiento», «la

armonía y la unión», que una y otra vez postulaba «un ordenamiento unitario» y de continuo exigía que en «la Iglesia católica hubiera una única fe», «que la Iglesia universal fuese *una*»..., y a la postre resulta que todo esto «una vez más, apenas lo he visto...».

Por el contrario, la autora de nuevo no concreta lo más mínimo la «severidad» imperial contra los herejes, apenas rozada. El primer emperador cristiano en lucha contra cristianos no encaja bien en el cuadro. Ni una palabra en consecuencia sobre el hecho de que Constantino en un duro decreto contra los «herejes» (en el supuesto de que el obispo Eusebio, que lo transmite, no lo haya falseado) les imputa a todos «mentiras» y «necedad», les increpa como a «enemigos de la verdad» e «inductores a la ruina». Ni una palabra sobre el hecho de que durante años combatió a los donatistas africanos, les quitó las iglesias y propiedades, envió soldados contra ellos, con lo que aun antes de que se asesinase a los paganos se llegó a la primera persecución de cristianos realizada en nombre de la Iglesia, al asalto de basílicas, al asesinato de hombres y mujeres, a la eliminación de dos obispos donatistas y también a una sangrienta guerra de campesinos, pues los perseguidos se unieron con los siervos de la gleba que sufrían graves vejámenes. Y asimismo ni una palabra naturalmente sobre la lucha contra la Iglesia marcionita, tal vez mayor y en todo caso más antigua que la católica. Prohibió sus cultos litúrgicos, confiscó sus bienes inmuebles, destruyó sus casas de oración. De ese modo la experta, eliminando en buena medida todo lo perjudicial, puede acabar aplicando el atributo de «Grande... no sin motivo» (159), en definitiva no sólo al asesino de miles de personas sino también a un autócrata desenfrenado, al primer emperador que estableció su voluntad personal como «fuente inmediata de derecho» (Schwartz).

Todo lo dicho hasta ahora se refiere simplemente a algo más de dos páginas del texto de la historiadora.

Ahora ofrece en apretada tipografía algunos «fallos y enfoques especialmente molestos». Pero como ya en la tipografía mayor había podido decir poco, y sobre todo poco esencial, y sí muchas inexactitudes y rectificaciones, que eran falsificaciones, torsiones eufemísticas, sugerencias desleales, ocultaciones, algo que las más de las veces se aparta de lo esencial —todo ello típico de la exposición histórica que mira de soslayo al poder de la Iglesia o del Estado—, nos figuramos ciertamente los puntos relevantes que ofrecerá en letra menuda.

No quiero aburrir con todo ello. Pero, *pars pro toto*, ofreceré un par de ejemplos (de los diez que figuran).

El nombre de un senador del tiempo de Constantino aparecería «es-

crito siempre "Anylinus"» (152). Dicho nombre aparece dos veces. ¿A qué entonces el «siempre»? Y la escritura «Anylinus» no es en absoluto falsa, pues así lo escribe siempre, entre otros, el «padre de la historia eclesiástica», el obispo Eusebio. Y por supuesto se pueden escribir innumerables nombres en griego o en latín sin cometer el menor lapsus. Pero ella afirma: «se llama en realidad Annulinus...».

Acerca de la página 223 anota: «"Pero todavía en los últimos años de su vida Constantino se hizo representar en una estatua de pórfido bajo la figura de Helios (...)", cosa que para Deschner representa su eminente falsedad» (152). Pero de eso no se habla para nada en mi contexto. Pues de lo que se trata allí no es del emperador, sino de los padres de la Iglesia, que con ayuda de mentiras legendarias contradictorias entre sí convierten su victoria sobre Majencio en una victoria del cristianismo sobre el paganismo creando así una «religiosidad» política y militante, la «teología imperial», de fatales consecuencias hasta las dos guerras mundiales. En cambio, según refiero en la página 223, en las monedas de Constantino aún aparece durante largo tiempo Juppiter Conservator así como Marte, y más tiempo aún el invencible dios solar, Sol Invictus. Y sigue después la frase que ella aduce y que yo cito completa hasta el final: «Pero todavía en los últimos años de su vida Constantino se hizo representar en una estatua de pórfido bajo la figura de Helios, e incluso la víspera de su muerte estableció una ley, por la que "los sacerdotes paganos quedaban exentos a perpetuidad de todos los tributos inferiores". Pues personalmente era de la opinión de que jamás había cambiado al dios al que oraba».

¿Dónde habría yo meramente sugerido aquí la «eminente falsedad» de Constantino? La investigadora lo inventa.

En la misma página (152) recoge y combate mi observación de que la cabeza de Licinio aparece al comienzo «en las monedas, lo mismo que la de Constantino, con un "nimbo", una aureola de santidad, como símbolo de su iluminación divina» (233).

¿De qué se trata? Mientras Constantino necesitó a Licinio para deshacerse de sus enemigos, los padres de la Iglesia alaban y ensalzan también a Licinio. Pero tan pronto como Constantino se vuelve contra Licinio, los groseros oportunistas satanizan a quien hasta entonces había sido «amado de Dios», lo transforman sin más en un monstruo ¡y de repente es cruel y depravado! Todo lo que se le ocurre a la crítica es esto: «La equiparación de nimbo y aureola de santidad no se da en la Antigüedad tardía» (152). Se desvía de lo esencial. Y una vez más tampoco aquí entra en mis incriminaciones de fuste y envergadura, en el asunto que importa; y en su lugar presenta detalles accesorios, como el de que «no se da en la Antigüedad tardía...». ¡Como si ése fuera mi tema! ¿Y es que vale la objeción en sí misma? Porque ¿qué significa

aquí Antigüedad tardía? ¿Cuánto se prolonga? ¿Hasta el 313?, ¿hasta el 375?, ¿hasta el 476?, ¿o tal vez hasta mediados del siglo VII? No existe al respecto una *communis opinio*. Y todo el mundo sabe que tales divisiones en épocas, tales coordinaciones y límites temporales, comportan siempre una cierta arbitrariedad; siempre son aparentes, porque en realidad no hay puntos fijos.

Lo que sí consta es que el nimbo, que en forma de una nube que oculta o ilumina, señala manifestaciones divinas, aparece ya en Homero; distingue a dioses, héroes y reyes, como Venus, Neptuno, Mitra y Alejandro; finalmente, en el siglo iv se traspasa de Constantino a Cristo y desde comienzos del siglo v aparece regularmente y de un modo general en las representaciones de ángeles, apóstoles y santos. (¡Sagaces teólogos católicos descubren el nimbo, la gloria, la aureola de santidad, ya en el Nuevo Testamento!) Como quiera que sea, la incriminada «equiparación entre nimbo y aureola de santidad», primero, no juega papel alguno en mi contexto; segundo, es objetivamente correcta; y tercero, también temporalmente encaja con la Antigüedad tardía.

Acerca de mis páginas 243 y ss., Maria R.-Alföldi advierte repetidas veces que «*divus* es apostrofado como título de los emperadores, *sacer* y *sanctus* eran considerados en el entorno imperial como arrogación suprema» (153). Pero yo digo claramente que, primero, «a Constantino no se le pudo ya llamar *divus*, como todavía se había hecho con Diocleciano y los corregentes», y segundo, que yo nunca he utilizado los términos *sacer* y *sanctus*, ni como arrogación suprema ni en modo alguno.

Un último ejemplo sobre el ingenio crítico de Maria R.-Alföldi sacado de su inserción en letra pequeña acerca de «los fallos y enfoques especialmente molestos» (151). Me cita: «Las monedas acuñadas en las cecas de sus hijos cristianos nos lo presentan subiendo al cielo, como ya antes su padre», y descubre aquí «una vez más lo poco que es capaz de controlarse Deschner, cuando formula su crítica: ha continuado ignorando a todas luces cómo precisamente en las monedas se ha transmitido la clásica *consecratio* pagana con el águila de Constancio Cloro, que se eleva de la pira en llamas» (153).

Así que no solamente me falta la «técnica de la investigación»; me falta también conocimiento. Por lo demás soy muy consciente de ello. ¿Y a quién no le falta conocimiento? Pero en modo alguno he continuado «ignorando a todas luces», para que ella rellene mi supuesta laguna cognoscitiva. En efecto, ella misma me cita al presentar a Constantino «subiendo al cielo, como ya antes su padre...». Y hace ya casi cuarenta años, como puede leerse en mi libro *Abermals krähte der Hahn*, me eran conocidas numerosas ascensiones al cielo de señoríos paganos y judíos: las de Cibeles, Heracles, Attis, Mitra, César y Homero, Henoc, Moisés, Elias... Cierto que «mencionar la "ascensión al cielo" es al menos equí-

voco» (153). Pero ¿por qué? ¿Acaso sólo el Señor Jesús ascendió real y verdaderamente?

María R.-Alföldi, que ya encontraba «difícil» presentar, «aunque sólo fuese de manera aproximada», el contenido de mi capítulo sobre Constantino, ya había tenido problemas con la lectura de las «citas antepuestas como lema», según confiesa al comienzo de la segunda parte de su texto. Para ella la selección, una vez más, «no era precisamente razonable», aunque al mismo tiempo era «todavía más característica que las peculiaridades ahora señaladas», a saber: «tendencia y agitación ya como preludio» (153 y ss.). Pero toda historiografía sin excepción es tendenciosa. ¡La honrada lo reconoce! Y es que cada una tiene su tendencia y orientación; cada una aboga por o contra algo, y en consecuencia «vota» por algo o contra algo. Es evidente que cada historiador está subjetivamente marcado de antemano y atado. Cada uno tiene sus determinantes, sus premisas y predilecciones; cada uno tiene sus sistemas de valores, sus hipótesis y sus mecanismos de selección, sus proyecciones y egoísmos, sus pautas de significado y tipificaciones así como sus modelos de interpretación. Cada uno examina, investiga y aclara el mundo y la historia en el sentido de su concepción del mundo. Y el más peligroso es siempre aquel que lo niega, quien actúa de forma no partidista y simula una neutralidad axiológica, una inocencia teórico-científica, en una palabra, quien simula una objetividad que presumiblemente no existe, al menos en la teología y en la historiografía (véase para todo esto mi «Introducción general» en el volumen primero, pp. 37 y ss.). «¡Objetivo lo es sólo quien carece de ideas!», dice Johann Gustav Droysen.

Se trata de seis citas. La primera de Agustín, que exalta de forma concisa las guerras y victorias de Constantino; la segunda del obispo Eusebio, historiador de la Iglesia, que celebra la abolición de toda clase de «culto a los ídolos» por obra del soberano. En otras tres citas de teólogos de finales del siglo XX, el primer emperador cristiano es para Peter Stockmeier «un ejemplo luminoso»; para Kurt Aland fue «cristiano de corazón y no sólo con arreglo a la actuación externa». Y Karl Baus califica su postura espiritual como «la de un verdadero creyente». Cierra la serie un texto de Percy Bysshe Shelley, «precoz y grandioso lirico de comienzos del siglo XIX, que para Deschner es evidentemente el único que ha dicho la verdad» (154): «... ese monstruo Constantino... ese verdugo hipócrita y frío degolló a su hijo, estranguló a su mujer, asesinó a su suegro y a su cuñado y mantuvo en su corte una caterva de sacerdotes sanguinarios y cerriles, de los que uno solo se habría bastado para poner a media humanidad en contra de la otra media y obligarlas a matarse mutuamente».

Pues bien, la afirmación de Shelley no es para mí en modo alguno «la única verdad», aunque esa visión de las cosas seguramente se acerca a lo ocurrido más que la visión de los mojigatos antiguos y modernos citados antes que él.

Antes de pasar a la tercera y última parte de la crítica de Alföldi quiero detenerme en algunos de los reproches de su apartado segundo.

Me ilustra, por ejemplo, sobre algunos *termini technici*, que yo describí hace décadas al exponer el culto al soberano y su influencia en el Nuevo Testamento, y sugiere —un truco tan popular como burdo— la «burla» de que se presenten cual conocidos títulos como «salvador y benefactor»; «no vale la pena». Como si no supiera también ella que la gran mayoría de los creyentes todavía hoy no tiene la menor idea de esos antecedentes (y de centenares más) y del hecho de que en el cristianismo no hay *nada* original —con claros plagios que van desde la fiesta de Navidad hasta la Ascensión—. ¡De eso viven en efecto las Iglesias! Por lo demás, mi «burla» no se agota con la frase —por mí supuestamente «destacada con verdadera ironía»— «el "salvador y benefactor" había preparado la batalla decisiva con acciones religioso-políticas...».

Ella no tiene nada decisivo que aducir; de ahí que una y otra vez sólo pueda zaherir con sugerencias infundadas y tenga que exagerar deformando, escamotear las cuestiones o simplemente faltar a la verdad. Pero la pedantería doctrinaria, casi ridícula no sólo en la consideración de quien se dispone al debate, que a menudo se me atribuye, demuestra más que muchas otras cosas lo poco fundado que resulta todo esto. Por ejemplo, cuando censura (p. 154 y ss.) como «no conforme a la realidad» el empleo de expresiones modernas, desconocidas en la Antigüedad, como «*aggressor*» (sic) y «guerra ofensiva», que inducen «a error» a los lectores. Sin embargo, son muchísimos los historiadores modernos que utilizan vocablos nuevos para épocas antiguas; en mi capítulo sobre Constantino cito al decano Otto Seeck con la expresión «guerra ofensiva» o «guerra de ataque».

Desde la manifiesta falta de objeciones serias, hasta critica que en mí estén «relativamente subrepresentadas las disertaciones en comparación con las monografías» (155). Pero eso basta. Tampoco aquí hay ninguna norma. Ciertamente que «se escriben muchísimas cosas nuevas en forma precisamente de disertación»; demasiadas. Pero «muchísimas cosas nuevas» no necesariamente son muchísimas cosas buenas, que son las que me importan. Y ciertamente que a ella no le pregunto por lo bueno.

La señora R.-Alföldi me reprocha también «desconocimiento» sobre la composición étnica de los frances.

El joven emperador Constantino, escribo en la página 217, había

vencido como dueño de Britania y Galia a los fracos y después había mandado que «sus reyes Ascarico y Merogaisio fuesen destrozados por osos hambrientos para edificación general». Algo después completo el dato diciendo que aquellos reyes «fracos» eran posiblemente brúcteros o tubantes. Pero esto, contraataca ella, no revela, «como tal vez pretende, erudición y saber, sino el desconocimiento del hecho histórico de que "los fracos" eran una anfictionía, en los cuales [sic] muy bien tenían también su sitio los brúcteros y los tubantes» (156).

Pero ¿es que mi texto lo excluye? Esto es lo que digo: «Es posible que los reyes "fracos" fuesen brúcteros o tubantes en realidad». Constantino, por su parte, había vencido a la tribu germánica de los «brúcteros» junto al Rin. Pero existían también los «boructuarios», como informa Beda, que sólo muchísimo más tarde, hacia finales del siglo VII, ocupaban el territorio entre Lippe y Ruhr y cayeron bajo dominio sajón. Cuando el obispo misionero Suitberto (fallecido en 713) intentó «instruir» a dichos brúcteros de Westfalia, hubo de huir de los sajones. Con lo cual de primeras en modo alguno los brácteros se abrieron (por entero) a los fracos. Y aunque en tiempo de Constantino una parte de ellos pertenecía a los fracos, no dejaron por ello de ser brúcteros, como los sajones no dejaron de serlo al estar bajo dominio franco.

Yo no cito nunca de forma absurda. Y cuando aduzco citas, lo hago con todo cuidado. Naturalmente, por lo regular cito «entresacando del conjunto» (154); es algo que comparto con todos los citadores del mundo. Pero sorprendentemente surge la calumnia de que ofrezco «citas de literatura especializada antigua y moderna por lo general mutiladas» (154). Y, aunque no insisto en el «por lo general», que resulta especialmente infame, es algo que habría que sustentar con abundancia de pruebas. ¿Dónde están?

Ciertamente, Maria R.-Alföldi puede apuntarse un tanto: el de que he confundido la basílica de Letrán con la basílica del Forum Roma-num. ¡Bingo!

Compendio mi presentación del emperador, incorporo también datos ya discutidos que me parecen especialmente sólidos, y confronto con todo ello a modo de conclusión, y asimismo brevemente, la «contraimagen de Constantino» esbozada por la señora crítica.

Con vistas a su carrera Constantino I falseó la religión de su padre Constancio Cloro, un antiguo guardaespaldas imperial, se alzó ilegalmente a la autoridad de emperador y en un afán de poder sin igual destruyó el sistema diocleciano de la tetrarquía haciendo asesinar a tres coemperadores. Constantino guerreó a lo largo de toda su vida. Fue agresivo «desde el comienzo» (Stallknecht); no tuvo ante sus ojos «más

que ese objetivo de una soberanía mayor» (Vogt), aplicando una y otra vez «una dureza terrible» (Kornemann): en 306 contra los brúcteros, en 310 de nuevo contra los brúcteros, en 312 contra el coemperador Majen-cio, en 313 contra los francos, en 314 contra los sármatas, en 315 contra los godos, y aproximadamente por las mismas fechas también contra el coemperador Licinio, con lo cual Constantino puede haber aniquilado a más de 20.000 de sus adversarios; en 320 contra los alamanes, en 322 contra los sármatas, en 323 contra los godos, mandando quemar vivo a quienquiera que les ayudase; en 324 contra el coemperador Licinio, en una «guerra de religión», antes de la cual Constantino ya se había alineado con obispos castrenses, «santos y puros», reza con su soldadesca para acabar cubriendo el campo de batalla con 40.000 cadáveres y hundir 130 naves con 5.000 marineros frente a la costa escarpada de Gallí-poli.

Constantino promete con juramento a Licinio respetarle la vida; pero un año después lo hace estrangular liquidando asimismo a muchos de sus partidarios destacados en todas las ciudades de Oriente. «Cada emperador cristiano se esforzó por emular a este gran modelo —asegura el teólogo católico Stockmeier—; discrecionalmente fue posible remitirse a él para poner un ideal [...] ante los ojos de los príncipes.» Efectivamente, pasó a ser «la figura ideal del príncipe cristiano por antonomasia» (Lowe).

Todo esto, aquí simplemente apuntado, lo refleja R.-Alföldi (148) en la frase: «Empieza por afianzarse, después gana paso a paso los territorios de sus corregentes, para finalmente en 324 reunir todo el imperio romano bajo su cetro». Vista así, la historia es ciertamente un asunto limpio y aséptico. Ahí apenas corre sangre, aunque no deja de añadir: «Repetidas veces hubo de combatir en las fronteras para asegurar el territorio imperial».

En 328 marcha Constantino contra los godos, en 329 contra los alamanes, en 332 de nuevo contra los godos, cuyas pérdidas, agravadas por el hambre y el frío, se calcularon en cientos de miles. Y todavía en 337, año de su muerte, el «creador del imperio mundial *cristiano*» (Dölger) quiso acometer una cruzada contra los persas acompañado de muchos obispos castrenses.

Pero de todo esto, con lo que Constantino fundó el Occidente cristiano y que por vez primera hizo de Constantino «el Grande» —como *mutatis mutandis* ocurrió más tarde con Carlos I—, se encuentra muy poco en Maria R.-Alföldi, y más bien de manera forzada en su polémica contra mí. Tampoco de la crueldad personal del emperador, para quien las vidas humanas «no tenían ningún valor» (Seeck), de los «juegos francos» iniciados por él (14-20 de julio), de los «*ludi gothici*» (4-9 de febrero) en los que hizo arrojar a las fieras de la arena a centenares de priso-

neros, no se encuentra absolutamente nada. Algo parecido cabe decir del asesinato de sus parientes más próximos. Probablemente apunta a esa matanza brutal (que su hijo Constancio II continuó el mismo año de la muerte del progenitor, como las matanzas de parientes que luego serían la regla en las dinastías cristianas), probablemente alude a ese rasgo esencial y terrible del emperador grande y santo la frase femenina de Maria R.-Alföldi, que difícilmente podía resultar más grotesca: «Parece incluso que propendía al genio colérico» (158).

El mantenimiento de las torturas incluso antes del juicio, deseado por el principio ideal cristiano que fue Constantino —«y los métodos previstos para las mismas eran crueles» (Grant)—, no merece una sola palabra por parte de la «especialista en Constantino de prestigio internacional» (148). Lo mismo ocurre con los tormentos horribles de los esclavos. Si los esclavos morían a consecuencia de los golpes de sus amos, dispone Constantino (18 de abril de 326) que los homicidas «estén libres de culpa» (*culpa nudi surti*) y que «los amos no teman ninguna investigación» (*quaestionem*)... Y Su Majestad prohíbe incluso expresamente en un decreto posterior que se abra ningún proceso, ¡tanto si la muerte había sido intencionada como si no! Sobre todo ello calla por completo la defensora del «Grande». También silencia casi todos los detalles del apartado especialmente importante, y por lo mismo el más largo, «De la Iglesia pacifista a la Iglesia del páter castrense». En él se estudia el hecho fundamental, que hasta hoy desautoriza a la Iglesia católica: sus teólogos de *los tres primeros siglos* ni en Oriente ni en Occidente permitieron el servicio militar y hasta prohibieron la legítima defensa y la pena de muerte, la condena capital así como la ejecución o simplemente la denuncia, que conduce a la misma (y según el ordenamiento canónico del santo obispo romano Hipólito del siglo ni, ni siquiera los cazadores podían ser cristianos). Y entonces (313) Constantino declara el cristianismo religión permitida, otorgándole una multitud de privilegios, especialmente a los jerarcas, e inmediatamente los hasta ese momento pacifistas entregan al Estado de repente prochristiano las víctimas como ovejas conducidas al matadero. ¡Ahora quien en tiempo de guerra abandonaba las armas era expulsado y los soldados mártires de antaño desaparecieron de los calendarios eclesiásticos!

En este contexto combatí yo contra los defensores antiguos y modernos de tan inaudita traición, y entre otros también contra Hans von Campenhausen; a lo que Maria R.-Alföldi, con el olfato para lo esencial que le es propio, no sabe decir otra cosa que esta frase: «La manera de citar "de los teólogos liberales" ... representa un punto culminante» (156).

¿Y cómo aparece ahora su «contraimagen de Constantino esbozada con algunos rasgos» (157)? Tengo que esquematizarla aquí una vez más,

y a ser posible *utilizando las mismas palabras*: la frontera debilitada la refuerza de nuevo el soberano, introduce un sistema tributario más efectivo, con el aumento de los ingresos se reestructura de nuevo el territorio imperial y la burocracia aumenta considerablemente. Profesiones y misiones —éste no es mi alemán— se hacen necesariamente hereditarias, los fallos se eliminan a la mayor brevedad posible, surge un poderoso estado mayor y se funda la nueva residencia de Constantino-pla en un lugar estratégicamente decisivo.

Personalmente Constantino posee indudables dotes militares y sabe utilizar sus enormes posibilidades como emperador soberano. Puede ser clemente, pero sabe actuar con mano dura cuando su posición peligra; a pesar de todo en los comienzos se mantuvo como un político prudente y realista. De forma vigorosa intenta llenar las simas entre las viejas creencias y la nueva fe, prefiere ciertamente a los cristianos, pero también aquí las más de las veces con cautela y realismo, aunque pesa mucho el problema de la guerra justa de los buenos cristianos que eran atacados. Resumiendo, un intrépido innovador, su obra se ha mantenido sorprendentemente por mucho tiempo y sirve de base practicable al futuro: «también en este sentido es nuevo el cristianismo, que históricamente continuó y continúa hasta hoy» (159).

¿No suena bien y muy familiarmente académico el que la autora «resuma el estado actual de la ciencia respecto del emperador Constantino», como dice el editor en la solapa? ¿Corre ahí la sangre? ¿Revientan en la mierda tribus y pueblos? ¡No, la mierda la amontono yo! Mi «celo desmesurado, más aún, cargado de resentimiento, extraña», resulta «indigno de crédito», hace imposibles «unas discusiones auténticas». Y así, a mi empeño se aplica «sin limitación la grave frase del poeta francés Paul Valéry, cuando dice: "La historiografía representa el producto más peligroso que jamás se ha cocido en la cocina venenosa del intelecto humano"». (De paso: «cuando dice...» resulta un tanto torpe, pesado e inútil por completo. Y ya no de paso: la profesora de Ciencias Auxiliares de la Arqueología ofrece en una nota a pie de página el tenor original de la frase. Paso por alto el error tipográfico *«dangeureux»*. Pero de «la cocina venenosa del intelecto humano», en la que «jamás» «se ha cocido» algo, no se encuentra ni una sola sílaba en Valéry. De haberme *yo* permitido semejantes libertades en la traducción, habría tenido garantizadas por parte de la profesora de Ciencias auxiliares expresiones como *«traduttore, traditore»*, *«tendenciosidad»* y hasta *«falsificación»*.)

Por lo demás, también yo estoy convencido de lo atinado de la sentencia de Valéry, de su significado, de la importancia de esa frase por lo que respecta a la habitual historiografía dominada por categorías de poder político, por lo que hace a una historiografía, que ciertamente sata-

niza con celo todo pequeño gangsterismo, a menudo incluso puramente hipotético y preparado al efecto, mientras que a través de los tiempos hace sumisa la corte a los grandes criminales de la historia. De continuo esa historiografía establece los ideales más perniciosos. De continuo sus seudoideales perversos y malignos corrompen a la humanidad. De continuo ha concurrido a la miseria resultante de una manera de pensar profundamente amoral, despreciadora del hombre y encaminada exclusivamente al poder y exclusivamente embriagada por el éxito, siendo apenas menos responsable que los perros sanguinarios a los que glorifica. Y que el cristianismo. El cristianismo, del que R.-Alföldi en conexión inmediata con la «obra» de Constantino dice (159): «También el cristianismo es nuevo en este sentido». La frase tiene resonancias indecentes y cínicas frente a su traición entonces inaudita; pero resulta inquestionablemente cierta. Y nada ha sido tan fatal para los pueblos, en especial para los cristianos, nada pronuncia el veredicto tan aniquilador para ese mismo cristianismo, como precisamente el hecho tan celebrado de que continuó y continúa «históricamente hasta hoy».

Si a la historiografía tradicional, que sólo corona a los vencedores y cultiva la hagiografía, siguiera otro tipo de consideración y enjuiciamiento de la historia, críticos con el poder y realmente éticos, ¿habría algo más que desear, habría algo más provechoso para los pueblos, para los pueblos oprimidos y vejados de continuo? Y así también yo recuerdo para concluir la palabra de un poeta y pensador, la sentencia del Premio Nobel de Literatura Elias Canetti, que figura al comienzo del primer volumen de la *Historia criminal del cristianismo*: «Para los historiadores las guerras vienen a ser algo sagrado; rompen a modo de tormentas saludables o por lo menos inevitables que, cayendo desde la esfera de lo sobrenatural, vienen a interferir en el curso lógico y aclarado de los acontecimientos mundiales. Odio ese respeto de los historiadores por lo sucedido, sólo porque ocurrió, sus falsas reglas deducidas *aposteriori*, su impotencia que los induce a postrarse ante cualquier forma de poder».

CAPÍTULO 1

EL EMPERADOR LUIS I EL PIADOSO (LUDOVICO PÍO) (814-840)

«El imperio de Luis tenía que ser de hecho un imperio de paz... Lo cual, sin embargo, no excluía guerras contra los paganos, sino que las exigía precisamente, ya que se les tenía por aliados de Satán.»

HEINRICH FICHTENAU¹

«¿Cómo se comportó la Iglesia durante todo ese triste período? Es interesante observar cómo la Iglesia consigue la supremacía en el momento en que empieza a decaer el poder imperial. Es seguro que los obispos franceses jugaron ahí un papel decisivo... Según todas las apariencias, varones como Agobardo y Wala, Pascasio, Radberto, Bernardo de Vienne y Ebón de Reims tuvieron en sus manos los hilos de tan complicadas intrigas y aprovecharon la avaricia y la ambición de los laicos con el propósito nobilísimo y desinteresado de la mayor gloria de Dios.»

H. DANIEL-ROPS²

«Mas como cada uno, impulsado por sus malas pasiones, sólo buscaba su propio provecho, el imperio fue empeorando de día en día.»

*NITHARDI HISTOMARUM*³.

«... y la miseria de los hombres se multiplicaba día tras día.»

ANNALES XANTENSES (834)⁴

Carlomagno, el santo, no sólo se mostró activo en los campos de batalla. Por lo que sabemos tuvo también diecinueve hijos, ocho varones y once hembras, y desde luego con nueve mujeres diferentes (de todos modos una cifra casi modesta, si se compara con los 61 hijos del obispo Enrique de Lüttich, aquel trabajador incansable en la viña del Señor que fue el papa Gregorio X del siglo XIII, el cual tuvo «14 hijos en 22 meses»).

Mas pese a la bendición carolingia de los hijos no hubo ningún problema en el asunto de la sucesión.

En caso de muerte Carlomagno había dividido el imperio entre sus tres hijos mediante la denominada *Divisio regnum*. Además, cada uno debía asumir la *defensio sancti Petri*, la protección de la Iglesia romana. Mas de forma totalmente inesperada el padre vio bajar a la tumba a los dos mayores: Pipino en 810 y al año siguiente Carlos, al que como principal heredero le estaba asignada la corona imperial desde hacía largo tiempo. Todo ello afectó de tal manera al soberano, que hasta pensó en hacerse monje. De sus hijos «legítimos» sólo quedaba el menor y, como él bien sabía, el menos idóneo para el trono: se trataba de Luis, nacido el 778 en Chasseneuil cerca de Poitiers. Sería entronizado emperador ya a la edad de treinta y seis años, para luego ser depuesto y de nuevo entronizado, perdiendo una vez más el trono y recuperándolo más tarde.

¿Bien está lo que bien acaba? Como quiera que sea, Luis el Piadoso tenía lo que más vale: ya desde pequeño «había aprendido a temer y amar siempre a Dios», como informa hacia 837 uno de sus biógrafos coetáneos, el ilustre franco Thegan, el corepíscopo del obispado de Tré-veris, pavorde o prepósito de la fundación de St. Cassius en Bonn. Desde 781 fue Luis virrey de Aquitania, habiendo sido ungido por el papa Adriano I. Y el domingo 11 de septiembre del 813 su padre le hizo proclamar su sucesor en Aquisgrán y le hizo coronar como coemperador, aunque renunciando a cualquier posible participación por parte del papa y de cualquier eclesiástico.

Pero todo ocurrió delante de un altar y ocurrió «para gloria de nuestro Señor Jesucristo» tras largas oraciones de ambos soberanos. Carlos

exhortó al hijo y sucesor a amar y temer especialmente al Todopoderoso, guardar en todo sus mandamientos, regir sus Iglesias, honrar a los sacerdotes como a padres y amar al pueblo como a su hijo. A los hombres orgullosos y malvados tenía que forzarlos a entrar en el camino de la salvación, ayudar a los monasterios y procurarse servidores temerosos de Dios. Apenas hubo terminado su exhortación en el Señor, y después de que Luis hubiese prometido observar todo lo ordenado, le mandó que se impusiera él mismo una segunda corona imperial. Tras lo cual el pueblo gritó: «¡Viva el emperador Luis!», y acto seguido ambos monarcas oyeron misa.

A partir de aquella coronación Carlos, que ya estaba bastante decrepito y cojeaba de un pie, no hizo —si hemos de creer al obispo Thegan— más que rezar, dar limosnas y «mejorar» o «corregir magníficamente» (*optime correxerat*), como dice el propio Thegan, los cuatro evangelios, la palabra infalible de Dios, antes de morir el 28 de enero de 814. Dejaba a su hijo un imperio gigantesco, *fruto en su casi totalidad de las rapiñas* que tanto él como sus ilustres predecesores y antepasados habían llevado a cabo, y que constaba de cuatro unidades fuertes: Francia, el centro del Estado con las cortes regias y las grandes abadías, Germania, Aquitania e Italia.⁵

Matar y rezar

Dos campos que desde largo tiempo atrás definían a cualquier soberano cristiano y que durante muchos siglos continuarían definiéndolos de manera decisiva, marcaron también la vida del joven Luis: la guerra y la Iglesia.

Todos los cristianos nobles tenían que aprender desde su temprana infancia el denominado oficio de la guerra. De ordinario, ya antes de la pubertad debían estar entrenados en la lucha ecuestre y con 14 o 15 años, y a veces incluso antes, tenían que ser capaces de manejar las armas. Y naturalmente «los nobles ardían en deseos de entrar en batalla» (Riché).

También Luis, que contaba con un cuerpo vigoroso y brazos fuertes y que en el arte de cabalgar, tensar el arco y arrojar la lanza «no tenía parigual», pero que según los resultados de la investigación era un hombre pacífico, acompañó ya a su padre en su deseo de aniquilar a los ávaros al menos hasta el bosque de Viena. Poco después, en 793, y de nuevo por orden paterna, apoya a su hermano Pipino en una campaña de castigo por Italia meridional. Antes el joven católico celebró «la fiesta del nacimiento de Cristo en Rávena», como escribe el autor de la segunda biografía coetánea (la única completa) de Luis —estando a sus

propios datos era un eclesiástico desconocido de la capilla palatina, que desde el 814 vivía en la corte imperial y que por sus conocimientos astronómicos había sido nombrado *astronomus*—; después, «habiendo juntado las fuerzas, irrumpen en la provincia de Benevento y doquiera llegan lo devastan todo...».

Y, sin embargo, Luis era un cristiano especialmente bueno, mejor aún que su santo padre. En una gran cantidad de testimonios coetáneos, entre los cuales figuran no menos de 28 documentos de Fulda pertenecientes a los años 819-838, se le llama «*pius*», «*piissimus*»: por lo demás un predicado de los soberanos convertido desde largo tiempo atrás en una muletilla rutinaria. Pero a menudo se habla con entusiasmo de la «piedad» de Luis; más aún, el clérigo franco Ermoldo Nigelo en su panegírico épico «*in honorem Hludovici Christianissimi Caesaris Augusti*» (del que ciertamente esperaba la anulación de su condena de destierro), cree que Luis hasta gobernaba «con ayuda de *su pietas*». Por otra parte, sabemos que el emperador no recibió en vida el sobrenombre de «*pius*» (el Piadoso, le Pieux, el Pío, the Pious, incluso Louis le Débonnaire, el Bonachón, una moderna deformación de los historiadores franceses), sino que habitualmente se le designaba *Hludovicus imperator*. Dicho apelativo de «piadoso» se le otorgó lo más pronto a finales del siglo IX.

Pero ya de niño había recibido Luis el virreinato de Aquitania junto con un consejo de regencia y allí reemprendió la campaña de Benevento en la primavera del 794, acompañado de algunos «*comites*» de su padre. De ese modo no sólo pudo recortar el poder de la nobleza nativa, sino penetrar a menudo en el vecino país meridional, aunque ciertamente que sólo por orden superior; requisito necesario para todas las acciones de política exterior y especialmente militares del virrey.

Por orden de Carlos también irrumpió de continuo en España el hijo piadoso y pacífico. Sometió y destruyó Lérida. «Desde allí —escribe el *Astronomus*—, y después de haber devastado y quemado las demás ciudades, avanzó hasta Huesca. El territorio de la ciudad, abundante en campos de frutales, fue arrasado, devastado y quemado por las tropas y todo lo que se encontró fuera de la ciudad fue aniquilado por la acción devastadora del fuego.»

Como casi siempre ocurría por entonces, únicamente el invierno impidió al joven Luis proseguir las acciones típicas de la cultura cristiana. Por lo demás, el héroe católico no sólo pegó fuego a las ciudades, sino que en ocasiones también quemó hombres, aunque únicamente «según el derecho del talión» (*Anonymi vita Hludovici*). Todo muy bíblico: ojo por ojo y diente por diente. Y, según la misma fuente, apenas «ejecutado esto, al rey y a sus consejeros les pareció necesario iniciar el ataque contra Barcelona». Y después que los sitiados, hambrientos durante semanas, habían devorado los viejos cueros que servían de cortina en las

puertas y otros, impulsados por la desesperación y miseria de la guerra. se habían lanzado de cabeza desde las murallas, el malvado enemigo se rindió. Y Luis lo celebró «con una fiesta de acción de gracias digna de Dios», marchó con los sacerdotes, «que le precedían a él y al ejército, en solemne procesión y entre cantos de alabanza, entró por la puerta de la ciudad y se encaminó a la iglesia de la Cruz santa y victoriosa...».

Naturalmente el rey Luis volvió de continuo contra el malvado vecino español, pues nada le quedaba más cerca. El Astronomus informa de tales ataques cada nuevo año. «Pero al verano siguiente le pareció necesario marchar con gran poderío militar contra España y avanzando por Barcelona llegó hasta Tarragona haciendo prisioneros a cuantos encontró, poniendo en fuga a otros mientras el ejército destruía todos los lugares, castillos y ciudades hasta Tortosa entregándolos a las llamas devoradoras.» Una y otra vez caían por sorpresa y por la espalda contra el enemigo totalmente indefenso: «asolaron por completo el país de los enemigos..., combatieron valientemente y les obligaron con la ayuda de Cristo a emprender la huida. Cuando les echaban mano los mataban y cargaban alegres con el botín... Pero el rey Luis regresó a casa después de haber recibido alegremente a los suyos y de haber asolado por entero el país enemigo».

Un cristianismo genuino.

A este respecto se lee de Luis en una antigua obra estándar católica que «siempre andaba de buen ánimo», que su ánimo era «noble» y su corazón estaba «adornado de todas las buenas costumbres» (Wetzer/Welte). Una espada ensangrentada y un corazón de oro es algo que encaja perfectamente en esta religión; ¿no era incluso un reflejo lejano y modesto del buen Dios y de su manejo del fuego infernal?

Así se expresa, en efecto, con su teológica afilada como un cuchillo el doctor de la Iglesia y papa Gregorio I «Magno»: «El Dios omnípotente, en tanto que bondadoso, no siente ninguna complacencia en el tormento de los desdichados; pero en tanto que justo se define como no compasivo mediante el castigo del malvado por toda la eternidad».

Una religión cómoda. Algo que sirve para todos los casos.

Justamente con ese Dios, bondadoso pero «no compasivo por toda la eternidad» con los malvados —y todos los enemigos lo son—, se daba todo tipo de robos y asesinatos, como ocurría ya en tiempos de los dichosos merovingios y de los pipíndidas y se repetía de continuo en el Occidente cristiano. Y de nuevo leemos: «Mas con la confianza en la ayuda de Dios, los nuestros, aunque muy inferiores en número, obligaron a emprender la huida a los enemigos y llenaron el camino de los fugitivos con muchos muertos y sus manos no cesaron en la matanza (*et eo usque manus ab eorum caede non continuerunt*) hasta que desapareció el sol y con él la luz del día y las sombras cubrieron la tierra y apare-

cieron las estrellas luminosas para iluminar la noche. Con la asistencia de Cristo partieron de allí con gran alegría y llevando muchos tesoros a los suyos».

Casi romántico, como una pequeña sangría. Y desde luego siempre con Dios, con su ayuda, su bendición y su protección. Cuando por ejemplo se colgaba a alguno, «a casi todos los demás se les quitaban las mujeres y los hijos», para añadir de inmediato: «Después el rey y su pueblo regresaron a casa con la protección de Dios».

A veces Luis no podía dirigir y llevar a cabo «en persona» una campaña militar. Pero al año siguiente marchaba de nuevo contra Tortosa, «y de tal modo sitiaba y dañaba la ciudad con arietes, disparos de honderos, tejadillos protectores y otras máquinas de guerra, que los habitantes de la tal ciudad perdían la esperanza...». O la emprendía de nuevo contra los vascos. Sólo con que corriese el «rumor» de que pretendían levantarse, decretaba el rey una nueva campaña de castigo «para el bien público» entregando «todas sus posesiones al pillaje del ejército; finalmente, cuando estaba arruinado cuanto parecía pertenecerles, acudían solicitando clemencia y terminaban considerando como un gran don, después de haberlo perdido todo, la obtención del perdón» (*Anonymous vita Hludovici*).

Así se educa a los suyos. En una palabra, cada vez se afianza más la opinión del investigador Fichtenau de que con Ludovico Pío «la doctrina cristiana llegó a las capas más bajas...».

Pues para que la sangre de todos los asesinados bárbaramente no salpicase demasiado, para que esta crónica de la crueldad no se desbordase por completo, se pondrá siempre con mayor énfasis lo espiritual y divino, para embadurnarlo después dignamente con la sangre. Y así como Luis «no tuvo parigual en tensar el arco o en arrojar la lanza» ni en el empleo de las técnicas militares y de los instrumentos de muerte, así también quien había sido educado en el severo espíritu monástico, el *«Adjutor Dei»*, el ayudante y por así decirlo cómplice de Dios, lo que siempre quiere decir cómplice de la Iglesia, poseyó una dignidad curiosamente sacerdotal y hasta diríase que unas rodillas de propiedades eclesiásticas. Por ello en el mismo contexto el corepíscopo Thegan dice de él: «Nunca levantó la voz para la risotada». Y asimismo: «Cuando cada mañana acudía a la iglesia a orar, dobraba siempre las rodillas y tocaba el suelo con la frente orando humildemente por largo tiempo y a veces con lágrimas...». Y el biógrafo episcopal agrega a continuación: «y siempre le adornaban todas las buenas costumbres». Más aún, «impulsado por una piedad sagrada no dejaba de llevar a cabo nada de cuanto pensaba que podía redundar en honor de la santa Iglesia de Dios», enfatiza a su vez el *Anonymous*.

Luis el Piadoso estuvo desde su infancia bajo la influencia del clero.

Por lo cual desde muy temprano estuvo tan sujeto a la Iglesia, que de no haberlo impedido su padre se habría hecho monje. Y, como celebra también el *Astronomus* después de su muerte, «tan solícito fue del servicio divino y de la exaltación de la santa Iglesia, que a juzgar por sus obras se le podría llamar sacerdote más que rey». Piadoso, superclerical y hasta más bien hostil a la cultura impuesta por su padre, Luis no sólo sustituyó en Aquisgrán a los cortesanos sensuales por clérigos, sino que expulsó también a todas las prostitutas y encerró a su hermana en un monasterio.

De acuerdo con ello sus medidas de gobierno estuvieron marcadas por concepciones eclesiásticas y propulsadas en parte, y a menudo por entero, por prelados de la Iglesia. También cuando a partir del 819 se dieron cambios personales entre sus consejeros, cuando murió el arzobispo Hildebaldo de Colonia y el abad Helisacar se retiró, los nuevos consejeros y sobre todos el capellán mayor y director de la capilla palatina, abad Hilduino de Saint-Denis, abad asimismo de Saint-Germain-des-Prés, de Saint-Médard en Soissons, Saint-Ouen en Rouen y Salonne, no sólo estaban naturalmente cercanos a la Iglesia, sino que a su vez eran clérigos en su mayoría y en los asuntos eclesiásticos representaban una «orientación todavía más radical que la de sus predecesores» (Konecny) y más tarde serían los enemigos más encarnizados de su segunda mujer Judit.⁶

«Nueva acometida a la reforma...», hasta cinco litros de vino y cuatro litros de cerveza por día y canónigo

Especialmente en los primeros años después de asumir el gobierno general Luis mandó convocar una serie de sínodos en Aquisgrán y pronto hizo que se reuniera el alto clero para aconsejar los detalles de una gran reforma eclesiástica. Porque para su programa de la *«renovatio regni Francorum»* la unidad de la Iglesia venía a ser el requisito indispensable para conseguir la unidad del imperio.

Así, por ejemplo, en la asamblea de Aquisgrán de finales del verano del 816 en las *«Institutiones Aquisgranenses»* se establece una regla para las canonisas; pero sobre todo se renovó la Regla de los canónigos de Chrodegang de Metz, que este santo obispo, descendiente de una de las «primerísimas» familias «de la nobleza franca», había fundado hacia el 755 en el sentido de la *«vita communis»*. Frente a su «reforma» en el marco local se siguió de hecho una reforma que afectaba a todos, y muy especialmente «se persiguió entonces una orientación mucho más fuerte incluso de los canónigos hacia el ideal monástico» (W. Hartmann).

Una cierta idea de todo ello nos la proporcionan, por ejemplo, las

prescripciones acerca de la comida y de la bebida del gran sínodo de Aquisgrán de 816. Cada canónigo —tan «iguales» eran todos ya en aquella época de comienzos del feudalismo— recibiría la misma cantidad de alimentos y de bebidas, consistente no sólo en cuatro «libras» diarias de pan, sino también entre uno y cinco litros de vino según las regiones. ¡Y hasta un suplemento de cuatro litros de cerveza, asimismo diarios! Por descontado que los investigadores ven «combatido» por vez primera el «ideal» monástico. (O como titula Wilfried Hartmann a este respecto: «a) Nueva acometida a la reforma». En el siglo xn la comida del domingo que hacía el cabildo de Bamberg constaba de ocho platos, en el xvm la comida de aniversario del abad Ebracher constaba de veintiocho.)⁷

Lo que entonces (como hoy) estaba en el centro de interés del alto clero lo reflejan con bastante fidelidad los documentos, a saber: que su reino es «de este mundo».

Lucha por el «patrimonio eclesiástico» y contra la iglesia propia

Ya en 813 una gran cantidad de cánones de los cinco «*concilia*» franceses (en Arles, Reims, Maguncia, Chalón y Tours) había recordado el patrimonio eclesiástico, los edificios de los templos y las donaciones a las iglesias; más aún, cada uno de los cinco sínodos trató el tema de los diezmos. Por lo demás, el afán de dinero de los eclesiásticos lo ilustra el hecho de que hubiera que prohibir (aunque no sólo en aquella época) ¡el establecimiento de mercados en la iglesia! Hay que pensar, sin embargo, que ya en los tiempos bíblicos la casa del Señor había sido convertida en «una cueva de ladrones». Nada tiene pues de extraño que después de la Navidad del 818 un «*conventus*» celebrado en Aquisgrán «tratase ampliamente sobre el estado de la Iglesia y de los monasterios»; ni que ya el capítulo 1 de la asamblea imperial de 818-819 se dedicase a la protección del patrimonio eclesiástico; ni que los capítulos 7 y 8 versasen sobre las donaciones a la Iglesia; mientras que el capítulo 12 entendía sobre los diezmos de las aldeas de nueva fundación y el 14 volvía una vez más sobre los diezmos y novenos de la Iglesia. Tampoco tenía nada de extraño que el capítulo 29 y último insistiera en el tema de los bienes eclesiásticos así como en el problema de las iglesias propias, que ya habían sido tratados a lo largo de los capítulos 6-14.

Una iglesia propia (*ecclesia propria*) era una denominada casa de Dios (monasterio), que estaba sujeta al derecho de propiedad privada, formando parte de la propiedad de un terrateniente civil o eclesiástico, la cual le estaba enteramente sometida tanto en el orden económico

como en el espiritual. Así como a cada iglesia rural ya en el siglo ix le pertenecían por entero sus ingresos y fincas, así también el terrateniente de una iglesia propia disponía del edificio del templo como del resto de sus posesiones privadas. Disponía del usufructo completo de todos los bienes de la iglesia en cuestión junto con sus rentas, sus bienes, edificios, esquilmo y sobre todo tipo de impuestos, especialmente los diezmos, las regalías, los señoríos, etc. A él correspondían el nombramiento y destitución de los clérigos o (en los monasterios propios) de los abades.

La institución de las iglesias propias, iniciada ya en la Antigüedad sobre suelo romano, acabó difundiéndose por toda Europa y alcanzó su apogeo en los Estados germánicos de los siglos ix y x. Así pues, desde que se impuso la obligación general del diezmo y valía la pena construir una iglesia y convertirse en su propietario, las iglesias propias resultaron cada vez más lucrativas trocándose en objetos deseados de especulación económica, de compra, trueque, préstamo, donación, herencia, etc. En una palabra, las «casas de Dios» llegaron a ser «una inversión de capital rentable» (Schieffer), una «empresa productiva» (Nylander).

A ello se debió sin duda el que la Iglesia combatiera progresivamente en la Baja Edad Media la institución de las iglesias propias, que al principio había soportado por largo tiempo y que desde el período ca-rolingio había conseguido el reconocimiento de hecho y de derecho. Sin embargo, curiosamente empezó por combatirla para guardar las apariencias, cuando se puso de manifiesto la especial perversidad de que los laicos dispusieran de los cargos eclesiásticos en las iglesias propias; más tarde combatió el usufructo privado por parte de los seglares, ciertamente más importante, hasta amenazar con la excomunión y acabar prohibiendo radicalmente la institución mientras que permanecía incólume el señorío de los obispos y los monasterios sobre las iglesias propias!⁸

Así, Luis el Piadoso, sometido como estaba a una fuerte influencia eclesiástica, también ensayó ciertas innovaciones radicales de política agraria respecto del patrimonio de la Iglesia, debiendo los laicos terratenientes renunciar a unas fuentes esenciales de ingresos y renunciar sobre todo a cualquier influencia sobre la ocupación de los ministerios eclesiásticos. El resultado de todo ello fue un enfrentamiento frontal del emperador con la nobleza.

Una y otra vez, sin embargo, los obispos recuerdan el «patrimonio eclesiástico» utilizado en provecho del Estado y la «injusticia» cometida contra tal patrimonio insistiendo en su devolución. Así lo hicieron en la dieta imperial de Attingny del 822, volviendo sobre el tema al año siguiente en Compiègne, al igual que en otras declaraciones precedentes y posteriores.

En un discurso ante el sínodo del 822 también abogó enérgicamente

en favor del patrimonio eclesiástico el venerable Agobardo, arzobispo de Lyon, cuya gran misión vital fue la «cristianización del mundo» (Bos-hof) y —evidentemente sin la autorización del emperador— la lucha contra los judíos (a los que Agobardo ataca en cinco tratados jadelantándose a la consigna nazi de «No compréis a ningún judío»!). Pero el patrimonio eclesiástico tenía que ser sacro en la medida de lo posible. En consecuencia el arzobispo declaraba inviolables todos los cánones, pues habían sido dictados por los concilios en consonancia con la Sagrada Escritura y bajo la inspiración del Espíritu santo. Luego cualquier transgresión de los mismos era una resistencia a Dios y cualquier secularización del patrimonio eclesiástico representaba una violación de los derechos divinos.

Ello hace que todo cuanto el clero quiera tener, arrebañar y retener, pertenezca a Dios. ¡Y a Dios no se le puede estafar en ningún caso! (Y el mundo creyente debe aprender que en la práctica Dios es siempre la cuadrilla de prelados afanosos de dinero y de poder.)

Luis el Piadoso también reforzó y fomentó la posición excepcional de los monasterios en la economía nacional mediante el otorgamiento de numerosas franquicias, derechos de moneda y exenciones de aranceles, y mediante la renuncia a las prestaciones de servicio militar. Esa política la continuaron sus sucesores, haciendo cada vez más frecuentes sobre todo las concesiones mercantiles y monetarias.⁹

Reforma matrimonial y eclipses lunares, o de la superstición del emperador

Apenas puede sorprender que el código virtuoso y moral de la Iglesia se difundiera aún más bajo aquel soberano clerical, aunque a menudo sólo sobre el papel, como suele ocurrir. Especialmente vale esto para el derecho y la política matrimoniales de Luis. Se identificó por completo con los deseos del clero, y aquí no precisamente en favor del Estado. En efecto, si los merovingios cristianos todavía se habían entregado resueltamente a la poligamia, comportándose de manera parecida los primeros carolingios, hasta el punto de que durante largo tiempo la concubina llegó a tener casi el mismo rango que la esposa, de modo que la misma Iglesia la toleró en ocasiones, según lo certifica por ejemplo el sínodo de Maguncia (852, c. 15), Luis el Piadoso ya ni siquiera toleró el concubinato monógamo.

Al principio él mismo había vivido en abierto concubinato. Ya en 794, rondando los dieciséis años, se le había emparejado con Ermengar-da, hija del conde Ingram de la familia de los Robertinos, para preservarle sin duda de los desenfrenos, de «los ardorosos impulsos de su car-

ne», como anota un biógrafo anónimo. Efectivamente, según parece ya antes había tenido relaciones con mujeres, de las que nacieron Alpais y Arnulfo. Pero desde que se hizo con el gobierno soberano vivió tanto en su matrimonio primero como en el segundo de acuerdo con el derecho canónico, sin tomar ninguna manzana ni anular a capricho ninguno de sus matrimonios. De igual modo también a sus hijos los casó en matrimonios monógamos, al menos a los que le habían nacido de Ermengar-da: Lotario (795), Pipino (hacia 797) y Luis (hacia 806), mientras que alguna de sus hijas tal vez sólo posteriormente contrajo tal matrimonio monógamo.

Con su reforma del derecho matrimonial, inspirada únicamente en las normas de la Iglesia, ciertamente que el monarca fracasó, por cuanto que la renuncia a la precedente pluralidad de formas matrimoniales así como a las formas especiales de matrimonio del soberano puso en peligro la unidad del imperio a la que aspiraba y comportó una notable inseguridad jurídica. Y después de él se volvió a las viejas concepciones jurídicas. En el imperio del Luis el Germánico y de Carlos el Calvo prevaleció con mucho el propio provecho sobre la doctrina eclesiástica, de la que las más de las veces sólo se tuvo un recuerdo, para eliminar a rivales políticos o a socios malquistas.¹⁰

El emperador fomentó asimismo la superstición cristiana, como por lo demás había hecho ya antes una larga serie de sus predecesores.

De continuo se habían llevado de Roma cadáveres sagrados, incluso hurtándolos, como el de san Marcelino y el de san Pedro (por mediación de Ratleik, el escribano de Einhardo, a través de Michelstadt en Odenwald); cadáveres que, según aseguran los anales imperiales, «se hicieron famosos por muchas señales y virtudes milagrosas». También llegaron «los restos del bienaventurado mártir Sebastián», el «santo del ejército», patrón de los soldados, además de protector contra la peste y las epidemias del ganado. Y asimismo «las reliquias del santo combatiente de Cristo» pronto proporcionaron «una cantidad tan grande de bendiciones que superan todo número. Y su calidad las hizo casi increíbles...». Pero, agrega el *Anonymus eclesiástico* —y esto ni siquiera por su propio ingenio, como ocurre a menudo, sino plagiando los anales imperiales—, «todo es posible para aquel que cree» (*omnia possibilia esse credenti*).¹¹

Pronto reaccionó también el soberano de todos los franceses, cuando inquietaron su ánimo algunos «signos», cosas de las que «se ocupó... mucho», como movimientos de los astros, cometas terribles, terremotos, eclipses lunares, grano caído del cielo, «sonidos increíbles... durante la noche», «relámpagos frecuentes y desacostumbrados, caída de piedras con el granizo, contagios de personas y ganado». No menos le conmovió el ayuno de una muchacha de unos doce años de la aldea de Commercy cerca de Toul, quien, naturalmente, «después de haber reci-

bido la sagrada cena» de manos de un sacerdote, no comía ni bebía; ocurrió más bien, según refieren los anales imperiales, que «mientras persistía en el ayuno, no tomó ningún alimento corporal ni experimentó ningún deseo de alimentos, pasando así tres años enteros». Tales cosas le quitaban el sueño al atento emperador. Por lo mismo apenas pegaba ojo durante toda la noche, sino que aguardaba la mañana «entre cantos de alabanza y oraciones a Dios», y así tuvo claro «que tales signos maravillosos anunciaban una grave desgracia para el género humano». Por ello ordenó ayunos y oraciones incesantes a la vez que abundantes limosnas para obtener la reconciliación con la divinidad irritada por los pecadores que ni se arrepentían ni hacían penitencia. Las limosnas no sólo para los pobres, sino también evidentemente para los servidores de Dios, sacerdotes seculares y monjes, «y mandó que cuantos pudieran hacerlo celebrasen misa; no tanto por miedo a su bienestar cuanto por solicitud hacia la Iglesia que le estaba confiada», pese a que muchos signos, como él mismo sabía, «apuntaban a un cambio del imperio y a la muerte del príncipe...». Después de todo ello, «se entregó a la caza en las Ardenas» (*Anonymi vita Hludovici*).¹²

Año tras año guerras, asesinatos, mortandades, esclavizamientos. Y día tras día asistencia a misa y oraciones humildes y prolongadas. Mas todo se completa aquí —y no sólo aquí— como la cosa más natural del mundo «para gloria de la santa Iglesia».

A lo cual se añadía además la caza.

«... ese juego asesino que es la caza»

Para Luis el Piadoso la caza arrinconaba todos los años durante algunos meses hasta la guerra y la diplomacia, aunque por lo demás representaba una posibilidad de prepararse para la guerra. Con ello las gigantescas selvas de comienzos de la Edad Media quedaron empobrecidas de caza, «vacías hasta la inedia», de modo que un antiguo poeta sajón hasta pudo hablar de la «tumba del bosque» (*waldes hlēo*). Sin embargo, «en el mes de agosto, cuando los ciervos están más gordos, se entregaba a la caza hasta que llegaba la temporada de los jabalíes». Esto ocurría simplemente «según la costumbre de los reyes franceses». También de Pipino, hijo de Luis y rey de Aquitania, se relata la misma pasión. Incluso el clérigo Ermoldo Nigelo, que vivía en la corte aquitana, exhorta a Pipino para que no abandone los deberes de su alta vocación a causa de su desmesurada pasión por la caza y los perros.

Y la caza continuó siendo un ejercicio feudal y principesco a través de los siglos (para cometer el supuesto pecado de «anacronismo» histórico). Pues, como dice Christian Weisse, «de todos los placeres caballe-

rescos no hay ninguno que agrade más a los grandes señores que ese juego asesino que es la caza». Y Friedrich Heer, que ha puesto de relieve la estrecha conexión entre caza y guerra, entre la caza de animales y la caza de hombres especialmente entre los nobles desde los tiempos de Carlos «el Grande», intenta analizar desde la psicología profunda y la metapolítica el «placer asesino de la caza de aquellos grandes señores». ¹³

Cierto que la gente se entregaba y entrega a la caza sobre todo por el «placer» que produce, mas también en razón del provecho, pues por ejemplo a comienzos de la Edad Media un cierto Othere en dos días y sólo con seis auxiliares («lanzas») abatió 60 caballos salvajes. «Los occidentales aniquilan bosques, destruyen "biotopos" y exterminan la mitad de la población animal», escribe Johannes Fried en su valiosa obra *Die Formierung Europas*.

Tampoco a Luis el Piadoso le detuvo nada, ni milagros ni signos ni epidemia alguna. Incluso cuando en 820 estalló una epidemia singularmente fuerte entre hombres y animales, que en todo el imperio franco apenas perdonó «una franja del territorio», el apasionado Nemrod no renunció a «su habitual cacería de otoño». «Cacería de otoño», una suavización historiográfica. Porque el acoso de los animales hasta herirlos y matarlos en el coto de caza (*brolium, foresta, foret*, bosque) celosamente protegido —incluso de los monjes— se prolongaba a menudo desde finales de verano hasta el invierno (especialmente con cetrerías para la caza de aves) preferentemente en Aquisgrán, en los Vosgos, las Arde-nas, Eifel, en Franconia, como por ejemplo la hacienda Frankfurt en Kreuznach. Pero los merovingios también eligieron como estancia la región cercana a París en razón de sus extensos bosques; siglos más tarde el bosque aún se mantenía allí incólume.

A ello se sumaban especiales cotos de muerte en la inmediata proximidad de los palacios —los carolingios tenían sus propios «palacetes de caza» (más tarde hubo también especiales tratados venatorios)— con vistas a la caza con un séquito pequeño, y en ocasiones con invitados estatales y grandes festines. Así, en la visita del rey danés Harald a In-gelheim Luis le invitó a una cacería en una isla del Rin, con los consiguientes asados de ciervos, corzos, jabalíes y osos abatidos, «obteniendo también el clero algunas porciones excelentes». Y todo ello en medio del bosque, bajo una tienda airosa. Efectivamente, primero «la cacería de otoño» y después, «según la costumbre heredada que cada vez le resultaba más querida», de nuevo «la Natividad del Señor y la fiesta de Pascua» con la subsiguiente guerra del verano. A continuación los ciervos cebados. Y luego los rijosos jabalíes... El emperador «se divertía en otoño con la caza como de costumbre»; «se divertía hasta el período invernal en los... bosques con la caza»; «allí cazaba hasta que le apetecía»

y mientras se lo permitía el inminente frío del invierno»; practicaba «la pesca y la caza, a las que era aficionado desde hacía tanto tiempo». Y de nuevo celebraba «dignamente, cual correspondía» diversas fiestas, y en especial «la festividad del Nacimiento del Señor y las restantes» y sobre todas la de su Resurrección. Seguía entonces una nueva y festiva guerra. «Pero en el mes de agosto, cuando los ciervos...»

Todo esto se lee como una sátira; pero no es un montaje mío, es el montaje de los propios soberanos. Son los puntos culminantes del año cristiano imperial. Y en ocasiones la caza domina todo el año, como ocurrió por ejemplo en el año 825. Apenas había celebrado en Aquisgrán «la sagrada fiesta de Pascua», a primeros de abril, «con la riente primavera marchó a cazar a Nimega». A mediados de mayo, vuelta a Aquisgrán para una asamblea imperial; después «partida hacia Remiremont en el bosque de los Vosgos para cazar»; «concluida la caza, marcha hacia Aquisgrán» para otra asamblea imperial en agosto; una vez más viaje a Nimega y «al terminar la cacería de otoño regresó a Aquisgrán a comienzos del invierno».

Gobernar resulta agobiante. Es necesario el esparcimiento. No sólo mediante la matanza de ciervos, corzos, ciervas y jabalinas, también con la matanza de lobos, osos, búfalos (*bubalus*), bisontes (*urus*), etcétera. En los bosques alemanes había muchas especies de animales. Y allí aguardaban simplemente para derramar su sangre para el emperador. Y para la aristocracia, naturalmente, que también acosaba a muerte a la «caza», la perseguía a caballo y la remataba, la asaeteaba y alanceaba en batidas con jaurías de canes especiales de persecución, presa y despedazamiento.

Todo hace suponer que ya a comienzos de la Edad Media los nobles monteros habían desarrollado «una técnica formal de caza con traillas» (Schwenk) con muchos tipos de perros: pachones, perros de jauría, sabuesos, galgos, perros pastores, perdigueros, zarceros, lebreles, perros pajareños, perros de castor. Desde los terrier, los spitzer y pintscher, que se cuentan entre los perros de caza más antiguos, pasando por los poin-ter. setter, wachtel, spaniel, hasta los dogos, se creó y perfeccionó al máximo todo tipo de perros para satisfacer el placer asesino de los nobles, incluso en los monasterios, como el de Saint-Hubert en las Ardenas; perros que aparecían amorosamente reproducidos en los manuscritos monásticos y hasta en los altares de las iglesias. En efecto, la nobleza eclesiástica se mantuvo aquí firme, pese a las prohibiciones de los concilios. Y así. obispos, abades y simples sacerdotes hasta se procuraron costosas traillas prefiriendo siempre el alboroto de la gran jauría a la misa dominical, pues «estimaban en menos los himnos de los ángeles que el ladrido de los perros» (obispo Jonás de Orleans).

Ya desde su infancia los hijos de los nobles eran educados para la

caza. También Carlos, hijo de Luis, acompañaba a su padre ya a los tres años, junto con su madre Judit, como ocurrió el año 826 en Ingelheim. Y tan pronto como el pequeño Carlos divisaba la pieza —lo cuenta Ermoldo Nigelo, un clérigo franco, tal vez monje—, quería «perseguirla a toda costa, siguiendo el ejemplo de su padre». Suspiraba por un caballo y por tener armas. «Pero otros jóvenes dan caza a la cría que huye y se la llevan incólume a Carlos. En seguida la atrapa con sus armas de juguete y golpea al animal tembloroso.»

El entrenamiento empieza pronto. Así se educaba en el Occidente cristiano. Eso era «lo decoroso»...

Matar hombres y animales. Y rezar. Para ambas cosas había sido adiestrado Luis el Piadoso desde pequeño. Una actividad resultaba tan connatural como la otra. El mentado *Astronomus* escribe: «El sentimiento piadoso del rey había sido ya educado desde su primera infancia para el servicio divino y para la exaltación de la santa Iglesia, de modo que a juzgar por sus obras se le podría haber designado como un sacerdote más que como un rey». Consiguió, en efecto, que «todo el clero de Aquitania», que hasta entonces «estaba más entregado al ejercicio de cabalgar, al servicio de la guerra y a blandir la lanza», se comportase después en forma casi opuesta. Pues desde entonces floreció, gracias a Luis —quien, sin embargo, ni siquiera en período de ayuno (!) abandonaba por completo la práctica ecuestre—, el servicio divino a la vez que la ciencia profana «más rápidamente de lo que hubiera podido creerse». En efecto, aquel clero, que antes de Luis «estaba hundido por completo» (*conlapsus erat*), floreció por obra del joven rey, quien también reformó, restauró o fundó de nueva planta muchos monasterios —supuestamente 25 hasta el 814— en el ámbito de su jurisdicción, de modo «que personalmente quiso imitar el ejemplo memorable de su tío abuelo Carlomán y con ello pensaba alcanzar la cima de la vida devota».¹⁴

Ahora bien, de todo ello no resultó nada. El poder supo mejor. Porque cuando ya habían muerto sus dos hermanos mayores, Pipino y Carlos, «despertó en él la esperanza de la soberanía de todo el imperio» (*Anonymi vita Hludovici*). Y el pío potentado ya no se atribuyó el simple título de «*rex Francorum*», sino que desde el mismo comienzo se llamó «*imperator Augustus*».¹⁵

Purificación de Aquisgrán de «reos de alta traición» y de prostitutas

A la muerte de su padre tenía Luis treinta y seis años; se hallaba entonces precisamente en el palacio de Doué-la-Fontaine (Saumur), en Aquitania. el vasto territorio entre el Atlántico y el Ródano, entre el

Loira y la cadena de los Pirineos, que no había sido sometido de forma definitiva hasta el 768 tras largos y encarnizados combates. Para empezar ordenó un funeral religioso con oraciones, himnos y una misa cantada. Después marchó a Orleans, donde el obispo local Teodulfo, un experto cortesano, lo ensalzó en una oda compuesta para la ocasión en un tono tan ampuloso como exaltado; y siguió por París hasta Aquisgrán, visitando ante todo los templos y monasterios de Saint-Aignan, Saint-Mesmin, Sainte-Geneviéve, Saint-Germain-des-Prés y Saint-Denis, tumba de su abuelo Pipino. Y en todas partes, dice el Astrónomo, la alta nobleza corría a su encuentro «apostando por él en número cada vez mayor». Incluso Wala, primo de Carlos I y uno de sus consejeros más influyentes, el hombre del que tal vez menos se lo había esperado, prestó de inmediato a Luis el juramento de fidelidad.

Todavía de camino ordenó el nuevo soberano limpiar de elementos indignos el palacio de Aquisgrán, donde el clero palaciego, rodeado de prostitutas, se había entregado bajo san Carlos a una vida de desenfreno; y a la vez mandaba «mantener cuidadosamente arrestados hasta su llegada a algunos que se habían hecho culpables por actos de lascivia particularmente espantosos y por el orgullo insolente del crimen de lesa majestad».

Supuestamente en la corte y en las aldeas circundantes se encontraba una chusma de «rameras, ladrones, asesinos y otros criminales» (Simson). Durante esa medida profiláctica fue asesinado en Aquisgrán un mensajero de Luis, el conde Warnar, y su primo Lamberto fue herido gravemente; también pereció su adversario Hoduino. Por su parte, el monarca piadoso, aunque en ocasiones iracundo, el «emperador siempre bondadoso para con los demás», en su «clemencia» hizo que al «caso» indultado Tulio «únicamente le sacasen los ojos», como anota enfáticamente el Astronomus.¹⁶

Y todavía antes de que Luis entrase en Aquisgrán se eliminó allí a algunas personas como «reos de alta traición». Pronto desaparecieron quienes precisamente en los últimos tiempos habían ejercido una influencia decisiva en la corte de Carlos, como fueron los hijos de Bernardo, un hermano del rey Pipino. A un primo segundo de Carlos, llamado Adalhardo, que era abad de Corbie en la Somme y que para entonces era ya un anciano, lo depuso sin interrogatorio ni juicio alguno, le despojó de sus bienes y lo hizo desembarcar en el monasterio de Saint-Filibert, en la lejana isla atlántica de Herí frente a la costa aquitana; y a su hermana Gundrada, la amiga de Alcuino, que a su vez era abadesa de media docena de monasterios, la hizo encerrar en una casa de freilas de Poitiers. Su hermano, el conde Wala, tomó la iniciativa y, adelantándose a la cólera de Luis, se retiró de inmediato al monasterio de Corbie, del cual expulsó el emperador a Bernar, que era el tercero y menor de los

hermanos y que allí vivía como un simple monje, desterrándolo al monasterio de Lérins en una isla frente a las costas de Provenza.

También Bertha y Gisla, las hijas amadísimas de Carlos I y hermanas carnales de Luis, con numerosos cortejadores y con una vida amorosa muy airada, «la única mancha en la corte imperial», y que «desde largo tiempo atrás» venían irritando al Piadoso, fueron encerradas en diversos monasterios. Todo ello en contra frontalmente de la disposición paterna de que se les permitiese elegir entre matrimonio y velo, y frontalmente en contra de la promesa jurada que el propio Luis hizo en 813 de «ejercer siempre una clemencia inmutable» con sus hermanas y hermanos, los sobrinos y demás parientes. Sin embargo, el alejamiento de palacio de las hermanas, a las que después apenas se menciona, con destino desconocido, fue una de las primeras medidas de gobierno de Luis. Y probablemente la conducta «inmoral» de las mismas sólo fue un pretexto para el novato en Aquisgrán. En realidad lo que más temía era sin duda su injerencia, su rebeldía y su familiaridad con los funcionarios que desde hacía mucho tiempo dirigían los asuntos del Estado: las temía porque podían manejar el poder mejor que él mismo.

Pero mientras el emperador no siempre se mostró indulgente dentro del círculo familiar, ni tampoco con parientes cercanos —como sus hermanastros Drogo, Hugo y Teoderico, «bastardos» de su santo padre habidos de las concubinas Regina y Adalindis y arrinconados desde el primer momento—, se mostró muy solícito con sus propios descendientes. A los hijos ya mencionados Lotario y Pipino los nombró virreyes de Baviera y Aquitania; a su retoño ilegítimo Arnulfo lo hizo conde de Sens y a su yerno Bego de Toulouse, de la familia de los Gerhardinos, que desde aproximadamente el 806 estaba unido a su hija Alpais, habida asimismo antes de su matrimonio, le otorgó el condado de París.

Más tarde fueron también preferidos los Güelfos, parientes de la ambiciosa emperatriz Judit, su segunda esposa. Su madre Heilwig recibió como obsequio la aristocrática abadía real de Chelles; su hermano Rodolfo, los monasterios de Saint-Riquier y de Jumiéges; su hermano Conrado, que se alzó como magnate en Alamania, obtuvo Sankt Gallen y como esposa a Adelaida, hija del conde Hugo de Tours, suegro de Luis.¹⁷

Apenas asentado el monarca en el palacio aquisgranense, no sólo asumió «todos los reinos, que Dios había dado a su padre» —bella expresión para referirse a uno de los grandes depredadores de la historia universal—, sino que se hizo mostrar, como era de suponer, «ante todo y con gran premura todos los tesoros de su padre, en oro, plata, piedras preciosas», etcétera, y naturalmente envió «la mayor parte del tesoro a Roma en tiempos del bienaventurado papa León...», según refiere el corepíscopo Thegan. Allí siempre había más necesidad que en cualquier

otra parte. Y también el padre de Luis había enviado a la «Santa Sede» con gran generosidad bienes masivamente robados. Pues, como bien sabe el *Fausto* de Goethe:

*La Iglesia tiene un buen estómago,
ha devorado países enteros
y así y todo nunca se ve harta...¹⁸*

El emperador, el clero y la unidad imperial

Luís el Piadoso se mostró aún más complaciente con la clerecta que su padre, y los numerosos historiadores que le llaman devoto, clerical y mojigato llevan toda la razón. Ya a comienzos de su reinado renovó el joven monarca «todas las ordenanzas que en tiempos de sus antecesores se habían dictado en favor de la Iglesia de Dios». Para ello se apoyó casi exclusivamente en clérigos, en su mayoría «aquitanos», refiriéndose a los cuales dice una vez más el obispo Thegan, personaje bienquisto al emperador, que «se fió de sus consejeros más de lo necesario». ¹⁹

Con excepción del archicapellán Hildebaldo de Colonia, Luis no dejó en su puesto a ninguno de los hombres que hasta entonces habían dirigido el Estado, nombrando para casi todos los cargos de responsabilidad de la corte a gente nueva y muy en especial a quienes ya habían ejercido una influencia decisiva en Aquitania.

Entre ellos figuraba el sacerdote Helisacar, que ya desde el 808 había presidido la cancillería aquitana y que ahora, en Aquisgrán, se hizo cargo de la cancillería imperial. Pronto se vio generosamente recompensado con la abadía de Saint-Aubin, más tarde con la de Saint-Ri-quier y quizá también con la extraordinariamente rica de Saint-Jumié-ges junto con sus amplias posesiones, que se extendían desde el Loira al Escalda. En agradecimiento el sacerdote y abad en la sublevación del 830 se pasó al bando de los enemigos de Luis.²⁰

Pero el que probablemente llegó a ser el consejero más importante del emperador fue el visigodo Witiza, a quien él veneraba grandemente, con su programático nombre monacal de Benito, y que era hijo del conde de Maguelone, uno de los temidos espadones. Como quiera que fuese, el tal Benito, educado en las cortes de Pipino III y de Carlos I (su fiesta se celebra el 11 de febrero), tomó parte como buen cristiano —como «buen cristiano», ciertamente, a la vez que como «gran soldado»— en las campañas militares de Pipino y de Carlos, antes de que la muerte trágica de su hermano lo empujase a vestir la cogulla monacal. Pero fracasó una y otra vez en su carrera de asceta. Abandonó el mo-

nasterio de Saint-Seine en Dijon, porque le pareció demasiado laxo. Después, en la heredad paterna de Aniane, en Montpellier, ahuyentó con su rigorismo a los primeros discípulos. Profesó entonces las reglas monásticas de Pacomio y Basilio, pues la Regla de Benito de Nursia sólo la encontraba útil «para débiles y principiantes». Mas cuando de nuevo entró en una crisis «vocacional», ensalzó precisamente dicha Regla, denostada «para débiles y principiantes», como la única norma válida de una existencia monacal.

Pero difícilmente puede hablarse de debilidad en la Regla benedictina. Cuando los monjes eran reprendidos por un prelado, tenían que postrarse a sus pies hasta tanto que él les diera permiso para levantarse. Y si un monje huía, ordenaba Benito devolverlo a rastras con las piernas trabadas y azotarlo. También ordenó el santo disponer una cárcel en cada monasterio; y las cárceles monacales de la Edad Media eran bárbaras, siendo las condiciones de existencia en las mismas «extremadamente duras», pues la prisión «se equiparaba en las consecuencias a un castigo corporal» (Schild). Además aquella reforma monástica contenía «siempre una punta de acritud contra la ciencia y la cultura humanas» (Fried).²¹

El abad Benito de Aniane —a quien Luis confió primero el monasterio de Maursmünster en Alsacia y después, muy cerca de Aquisgrán, el monasterio de Inden (Kornelimünster), una nueva fundación generosamente dotada con bienes de la corona, una especie de «monasterio modelo» en todo el imperio— permanecía mucho más tiempo en la corte que en su monasterio. El soberano acudía de todos modos con frecuencia al mismo, por lo que se le dio el nombre de «el Monje». Benito, que mandaba sobre todos los monasterios frances, continuó siendo hasta su muerte (821) el hombre clave de la corte, donde se ocupaba de menudencias, memoriales y reclamaciones a la vez que de las cosas importantes y graves, aconsejando sobre todo al emperador en la vasta reforma político-eclesiástica iniciada en 816.

El movimiento reformista del abad, inspirado en la Regla de Benito de Nursia, perseguía la formación de un único pueblo cristiano a partir de los numerosos pueblos del imperio —lo que respondía exactamente a la política estatal—; pretendía hacer del cristianismo la base de toda la vida pública; más aún, quería establecer la «*Civitas Dei*» sobre la tierra: un Dios, una Iglesia, un emperador, cuyo cargo contaba siempre dentro de la Iglesia más que cualquier ministerio conferido por Dios.

Por ello los prelados estaban fuertemente interesados en la unidad del imperio y precisamente sus caudillos defendieron con pasión la idea de tal unidad. Pero en modo alguno les interesaba en primer término el imperio, sino la Iglesia, teniendo ante los ojos el provecho de ésta sobre todo. Porque el principio de división, profundamente arraigado en la

concepción del Estado y del derecho, condujo en su aplicación consecuente a un número cada vez mayor de reinos fraccionados según que un soberano dejara mayor número de hijos y herederos legítimos, y en consecuencia condujo también a unos reinos separados cada vez más pequeños, es decir, a una mayor fragmentación. Pero con la ruptura de la asociación estatal se rompió también la asociación eclesiástica: los bienes raíces, numerosos y a menudo muy dispersos, de iglesias y monasterios pertenecían a distintos señores, la administración del patrimonio eclesiástico y su control se hicieron más difíciles, mientras que su confiscación, especialmente en tiempos de crisis, podía llevarse a cabo de forma más fácil y rápida. En una palabra, para nadie fueron mayores los inconvenientes de la fragmentación y las ventajas de la unidad del imperio que para los obispos.

En efecto, la reforma monástica de Benito, su «principio de *una regula*», no sólo afectó a la vida monacal, a los denominados asuntos espirituales. Tan importante al menos, si es que no más, era el patrimonio eclesiástico. El emperador no quería que se dividiera ni mermase ni en su reinado ni en el de sus sucesores. Por lo demás prohibió también la ya largamente floreciente caza de almas, la atracción con halagos de niños y niñas al monasterio para poder así llegar a su fortuna; con ello prohibía un negocio muy en boga desde la Antigüedad y, dentro de lo que cabe practicado todavía hoy, como era el de desheredar a los parientes en favor de las iglesias.²²

Además del hasta entonces canciller aquitano, el presbítero y abad Helisacar, y además del abad Benito de Aniane, el hombre que sin duda ejerció la máxima influencia sobre el emperador, especialmente desde el 819, fue Hilduino, abad de Saint-Denis, Saint-Médard en Soissons y Saint-Germain-des-Prés en París (un monasterio que en su entorno inmediato poseía más de 75.000 hectáreas de terreno!). Después de muerto el archicapellán y arzobispo Hildebaldo de Colonia, el abad Hilduino dirigió la capilla palatina, la clerecía cortesana e impuso poco a poco el título de «archicapellán» (*archicapellanus*). En una primera sublevación contra Luis en 830 cierto que el abad Hilduino, como el abad Helisacar, se pasó al bando de los enemigos del emperador, en el que se encontraba entre otros el caudillo del episcopado galo, el arzobispo Agobardo de Lyon, el gran enemigo de los judíos, que precisamente había destacado de manera especial bajo el rey Luis.²³

La *Ordinatio Imperii* (817) y la ironía de la historia

El cambio básico constitucional, adoptado en la asamblea imperial que se celebró en Aquisgrán en julio del 817 y a la que asistieron nume-

rosos grandes civiles y eclesiásticos y que —según el uso franco— fue precedida de un triduo de ayunos, oraciones y misas, ordenaba la unidad indivisible de la soberanía en el imperio franco. La nueva ley de sucesión al trono, la *Ordinatio impertí*, sustituía a la *Divisio regnum*, la ley de división de los reinos y del ordenamiento sucesorio, dictada por Carlos I el 6 de febrero del 806 (la cual, de acuerdo con el derecho hereditario franco, preveía la repartición del imperio entre todos los hijos del emperador) y ordenaba algo nuevo en la historia de los franceses y contrario al uso hasta entonces vigente de las divisiones del imperio y del tradicional derecho hereditario de todos los hijos legítimos del rey: configuraba ahora la *imitas impertí* sobre el modelo de la *unitas ecclesiae*, condenando cualquier división como un crimen contra el *Corpus Christi*. Con ello quedaban anuladas antiquísimas ordenanzas de sucesión al trono y viejos principios jurídicos, no sin favorecer los intereses de la Iglesia y «especialmente a los círculos del clero alto» (Schieffer).

Naturalmente todo el asunto se había discutido en todos sus detalles al nivel más alto. Mas como todo ello era contrario a unas concepciones imperiales profundamente arraigadas y resultaba nuevo por completo, se imponía «como ocurre siempre en tales casos», al decir de Bernhard Simson, «vestir el nuevo derecho, que quería crearse, con un nimbo religioso, con la aureola de la inspiración y la providencia divinas». Con una ceremonia bien ensayada, con tres días de largos ayunos generales, con rogativas, celebración de misas, etcétera, se procedió a conocer la voluntad del Altísimo y finalmente el piadoso príncipe anunció algo que estaba decidido desde largo tiempo atrás, y que afectaba principalmente «al santo interés de la Iglesia», como una inspiración repentina de Dios. Así, ahora ya no se debía dividir el imperio obedeciendo al amor de Luis por sus hijos, sino que por obediencia a «Dios» sería más bien el hijo mayor, Lotario, quien se convertiría en el único soberano. Y así, también «por inspiración divina», fue elegido coemperador y coronado inmediatamente después, inculcándole ahora Luis —como en tiempos lo había hecho su padre con él— la protección de la Iglesia y en especial la de la Sede apostólica. Por lo demás, Lotario recibió la corona de su propia mano, sin intervención alguna papal o episcopal, y también recibió la mayor parte del imperio.

Los hijos menores, Pipino y Luis, obtuvieron el título de reyes a la vez que algunos territorios relativamente pequeños, aunque tampoco insignificantes: Pipino obtuvo Aquitania, Vasconia y la Marca de Tolosa con algunos otros condados, mientras que Luis recibía la mayor parte de Baviera, la Marca Oriental, Panonia y Carintia. Con vistas a prevenir tras la muerte de Luis el desmembramiento del imperio en reinos fragmentarios, ambos quedaron expresamente sometidos a Lotario, con notables recortes en los ámbitos más importantes de dominio res-

tringiendo su autoridad a la política interna y, como reyes vasallos, estaban obligados a informar al emperador cada año. Sólo con la anuencia del emperador podían casarse, teniendo además que obedecer a la asamblea imperial. Para decirlo en pocas palabras, los hermanos menores fueron excluidos de cualquier participación igualitaria en la regencia.

Por otra parte, los reyes vasallos tenían el derecho de proveer a discreción todos los cargos en sus reinos, y no sólo los cargos civiles, como los condados, sino también los cargos eclesiásticos como eran las sedes episcopales y las abadías. Y por supuesto los obispados y monasterios franceses (Saint-Denis, Saint-Germain-des-Prés, Reims, Tréveris, Fulda, etcétera) conservaban sus más bien extensas posesiones en Aquitania, Italia y otros territorios dependientes.

En la asamblea imperial de Aquisgrán del 817 los reinos fragmentarios se convirtieron así en partes del imperio. No formaban Estados autónomos, sino que estaban sometidos a Lotario, el soberano de todo el imperio, quedando excluida cualquier partición ulterior consecuente por ejemplo a otros herederos legales de sus hermanos. Todos juraron observar las disposiciones, que el emperador firmó de su propia mano.²⁴

La ironía de la historia: la *Divisio regnum de Carlos I*, dictada el 806, preveía la *partición* del imperio entre sus tres hijos. Mas como los dos hijos mayores murieron, quedó Luis como único soberano y el imperio permaneció indiviso. La *Ordinatio imperii* de Luis, promulgada el 817, intentaba asegurar la *unidad* del imperio en cualquier circunstancia. Pero la empresa fracasó —no obstante la inspiración divina— y el imperio se dividió. Y ello no sólo porque Bernardo, rey de Italia y sobrino del emperador, pasó por alto la *Ordinatio imperii* sin llamar la atención, sino también porque ninguno de los hijos menores del emperador estuvo de acuerdo con ella. El nuevo ordenamiento sólo condujo —como suele ocurrir— a una nueva contienda, a continuas rivalidades dentro de la casa imperial y con ello al comienzo de la gran crisis del *Imperium carolingio*.

Luis el Piadoso manda desollar y tonsurar a sus parientes y hace una confesión pública de sus pecados

La primera rebelión contra el nuevo ordenamiento de Luis, que había de asegurar la unidad del Imperio y de la Iglesia, del trono y el altar, partió de Bernardo de Italia. El hijo único del rey Pipino, el depredador del tesoro de los ávaros, educado tras la muerte de su padre (810) en el monasterio de Fulda, adoptó oficialmente después de la asamblea imperial de Aquisgrán (septiembre del 813) el título de «rey de los longobardos». Con el cambio de soberano había prestado vasallaje al nuevo em-

perador y «de nuevo incólume», como dice el corepíscopo Thegan, había regresado a Italia, pero sin haber sido incluido en la ley de división del imperio y ni siquiera haber sido mencionado en la misma. Mas cuando en virtud de la *Ordinatio imperii* hubo de someterse a Lotario I, hijo de Luis, como antes lo había estado a Carlomagno, su abuelo, y al emperador Luis, se rebeló con numerosos magnates de su reino. Por lo demás, y según refieren las fuentes de forma unánime, tal iniciativa no partió del joven soberano, que por entonces frisaba en los 20 años, sino de sus consejeros.

Algunos meses después de publicada la *Ordinatio imperii* del 817 Bernardo, olvidado por entero en la misma, junto con «algunos hombres perversos» (*Annales regni Francorum*) —entre los que figuraban el poeta de la corte, obispo Teodulfo de Orleans, los obispos Anselmo de Milán y Wolfoldo de Cremona así como algunos abades, según una fuente antigua —, montó una «sublevación», muy extendida aunque mal organizada. Se pretendía destronar a Luis y poner a Bernardo en su puesto. Mas todo hace suponer que no se trataba tanto de un destronamiento cuanto de asegurar la persistencia del pequeño reino de Bernardo.

El emperador movilizó grandes contingentes de tropas, exigió además a los abades y abadesas que «prestasen el servicio militar», porque «por astucia de Satán el rey Bernardo se había aprestado a la sedición», partió hacia el sur a marchas forzadas e hizo ocupar los pasos de los Alpes hacia Italia. Pero ya antes de que la sublevación hubiera empezado propiamente y sin ni siquiera haber cruzado las espadas, Bernardo se presentó con sus leales en Chalons-sur-Saône al parecer por su libre decisión. Depuso las armas y se arrojó a los pies del emperador. De forma parecida actuaron los grandes de Bernardo, quienes «apenas iniciado el primer interrogatorio declararon abiertamente y *motu proprio* todo el curso del asunto». Pero en vano. Luis los hizo apresar, los envió a Aquisgrán y allí, en la primavera del 818, durante la asamblea imperial, de manera delicada —como repite el analista imperial— y sólo después de que «hubiera pasado el tiempo de ayuno de la cuaresma» los hizo condenar a muerte, al menos a todos los considerados civiles, para después «indultarles» la pena de muerte por el cruel castigo de arrancarles los ojos: «simplemente se les privó de la vista»; lo que «jurídicamente era irreprochable» (Boshof).

Como verdugo del «rey siempre bondadoso con los demás», del monarca «que siempre solía ejercitar la clemencia», «de sentimientos misericordiosos por naturaleza», actuó el conde Bermundo de Lyon. El rey Bernardo, a quien antes Luis había llamado hijo suyo, y que a su vez acababa de ser padre de un niño con el nombre del abuelo Pipino, se vio duramente castigado, y con razón. Se defendió y murió con las cuencas

de los ojos vaciadas, «no obstante la manera clemente de actuar del emperador», dos días después, el 17 de abril del 818. También su tesorero y asesor Reginardo, al igual que Reginhar, hijo del conde Meginhar, cuyo abuelo Hadrad había tramado en 785 la conspiración de los turin-gios contra el emperador Carlos, se defendieron y sucumbieron al terrible procedimiento, por «no haber soportado con la suficiente paciencia el que les sacasen los ojos» (*Anonymi vita Hludovici*).

Los demás lo superaron. Y los obispos, abades y demás sacerdotes implicados escaparon como siempre mucho mejor librados, pues sólo fueron juzgados por el sínodo de sus iguales y el estado clerical —lo que debería animar abiertamente a la criminalidad— siempre protegía de lo peor. Desgraciadamente no protegía a los «laicos» de lo peor del clero. Sus rebeldes fueron conducidos a diversos monasterios el 17 de abril de 818, mientras que otros cómplices seglares o fueron desterrados o se les impuso la tonsura monacal, siéndoles confiscados sus bienes.²⁵

Todos sospecharon de la crueldad de Luis el Piadoso, en especial contra el joven y alegre Bernardo, a quien sus consejeros engañaron. Pero ahora se hizo desconfiado, de modo que hasta a sus pequeños hermanastros, los hijos de Carlos I no nacidos de «matrimonio legítimo», les obligó a hacerse la tonsura encerrando a Drogo en Luxeuil, a Hugo en Charroux y a Teuderico en un lugar desconocido. Todo ello contra la voluntad de los mismos y contra su propia promesa jurada de ser inmutablemente misericordioso con sus hermanas, hermanos y demás parientes. Pero así frenaba cualquier eventual aspiración al imperio, cualquier participación en el gobierno. Más tarde se reconcilió con ambos y mediante la concesión de cargos y prebendas eclesiásticas compró su lealtad permanente. Su hermanastro Drogo fue obispo de Metz ya a los 20 años; su hermanastro Hugo fue abad del rico monasterio de Saint-Quentin y abad asimismo de los de Saint-Omer (Sithiu) y Lobbes; Teuderico parece que murió a edad temprana.²⁶

Al brutal comportamiento del emperador contribuyó probablemente su influyente amigo el abad Benito de Aniane. En todo caso no deja de sorprender el que, apenas fallecido el santo en 821, ya en la asamblea imperial de Diedenhofen celebrada en el otoño perdonase Luis a los rebeldes supervivientes. Más aún, a los hermanos Adalhardo y Wala, que languidecían en un destierro de años, los devolvió de nuevo a la corte y los convirtió en sus consejeros importantes.

En agosto del 822 Luis hizo una confesión pública de sus culpas en la dieta imperial de Attigny del Aisne. Lamentó su crimen contra su joven sobrino Bernardo, muerto miserablemente; lamentó la dureza de su corazón contra sus pequeños hermanastros, a los que impuso la tonsura clerical, y contra Adalhardo y Wala, primos de su padre. Fue aquel un procedimiento singular en la historia de los frances, una humillación del

emperador procedente del clero, detrás de la cual estaban tal vez de manera muy especial los primos de Carlos profundamente humillados en el pasado. En cualquier caso el acto penitencial impuesto por los prelados no disminuyó a los ojos del pueblo el prestigio del soberano, mientras él exaltaba el de los obispos, aun cuando ellos reconocieran de paso su negligencia tanto respecto de la doctrina como del ministerio «en muchos lugares, que no sería posible enumerar».²⁷ No, ahí se impone la discreción.

La avaricia de los grandes y los que nada tenían

Con el desarrollo de tales acontecimientos, lejos de mejorar, la situación del Estado más bien se agravó. El egoísmo, la insatisfacción y la desobediencia cundían por doquier. Las campañas militares cada vez reportaban menos éxitos en tanto que crecían las intrigas en la corte, las violaciones del derecho y la explotación por parte de los funcionarios, aumentando asimismo la venalidad y la brutalidad de la nobleza.

Cierto que las continuas querellas de dentro y las guerras de fuera a menudo habían hecho más ricos a los ricos; pero los pobres seguían siendo pobres o se empobrecían aún más. Se vieron por añadidura más explotados, oprimidos y humillados por la avidez de los magnates y de los sacerdotes. Los señores civiles y eclesiásticos dictaban los precios, desollaban a sus siervos y les hacían pasar hambre. Incluso, según un biógrafo de Luis, sus emisarios reales encontraron «una muchedumbre incontable de oprimidos», a quienes la injusticia de los funcionarios había privado de la herencia o de la libertad. Mas las intrigas de los grandes, sus luchas y rivalidades, su afán por explotar a los demás y procurarse prebendas cada vez más sustanciosas, la corrupción que reinaba en la Iglesia y la simonía que se daba sobre todo en Roma contribuyeron a incrementar más todavía la miseria de las masas.

Y mientras tanto muchos poderosos y ricos se entregaban a la caza, al juego, a la borrachera y la intemperancia; se abandonaban a la venganza de sangre y a todo tipo de excesos sexuales, mientras que en ocasiones vivían bajo el mismo techo con ladrones y criminales, sobornaban y se dejaban sobornar, apaleaban a quienes dependían de ellos casi como a personas sin ningún derecho, los azotaban, les hacían cortar la lengua y los mataban. Y mientras que los obispos nadaban en la abundancia, el lujo y la borrachera de poder, mientras que sacerdotes y monjes abandonaban sus casas y monasterios vagando de un lado para otro en busca de placeres y operaciones usurarias y mientras que dilapidaban el patrimonio eclesiástico, se emborrachaban, fornican y predicaban que «los derechos de los señores eran iguales por naturaleza», empuja-

ban a la masa del pueblo a una pobreza cada vez mayor, la engañaban con falsos pesos y medidas y con precios que les chupaban la sangre. No pocos de los explotados emigraron o se defendieron formando bandas de salteadores, con lo que se multiplicaron los atracos, robos y asesinatos.

En su Historia de la Iglesia medieval Karl Kupisch escribe que también «salieron mal» los diferentes intentos de reforma eclesiástica apoyados por Luis el Piadoso; y ello porque «en la Iglesia tales esfuerzos tuvieron poco éxito, debido a que después de la muerte de Carlo-magno el alto episcopado aspiró a la independencia y al aumento de las riquezas. También en los monasterios los resultados fueron muy modestos».

Fue una época, se lamenta Pascasio Radberto, abad de Corbie y testigo presencial, que «rompió los lazos de la fraternidad y de la sangre, hizo brotar por doquier las enemistades, separó a los lugareños, apagó la fe y el amor, dañó incluso a las iglesias y provocó corrupción en todas partes...». En una palabra, fue una época cristiana, una época como la que ya conocemos en lo esencial desde los primeros siglos. Y, de nuevo en lo esencial, también la conocemos en todos los siglos posteriores. Fue una época, como señala el franco Nithard, uno de los pocos escritores laicos de la primera Edad Media, en la cual el imperio fue empeorando de continuo, «porque cada uno, empujado por sus malas pasiones, sólo buscaba el propio provecho». Y esto último volvería a contar desde luego en muchos períodos históricos, hasta hoy mismo.

A los males dominantes empujaron las catástrofes naturales: lluvias casi interminables, riadas, grandes incendios, como ocurrió el año 823 cuando sólo en Sajonia ardieron por el rayo 23 aldeas «de día y con un cielo claro». Los terremotos sacudieron el mundo, las epidemias se desataron sobre todas las criaturas, y en ocasiones «apenas una franja de tierra» se vio libre de las mismas en todo el imperio. Hicieron estragos algunos inviernos duros, largos y con mucha nieve, en los que sucumbieron hombres y animales, y hasta las grandes vías de agua del Rin, del Danubio y del Elba se helaron, a veces durante muchas semanas, de modo que podían cruzarlos carros cargados de mercancías «como por un puente»; a comienzos de la primavera seguía el deshielo devastador. Hubo veranos extraordinariamente secos y calurosos. Fueron frecuentes las hambrunas. La producción agrícola de la Alta Edad Media está «lejos de mostrar un alto grado de dominio de la naturaleza, sino más bien un bajo nivel de cultivo» (Bentzien). La mortandad fue en aumento. Y la miseria creció de continuo en aquellos primeros veinte años.²⁸

Y a ello se sumó, como siempre, la política exterior.

Política exterior o «los amables alicientes del verano...»

Luis el Piadoso hizo la guerra casi año tras año cual convenía a un soberano cristiano y creyente, debido sobre todo a conflictos dinásticos y a problemas de política interna. Pero una y otra vez traspasó también las fronteras o las hizo traspasar, aunque ya como soberano universal casi nunca participó personalmente en las campañas sino que hacía que otros combatiesen por él; en efecto, ése era ya desde hacía largo tiempo el método de todos los gobernantes en unas matanzas para entonces mucho mayores.

Apenas interesaban ya los pactos.

Poco después de la subida al trono del emperador, por ejemplo, el rey sarraceno Abulaz, padre de Abderramán, emir de Córdoba (796-822), solicitó una paz de tres años. «Ésta se observó al comienzo —informa el biógrafo anónimo de Luis—, pero más tarde volvió a ser rechazada cual poco ventajosa y se proclamó la guerra contra los sarracenos.» «Tras la derogación de la paz ficticia, se declaró la guerra», según él mismo comenta otra vez. Ni los merovingios ni los carolingios supieron utilizar la paz. Y así, bajo aquellos príncipes cristianos las matanzas eran casi tan regulares como las oraciones; y en cualquier caso tan pronto como los caballos encontraban forraje, «seguían los amables alicientes del verano...», anota la misma fuente poco después. Entonces apenas se dejaba pasar ninguno de tales alicientes sin golpear en alguno de los puntos cardinales, en varios y a veces en todos al mismo tiempo. Y, naturalmente, «con la ayuda de Cristo...».²⁹

Finalmente, la guerra contra los paganos y los enemigos de la santa Iglesia era un deber sagrado. Y así como ya los clerizontes guerreros acompañaban a la primera Majestad cristiana, también lo hicieron los monarcas carolingios. «Cada obispo debe celebrar tres misas con tres salmos: una por el rey, otra por el ejército de los frances y la tercera por la tribulación momentánea.» Con ello los espadones frances saqueaban sin freno alguno el territorio enemigo; antes el saqueo estaba prohibido. Pero después se aplicó «una política de tierra quemada...; y quienquiera que caía en manos de la leva era eliminado. Aquitania, Bretaña, Sajorna, Septimania y muchas otras regiones fueron hasta tal punto devastadas, que las secuelas pudieron rastrearse durante siglos» (Riché).³⁰

Guerra contra daneses, sorbios y vascos

La investigación más reciente atribuye sí a Luis el Piadoso el «intento de una fundamentación ética general para su política» (R. Schnei-der). Pero, además de que el intento no es todavía una realidad, la polí-

tica no la hacían únicamente el emperador y su corte. Y cuando al comienzo de su reinado ordenó Luis hacer indagaciones en todos los territorios de su imperio, como el corepíscopo Thegan escribe con ingenuidad casi conmovedora, de «si alguien había cometido algún desafuero», sus hombres encontraron «una multitud innumerable de oprimidos, bien fuese porque se les había privado de la herencia paterna o porque se les había arrebatado la libertad; cosa que funcionarios, condes y delegados solían hacer de forma maliciosa...». ¡Con lo que se trataba ya a los propios súbditos como después se trató sólo a los enemigos!

En 815 un ejército sajón-abodrito atacó a los daneses; pero, tras una serie de devastaciones «por doquier», regresó con cuarenta rehenes sin haber logrado nada. En 816 Luis envió a sus tropas contra los sorbios. Esta vez «cumplieron eficazmente» (*strenue compleverunt*, Anales imperiales) las órdenes del emperador y les atacaron, como dicen las fuentes, «con tanta rapidez como facilidad con la ayuda de Cristo», y «con la ayuda de Dios obtuvieron la victoria». El emperador, sin embargo, «se entregó a la caza en el bosque de los Vosgos». Asimismo en el otro extremo del imperio, en las pendientes septentrionales de los Pirineos, se sublevaron los vascos que fueron sometidos «por completo» (*Annales regni Francorum*), aunque sólo tras dos campañas militares. Después de lo cual, según el Anonymus, «desearon ardientemente la sumisión», que precisamente intentaban rechazar.³¹

Guerra contra los bretones

Repetidas veces llevó a cabo Luis campañas devastadoras contra los levantiscos bretones, cuyos príncipes pretendieron en varias circunstancias el título de rey. En varias ocasiones atacó al «pueblo mendaz, orgulloso y rebelde», que ni siquiera su padre había logrado dominar enteramente y que ya los merovingios, antes de Carlos y Pipino, quisieron someter en repetidos intentos.

En el verano del 818 marchó en persona —casi su única campaña militar como emperador— con un ejército de francos, borgoñones, alamanes, sajones y turingios contra los «rebeldes bretones, que en su audacia osaron nombrar rey a uno de los suyos, de nombre Marmano, rechazando cualquier obediencia» (Anonymus). Los altivos cristianos, que miraban por encima del hombro a las gentes que les resultaban tan extrañas, reclamaban la «soberanía» con sumisión y tributos. El rechazo del homenaje, del tributo (cincuenta libras de plata «desde antiguo»), les bastó ciertamente como motivo de guerra. Así y todo puede que también movieran a Luis motivos cléricales. La Iglesia bretona seguía siendo todavía bastante autónoma; es decir, estaba regida principal-

mente por la Iglesia escocesa, que se apartaba de las normas benedictinas y escapaba de forma notable a la influencia de Roma. El clero franco abominaba sobre todo de la mayor libertad del derecho matrimonial bretón y de la celebración de matrimonios entre parientes cercanos.

Ya al comienzo de la marcha peregrinó Luis en París de un templo a otro. Y de camino visitó monasterio tras monasterio y, según la costumbre, fue abundantemente agasajado por los abades Hilduino de Saint-Denis, Durando de Saint-Aignan, celoso funcionario de su cancillería, por el abad Fridugis de Saint-Martin-en-Tours, etcétera. Después continuó devastando el país, pero todo «sin gran esfuerzo» al decir del analista imperial. El piadoso soberano, del que su coetáneo el obispo Thegan exalta cuidadoso que «progresaba de día en día en virtudes sagradas, cuya enumeración llevaría demasiado lejos», aplastó a los bretones con su prepotencia. Redujo a cenizas el conjunto de las construcciones a excepción de las iglesias, y en medio de todos los incendios y asesinatos se hizo informar ampliamente sobre el monaquismo del país por el abad Matmonoco de Landevennec.

Matar y rezar, rezar y matar; así todo iba bien y todo estaba permitido, al menos en la guerra, con tal de que ocurriera en favor del bando «ortodoxo». El rey Mormano, que degolló a una parte del séquito franco, cayó a manos de un guarda de los caballos imperiales, Choslo, que le hundió la lanza en las sienes y después le cortó la cabeza con la espada antes de sucumbir a su vez a manos de un bretón, el cual por su parte murió a manos del escudero de Choslo, al que todavía consiguió atravesar el bretón, ya agonizante: vistas interiores de la guerra, cabría decir que una instantánea de la muerte dulce y honrosa por la patria... Una gran multitud fue hecha prisionera, se les arrebató abundante ganado y los bretones se sometieron «a las condiciones impuestas por el emperador, cualesquiera que fuesen... Y fueron seleccionados y tomados los rehenes que él ordenó y todo el territorio se organizó a su voluntad», escribe el *Astronomus*.³²

Guerra contra abodritos y vascos

En 819 envió Luis un ejército a través del Elba contra los abodritos. A su príncipe desertor Sclaomir (809-819) lo apresaron y condujeron a Aquisgrán, ocuparon su territorio y a él lo desterraron. Poco después volvieron a derrotarle; pero estando todavía en Sajonia sucumbió a una enfermedad administrándole en el ínterin el sacramento del santo bautismo. El pueblo eslavo de las riberas del Elba era todavía totalmente pagano y la supremacía de Luis aún se vio expuesta a graves sublevaciones durante los años 838 y 839.

También contra los levantiscos vascos o sus parientes los vascones obtuvo el príncipe, tan a menudo exaltado como pacífico, una victoria sangrienta en 819.

Desde la derrota de Roncesvalles Gascuña fue para los frances una especie de tierra de nadie, sólo con gran esfuerzo vigilada por el conde de Toulouse. Ciento que ya emperador nunca más volvió Luis a visitar personalmente el territorio de su temprana experiencia de combatiente; pero en 816 puso la zona limítrofe con la España islámica bajo el reforzado control de un conde de Burdeos y duque de los vascones. Y en 819 su hijo Pipino, mediante una incursión militar contra Gascuña, que a comienzos de la Edad Media era un ducado independiente, «impuso la tranquilidad en aquella provincia de forma tan completa, que ya no se dio allí ningún rebelde o desobediente». Entretanto el soberano —según observan de nuevo el analista imperial y el Astronomus— «se entregaba a la caza en las Ardenas como de costumbre». Y desde luego durante los años veinte los choques con los moros fueron continuos.³³

Guerra contra los croatas

El emperador sostuvo con gran esfuerzo una guerra de tres años contra los croatas.

Los croatas eran eslavos, que en los primeros siglos cristianos vivían como nómadas o seminómadas en la región de los Cárpatos y que en el siglo VII emigraron a Dalmacia y Panonia. Pero no sabemos casi nada sobre su historia en aquella época y en la inmediatamente posterior. Hacia el 800 fueron sometidos durante la matanza de los ávaros, aunque de forma aún no definitiva, mientras que eclesiásticamente la Croacia panónica y dálmata quedaba sujeta al patriarca de Aquileya.

En 819 el duque de la Panonia inferior, Ljudevit Posavski (fallecido en 823), que gobernaba los territorios entre el Drave y el Sava, se alzó contra derecho, instigado ciertamente por el patriarca Fortunato de Grado, quien puso a disposición de Ljudevit hasta los obreros, canteros y albañiles, forzados a la construcción de una fortaleza.

Cierto que en tiempos el patriarca había mantenido muy buenas relaciones con el poderoso emperador, había aparecido reiteradamente en el norte y por vez primera se había presentado en palacio ya en el verano del 803 con ricos presentes. El propio soberano había otorgado amplios privilegios a la ciudad de Salz del Saale (hoy Bad Neustadt), y entre otros un beneficio en el imperio franco. Pero ahora el acomodaticio príncipe de la Iglesia, cediendo a su ambición de riquezas y de poder, creyó en la potencia más fuerte de las tribus eslavas, en el futuro del vecino reino eslavo, allí olfateó que prosperaría, y prestó en conse-

cuencia su colaboración. (Tales giros hacia el este se dan una y otra vez en el curso de los siglos entre prelados ambiciosos de poder, y naturalmente también y sobre todo en Roma... hasta por ejemplo el papa León XIII, que antes de la primera guerra mundial tuvo una trayectoria brillante no sólo en Francia sino asimismo y más aún en Rusia.)

Pero si en tiempos el patriarca Fortunato había buscado la protección de Carlos frente a la venganza de los bizantinos, ahora, al ser enviado a la corte del emperador Luis, huyó a Bizancio. Hay mentecatos y oportunistas, incluso ilustrados, que de continuo deslizan en los oídos de todo el mundo una frase superestúpida, que resulta muy útil para pescar en río revuelto: la historia no se repite. Pero todo lo que es típico y notorio en la historia, la traición, la opresión, la estupidez, la explotación, las crisis económicas, las oscilaciones de la moneda, los crímenes y los asesinatos cometidos en nombre del Estado, todo se repite incesantemente. El causante, sin embargo, quien abre la danza en torno al becerro de oro y quien se burla de los danzantes, es siempre el mismo, *semper idem*.

Cierto que con su rebelión contra el poder franco en 819 Ljudevit logró de momento afianzarse contra el margrave Cadolah de Fríuli; pero después fue vencido junto al río Drave por el sucesor de Cadolah, el margrave Balderico de Fríuli (quien a su vez no sobrevivió a su retirada ignominiosa) siendo expulsado del país. Sin embargo, Ljudevit aún pudo vencer a Borna, el soberano de los croatas costeros, con quien en 818 había viajado a la asamblea palatina de Aquisgrán. Allí sucumbió el propio suegro de Ljudevit, Dragamoso, como compañero de armas de Borna, aunque éste consiguió huir gracias a su escolta personal. El príncipe croata intentó también sacar provecho de los franceses y desde las plazas fuertes de la costa presentó una resistencia eficaz al rival que había penetrado en Dalmacia. Le atacó unas veces por la retaguardia y otras por los flancos, según dicen de día y de noche, obligándole al final a una retirada desastrosa, «pues habían caído tres mil de sus soldados habiéndose apoderado de más de trescientos caballos», según cuenta el analista imperial, mientras que el soberano se recuperaba una vez más de las fatigas del gobierno en el coto de Eifel. En 820 de nuevo apareció Borna en Aquisgrán a fin de preparar allí una guerra total contra Ljudevit; pero falleció al año siguiente, probablemente de muerte violenta.

En 820, tan pronto como los caballos encontraron forraje fuera, tres ejércitos de Luis avanzaron a la vez desde tres puntos distintos, desde Italia, desde Carintia y desde Baviera y Panonia superior, sobre el territorio de Ljudevit, «del tirano» (*Anonymi vita Hludovici*) y saquearon «casi todo el país» (*Annales regni Francorum*), aunque sin obtener resultados duraderos. Más aún, una parte considerable de la tropa (que

cruzó Panonia) sucumbió a una epidemia, mientras que Luis el Piadoso se dedicaba «como de costumbre a la caza» en las Ardenas. Y ya al año siguiente (821) de nuevo tres de sus huestes de degolladores arrasaban «todo el territorio» de Ljudevit, en tanto que su Majestad «pasaba el resto del verano y la mitad del otoño cazando en el lejano bosque de los Vosgos» (*Anales imperiales*).

Durante el 822 se combatió en casi todos los puntos cardinales.

En el sureste las tropas avanzaron desde Italia sobre Panonia. El croata tuvo esta vez que retirarse a Serbia, donde disfrutó de la protección y hospitalidad de un príncipe serbio, al que asesinó alevosamente para adueñarse de su fortaleza y de su ciudad. (Pero entretanto, y antes de que el propio Ljudevit se retirase en 823 al castillo de Srb, a orillas del Una, donde «fue muerto por alguien de forma artera», siendo por lo demás huésped de un tío del príncipe croata Borna, todo el territorio entre el Drave y el Save volvió a la soberanía franca.)³⁴

En el norte, donde los sajones habían edificado por orden de Luis una fortaleza en Delbende, al otro lado del Elba, se estableció una guarnición, expulsando «del país a los eslavos, que lo habían habitado hasta entonces» (*Annales regni Francorum*).³⁵

Y también en el suroeste y en el noroeste arreciaron los robos y los asesinatos.

Guerra en España y contra los bretones

Los condes de la Marca Hispánica penetraron por el Segre «hasta el interior de España» y «de allí regresaron felizmente con un gran botín», después de «haberlo asolado e incendiado todo», como escribe el *Astronomus*. El analista imperial anota asimismo la devastación de los campos, la quema de las aldeas y «el botín no pequeño», agregando a renglón seguido: «De igual manera, después del equinoccio de otoño los condes de la Marca Bretona llevaron a cabo una incursión en las posesiones de un bretón rebelde llamado Wihomarco y todo lo devastaron a sangre y fuego». Y por qué no iban a hacerlo, cuando en definitiva la dignidad imperial se entendía «como una misión divina y como un ministerio eclesiástico» (Schieffer). Pero Luis se entregó después «a la caza en las Ardenas» y más tarde acudió a una dieta imperial en Frank-furt, donde tenía que «recibir de todos los eslavos orientales... embajadas con presentes»: de los abodritos, los sorbios, los wiltzos, los bohemios, los moravos, los predenezentros (un grupo oriental de los abodritos, en el cantón de Branitschevo) así como de los ávaros de Panonia, pueblo éste que después desapareció de la historia para siempre.³⁶

Pues en la corte se hacían pagar espléndidamente dejando sentir todo su poder. Incluso al lejano príncipe Grimoaldo de Benevento le obligó el emperador desde su subida al trono «mediante pacto y juramentos (*pacto et sacramentis*) a que ingresase anualmente 7.000 sólidos de oro en el tesoro real» (*Anonymi vita Hludovicii*)³⁷

En 824 el monarca marchó de nuevo con tres grupos de ejército —él personalmente mandaba uno— contra los bretones y su príncipe Wihamarco, sucesor de Mormano. Los otros dos cuerpos de ejército estaban al mando de los hijos del emperador Pipino y Luis, a los que evidentemente se unieron de manera muy especial los caudillos de los cantones limítrofes, los condes de Tours, Orleans y Nantes.

Al igual que en el otoño los tordos y otros pájaros caen en apretadas bandadas sobre los viñedos para comerse las uvas, así también los francos irrumpían al comienzo de la cosecha y saqueaban los abundantes productos del país. Así lo cuenta en el canto cuarto de su epopeya el sacerdote franco Ermoldo Nigelo, quien armado de escudo y espada acompañó a la expedición militar contra los bretones, cantándola (no sin cierta ironía personal) como una gran proeza de Luis. «Buscan las riquezas escondidas en bosques, pantanos y tumbas. Se llevaron consigo a unos hombres desgraciados, ovejas y bueyes. Los francos lo asolaron todo. De acuerdo con las órdenes del emperador las iglesias fueron respetadas, pero todo lo demás fue pasto de las llamas.»

A lo largo de cuarenta días, informan las fuentes francas, Luis el Piadoso asoló «todo el país a sangre y fuego», «lo castigó con una gran devastación» (*magna plaga*), él que no dejaba de ser «el más piadoso de los emperadores», como lo ensalza el corepíscopo Thegan, «pues ya antes respetaba a sus enemigos, cumpliendo la palabra del evangelista que dice "Perdonad y se os perdonará"». Luis destruyó campos y bosques, aniquiló buena parte de los rebaños, mató a muchos bretones, se llevó a muchos prisioneros y regresó con rehenes «del pueblo desleal». (El rey Wihamarco fue cercado poco después en su propia casa por las gentes del conde Lamberto de Nantes, que lo mataron a palos.)

Menos «afortunadamente» terminó el mismo año una expedición militar contra Pamplona, cuando de regreso a través de los Pirineos parece que los francos tuvieron su merecido en el mismo desfiladero de Roncesvalles, donde según cuenta la leyenda, la retaguardia de Carlo-magno fue aniquilada en 778 luego de haber destruido la ciudad vasca de Pamplona. Ahora, apenas medio siglo después, en aquella oscura garganta las tropas de los condes Aeblo y Asenario «fueron exterminados por los habitantes desleales de las montañas... casi hasta el último hombre». Los dos condes escaparon con vida «tras la pérdida de todo su ejército» (*Astronomus*)³⁸

En su legislación el emperador empezó de nuevo a apoyarse clara-

mente en la Iglesia, con cuyos representantes había tenido que vivir experiencias tan dolorosas sin haber podido o sabido sacar ninguna lección. Como quiera que fuese luchó abiertamente por el honor y la protección de aquella Iglesia, por su exaltación y naturalmente también por la dignidad de sus servidores, a quienes había que prestar reverencia y cuya predicación había que escuchar. Reclamó ayunos, la santificación del domingo, la erección de escuelas para la formación del clero, y también se vio obligado a exhortar a los obispos «para que cumplieran sus deberes pastorales en todo su alcance».³⁹

Mas no podía abandonarse únicamente a Dios y a la Iglesia. De ahí que en aquellos tiempos siempre difíciles, cada vez que Luis imploraba la bendición del cielo sobre sus proyectos, nunca olvidaba lo que sobre todo confería a los mismos su eficacia decisiva. Así, cuando sólo algunos años después impuso a todos un ayuno de tres días y solicitó el apoyo del Altísimo, pensando en los enemigos de los cristianos ordenó al mismo tiempo que todos los sujetos al servicio militar estuviesen listos con caballos y armas, con ropas, carretas y provisiones, para que llegado el caso pudieran intervenir de inmediato. Así tenía que ser: a quien se ayuda. Dios le ayuda...⁴⁰

Desde luego cuando en 826, estando en la corte real de Salz sobre el Saale, supo de la defeción del ilustre Aizo y de la revuelta que había provocado en la Marca Hispánica, donde había puesto de su lado los castillos que poseía, a los condes sin ninguna lealtad y a la población enormemente explotada, y a menudo expulsada o esclavizada por sus cortes, el monarca decidió de inmediato reflexionar a fondo sobre el feo asunto y sobre todo empezó por dejar que su cólera se desvaneciese con la cacería de otoño (*«autumnali venatione»*).

Entretanto Aizo puso guarniciones en los castillos tomados, conquistó otros, tanteó a los moros, que contaban en la península con un Estado que funcionaba bien y con los que la población de godos y autóctonos —que ya bajo Carlos I se habían lamentado amargamente de la opresión que sufrían por parte de los condes cristianos y de sus esbirros— se entendía mejor de cuanto hubiera podido esperarse. Día tras día trataban y negociaban entre sí con la plata acuñada por los franceses y las monedas de oro árabes. Y Aizo, que evidentemente intentaba arrancar a los franceses la Marca Hispánica, no dejó de contactar con el emir de Córdoba Abderramán II (822-852), y a fe que con gran éxito.

Luis el Piadoso, por su parte, envió primero (827) hacia el sur al abad Helisacar, su antiguo canciller, y después a su hijo Pipino, rey de Aquitania, «con innumerables tropas francesas». Pero los moros, que habían cruzado el Ebro, que habían saqueado las regiones de Barcelona y Gerona, que habían pegado fuego a las iglesias y asesinado cruelmente a los sacerdotes llevándose consigo a muchos cristianos, pudieron regre-

sar a Zaragoza sin ni siquiera haber visto el cuerpo de ejército franco, que por los motivos que fuese llegó demasiado tarde; lo que ciertamente permitía barruntar «imágenes de matanzas horribles en un futuro inmediato», como advierte el Astrónomo. En consecuencia el monarca, tan piadoso como supersticioso, cuando tuvo noticia de los signos terribles envió «tropas auxiliares para proteger el mencionado margraviato y hasta que llegó el invierno se entretuvo con la caza en los bosques cercanos a Compiegne y Quierzy». En 828 otra expedición de su hijo Lotario «con un numeroso ejército franco» tampoco obtuvo resultado alguno. Y Aizo desaparece de la historia sin dejar rastro.⁴¹

Guerra contra los búlgaros

También estalló un conflicto con los búlgaros.

Su kan Omurtag (815-hacia 831), que fue el primer soberano búlgaro en negociar directamente con los franceses, había enviado a Luis desde el 824 repetidas embajadas —también con presentes— buscando unas delimitaciones de fronteras a la vez que el establecimiento de unas relaciones pacíficas. Pero una y otra vez Luis había hecho esperar a los embajadores de forma inadecuada y había dado largas al kan. Finalmente, y tras el fracaso de todas sus tentativas, en 827, avanzó en barco por el río Drave hasta la Panonia inferior, devastó el país y hasta puso allí funcionarios búlgaros. Ante la pérdida de Panonia el joven Luis acometió al año siguiente una expedición militar contra los búlgaros; pero evidentemente sin éxito, aunque los monjes de Fulda alardeasen de haber cantado durante la cuaresma (del 19 de febrero hasta el 4 de abril) mil misas y otros tantos salmos por la prosperidad de las tropas imperiales. Ya al año siguiente los búlgaros volvieron a remontar el Drave «y pegaron fuego a algunas aldeas de los nuestros cercanas al río» (*Annales Fulenses*). La corte imperial calificó «las acometidas y devastaciones de los infieles» —también los sarracenos hicieron estragos en la Marca Hispánica— al igual que otras calamidades como «justos castigos de Dios».⁴²

Algo más de «fortuna» tuvo evidentemente en su tiempo el margrave de Toscana, Bonifacio, a quien el emperador había confiado la protección de Córcega. ¡Y en la «caza» de los corsarios infieles el celoso defensor de la isla avanzó hasta las costas de África!

Desembarcó entre Útica y Cartago, atacó a grandes masas de aborígenes, «los puso en fuga cinco o más veces y abatió a una gran multitud de africanos», aunque también perdió «un número considerable de su propia gente». De todos modos dejó tras de sí «un gran temor con aquella acción» (*Annales regni Francorum*).⁴³

Especialmente en el último decenio del gobierno de Luis los conflictos externos disminuyeron notablemente. La casa soberana católica bastante tenía ya que hacer con las revoluciones de palacio. Esto era ya algo que ocurría también desde largo tiempo atrás en otras cortes del Occidente cristiano, ya desde los comienzos de esta soberanía universal.

Y eso sucedía, por ejemplo, en Roma.

La situación romana: Por qué se canonizó al papa asesino León III

A la muerte del viejo emperador Carlos había soplando en el Tíber un viento mañanero. Apenas desapareció el 28 de enero del 814, a la edad de setenta y dos años, y le hubo sucedido Luis en el gobierno, el alto clero de más allá de los Alpes descubrió que frente al hijo podía comportarse de otro modo. De nuevo se aspiraba ahora a una mayor autonomía y poder, se quería «libertad de acción» especialmente dentro del Estado de la Iglesia. Y se consiguió.

Cuando todavía aquel mismo año la Ciudad Eterna combatía al papa León III, que era profundamente odiado, hizo que inmediatamente cayesen a montones «los criminales de lesa majestad» —en 1673 lo canonizaron centenares de asesinos de escritorio en virtud de una curación milagrosa de sus ojos y su lengua ¡tras una mutilación que, según las fuentes, nunca pasó de mera tentativa!—. Hasta al piadoso Luis le desconcertó «que el primer sacerdote del mundo impusiera unos castigos tan severos» (Anonymus). En tiempos su mismo padre, Carlos, había cambiado en destierro las numerosas sentencias de muerte dictadas por León contra sus enemigos de la nobleza romana. Y el año 815, cuando León llevaba más de dos décadas sobre la silla que Pedro nunca había ocupado, estando ya enfermo de muerte sacudió el gobierno del santo una nueva rebelión que comportaba la revuelta nobiliaria a la vez que la insurrección de los campesinos. Había arrebatado violentamente bienes para «la cámara apostólica» y había hecho decapitar a los propietarios cuyos bienes había confiscado pronunciando montones de sentencias capitales. Y naturalmente también su preciosa vida era objeto de persecución.

Los romanos se amotinaron, escribe el analista imperial, «y empezaron por saquear las fincas rústicas, que el papa se había procurado en los últimos tiempos en el territorio de las distintas ciudades, y después les pegaron fuego. En seguida decidieron marchar sobre Roma y tomar por la fuerza lo que les había sido arrebatado, según lamentaban». Avanzaron sobre la ciudad; pero fueron rechazados por el duque franco Wignigis, aunque ya anciano y débil como el papa. Cual consuelo en su tri-

bulación (no para sus súbditos) el enfermo pontífice acabó celebrando misa varias veces al día. Y el duque Winigis se hizo monje algunos años después, muriendo asimismo al poco tiempo.

Pero ¿por qué León III entró en el martirologio romano en el siglo XVII? ¿Por qué se declaró santo a este asesino monstruoso? (¡Un papa, entre paréntesis, que durante los 21 años de su pontificado no convocó por propia iniciativa ningún sínodo que dictase cánones para el afianzamiento de la disciplina eclesiástica!) No se le canonizó por su brutalidad, ni por sus liquidaciones y menos aún por su genuflexión frente a Carlos «el Grande» —si no la primera, sí que fue la última *proskynesis* de un papa ante un emperador occidental—, al que en exclusiva debía su supervivencia (más en el cargo que en la dignidad). No, se le canonizó, porque en la Navidad del 800 había colocado la corona sobre la cabeza de Carlos; porque forzó de forma tan impresionante la pasión de dominio, el afán de supremacía nunca saciado de los papas; porque con esa señal irradiante a través de los tiempos, con ese «rasgo de genio» (de Rosa), había inscrito de una vez para siempre en el triste libro de la historia la aspiración de caudillaje absoluto de los papas. Sólo por eso también Franz Xaver Seppelt, historiador católico de los papas, ve resplandecer el nombre de León III en el «catálogo de los santos», pese a todas las fatalidades de su largo pontificado y de todos los cadáveres que cubren su camino: ¡Santo, santo, santo! (su fiesta, el 12 de junio).⁴⁴

Fraude con la corona y la coronación imperial: Esteban IV (816-817) y Pascual I (817-824)

León había muerto el 12 de junio del 816.

Su sucesor Esteban IV, un noble romano educado desde niño en Letrán, al que se eligió papa al cabo de diez días sin consultar al emperador, sólo gobernó unos meses; pero su ilustre familia proporcionó en el curso del siglo otros dos papas. Todavía en el mes de agosto Esteban partió de Roma y, acompañado del rey Bernardo, cruzó «con la mayor celeridad» los Alpes encaminándose a Reims, donde en los primeros días de octubre Luis, cubierto de oro y piedras preciosas, se prosternó tres veces ante el papa entre los cantos de alabanza del clero y siguiendo el ceremonial bizantino; tras lo cual saludó al pontífice con las palabras del salmo: «Bendito el que viene en nombre del Señor». El abrazo, los besos, la procesión por la iglesia, el Tedeum y nuevos cantos de alabanza. Y durante los dos días siguientes «muchos regalos reciprocos» y «banquetes succulentos» (Anales imperiales). El emperador ofreció al príncipe eclesiástico plata, copas con incrustaciones de piedras preciosas, una vajilla de oro, caballos cargados de tesoros, etcétera. Esteban

fue moderado en sus regalos, con algo de oro y ropa, de modo que «recibió cien veces más regalos de cuantos él había llevado de Roma» (Ermoldo Nigelo). No hay duda de que las dádivas producen gozo, y el propio papa lo experimentó personalmente.

Y Su Santidad, que no se olvidó de calificar a Luis como «un segundo rey David» (Thegan), se obstinó en coronar emperador al emperador durante una misa solemne en la catedral de Notre Dame de Reims, donde se decía que había sido bautizado Clodoveo. Todo ello pese a que tres años antes, en 813, Luis se había coronado a sí mismo como emperador en Aquisgrán por orden de su padre y de nuevo en la misma ciudad, tras la muerte de Carlomagno, había sido aclamado solemnemente emperador, siendo «ya "emperador" indiscutible» (Eichmann) incluso desde la perspectiva curial. Sin embargo, aquello no podía ni debía bastar. La cooperación de Roma podía y debía ser necesaria para el crédito de la dignidad cesárea. Los papas querían conferir coronas imperiales, por mezquinos que pudieran luego mostrarse con los emperadores. Pero Esteban tenía ya una corona en su maleta de viaje, «una corona de oro de admirable belleza, adornada con las piedras preciosas de mayor valor» (Thegan), ¡una corona que el papa presentó como la corona del emperador Constantino! (El Manual católico de la historia de la Iglesia presenta honradamente entre comillas esa «corona de Constantino».)

El fraude, que jurídicamente no tenía ningún alcance, podía y debía por supuesto recordar el origen romano del imperio así como la relación de los dos soberanos en una especie de «eje» Aquisgrán-Roma. Pero sobre todo era una vinculación con la jugada de su predecesor, una prolongación y con ello un nuevo avance en favor de la visión romana de las cosas, de los aspectos supremos de la historia y, en cierto modo, de la concepción papal «de la dignidad del emperador..., del derecho del papa a la coronación imperial y de la transmisión papal del imperio» (Seppelt). El imperio se legalizaba ahora solemnemente como el «Sacro Imperio».

En su tiempo Esteban IV ungíó también al joven monarca y a su esposa Ermgarda, con lo que por vez primera unió la coronación de un emperador con la unción. Curiosamente la unción personal apareció en la Iglesia de Occidente, cuando en la Iglesia oriental, en la que mucho antes que entre los occidentales sólo se ungían el altar y la casa de Dios, era aún desconocida y sólo más tarde la tomó de Occidente.

Después de la bendición el papa Esteban oró de forma bien significativa: «Oh Cristo, soberano del mundo y de todas las edades, que has querido ver Roma como la capital del orbe terráqueo...». Luis, por su parte, emitió públicamente un juramento de protección a la Iglesia romana, que pronto fue conocido bajo el nombre de *Paclum Hludowicia-*

num y que enlazaba con generosos servicios de amistad anteriores de los franceses al tiempo que aseguraba la elección interna del obispo romano y su jurisdicción ordinaria enumerando asimismo todas las posesiones territoriales del papa. En una palabra, le otorgaba privilegios de enorme alcance garantizando sus bienes eclesiásticos a la vez que sus derechos soberanos, aunque buscando claramente asegurar la exigencia de supremacía francesa.

El afán de poder y de posesiones estuvo como siempre en el primer plano, mientras que la política de reforma de la Iglesia tan fomentada por Luis continuó «curiosamente sin una participación reconocible de los papas» (Schieffer). No obstante: «Mientras el papa estuvo presente solían conversar cada día sobre lo mejor para la santa Iglesia de Dios (*de utilitate sanctae Dei aecclesiae*). Pero después que el emperador le hubo cargado de grandes e incontables regalos, tres veces más de los que él mismo había recibido de él, según solía hacer siempre, que daba más que recibía, le permitió volver de nuevo a Roma...» (Thegan). «El papa... regresó a Roma, habiendo conseguido todo lo que deseaba» (Astronomus). Efectivamente llegó allí con una carga abundante de oro y plata, y sobre todo con la garantía de sus posesiones y la confirmación de privilegios e inmunidades. También había obtenido una donación imperial complementaria: el territorio de la corona francesa de Vendeu-vre (en Bar-sur-Aube). Pero desapareció ya en el invierno siguiente, el 24 de enero del 817, y todavía obró algunos milagros después de muerto.⁴⁵

Pascual I (817-824), sucesor de Esteban, se hizo confirmar en seguida por el emperador el *Pactum Hlodowicianum* establecido con su antecesor; es decir, todo el alcance de las promesas de donación y de las donaciones efectivas llevadas a cabo por Pipino y Carlos, abuelo y padre respectivamente de Luis, así como la autonomía del Estado de la Iglesia, los derechos papales de soberanía y sobre todo la libre elección del papa. El documento, muy controvertido, que no se menciona ni una sola vez en el libro oficial de los papas y del que sólo se ha transmitido una copia (no el original) en las recopilaciones canónicas del siglo xr-xn, fue considerado durante largo tiempo como una falsificación, dada la singularidad de sus fórmulas, que difieren de los diplomas habituales. Pero hoy se le tiene en general por auténtico, tanto formal como objetivamente, incluidas sus diversas falsificaciones e interpolaciones, como por ejemplo la inserción de Cerdeña, Córcega y Sicilia, que evidentemente refleja el viejo afán de acaparamiento.⁴⁶

El acta de Reims del 816 todavía experimentó en Roma, durante la Pascua del 823, una recapitulación y una ampliación importantes.

Por entonces, en efecto, Lotario I, hijo de Luis, se hallaba en Italia donde, aconsejado por Wala, intentaba desde el 822 mantener el domi-

nio de Pipino y Bernardo. Pascual I, sucesor de Esteban, un papa duro que suscitaba muchos odios y que a su vez había sido consagrado sin consultar al emperador, aunque disculpándose por ello, rogó a Lotario que acudiera a Roma para la fiesta de la Pascua. Y el día de Pascua (5 de abril de 823) en la iglesia de San Pedro celebró con Lotario, que ya en 817 había sido coronado emperador por su padre en Aquisgrán, el mismo ritual con que su predecesor había coronado a Luis el Piadoso en Reims. Y de nuevo la coronación, que a Lotario le vino muy a propósito justo cuando se supo el embarazo de la emperatriz, tuvo el mismo objetivo: vincular el imperio a Roma, hacer que la unción y coronación por el papa aparecieran como indispensables incluso para el emperador nombrado y coronado ya por las instancias civiles. Y de hecho «se reconoció cada vez más» (Kelly) el «derecho» de los papas a la coronación imperial así como el «derecho» de Roma y de San Pedro a ser el lugar de la coronación, para lo que se creaba aquí un prejuicio. Es digno de notarse el hecho de que por primera vez en esta segunda coronación de Lotario se entregó también una espada; por entonces se intensificó asimismo la cooperación en la misión del norte. Pero la espada, que el papa entregó a Lotario además de la corona, era símbolo tanto de la protección como de la violencia, un signo de la obligación de exterminar el «mal». ⁴⁷

El papa Pascual, que saca ojos y corta cabezas, es declarado santo y de nuevo se le borra del calendario

Pero el mal nadie lo conoció nunca mejor que los papas.

Pascual, por ejemplo, lo conoció personalmente en sus propios ministros, y desde luego en las cabezas dirigentes del partido profranco; lo que no deja de ser interesante. Por ello dos de los funcionarios papales más altos, Primicerio Teodoro, perteneciente a la nobleza alta (y todavía en 821 nuncio en la corte francesa) y su yerno el nomenclátor León tras la marcha de Lotario (823) y «a causa de su lealtad a Lotario» (*Astronomus*), porque según cuentan también los Anales imperiales, «se mantuvieron absolutamente leales al joven emperador Lotario», fueron cegados y decapitados por el personal de servicio del papa en el palacio de Letrán, sin ningún proceso jurídico. Por ello se le atribuyó todo al papa o «a su aprobación», dice el Astrónomo.

Todo el asunto recuerda en cierto modo el procedimiento sangriento de san León III en el año 815. Pero en 823 el monarca envió también sus jueces a Roma, retirándose durante el resto del verano y en el otoño a la comarca de Worms para la práctica de la caza en la región de Eifel. Pascual, sin embargo (tan querido de los romanos, que en la misma in-

humación de su cadáver provocaron tumultos), rechazó cualquier complicidad y se sustrajo al proceso, quizá con motivos suficientes para ello, emitiendo públicamente el juramento de limpieza con asistencia de treinta y cuatro obispos y de cinco presbíteros y diáconos —era éste un «medio de prueba», que ya había utilizado san León III en diciembre del 800, y especialmente frecuente entre los funcionarios eclesiásticos—. Al mismo tiempo anatematizó a los asesinados como reos de alta traición, declaró su muerte como un acto de justicia, ya que habían recibido su merecido como criminales de lesa majestad, y tomó a los asesinos como servidores de san Pedro (*de familia sancti Petri*) otorgándoles «su más decidida protección» (*Annales regni Francorum*).⁴⁸

El emperador Luis se resignó. Y el papa Pascual I murió en 824 en medio de *la familia sancti Petri*. El hombre era astuto mientras que Luis era evidentemente superior y duro. A los monjes de Fulda, que le llevaron una noticia desagradable, los hizo encarcelar sin demora y a su abad Rabano Mauro le amenazó con la excomunión. En la propia Roma abominaban de su gobierno rigoroso, que perturbaba por completo el Estado. Y como no sólo su proyectada inhumación sino también la subsiguiente elección papal estaban bajo el signo de graves tumultos, el cadáver de Pascual permaneció largo tiempo insepulto, hasta que su sucesor pudo darle tierra, aunque no en San Pedro.

En cambio el nombre de Pascual consiguió mucho más adelante, a finales del siglo XVI, entrar en el santoral de la Iglesia católica (su fiesta, el 14 de mayo) por obra del historiador César Baronio —a quien hubo que amenazar con la excomunión para obligarle a aceptar la dignidad cardenalicia—, para más tarde, en el año 1963, ser borrado del mismo y eliminada su fiesta.⁴⁹

El coemperador Lotario I y la «*Constitutio Romana*»

Cuando tras el fallecimiento de Pascual estallaron las luchas encarnizadas entre pueblo y nobleza, en las que ésta consiguió convertir en *Pontifex maximus* al arcipreste Eugenio de Santa Sabina, acudió por segunda vez a Roma el joven y enérgico emperador Lotario I, que había desarrollado un enorme talento político. Protestó contra el asesinato de sus secuaces, «que habían sido leales al emperador, a él y a los frances», protestó contra «la ignorancia y debilidad de algunos papas», contra la codicia de sus jueces, contra la enajenación ilegal de bienes en nombre de los papas así como contra la completa incapacidad del gobierno clerical. Y su proceder fue aplaudido por la población romana agradecida.

Las capitulares del emperador Luis ya habían condenado la simonía y el afán de lucro de los obispos en Italia, que a menudo explotaban

oficialmente a sus parroquias, dejaban que se hundiesen las iglesias y pasaban por alto las disposiciones de un sínodo celebrado en Roma el 826 bajo Eugenio II, que imponían a los sacerdotes la obligación de no jugar, no practicar la usura, no ir de caza de fieras o aves, no vender el utillaje de las iglesias, no ir de prostitutas, etcétera. (Por lo demás, es el único sínodo romano en toda la primera mitad del siglo IX del que se conservan las actas. Y en el primer cuarto de siglo evidentemente ¡no hubo en Roma ninguna asamblea eclesiástica!) Emprendió entonces Lotario una investigación a fondo de numerosos crímenes y abusos, de «la situación romana, que ya desde largo tiempo atrás había degenerado en una gran confusión por el comportamiento perverso de varios papas», como dice el analista imperial. «Cada vez más aterrador se presentaba el panorama de las injustas confiscaciones de bienes llevadas a cabo, al igual que la arbitrariedad y la codicia, con las que habían administrado los funcionarios papales» (Simson).

Por descontado que los pontífices no se detuvieron ni ante los monasterios, atentando contra sus propiedades y especialmente contra los más prósperos.

Por ejemplo contra Farfa.

Dicho monasterio benedictino, fundado hacia el año 700, se contaba entre las abadías más ricas de Italia en la Edad Media. Sito entre Roma y Rieti, había gozado de la protección de los reyes longobardos; pero sus inmensas posesiones rurales dentro y fuera de la Sabina las debía sobre todo a los duques de Spoleto y a muchos donantes particulares. Dotado por Carlos I con la inmunidad franca, el derecho de elección abacial y la exención ya desde el 775 y confirmado por los emperadores siguientes tanto en sus posesiones como en su posición jurídica, podía además exhibir bulas pontificias refrendando sus privilegios. Todavía pocos días antes de su muerte así lo reconoció Esteban IV, aunque contra el impuesto anual de 10 sólidos de oro.

Sin embargo, otros papas habían de ignorar una y otra vez, en virtud de su dominio territorial sobre la Sabina, la inmunidad imperial de Farfa y habían intentado someter la rica abadía. Adriano le había arrebatado algunas fincas y lo mismo hizo León III; con la afirmación de que Farfa pertenecía «por derecho y por dominio a la Iglesia romana», san Pascual entabló incluso un proceso ante el tribunal imperial contra el abad Ingoaldo; proceso que perdió. (Pero ya algunos años después, en 829 —los papas apenas pueden ceder, pues siempre llevan razón, se trata de Dios—, Gregorio IV abrió un nuevo pleito sobre Farfa.)

Tras un proceso formal Lotario condenó al papa Eugenio II (824-827) a la devolución de todos los bienes confiscados a los romanos, desterró entre las muestras de regocijo del pueblo a los jueces papales a Francia y ordenó el regreso de quienes habían sido perseguidos bajo

Pascual I. Y el 11 de noviembre del 824, mediante una nueva regulación de las relaciones francopapales, la denominada «*Constitutio Romana*» (que limitaba a su vez el *Pactum Hludowicianum* de 817),⁵⁰ restablecía la potestad suprema del emperador en el Estado de la Iglesia así como la dependencia del papa; ponía la administración del Estado eclesiástico bajo el control de un permanente *missus* pontificio e imperial, ante el que cada «*electus*», el que iba a ser consagrado papa, antes tenía que pronunciar el juramento de fidelidad al emperador *«pro conservatione omnium»*.

Con ello volvía a ser necesaria la confirmación de la elección papal por parte del emperador, como lo había sido desde Justiniano hasta que Italia se separó de Constantinopla; el *Pactum Hludowicianum* quedaba en parte anulado y el poder imperial sobre la curia alcanzaba su culminación, en especial cuando la disposición se extendió más allá del imperio bizantino, aunque ciertamente sin éxito duradero. De todos modos Juan IX la sancionó expresamente en un sínodo romano (898), para impedir los tumultos casi habituales en las elecciones de papa. Más aún, la constitución de Lotario entró en las colecciones canónicas del tiempo de Gregorio VII, aunque, a quién puede extrañar, «mutilada y debidamente ajustada» (Mühlbacher).⁵¹

Los obispos franceses humillan al emperador y rechazan ser juzgados por nadie

Al igual que los pastores de Roma, también los del imperio fueron haciéndose cada vez más levantiscos. Ello no se debió ciertamente a ellos solos, se debió también a sus compañeros y a sus ocasionales enemigos civiles. Pues los sacerdotes siempre saben muy bien cuándo tienen que echarse al suelo, cuándo pueden ladrar y echar la zarpa y cuándo morder.

Luis el Piadoso, mucho más débil que su «gran» padre, mucho menos enérgico y brutal, también obtuvo en consecuencia «éxitos» mucho menores en política exterior contra daneses, búlgaros y moros, al igual que en el imperio y, pese a su celo reformista o quizás por él, asimismo en la Iglesia.

Cierto que los obispos estaban preparados para ungir a los reyes, para coronarlos y elevarlos por encima de todos los laicos; pero a cambio también querían estar por encima de todos los príncipes. Aspiraban a un Estado teocrático e hicieron de Luis un rey «por su gracia» (Halphen). Y ya muy pronto éste renunció frente a Roma al derecho de confirmación de la elección papal, a la inspección del Estado eclesiástico y en política interior a veces se sometió todavía mucho más al episcopado.

En agosto de 822 compareció el emperador ante la dieta imperial de Attingny en la iglesia del lugar haciendo una confesión pública de sus pecados. Ocurrió todo por consejo de los prelados. Reconoció su complicidad en la muerte de su sobrino Bernardo, el agravio cometido contra sus hermanastros, primos y otros. Se humilló como nunca su padre lo hizo ni lo habría hecho y se sometió a la sentencia de los sacerdotes. ¡Entonces Agobardo de Lyon reclamó la devolución de todos los bienes, que los príncipes anteriores habían arrebatado a la Iglesia!

Luis lo soportó arrepentido y expidió tropas en todas direcciones: envió un ejército a Panonia, otro a la Marca Hispánica y un tercero a la Marca Bretona, entregándose personalmente «según la costumbre de los reyes frances, a la caza durante la estación del otoño...». Reflexionar una y otra vez sobre todo ello es parte de la cultura occidental, y una parte nada accesoria sino esencial y básica.

Ni más ni menos.

Los obispos, en efecto, se esforzaban por someter el Estado y en 829 exigieron en París, remontándose a las arrogantes enseñanzas del papa Gelasio I, que nadie pudiera juzgarlos, que solamente serían responsables ante Dios y que los demás grandes, en cambio, se les sujetaran a ellos, los obispos. Efectivamente, su *«auctoritas»* estaba incluso por encima de la *«potestas»* del rey y del emperador, que de otro modo se convertiría en un tirano y cualquier derecho moral desaparecería con su dominio.

Su arrogancia, revestida a veces con la retórica de una modestia aparente y de una falsa humildad —la notoria hipocresía mojigata—, difícilmente podía ser mayor. Alababan, y en este punto con toda razón, la humildad de los emperadores, porque la humildad en los demás siempre la encuentran muy meritoria. Pero ellos siempre se presentaban como aquéllos a quienes el Señor otorgaba la potestad de atar y desatar y recordaban autocoplacientes la supuesta palabra del emperador Constantino a los obispos (según la ominosa Historia de la Iglesia de Rufino): «Dios os ha constituido sacerdotes y os ha dado el poder de juzgarnos también a nosotros. Por ello seremos juzgados con razón por vosotros, mientras que vosotros no podéis ser juzgados por hombres». Demasiado hermoso para ser cierto. Por el contrario se les cree gustosamente, abogan con toda firmeza por el patrimonio eclesiástico, que ellos mismos no mantenían unido y del que a menudo disponían como de una posesión privada. Sólo a los envidiosos, declaraban ellos, les parecía excesivo. De hecho, si se administrase «rectamente», «nunca podría ser demasiado».⁵¹

Eso es lo que ahora perseguimos nosotros.

Si todo ello delataba ya una arrogancia episcopal y un afán de domi-

nio difícilmente superables, pronto la ejercieron de forma aún más odiosa en la disputa de Luis con sus hijos.

Y sin embargo, ¿no la había provocado el propio soberano con su devoción? ¿No la había provocado él mismo en las deliberaciones de Aquisgrán, celebradas a mediados de diciembre del 828, cuando según el uso acreditado se atribuyeron a la cólera divina por los pecados de la cristiandad todas las desgracias, las hambrunas, la pobreza, las epidemias, las malas cosechas, la espantosa superstición, la insurrección de los magnates, la codicia de los funcionarios, de los condes, la venalidad, la simonía, la degeneración moral del clero, la prostitución, la pederastía, la sodomía, las correrías de los paganos... y en una palabra todos los males del mundo? Para los sacerdotes, en cambio, se reclamaba la exención de derechos, la renuncia del emperador a cualquier intervención en los asuntos eclesiásticos. ¿No tenía él como cometido señalado por los obispos el investigar cuáles eran los pecados especiales que desencadenaban la miseria, para que ellos pudieran expiarlos debidamente? También en el sínodo de París (829) los prelados atribuyeron explícitamente a la autoridad eclesiástica la primacía sobre la potestad real.⁵²

Pero Luis se deslizó hacia los peores compromisos en política interior, con innegables consecuencias para la historia universal, a través de un acontecimiento que normalmente se considera de buen agüero: el nacimiento de un niño, de un hijo, en edad avanzada del padre.

Católicos entre sí: el primer levantamiento

La emperatriz Ermengarda había dado tres hijos al soberano: Lotorio (795), Pipino (797) y Luis (806). Cuando ella murió el 3 de octubre del 818 en Angers después de aproximadamente veinte años de matrimonio, se temió que el piadoso viudo se encerrase en un monasterio. Y, naturalmente, para el clero era preferible «una mentalidad monástica en el trono... que no un emperador en hábito monacal entre los muros de un monasterio» (Luden). Y así se le presentó en una especie de concurso de belleza, en una «exploración», como dice de forma poco delicada el prosaico analista imperial, una selección de la alta nobleza. Y el carolingio, nada insensible a las mujeres, se decidió por la hija del conde Güelfo, Judit, que no sólo se recomendaba por su alcurnia —el antiguo linaje de los Güelfos de origen franco, pero después afianzado y poderoso sobre todo en Alamania y en Baviera—, sino que supuestamente reunía todas las perfecciones, siendo extraordinariamente «dulce y seductora» (arzobispo Agobardo), a la vez que rica, ingeniosa y educada. A los pocos meses de la muerte de su primera mujer, el emperador la desposó a comienzos del 819. Tras haber dado a luz una hija, llamada Gise-

la, el 13 de junio de 823 alumbró un hijo en el nuevo palacio de Frank-furt, al que en recuerdo del abuelo se le dio el nombre de Carlos y más tarde el sobrenombre de «el Calvo».⁵³

Debido a los esfuerzos de la madre por asegurar al pequeño rezagado una herencia como la de sus hermanastros y a causa de tales intervenciones ahora continuas de la tan atractiva como tenaz joven güelfa, la historia tomó otro curso. La propia *Ordinatio imperii* de Luis, el orden de sucesión de 817, establecido por «inspiración de Dios» y jurado de forma tan solemne, que ya había dividido el imperio entre sus tres hijos habidos del primer matrimonio, se vio radicalmente trastocada, adoptando ahora no una división tripartita sino cuatripartita.

El príncipe Carlos en 829 contaba sólo seis años, cuando en la dieta imperial de Worms Luis le designó rey de Almania, la tierra originaria de su madre, otorgándole además Alsacia, Retia y algunos territorios de Borgoña. Y a consecuencia de las caballas que ahora empezaban a hacerse, debidas sobre todo a la emperatriz, Luis se enemistó con sus hijos mayores, Lotario se enfrentó a sus hermanos y éstos se pusieron contra él, acabando enfrentados todos los hermanos. El resultado fue la desmoralización, la corrupción, el cohecho y las traiciones sin cuento. Y bien sabe Dios que no fue casual el que todas estas cosas precedieran a la señal: el 1 de julio la luna se oscureció en el crepúsculo y de nuevo el 25 de diciembre del 828 a media noche. Más aún, durante el inmediato «tiempo sagrado de ayuno de la cuaresma», antes de la «sagrada fiesta de Pascua», un terremoto nocturno acompañado de un viento tempestuoso arrancó en Aquisgrán «una parte no pequeña [del tejado] de la iglesia de la santa Madre de Dios» cubierto con planchas de plomo (Anales imperiales). La conclusión fue que pronto desaparecería el imperio, porque, según Nithard, «cada uno empujado por sus malas pasiones sólo buscaba su provecho, empeorando de día en día».⁵⁴

La primera sublevación de 830 contra el soberano abrió en el Occidente piadoso y tan amigo de la familia un decenio de continuas rebeliones palaciegas y de guerras civiles.

Se comprende que los hijos mayores del emperador estuvieran irritados por el curso de los acontecimientos. Y especialmente Lotario, cuyo reino quedaba gravemente menguado en favor de Carlos, y que veía además en peligro su futura supremacía. Mas también a la pareja más joven de Pipino y Luis le amenazaba otra pérdida de territorio. Igualmente la jerarquía eclesiástica, preocupada por la unidad del imperio, temió por su idea de la misma. La situación se agravó aún más cuando Lotario, que desde finales del 825 actuaba formalmente como regente con igualdad de derechos en la corte de Luis, marchó en el otoño a Italia y Wala fue relegado a su monasterio de Corbie. Pero en su lugar llegó como tesorero, como «segundo en la jerarquía», el conde Bernar-

do de Barcelona, hasta entonces odiado por los magnates más destacados, un hombre al parecer especialmente altanero y ambicioso que en todas partes reclutaba secuaces otorgando realengos.

Por su parte Luis, después de «haber puesto en orden» el Estado, se marchó naturalmente «a su finca de Frankfurt para la cacería de otoño» «y allí cazó todo el tiempo que le plugo», anotan los biógrafos. Sólo ya de cara al invierno regresó de nuevo a Aquisgrán para celebrar las festividades sucesivas de san Martín, san Andrés y el sagrado espectáculo de Navidad. Y todo ello, asegura el analista imperial, «con gozo y júbilo».

Gozo y júbilo que por lo demás iban a faltarle.

Bernardo, descendiente de la alta nobleza francesa e hijo de Guillermo —conde de Toulouse, muy considerado bajo Carlos I y que por consejo de su amigo Benito de Aniane terminó siendo monje de un gran ascetismo—, sentía escasa inclinación por los gustos del emperador. Parece que le atraía mucho más, según malas lenguas especialmente episcopales, el lecho de la joven emperatriz. Y Luis el Piadoso había protegido a aquel hombre desde pequeño, lo había sacado de pila en el bautizo y más tarde le había nombrado conde de Barcelona y puesto al frente de la Marca Hispánica, en la cual había combatido con éxito la sublevación goda bajo Aizo.

Como partidario de la emperatriz se llamó a Bernardo a la corte en 829 y con su ayuda se intentó romper el «partido de la unidad imperial». Pero ocurrió justamente lo contrario. La llamada de Bernardo, escribe el propio panegirista de Luis, el Astrónomo, fue un paso, que «lejos de ahogar la semilla de la discordia más bien la multiplicó». También Ni-thard, nieto de Carlomagno, que en la querella fraterna se unió a Carlos el Calvo, por encargo del cual documentó la historia de su tiempo, dice de Bernardo: «En vez de afianzar el Estado titubeante, lo hundió por completo con el abuso insensato de la violencia».⁵⁵

El tesorero debió de contribuir rápidamente al poder y prestigo de su propio partido. Pero el grupo era relativamente pequeño, formado sobre todo por su hermano Heriberto, su primo Odón, los hermanos de la emperatriz Conrado y Rodolfo y, naturalmente, se contaba también la propia Judit, supuestamente el espíritu malo del emperador. En cambio, el grupo de sus adversarios era grande e influyente, pues en él confluían los descontentos, los humillados y todos los que esperaban mejorar con una sublevación o con un cambio de la situación, la jauría de aquellos que «como perros y aves de rapiña buscaban hacer mal a otros para así sacar provecho» (*Astronomus*). Circulaban rumores, tal vez calumnias, campañas en toda regla, que partían de los prelados versados en tales maniobras, los cuales imputaban a la emperatriz todo lo imaginable, incluido el adulterio con Bernardo y con otros.

«Las gentes humildes disfrutaban con todo ello —comenta el arzo-

bispo Agobardo—, los ilustres y grandes sufrían con que el bando imperial se hubiera manchado, el palacio deshonrado y la fama de los frances oscurecida, porque la señora practicaba juegos frívolos incluso en presencia de eclesiásticos.» El abad Regino de Prüm habla asimismo de su «múltiple fornicación» (*multimodam fornicationem*), cosa que al menos no es segura.

A Judit se le atribuían también artes diabólicas y brujería perniciosa. Pero precisamente en 829 el sínodo de París había condenado los amuletos, la magia, los presagios, la adivinación, la interpretación del futuro y de los sueños y quiso ver castigados «con especial severidad» a todos cuantos de ese modo «sirven al diablo abominable».

Bernardo, sin embargo, apenas si aparece un poco menos dañino. El santo abad Pascasio Radberto, biógrafo de Wala, que había sido educado en el monasterio de monjas de Soissons, ve al infame tesorero revolverse en todos los lodazales inmundos, devastar el palacio como un jabalí salvaje y hasta ocupar el lecho de la emperatriz. «El palacio ha pasado a ser una casa alegre, en la que manda la adultera y gobierna el adulterio, en la que se amontonan los crímenes y en la que especialmente se practican encantamientos malvados y brujeriles de toda índole.» Por el contrario el «grande y benigno emperador» marcha engañado «como un cordero inocente al matadero...».

Bernardo no tenía en la corte a su mujer Dhuoda —autora del *Liber manualis*, una guía fervorosa para la práctica de la vida cristiana—, sino que la había enviado a Uzés. Hasta el día de hoy no se ha demostrado si las suposiciones del santo contenían algo de verdad; pero la campaña ciertamente que tuvo éxito. *Calumniare audacter...*

Para escapar de tan desoladora situación interna, una vez más quiso el emperador marchar con todo el ejército imperial contra Bretaña ¡y precisamente el mismo 14 de abril, Jueves Santo! Según parece esto disgustó «a todo el pueblo» (*Annales Bertiniani*). De hecho sólo los poderosos se irritaron por la nueva regulación en favor del tardío Carlos, que ahora precisamente de acuerdo con el derecho consuetudinario franco tenía que recibir una parte de la herencia común. Lo cual perjudicaba a los tres hijos del primer matrimonio de Luis y hermanastros de Carlos: Pipino I de Aquitania, Luis de Baviera y muy en especial Lotario. Éste partió rápidamente de Italia y cruzó los Alpes para defender su derecho según la resolución de 817. De su lado se pusieron príncipes civiles y eclesiásticos, todos los cuales luchaban en apariencia por la unidad del imperio, aunque en realidad lo hacían más aún por sus intereses.

Al frente de la conjura figuraban antiguos partidarios del emperador, algunos que fueron sus consejeros, el en tiempos canciller Helisacar, el archicanciller y abad Hilduino de Saint-Denis, el obispo Jesse de Amiens y, sobre todo, el abad Wala, que por entonces tenía 56 años y

era el jefe espiritual de la sublevación y el enemigo más peligroso de Luis. El acuñó la consigna «*Pro principe contra principem*» y su monasterio de Corbie se convirtió de hecho en «el centro» y «cuartel general» (Weinrich) de los rebeldes. (A lo largo de los siglos algunos monasterios católicos se convirtieron en centrales de conjurados y conspiradores, como ocurrió por ejemplo durante la segunda guerra mundial en la preparación y disolución de la «Gran Croacia», paraíso clero-fascista de asesinos.)⁵⁶

Los sublevados, que aprovechando la campaña de Luis contra los bretones se reunieron en el monasterio de Corbie, reprochaban al emperador el que «contra la religión cristiana..., sin ningún provecho para el Estado y sin una necesidad determinada hubiese ordenado para el tiempo de ayuno una marcha general del ejército y hubiera fijado la reunión del mismo en la frontera extrema del imperio para el día de la Cena del Señor».

Los rebeldes no sólo querían alejar a Bernardo y a la joven emperatriz con su séquito, sino también al viejo emperador, y a ser posible poner a Lotario en su lugar.

Tras diversas torturas a Judit se la amenazó incluso con la muerte y se le arrancó la promesa de que forzaría al emperador a tonsurarse el cabello y a entrar en el monasterio. Ella misma tenía que tomar el velo y recluirse entre las monjas de la Santa Cruz (Sainte-Croix) de Poitiers. Sus hermanos, los güelfos Conrado y Rodolfo, fueron tonsurados como monjes para alejarlos de la política y encerrados en monasterios aquitanos bajo la vigilancia del rey Pipino. El consejero imperial más odiado, Bernardo, conde de Barcelona y duque de Septimania, el «profanador del lecho matrimonial paterno», se salvó refugiándose en España con el consentimiento de Luis. (En 844 Carlos el Calvo mandó decapitar como reo de lesa majestad al antiguo favorito de su madre.) Heriberto, hermano de Bernardo y supuesto cómplice, «fue castigado con la pérdida de los ojos» y encerrado en una cárcel italiana, mientras que su primo Odón era exiliado.

A Luis y al pequeño Carlos los mantuvo Lotario «en libertad vigilada». Por encargo suyo los monjes del monasterio de Médard, en Soissons, intentaron familiarizar al emperador con la vida ascética y moverlo a entrar libremente en su estado. Pero el piadoso Luis estaba ahora muy lejos de todo ello.

Lotario, que perseguía con saña a los partidarios de la princesa recluida, evitó de todos modos en la dieta imperial de Compiègne (mayo del 830) privar a su padre de todo el poder. Se contentó con anular sus disposiciones del último año y con que por lo demás pudiera creer que tenía la sartén por el mango. Pero mientras los grandes se enemistaban cada vez más entre sí buscando cada uno su provecho personal y lejos de

mejorar la situación crecía la desconfianza en el nuevo gobierno, el emperador consiguió indisponer a sus dos hijos menores contra el mayor. Por medio de un monje, llamado Guntbaldo, ofreció a Luis y a Pipino una ampliación de sus reinos, con lo que rápidamente se los atrajo a su bando y dividió a los aliados, sobre todo porque a los hermanos les pareció que la supremacía de Lotario no era menos opresiva que la del padre.

Por todo ello el golpe de Estado fracasó por completo. En la dieta imperial de Nimega (octubre del 830) el monarca recuperó la libertad, Lotario se sometió y los cabecillas de su partido fueron encarcelados y condenados en la dieta imperial de Aquisgrán que se celebró en febrero. El abad Wala de Corbie, que de primeras tuvo que desaparecer de su monasterio —ya en 774 prisión del rey longobardo Desiderio—, apareció en un nido rocoso de difícil acceso sobre el lago de Ginebra, desde el que sólo veía la nieve de los Alpes y el cielo. El obispo Jesse de Amiens fue despojado de su dignidad por los prelados, el abad Hilduino fue sustituido como archicapellán por el abad Fulco y recluido en el monasterio de Korvei, en Sajonia; también el abad Helisacar fue desterrado. Peor les fue, como de costumbre, a los llamados laicos, que perdieron cargos y bienes. El propio Lotario, destronado como corregente, regresó a Italia después de haber prometido «no cometer jamás tales cosas».

La emperatriz salió en seguida del monasterio con la dispensa explícita de Gregorio IV y de los obispos franceses, y aprovechando su parentesco como cojuramentada (*sacramentales*), emitió un juramento de purificación que la eximía de cualquier otra «prueba», juramento que también pronunció el reaparecido conde Bernardo. Judit fue rehabilitada con más poder que antes. Y naturalmente también sus dos hermanos tonsurados volvieron a dejar por mucho tiempo la cogulla monacal.⁵⁷

Católicos entre sí: segundo levantamiento

Dado que Lotario estaba ahora circunscrito a Italia, el emperador asignó en febrero del 831 a sus otros hijos —Pipino, Luis y Carlos— unos reinos (*regna*) aproximadamente iguales. Pero a pesar de la notable ampliación de los mismos el conflicto continuó latente al querer unos la unidad imperial y ambicionar otros más influencia o más tierras; todo dictado por el egoísmo más descarado y también en buena medida por los esfuerzos incesantes de la emperatriz para favorecer a su retoño, el rezagado Carlos. Pipino, hijo del emperador, se rebeló en Aquitania y la perdió, pasando a manos del hijo de Judit. Y la nobleza del país, que desleal había abandonado a Pipino, prestó juramento de fidelidad al nuevo soberano. No obstante lo cual aquella nobleza apenas fue menos

oportunista que el episcopado, pasándose habitualmente de uno a otro, y desde luego al bando en el que esperaba pescar más dinero, más tierras y más poder (todo lo cual proporcionaba más honor y más nobleza; por algo se llamaba nobleza superior...).

En la Pascua del 832 se sublevó el duque de Baviera Luis (el Germánico).

Con todas las tropas bávaras y hasta eslavas, incluyendo a clientes, siervos y esclavos (*liberis et servis et sclavis*), emprendió una campaña militar para recuperar Alamanía, que entretanto había pasado a su hermanastro Carlos (el Calvo). Avanzando paso a paso hasta Worms es verdad que Luis el Germánico «lo había arrasado todo espantosamente»; pero al faltarle los refuerzos esperados de francos y sajones, en mayo de 831 capituló en Augsburgo y fue devuelto a su territorio. Había prometido con juramento «nunca más cometer semejantes acciones o dar su consentimiento a quienes las hicieran» (*Annales Bertiniani*), y ya al año siguiente quebrantaba su juramento.

Como el pequeño Carlos tenía que recibir Aquitania, todavía en octubre Pipino fue sometido en Limoges, depuesto y desterrado con su mujer y su hijo a Tréveris «para enmendar sus malas costumbres». Pero escapó durante el traslado y alcanzó Aquitania, perseguido de cerca por su padre, quien tras graves pérdidas hubo de retirarse.

Y ya a comienzos del año siguiente (833) los tres hermanos mayores se aliaron para atacar a su padre con una mayor fuerza militar, pisoteando sus juramentos de vasallaje y sus deberes filiales. Apelaron al pueblo «para establecer un gobierno justo». Y es que también Luis el Germánico (que ya se había levantado una y otra vez en 838 y 839) y Pipino de Aquitania se sentían postergados y amenazados. Con un ejército movilizado a toda prisa Lotario marchó a Borgoña junto con el papa Gregorio IV (827-844), que aun desde Italia había intentado ganarse al clero franco. Los arzobispos de la región, Bernardo de Vienne y Agobardo de Lyon, se pasaron de inmediato a su campo. El último era el enemigo rabioso de los judíos, que ahora, despreciando también el cuarto mandamiento, publicó un manifiesto en el que abogaba por el derecho de los hijos contra el padre.

Lotario se reunió con sus hermanos y se puso de nuevo a la cabeza de los sublevados. Pero en los primeros momentos la mayoría de los dirigentes eclesiásticos franceses continuaron del lado del viejo soberano. En una carta recordaron «al hermano papa» el juramento de lealtad que había pronunciado en favor de Luis el Piadoso y hasta le amenazaban con duras medidas disciplinarias entre las que no se excluía la excomunión. Un pequeño grupo de prelados, del que formaban parte el abad Wala y Agobardo, se mantuvo sin embargo fiel al papa que reclamaba obediencia a su mandato, aunque fuera opuesto al de Luis, porque el

ministerio eclesiástico era más importante que el civil, la dirección de las almas más relevante que todo lo temporal y el papado estaba ciertamente por encima de la autoridad imperial; una afirmación ésta que los papas posteriores lanzarían incesantemente contra los emperadores. Mas aunque Gregorio llevase toda la razón, insultó a los obispos (únicamente a sus adversarios, desde luego) calificándolos de viento y de cañas vacilantes, de personas débiles y sin carácter y de egoístas serviles frente a la autoridad civil.⁵⁸

Como Luis corría el peligro de ser derrotado, cada vez eran menos los prelados que permanecían a su lado. El papa se burlaba de sus escritos altaneros y estúpidos y discutía especialmente el reproche que por doquier le habían hecho los imperiales diciendo que se había convertido en mero instrumento de los hijos para lanzar la excomunión contra los enemigos de aquéllos.

Entre Estrasburgo y Basilea, en la extensa llanura de Rotfeld cerca de Colmar —que según parece muy pronto la voz popular llamó «Campo de mentiras» (*Campus-mentitus*) y que los analistas suabos calificaron como «el oprobio de los franceses» (*Francorum dedecus*)—, acamparon unos y otros en junio del 833 a una jornada de marcha en orden de batalla. Y mientras que Gregorio IV con la vieja táctica mojigata no hacía más que insistir en el único objetivo de establecer la paz entre los partidos contendientes y mientras que sólo brevemente (*non diu*), según Thegan, trató por encargo de los hijos con su padre, asumió de hecho «el papel rector» en las negociaciones «que culminaron en la deposición del emperador» (Dawson) y se dejó «inducir a un lamentable veredicto de culpabilidad contra el emperador» (Grotz S.J.).

Está claro que el papa tenía que justificar la sublevación a los ojos de la masa y ganarse al resto titubeante para el bando de los rebeldes. Justo después de su regreso al campamento de los hermanos casi todo el ejército de Luis (pese a su adicional juramento de lealtad de batirse contra sus hijos como contra los enemigos) se pasó alevosamente al bando de éstos «como un torrente impetuoso», escribe el Astrónomo, «en parte seducido por los regalos y en parte aterrado por las amenazas». El clero del bando de Lotario reconoció en ello un milagro divino. Y entonces casi todos los obispos, que antes habían amenazado a Gregorio IV con su deposición, también cambiaron de frente, de modo que el papa, que había cumplido con su obligación, pudo regresar a Roma con el beneplácito de Lotario.⁵⁹

Mas el viejo emperador hubo de rendirse incondicionalmente aquel verano. Se le consideró entonces como derrocado por la mano de Dios, como un «no-rey», como un segundo Saúl, y los obispos y otros «le hicieron mucho daño», como dice el corepíscopo Thegan. Para empezar Lotario se lo había llevado consigo a través de los Vosgos, pasando por Metz y Verdun, hasta Soissons, donde Luis fue encerrado en el mo-

nasterio de Saint-Médard; le arrebataron al príncipe Carlos, que apenas contaba diez años, depositándolo en el monasterio de Prüm en la región de Eifel bajo un severo régimen carcelario cual si se tratase de un gran criminal, como diría Carlos más tarde, aunque no le hicieron monje. Pero los hermanos de la emperatriz sí fueron tonsurados y enviados a Aquitania, territorio de Pipino, en tanto que ella era conducida de inmediato con Gregorio a Italia y allí fue desterrada a Tortona.

Con la aprobación papal se decretó el traspaso del imperio de manos del viejo emperador —designado ahora por los obispos como «el antiguo emperador», «el venerable varón» y también «el Señor Luis»— a las de Lotario. Éste se cobró la mayor parte del botín de la herencia asignada a su pequeño hermanastro, con la excepción de Almania (que Luis el Germánico recibió con casi toda la parte oriental del imperio).

A partir de entonces el vencedor dató sus documentos por «el gobierno del emperador Lotario en Francia». También de los diplomas de Luis (el Germánico) desapareció la soberanía suprema del emperador. Luis ya no firmó los documentos como *rex Baioariorum* sino simplemente como *rex* fechándolos por sus años de gobierno «*in orientali Francia*» (por primera vez el 19 de octubre de 833). Únicamente Pipino de Aquitania continuó con la datación del emperador. Por lo demás, el imperio se distribuyó de nuevo entre los tres hermanos.

Y cuando Lotario ocupó como emperador el puesto de su padre y quedó como principal ganador, también los otros dos hermanos se beneficiaron; y los territorios de los tres se mantuvieron independientes. A su hermanastro Carlos lo postergaron por completo, desheredándolo.⁶⁰

Por su parte Rabano Mauro, abad de Fulda y uno de los paladines de la unidad del imperio, abrazó el partido de Luis el Piadoso y en un tratado dedicado al mismo escribió que era «totalmente inadmisible que los hijos se rebelasen contra el padre y los súbditos contra su soberano». Rabano mostró la injusticia del complot contra Luis. Ni Lotario estaba autorizado a destronar a su padre ni el episcopado podía condenarle y excomulgarlo. (Después del 840 el «*Praeceptor Germaniae*» tomó partido por Lotario y algunos años después por Luis el Germánico, por lo que en 847 pudo convertirse en arzobispo de Maguncia.)⁶¹

Por el contrario, al menos una parte del clero alto, capitaneada por Agobardo de Lyon, Ebón de Reims y Jesse de Amiens, se apoyó en las tesis aprobadas ya en 829: «Un soberano, que no ha cumplido los deberes de su función, ya no es un rey sino un tirano, y debe ser depuesto. Quien ha quebrantado los pactos de 817 y mediante el "juicio de Dios" de la asamblea general de Alsacia fue despojado de su poder, tiene que confesar públicamente su culpa y hacer la penitencia canónica».⁶²

Mucho peor que Canossa. y todo «según la sentencia de los sacerdotes»

Cuando el 1 de octubre de 833 se celebró en Compiègne una dieta general del imperio bajo la presidencia de Lotario para poner remedio a aquella tragedia cristiana, el arzobispo Agobardo, que en tiempos había gozado del favor especial de Luis y que le debía mucho, reclamó en un escrito propio la penitencia canónica para el ex emperador depuesto (*domnus dudum imperator*) y pecador público. Pero no sólo aquella vez había acosado al soberano; a su esposa Judit la había declarado poseída por el diablo y capaz de cualquier iniquidad, había proclamado que su corte estaba contaminada «por la inmundicia de los crímenes» y había justificado sin reservas y de forma apasionada la rebelión de los hijos.

Agobardo era sobre todo, como la mayoría de las gentes de su gremio, un gran odiador, con un odio que abarcaba a los paganos, a los «herejes» y muy especialmente a los judíos. Contra éstos redactó cinco libros furibundos en los que ya se encuentra la famosa consigna nazi: «¡No le compréis a ningún judío!». Así se pudo equiparar a la estimada luminaria eclesiástica (ya antes ciertamente del período nazi) «con los enemigos más brutales de los judíos de todos los tiempos»; en 1934 el jesuíta Rahner pudo presentar a Agobardo —junto a otros padres de la Iglesia enemigos de los judíos— como defensor animoso de la Iglesia católica. El emperador Luis, por el contrario, había otorgado numerosos salvoconductos a los judíos.⁶³

Pero ¿cómo interpretaban la derrota de Luis los prelados reunidos en Compiègne, que con todos los grandes habían emitido un juramento de lealtad a Lotario? Por supuesto que como una consecuencia de su desobediencia a las exhortaciones de los sacerdotes. Había cometido muchas maldades contra Dios y contra los hombres y había conducido a sus súbditos al borde de la catástrofe. Y así se le declaraba «tirano», mientras que a su hijo y sucesor victorioso lo proclamaban «amigo de Cristo Señor». Ellos, los «representantes de Cristo», los «portadores de las llaves del reino de los cielos», exigieron del viejo soberano una confesión general de sus pecados, le exigieron una renuncia al mundo y le presentaron un documento con sus crímenes, a fin de que «como en un espejo pudiera contemplar lo abominable de sus acciones».

En su reciente *Historia de los concilios*, Wilfried Hartmann observa al respecto: «Tales procedimientos sólo fueron posibles porque el episcopado franco ya había formulado en 829, en París, ciertas tesis que preveían una especie de control del soberano político por parte de los obispos». Así, el canon 55 proclamaba: «Si alguien gobierna con piedad, justicia y clemencia, se le llama merecidamente rey; pero quienes gobiernan de un modo impío, injusto y cruel no se llaman reyes sino ti-

ranos». Pero si un rey ha de ser calificado de justo o de impío, lo determinan naturalmente los prelados.

¡Y qué dichosos habían sido bajo el padre de Luis y desde mucho tiempo atrás!

A todos les recordaron «cómo este imperio se había expandido en paz, unión y gloria gracias a la administración del eminentísimo emperador Carlos, de feliz memoria, y gracias al trabajo de sus predecesores...». En realidad merovingios y carolingios, y sobre todo el «eminentísimo» Carlos, habían guerreado sin descanso y aquellos príncipes de los franceses *no habían sido más que salteadores y carníceros*, explotadores y esclavizadores; para decirlo en dos palabras, no habían sido más que occidentales cristianos. ¡Por lo que todavía hoy los ensalza la casi totalidad de los historiadores!

Como en su tiempo lo hicieron ya los piadosos pastores de almas. Los cuales, por otra parte, despreciaron al hijo, al menos al tiempo de su humillación y su derrota, al vencido que por su «estrechez de miras» y su «negligencia», como ya entonces escribieron, hundió el imperio «en el deshonor y la miseria, de modo que no sólo causó tristeza a los amigos sino que se convirtió también en objeto de burla para los enemigos, y cómo el mismo príncipe fue negligente en el cargo que se le había confiado, y muchas de las cosas que desagradaban a Dios y a los hombres las llevó a cabo él mismo, indujo a otros a hacerlas o permitió que sucedieran, y con muchos proyectos perversos irritó a Dios y fue motivo de escándalo para la santa Iglesia... y cómo por justo juicio divino se le arrebató de repente la potestad cesárea».

En grupos y trabajando en común, los príncipes eclesiásticos presionaron al prisionero, «inventaron muchas acusaciones contra el emperador», le hicieron ver «insistenteamente cómo había ofendido a Dios y escandalizado a la santa Iglesia...». Y así debió haber obedecido «gustoso su consejo y sus muy saludables exhortaciones»; pero eso no es cierto. También se lee, en efecto, que «se resistió, sin embargo, y no se plegó a la voluntad de ellos; pero todos los obispos lo asediaron duramente, y sobre todo aquéllos a los que había honrado sacándolos del estado de la más baja servidumbre...» (Thegan). «Y atormentaron al emperador hasta inducirle a deponer las armas y a cambiar sus vestiduras, y lo expulsaron del umbral de la iglesia, de modo que nadie osó hablar con él fuera de quienes estaban autorizados para hacerlo» (*Annales Bertiniani*). Los *Annales Fuldenses* recuerdan que depuso «las armas de acuerdo con la sentencia de los obispos, siendo encerrado para que hiciera penitencia».

Luis debió de ser profundamente humillado en Saint-Médard, donde los prelados volvieron a leerle la cartilla, teniendo que postrarse hasta tres o más veces ante los obispos y una multitud de otros clérigos,

debiendo confesar todo cuanto ellos evidentemente le habían inculcado con palabras precisas —lo que todavía hoy se llama lavado de cerebro— y teniendo que solicitar su perdón.

Para paladejar su maldad los jerarcas habían escenificado este espectáculo ante el altar de la Marienkirche del monasterio. En presencia de una gran muchedumbre del pueblo mandaron leerle tres o cuatro veces al emperador —«en voz alta y entre un copioso torrente de lágrimas...»—, tendido en una vestimenta penitencial de crines, la confesión de sus pecados que ellos habían redactado, en la cual le hacían responsable de casi todas las miserias del imperio, aunque él sólo hubiera participado en las mismas de una manera mediata y pasiva. Especialmente le recriminaban tres crímenes capitales: *sacrilegium, homicidium, periculum*; y le achacaban asimismo haber turbado la paz pública y haber ordenado destierros, muertes y asesinatos, profanaciones de templos, pillajes de iglesias, confiscaciones, saqueos, estupros, guerras civiles, violaciones del derecho divino y humano, escándalos y perjurios, incapacidad política y reparto caprichoso del imperio... Todo «según la sentencia de los sacerdotes». Hubo de entregar por escrito a los prelados este largo libelo infamatorio; hubo de deponer las armas al pie del altar, «ante los restos del santo confesor Medardo y del santo mártir Sebastián»; hubo de despojarse de su manto y entre salmos y oraciones recibir el hábito de penitente, con el que los señores eclesiásticos lo revistieron de inmediato con sus propias manos.⁶⁴

Todo el proceso tenía, por una parte, que aniquilar moralmente al emperador y hacerle incapaz de regresar al trono y hasta de portar armas: el derecho canónico lo excluía, como muy bien sabía Luis, después de una penitencia canónica pública. Por otra parte, la increíble degradación tenía que demostrar a las claras la total superioridad de los obispos.

En un memorial, en el que ellos mismos se jactaban de ser «los representantes de Cristo y portadores de las llaves del reino de los cielos y quienes tenían el derecho de atar y desatar en la tierra como en el cielo», anuncianaban también a la comunidad de los cristianos: «Porque este príncipe ha administrado negligentemente el cargo que se le había confiado, ha ofendido a Dios y escandalizado a la santa Iglesia con muchas decisiones reprobables y muy recientemente ha llevado a la ruina total al pueblo que le estaba sujeto, le ha sido arrebatada la potestad cesárea en virtud de una sentencia divina y recta, por decisión divina y con la autoridad eclesiástica». «Era la venganza del partido eclesiástico» (F. Schneider).

Se trataba de las mismas gentes, aunque en esta ocasión incrementadas con los nuevos oportunistas, que ya en 830 habían activado la exaltación, y eran sobre todo, aunque no ciertamente los únicos, los dirigen-

tes eclesiásticos de Francia occidental, Borgoña y Aquitania, los arzobispos de Reims, Lyon, Vienne y Narbona con los obispos de Amiens, Auxerre y Troyes.⁶⁵

Hacía 33 años que Carlos I había juzgado al papa León III. ¡Ahora el episcopado franco juzgaba al emperador! Con la deplorable ceremonia, el mayor oprobio en la vida de Luis y una de las humillaciones más profundas que cualquier príncipe haya podido sufrir, mucho peor que la de Canossa, Luis el Piadoso fue también excluido de la comunión eclesiástica y en adelante sólo pudo tratar y hablar con algunas personas perfectamente especificadas. Por ello, cuando a Lotario se le reprochó la prisión de su padre, pudo replicar con razón que los obispos lo habían condenado a la misma. También dijo que «nadie había compartido más que él la felicidad y la desgracia de su padre, que no se le podía recriminar como culpa el haber tomado la soberanía que se le ofreció, pues que ellos mismos habían depuesto y traicionado al emperador; ni tampoco se le podía reprochar el encarcelamiento, pues era bien sabido que se le había impuesto por sentencia de los obispos».

En calidad de carcelero del depuesto Luis actuó el arzobispo Otgar de Maguncia.⁶⁶

El papel principal en esta tragedia, que entre 833 y 843 desencadenó una serie de guerras civiles, lo representó el arzobispo Ebón de Reims, amigo íntimo de Agobardo de Lyon y auténtico prototipo de la ingratitud y perfidia eclesiásticas, a la vez que un hombre con notables éxitos misioneros. Años antes, en efecto, «por consejo del emperador y con la autorización del papa partió al país de los daneses, para predicar el evangelio, habiendo convertido y bautizado a muchos...».

De hecho este prelado, nombrado por el papa Pascual I legado del norte en el marco de la política escandinava de los carolingios, pasa por ser el iniciador de la misión nórdica. En tiempos Carlomagno había admitido en su escuela palatina al descendiente de «unos pastores de cabras», al hijo de un siervo de la gleba. Y Luis, rey de Aquitania, lo había distinguido desde joven con su amistad, le había elegido para bibliotecario de la corte y en 816, ya emperador, lo nombró arzobispo de Reims y abad de Saint-Remi, elevándolo casi de la nada hasta convertirlo en uno de los primeros prohombres del imperio. Pero ahora aquel hombre arrojaba del trono en su hora más triste al amigo y protector imperial, que todavía seguía favoreciendo con frecuencia a los príncipes eclesiásticos. He aquí lo que escribe el corepíscopo Thegan: «Buscaron entonces a un hombre arrogante y cruel, al obispo Ebón de Reims, de un linaje originariamente esclavo, para que mortificase de forma inhumana al emperador con las mentiras de los demás». Era, pues, un prelado arrogante y cruel mientras que los demás mentían como posesos, con lo que toda la santa jauría cayó sobre el soberano. «Decían cosas inaudi-

tas, hacían cosas inauditas lanzándole reproches a diario...» Y ningún otro más que Ebón condenó personalmente a la penitencia canónica en octubre del 833, en Saint-Médard de Soissons, a su antiguo protector. Por ello parece que Lotario le dio la abadía de Saint-Vaast.

Desde Compiègne empujaron a Luis, «el más piadoso de los príncipes», como le designa Thegan más de una vez, hasta Aquisgrán. Y quien lo empujaba era también un príncipe católico: ¡su propio hijo! Y en Aquisgrán toda la camarilla católica «no sólo no se comportó de un modo más humano —como lamentan los anuarios de Saint-Bertin—, sino que sus enemigos aún se mostraron mucho más sañudos contra él, empeñados como estaban día y noche en quebrantar su ánimo con humillaciones tan graves, para que abandonase por propia decisión el mundo y se recluyese en un monasterio». ⁶⁷

La chusma episcopal sin conciencia cambia una vez más de frente

Tras la deposición de Luis en 833, durante largos años no sólo se sucedieron duras luchas entre padre e hijos sino también entre los hermanos con frecuentes cambios de frentes. El afán de dominio sobre diversas porciones de soberanía indujo a coaliciones cambiantes de conformidad con las ventajas que se esperaban. Ése fue el principio político más firme, el *punctum saliens* por antonomasia.

Al comienzo es evidente que los tres hermanos buscaban la forma de aumentar su poder: Pipino de Aquitania y Luis el Germánico contra Lotario, y éste contra los dos. También los cabecillas de la nobleza, Hugo, Lamberto y Matfrido, combatieron entre sí «por la cuestión de quién de ellos tenía que ocupar el segundo puesto en el imperio detrás de Lotario». En una palabra, continúa Nithard, «cada uno atendía a su propio provecho», como hacen todavía hoy los políticos (en su mayoría). (¿«Anacrónicos» de nuevo?)⁶⁸

Entre tales contiendas cambiaron una vez más los vientos. No sólo daba que pensar el comportamiento codicioso y prepotente de Lotario, también preocupaba a todas luces el tratamiento inmisericorde que daba a su padre trayéndolo y llevándolo de continuo. Luis el Germánico, que con el nuevo giro era sin duda el que menos tenía que arriesgar, había ya intervenido durante el invierno del 833-834 en favor de su padre, siendo apoyado en su intento por Rabano Mauro, abad de Fulda. Y también Pipino de Aquitania cambió evidentemente de actitud, sobre todo porque se temía un ataque de Lotario contra su reino, decidido como andaba éste por embolsarse toda la ganancia dando la impresión de que aspiraba al dominio sobre el reino. Mas cuando ambos hermanos

marcharon contra él al frente de sendos ejércitos, Luis desde el este y Pipino desde el oeste, perdió el valor, emprendió la fuga y abandonó al anciano emperador en Saint-Denis así como al joven Carlos, al que había sacado de Prüm.

Mientras el 28 de febrero Lotario huía a Borgoña con su séquito, la chusma sin conciencia de los príncipes eclesiásticos, que había destronado a Luis, acudió a Saint-Denis y ya al día siguiente, 1 de marzo del 834, volvió a recibirla solemnemente en la iglesia y le prestó vasallaje. «Apenas se había alejado Lotario, se reunieron los obispos presentes en la iglesia de san Dionisio, declararon al emperador exento de toda penitencia canónica y le impusieron sus vestiduras reales y sus armas» (*Annales Bertiniani*) —de las que le habían despojado— «y humildemente entonaron cantos de alabanza a Dios» (*laudes Deo devote referunt*), según cuenta Nithard.

Los prelados en su mayoría cambiaron inmediatamente de frente. Por descontado que ya antes habían preguntado a Luis «si cuando le fuera devuelta la soberanía, estaría dispuesto a restablecer y fomentar con todas sus fuerzas el imperio y sobre todo el servicio del Dios verdadero y conductor de todo orden». Y naturalmente el piadoso Luis «se había declarado sin más dispuesto a hacerlo». Por lo cual «se decretó inmediatamente su reposición» (Nithard). Y por supuesto que el emperador sabía lo que tenía que hacer ahora, como era arrancar «lo mucho malo que había arraigado y sobre todo lo siguiente: ordenó a su hijo Pipino, a través del abad Hermoldo, devolver sin dilación a las iglesias de su reino los bienes eclesiásticos que él personalmente había donado a los suyos o que éstos se habían apropiado por su cuenta. También envió emisarios a las ciudades y monasterios de alrededor para restablecer la vida clerical desacreditada casi por completo...» (*Anonymi vita Hludovici*).

Entretanto Lotario había reforzado su ejército en las diócesis de sus partidarios más leales, los arzobispos de Lyon y Vienne.

Y mientras el emperador Luis, después de haber celebrado «con su habitual devoción la sagrada festividad de la Pascua», se divertía de nuevo a sus anchas con la matanza deportiva de animales, cazando y pescando, primero en las Ardenas y, después de Pentecostés, también en los Vosgos, el partido de Lotario se imponía en una batalla sangrienta sobre un contingente imperial muy superior. Se luchó en la frontera de la Marca Bretona, en la que combatieron el obispo Jonás de Orleans, el abad Bosón de Fleury y muchos otros prelados. Entre los grandes de Luis fueron muchos los caídos, figurando también entre las víctimas su canciller el abad Teotón de Marmoutier les Tours.

Con ello Lotario se envalentonó.

Marchó contra Châlon sur Saône, un importante arsenal de sus enemigos, incendió todos los contornos y, tras un acuerdo con la ciudad que ardió

varios días, mandó saquearla y reducirla a cenizas. En una buena actuación católica, «primero fueron saqueadas y devastadas las iglesias a la manera de unos vencedores crueles» y después fueron decapitados los jefes de los defensores: el conde Gauzelmo de Rosellón, el conde Sani-la y el vasallo real Madahelmo —el corepíscopo Thegan habla en seguida de «mártires»—, en tanto que los demás condes fueron encarcelados. Hasta la hermana del duque Bernardo de Septimania, la monja Gerber-ga, acabó como «envenenadora» en un tonel y murió ahogada en el Sao-na. Thegan escribe: «Y él la atormentó largamente y por fin la mandó matar tras la sentencia de las mujeres de sus indignos consejeros, cumpliendo el vaticinio del salmista: "Y con los puros eres puro y con los perversos perverso"».

Al principio Lotario hizo oídos sordos al consejo de su padre «para que se volviera de sus malos caminos»; pero evitó un enfrentamiento con el ejército de sus hermanos y de Luis, que se acercaba a Blois con el supuesto propósito de «liberar al pueblo» (*Annales Bertiniani*) y después se echó a los pies de su progenitor a una con los personajes más prominentes de su séquito para jurarle lealtad y obediencia y para prometerle que no volvería a salir de Italia sin una orden paterna.

Los partidarios de Lotario quedaron en libertad para marchar; pero la mayoría y los más notables le siguieron, entre ellos los condes Hugo, Lamberto, Matfrido, Godofredo, etcétera, que perdieron así sus bienes, feudos y cargos frances. Lotario, sin embargo, les indemnizó, porque sin tener en cuenta los juramentos primeros, los intermedios y los más recientes, les entregó las posesiones de fundadores franceses sitas en Italia, donándoles monasterios enteros, como San Salvatore en Brescia, la famosa abadía de Bobbio, una fundación de san Columbano y hasta posesiones papales —*maximeque ecclesiam sancti Petri*—, y todo ello de la manera más cruel, *crudelissima* (*Astronomus*).

También algunos prelados —los arzobispos Agobardo de Lyon, Bernardo de Vienne, Bartolomé de Narbona, los obispos Jesse de Amiens, Elias de Troyes, Herebaldo de Auxerre y el abad Wala de Corbie— abandonaron por precaución, y en contra de toda norma canónica, sus obispados. Y casi todos siguieron a Lotario, tras el que se cerraron los pasos de los Alpes, en su marcha hacia el sur, para regresar tras la muerte de Luis con el futuro emperador. Muchos de ellos, sin embargo, fueron víctimas de una peste que hizo estragos en 837.⁶⁹

La «*Causa Ebonis*»

Entretanto, en noviembre del 834, en la dieta imperial de Attigny, de nuevo se había evocado la mala situación general, y de nuevo se ha-

bía prometido poner remedio. Mas todo lo que ocurrió de hecho fue el mandato del emperador para que se devolvieran lo antes posible los bienes eclesiásticos enajenados en Aquitania. La miseria del pueblo persistía inmutable.

En una asamblea imperial, convocada el 2 de febrero del 835 en el palacio de Diedenhofen, que fue sobre todo una asamblea eclesiástica, reclamó Luis que se repitiera de forma explícita y más solemne la declaración de nulidad de su deposición y penitencia canónica, que ya se había formulado en Saint-Denis. Y, naturalmente, también los venerables prelados estuvieron ahora de acuerdo; «una gran asamblea de casi todos los obispos y abades de todo el imperio» declaró naturalmente «indigna» la resolución de Compiègne —que era la suya—, y declaró anuladas por una nueva «sentencia de Dios» las maquinaciones de los enemigos imperiales y la «deslealtad de los malvados y enemigos de Dios». Y «finalmente aprobaron y confirmaron, todos sin excepción y de forma unánime, que después de que con la ayuda de Dios las intrigas de aquéllos se habían convertido en infamias y el emperador había sido restituido a los honores paternos y de nuevo revestido debidamente con la dignidad regia, en adelante fuera respetado por todos con la obediencia y sumisión más fiel e incondicional como su emperador y señor» (*Annales Bertiniani*).

Así, al año justo de la liberación de Luis, aquellos siempre repugnantes oportunistas procedieron de nuevo y en la forma más solemne a la reposición del soberano dentro de la asamblea imperial celebrada en la catedral de Metz el 28 de febrero del 835. Allí su hermanastro Drogo, rodeado de 44 obispos, le impuso de nuevo la corona. Estando al tenor literal de los *Annales Bertiniani*, que son la continuación francooccidental de los Anales imperiales interrumpidos en 829 y nuestra fuente más importante para la época que se extiende desde Carlos el Calvo hasta los tiempos de Carlomán y de Luis III (882), el acto se desarrolló así: «Y después de haber celebrado la santa misa y luego de haber comunicado al pueblo presente todos los detalles del asunto, los santos y venerables sacerdotes tomaron del altar consagrado una corona, símbolo de la soberanía, y se la impusieron por su propia mano entre el inmenso júbilo de todos los presentes»; y ello «porque con las realidades había también cambiado la voluntad de Dios» (Bund).

Pero el prelado que en 833 había sido el primer protagonista del vergonzoso espectáculo de la deposición del emperador, el hasta entonces «abanderado» del partido antiimperialista, el arzobispo Ebón de Reims, «Ebón el campesino más impresentable» (*turpissimus rusticus*), como le califica su coetáneo el corepíscopo Thegan, aunque también era «el apóstol del norte» (Dawson), no había acompañado a Lotario a Italia sino que se escondió en París. Y allí lo apresaron en la primavera del

834 sus colegas el obispo local Erquenrado y el obispo Rothad de Sois-sons y lo llevaron preso a Fulda. Y ahora, desde luego no por su propia voluntad, inmediatamente después de la reposición eclesiástica oficial del monarca, sube al pulpito de la basílica de san Esteban de Metz, condena «sinceramente delante de todo el pueblo» la deposición de Luis, realizada contra todo derecho, «en oposición a la ley y a todos los mandamientos de la justicia», y celebra su reposición conforme a la justicia y a sus títulos.

En los primeros momentos cierto que los obispos no se atrevieron a enviar a Ebón al desierto, pues temían «que pudiera convertirse en delator contra ellos». Pero más tarde, y a propuesta del emperador, los 44 prelados asistentes lo depusieron por unanimidad al igual que a algunos de los prelados que habían escapado a Italia. La misma emperatriz parece que intervino con toda energía aunque inútilmente ante los obispos en favor de Ebón. Uno tras otro fueron pronunciando la fórmula. «¡Después de tu confesión renuncia a tu cargo!»

Constituye un placer singular comprobar cómo Ebón, después de que los «laicos» fueran excluidos a causa de la protesta episcopal, se defendió con toda razón contra el hecho de que sólo a él se le pidieran cuentas, mientras que no se molestaba a los demás obispos que habían participado en los acontecimientos del 833. Éstos se disculparon por la «situación forzosa» en la que se encontraban, sin que «en su corazón hubieran asentido en modo alguno» al acto doloroso. Pero externamente lo habían apoyado de forma resuelta e incluso, como también entonces, mediante un doble protocolo: con la declaración de cada obispo firmada de su puño y letra y con un documento común firmado asimismo por todos.

Ahora estaban ciertamente contentos de tener un chivo expiatorio, alguien en tiempos delegado por ellos mismos, pero con cuya múltiple condena podían ofrecer un ejemplo y cohonestar su miserable papel, ¡un papel que sólo pocos años después iban a seguir representando! Un papel en el que un sinnúmero de ellos brillaron y brillan a través de los tiempos. El infame no encontró ni un solo defensor entre todos los infames *in Christo*.

Pero siete arzobispos cantaron a voz en cuello durante la misa...⁷⁰

La «*Causa Ebonis*» fue retomada durante muchos años y cohonestada en los procesos sinodales de los franceses de Occidente por los denominados clérigos de Ebón, entre los que también figuraban obispos. Ebón volvió a la prisión de Fulda, después estuvo bajo la vigilancia más estrecha del obispo Frechulfo de Lisieux y finalmente fue entregado al abad Bosón de Fleury. Más tarde también perdió el favor de su protector Lotario I, que a las pocas semanas de la muerte de Luis lo había repuesto como arzobispo de Reims; pero gracias a Luis el Germánico en 845

pescó la diócesis vacante de Hildesheim, para lo cual intentó justificar el paso anticanónico a otro obispado mediante un escrito falsificado del papa Gregorio IV. De hecho en la batalla por su reposición «había realizado o mandado llevar a cabo numerosas falsificaciones».⁷¹

El acto solemne de la coronación en Metz no puso fin ni a la enemistad entre los parientes carolingios ni a la codicia del alto clero, siempre ambicioso de mayor poder.

En un sínodo de Aquisgrán, celebrado en febrero del 836, el episcopado refrendó una vez más, tras hacer suyos algunos proyectos reformistas anteriores, la preeminencia de la potestad sacerdotal sobre la potestad regia. Ya el prefacio recurre a la famosa doctrina de las dos potestades de Gelasio I (492-496), que hace del Estado el policía de los papas. Los sínodos carolingios la recogen por vez primera en el 829, en el canon 3 del celebrado en París. Por lo demás, los obispos en Aquisgrán —donde se exhortan a sí mismos a la «simplicidad» evitando la «codicia» y donde ven cómo los monasterios de monjas «en parte han degenerado en burdeles» y en lugares «en los que florece el crimen»— proclamaron naturalmente su lealtad al emperador. Y aunque a todas luces son ellos precisamente los que «han errado mucho y muchas veces», por descontado son «principalmente» los demás los únicos culpables, recordando en particular «la ignominiosa defeción» de los hijos del emperador así como «la perversión y deslealtad de algunos grandes». Y desde luego que todo ello sólo podrá terminar bien si «se restaura por completo el honor de la santa Iglesia de Dios y los obispos vuelven a ser capaces de administrar bien el ministerio que Cristo les ha confiado».⁷²

La lucha del emperador en favor de Carlos (el Calvo) y contra los nietos, o en favor del «orden» y contra la «peste»

Cierto que con todo ello la confianza de Luis en los dirigentes eclesiásticos pudo resquebrajarse un tanto. En cualquier caso permaneció sordo a reclamaciones y ruegos, aparte de que Pipino tuvo de todos modos que devolver los bienes eclesiásticos sustraídos. Incluso la reforma monacal, impulsada antes con tanta intensidad con la colaboración de Benito de Aniane, apenas si preocupó ya al soberano. Más bien toleró ahora la vida regalada que cada vez se extendía más en la orden, como por ejemplo en Saint-Germain-des-Prés o en Saint-Denis. Abad y monjes se repartían allí los ingresos; más aún, los monjes sustraían sus dotaciones a la intervención del abad, que ni podía reducirlas ni exigir prestaciones por las mismas ni agrandar el convento sin aumentar también los correspondientes ingresos. Y todo ello garantizado formalmen-

te mediante documentos imperiales. (A finales del siglo XIII y comienzos del XIV, de los ingresos anuales de 33.000 libras de París la abadía de Saint-Denis no daba para ayuda de los pobres una cuarta parte, como la Iglesia exigió durante un milenio, hasta el siglo XVII, sino menos de 1.000 libras, equivalentes a un tres por ciento del presupuesto. Por lo demás eso bastaba a los ascetas para que los días festivos y en tiempo de ayuno «montasen espectaculares repartos»: Geremek.)

Únicamente la joven esposa y la dotación del hijo común parecían interesar realmente al monarca ya entrado en años.⁷³

La nueva división del imperio, decidida en la dieta imperial de Aquisgrán (837) en favor de Carlos el Calvo —a quien el emperador Luis, movido «por los ruegos apremiantes de la emperatriz» (Astrono-mus), otorgó un territorio considerable y además la parte mejor del imperio, como eran todas las tierras entre Frisia y el Mosa hasta bien dentro de Borgoña, tierras que aún se ampliarían alrededor de Aquitania— acabó provocando un nuevo conflicto y condujo a la sublevación de Luis el Germánico. No sin razón se sintió éste perjudicado, pues en la dieta imperial de Nimega, celebrada en el verano del 838, su padre volvió a quitarle todas las regiones de fuera de Baviera, que le habían correspondido tras el aprisionamiento del emperador en el «Campo de las mentiras» y la división del imperio y que, en agradecimiento del soberano por su liberación, se le habían dejado hasta entonces: Alamania, Al-sacia, Franconia oriental, Sajonia y Turingia.

Algunos enemigos personales de Baviera habían irritado al monarca; entre ellos se encontraba probablemente el arzobispo de Maguncia Otgar, que había sido carcelero del emperador y que de nuevo supo ganarse el favor supremo. Aquellas tierras se consideraban ahora como «confiscadas». «Hubo entre ambos una disputa bastante acalorada y Luis tuvo que devolverlo todo a su padre» (*Annales Bertiniani*), por cuanto se decía que el rey de Baviera quería de nuevo «apropiarse toda la mitad del imperio más allá del Rin» (*Nithardi historiarum*).

En la dieta imperial de Quierzy (septiembre de 838) el emperador impuso una corona a Carlos, que acababa de cumplir 15 años, alcanzando así la mayoría de edad. Fue un gesto muy infrecuente, que no se había dado con ninguno de sus hermanastros al empezar a gobernar. Y Pipino de Aquitania, desde hacía años partidario leal de su padre, se puso también entonces del lado de Carlos como «aliado». Carlos obtuvo otras asignaciones territoriales, por lo que sus posesiones crecieron y crecieron. Se celebró un desfile del rey bávaro en Maguncia —«aquí el piadoso padre, allí el hijo malcriado»—. Pero cuando los frances orientales, los turingios y los alamanes, a los que de primeras se había ganado Luis el Germánico, se apartaron de él, todas las tribus francas orientales menos las bávaras lo abandonaron y él huyó de nuevo a Baviera.

Entretanto había muerto a finales del otoño del 838 Pipino I, rey de Aquitania. En sus documentos se había llamado «*rex Aquitanorum*», ya en 814 su padre le había nombrado virrey, fue depuesto en 832, pero tras una reconciliación se le confirió de nuevo el gobierno aquitano, aunque sin muchas esperanzas de que pudiera ejercerlo. A su muerte Luis el Piadoso, evidentemente presionado por su mujer que sólo pensaba en aumentar el poder de su hijo, desestimó el derecho sucesorio de sus dos nietos Pipino y Carlos, hijos de Pipino, el mayor de los cuales, Pipino II, acababa de alcanzar la mayoría de edad. Y así, en 839 entregó Aquitania a su propio hijo Carlos, quien por lo demás tuvo dificultades al comienzo para hacer pie allí.

El territorio al sur del Loira conservaba una fuerte impronta de cultura romana y, según el escritor eclesiástico Salviano, en el siglo v era la región más rica de las Galias. Bastante autónoma hasta entonces, Aquitania había desarrollado bajo la afluencia de los vascos paganos y de otros pueblos muchas formas de particularismo. Y así, los «*romanos*» fueron a menudo objeto de burlas y difamaciones por parte de los frances. Durante las numerosas campañas militares contra los duques aquitanos, contra su duque Hunaldo encerrado en el monasterio así como contra su hijo Waifar acosado peor que cualquier animal y asesinado alevosamente, los frances «devastaron sistemáticamente Aquitania, para quebrantar su resistencia dañando su economía» (Claude). Tras ocho guerras asesinas Pipino III aplastó el territorio; pero ni él ni Carlo-magno consiguieron someterlo por completo.

En el otoño del 839 envió Luis un cuerpo de ejército contra el propio nieto. Fue aquel un ataque especialmente vergonzoso, porque Pipino I, padre del muchacho, a lo largo de sus últimos años siempre había mantenido una lealtad incombustible al emperador y al imperio. Pero apenas desaparecido Pipino. Luis abandonó con la mayor sangre fría a sus propios nietos y empezó a «establecer el orden en Aquitania». Pipino II, sin embargo, acompañado de sus partidarios, «practicó el robo y la tiranía... recorriendo el país, como suelen hacer tales gentes», según comenta el prelado Ebroín de Poitiers, jefe de los imperiales. Por ello el «noble obispo» rogó al soberano que «no dejase que se extendiera a su alrededor aquella enfermedad, sino que oportunamente llevase la curación con su presencia antes de que aquella peste contagiase a la mayoría» (Astronomus).

Así que el piadoso Luis respondió del «orden» y la «curación» luchando contra la «enfermedad» y la «peste» —durante dos milenios éstas han sido también las consignas clericales contra todo lo que no encaja con el egoísmo sacerdotal— y esperando «con la ayuda de Dios regresar vencedor de Aquitania». Había roto lazos fuertes y en una guerra fatigosa también consiguió éxitos parciales. Pero sus tropas fueron

diezmadas por «graves calamidades» y por una enervante guerra de guerrillas, especialmente en los nidos rocosos de Auvergne, con todo tipo de correrías y pillajes, una paralizante ola de calor y una epidemia, «mientras que los demás regresaban entre las mayores dificultades».

También en los territorios del norte las sublevaciones sacudieron la supremacía de Luis.

Así, en el otoño del 839, mientras su majestad se entregaba personalmente «a los placeres de la caza en las Ardenas», un ejército franco oriental-turingio marchó a las órdenes de los condes Adalgar y Egilo contra los sorbios, en tanto que otro ejército sajón lo hacía contra obo-dritos y linones. Fueron conquistadas once plazas fuertes de los sorbios, su rey Czismislaw murió en combate y su sucesor hubo de mandar rehenes y abandonar el país.

El emperador se retiró a su cuartel de invierno en Poitiers, por entonces la ciudad más rica de Aquitania; allí celebró las fiestas del Nacimiento, de la Epifanía del Señor y de la Purificación de la bienaventurada y purísima Virgen María al tiempo que se esforzaba por el sometimiento de Aquitania. Entonces recibió otra mala noticia: su hijo Luis reivindicaba «en su ya inveterada petulancia el dominio del imperio hasta el Rin» (*Annales Bertiniani*).

El padre, en efecto, tras una discusión muy penosa se había reconciliado el año anterior en el palacio de Worms con Lotario, el «hijo pródigo» (Nithard), sin duda el más desleal de sus hijos y el que más disgustos le ocasionó. Y esto —supuestamente con el aplauso de todos— a costa del desheredado Luis (arrebatándole hasta territorios de Baviera entre el Lech y el Danubio junto con las tierras orientales de los Alpes). El monarca pretendía proteger así al joven Carlos, por causa del cual precisamente también había despojado de su legítima herencia a sus nietos, los hijos de su hijo Pipino. Ahora expulsaba a Luis persiguiéndolo a través de Turingia «hasta la frontera de los bárbaros», de modo que éste hubo de comprarse el regreso a través del territorio eslavo y sólo «con gran trabajo» (*Annales Fuldenses*) pudo volver a Baviera.⁷⁴

Pero inmediatamente después desaparecía el soberano del escenario de su agitada vida sobre la tierra.

Muerte del emperador

Luis el Piadoso, cuyos pulmones se habían obstruido, cuyo pecho se había debilitado y que prematuramente había envejecido, viéndose afectado además por una úlcera incurable, tal vez un enfisema pulmonar, empezó a languidecer con frecuentes opresiones del pecho, con náuseas y con un rechazo total de los alimentos. Después de pasar por el palacio

real de Salz en el Saale franco y tras haber llegado en barco por el Main hasta Frankfurt, el domingo 20 de junio del 840 moría Luis I, en una «vivienda veraniega a manera de tienda», en una isleta del Rin aguas abajo de Maguncia. El islote estaba frente a Ingelheim y se trataba del suntuoso palacio carolingio, en el que en tiempos su padre había sometido al duque bávaro Tassilo y a su familia a un proceso tristemente célebre; más tarde Carlos IV lo transformó en monasterio y finalmente quedó derruido durante la guerra de los Campesinos y la guerra de los Treinta Años.

El emperador murió poco después de que —precisamente al comienzo del «ayuno sagrado» tan solemnemente iniciado por él, aunque no estaba obligado al mismo— hiciera los preparativos de la guerra contra su hijo Luis, cuya última sublevación también había aplastado y al que además había declarado que «tuviéra presente cómo había conducido amargamente a la tumba las canas de su padre y había despreciado los mandamientos y amenazas del Dios y Padre de todos nosotros».

Luis había sido treinta y siete años rey de Aquitania y veintisiete emperador. Sus más allegados, su mujer Judit y su hijo Carlos, estaban lejos de él, en Aquitania. En cambio rodeaban su lecho mortuorio varios prelados, entre los que se encontraba su antiguo carcelero Otgar de Maguncia. Mientras pudo el emperador se hizo la señal de la cruz en la frente y sobre el pecho. También se había hecho colocar previamente sobre el pecho una (supuesta) astilla de la cruz de Cristo. Y el Astrónomo, que no parece haber asistido personalmente a los hechos, dice que «durante cuarenta días el cuerpo del Señor fue su único alimento, y por ello alababa la justicia del Señor, pues decía: "Eres justo, oh Señor, porque en el tiempo de ayuno dejé de hacerlo y ahora me obligas a cumplir esta obligación penitencial"».

Poco antes de que el soberano expirase gritó «dos veces con todas sus fuerzas como encolerizado: *Hutz, hutz!*, es decir, ¡Fuera! De lo cual se deduce que vio un espíritu malo, cuya compañía no pudo soportar ni en vida ni en muerte. Después alzó los ojos al cielo y cuanto más oscuro aparecía tanto más risueño lo contemplaba él, de modo que casi parecía sonreír. Así alcanzó el final de la vida terrena y entró, según creemos, felizmente en el descanso, pues con verdad ha dicho el verdadero Maestro: "No puede morir mal quien ha vivido bien"» (*Anonymi vita Hludovici*).

El cadáver de Luis el Piadoso fue trasladado a Metz y allí, en el viejo panteón familiar de los carolingios, lo depositó «con todo honor» junto a su madre Hildegarda —aunque ausentes todos los hijos— su hermanastro Drogo. En tiempos de la Revolución francesa el cadáver fue sacado del sarcófago.⁷⁵

Lo franco y lo cómico

La sangrienta contienda familiar, que año tras año afectó a todo el imperio franco, se vio naturalmente (o, por mejor decir, sobrenaturalmente) acompañada por señales milagrosas del cielo y de la tierra; señales nefastas, por lo general de consecuencias terribles, cuidadosamente registradas por los anuarios, y en especial los Xantenos.

Hubo por ejemplo temblores de tierra «en plena noche», eclipses de luna y de sol y tempestades terribles. Cuando el emperador Luis cayó en manos de Lotario, creció el nivel de los ríos en proporciones desconocidas y los vientos los hicieron innavegables. «Mas con su liberación los elementos se mostraron tan conjurados, que pronto la fuerza de los vientos se calmó y el aspecto del cielo apareció con una luminosidad como nunca se había visto desde mucho tiempo antes.»

Y una y otra vez los cometas: «un cometa terrible en la constelación de Scorpio»; «y poco después la muerte de Pipino». O bien: «un cometa en la constelación de Virgo». Dicho cometa «recorrió en veinticinco días, cosa que resulta maravillosa de contar, los signos de Leo, Cáncer y Géminis y finalmente puso en la cabeza de Tauro y bajo los pies del Auriga el cuerpo ígneo con la larga cabellera». A los tres años murió el emperador.

La «iglesia de Santa María. Madre de Dios», ya mencionada, perdió la mayor parte de la techumbre, mientras que la iglesuela «en honor del santo mártir Jorge» se conservó intacta en medio del fuego devorador, lo que constituye «un milagro asombroso». Y en el momento en que un fuerte terremoto sacudió casi toda la Galia «el famoso Angilberto fue solemnemente conducido a Centulum y allí se le encontró, veintinueve años después de su muerte, en un estado de incorrupción total, sin que hubiese sido embalsamado». También algo «asombroso» a decir verdad. Después de todo a Angilberto siempre le había ido bien (o «casi») y siendo capellán de la corte y abad de Saint-Riquier vivió en concubinato con Berta, hija de Carlos, cuando ella tenía quince y veinte años y le hizo dos hijos. Uno de ellos fue el historiador Nithard, que es precisamente quien nos refiere el grandioso milagro (en sus «Historias», redactadas por encargo de Carlos el Calvo, que no dejan de ser muy partidistas, pero que constituyen la fuente más importante sobre las luchas fratricidas).⁷⁶

Exagerando un poco casi podemos decir que el clérigo Gerwardo, bibliotecario palatino de Luis el Piadoso, en sus *Annales Xantenses* escribió una historia natural más que una historia del Estado o del país.

Después de los eclipses lunares de 831 y 832, sublevación de Luis contra su padre. En 834 las aguas inundan en el norte «buena parte del territorio» y «los paganos irrumpen en el famosísimo Wyk de Durs-

tede». Eclipse lunar del 835: de nuevo «paganos en... Frisia... Y una vez más devastaron Durstede». Febrero de 836: «al comienzo de la noche hubo luces admirables», y de nuevo cayeron «los gentiles sobre los cristianos». En 837 fuertes vientos huracanados, un cometa «con una gran cola en el este...», y los paganos devastaron Walcheren llevándose de allí prisioneras a muchas mujeres con inmensos bienes de toda índole».

Al año siguiente «truenos», «bochorno», «terremotos», «fuego en forma de un dragón en el aire»: empieza a expandirse «una doctrina herética». Y al otro año un terrible viento huracanado, costas inundadas por el oleaje, casas, palacios, personas que desaparecen a montones y flotas enteras hundidas. Todos creen que el diablo se ha presentado con todos los ejércitos infernales. Pero «ese mismo año llegaron a Vreden los cuerpos de los santos Felicísimo y Agapito y el de santa Felicitas». ¿No es algo maravilloso? Por el contrario, unos fenómenos luminosos y un eclipse solar anuncian claramente en el año 840 la muerte del emperador; mientras que las iluminaciones del cielo en forma de verdaderas bengalas presagian la furia de los cristianos «con un gran baño de sangre por ambas partes» y también «muchas cosas imperdonables» de los ste-llingas en Sajonia. Y así sucesivamente una y otra vez.⁷⁷

La contienda familiar atizada por el clero la habían aprovechado sobre todo el episcopado y la alta nobleza. Y especialmente en la última época del gobierno de Luis consiguieron un mayor «peso específico» en política. Pero también los enemigos exteriores del imperio se aprovecharon de la misma, particularmente los normandos.

Los hombres del aquilón

Los normandos, también llamados vikingos y gentes del norte, fueron conocidos en la Edad Media como «hombres del aquilón» y eran escandinavos. Desde finales del siglo VIII hasta el XI, y siendo al principio todavía paganos, por afán de aventura y de botín y empujados por la insatisfacción con sus condiciones de vida invadieron otras tierras, acabando por asentarse aquí y allá en Frisia, en la desembocadura del Loira y en otras cabezas de puente.

Su táctica de gran movilidad y reputada como diabólica estaba llena de argucias, con especial preferencia por el ataque relámpago. De repente aparecían sus velas en el horizonte, y antes de que pudiera intervenir la vigilancia costera ya habían partido con su botín. En el bando cristiano, por lo demás, los caudillos civiles y eclesiásticos eran «a menudo los primeros» en huir a la desbandada (Riché). Hincmaro de Reims, el famoso arzobispo, había prohibido la retirada de los sacerdotes, «que

no tienen mujer ni hijos que alimentar», pero en 882 huyó personalmente a toda prisa, escapando de los invasores.

Mas no todos los prelados fueron pusiláimes como liebres. Cuando en el asedio de París del 885 los intrusos asesinaban a cuantos no buscaron refugio en la Île de París, en tanto que los franceses por su parte obsequiaban «al enemigo con aceite, cera y pez hirviendo», tampoco el abad de Saint-Germain se anduvo con chiquitas, pues «con el disparo de una única saeta consiguió atravesar a siete hombres» —sin duda más de lo que hubiera podido soñar cualquier católico— «y bromeando mandó que los llevaran a la cocina».

Los saqueos de los normandos empezaron en 793 con el asalto por sorpresa al monasterio de la isla de Lindisfarne (más tarde conocida como Holy Island). El monasterio había sido fundado en el siglo VII por monjes irlandeses y escoceses, frente a la costa septentrional inglesa de Northumberland, y al parecer era una abadía muy rica. Logró sobrevivir y fue adquiriendo cada vez más tierras en el continente; pero fue de nuevo abandonada en 850. Los vikingos noruegos, que habitualmente permanecían durante semanas en alta mar, necesitaban provisiones oportunas, para lo que degollaban el ganado del monasterio y lo subían a bordo de sus barcos en forma de dragón, robando a la vez todos los tesoros y asesinando a los monjes.

Las gentes del norte invadieron Irlanda, sobre la que se desencadenó la catástrofe en 820. «El mar vomitó oleadas de extranjeros sobre Erin, y no hubo puerto ni lugar ni fortificación ni burgo ni refugio alguno sin flotas de vikingos y piratas», informan los anales del Ulster. Las gentes del norte cayeron sobre Inglaterra y desde allí fueron invadiendo cada vez más el imperio franco, especialmente Franconia occidental con sus largas y atrayentes costas; y desde 799 también atacaron el territorio frisón. Se apoderaban de cosas de valor y se llevaban rehenes para recabar el dinero de su rescate. Y no sólo devastaban los lugares costeros, sino que con sus rápidos veleros remontaban los ríos incendiando ciudades como York, Canterbury, Chartres, Nantes, París, Tours, Burdeos, Hamburgo, donde redujeron a cenizas la sede episcopal. Gustosos se lanzaban sobre los monasterios, como hicieron por ejemplo con los de Jumiéges y Saint-Wandrille. En la costa atlántica los monjes tuvieron que abandonar en 836 el monasterio de Noirmoutier, que venía siendo atacado desde el año 820.

Difícilmente puede ser casual que los ataques normandos empezasen a menudear de manera alarmante al tiempo en que las contiendas familiares de los carolingios eran más enconadas y cuando la fuerza defensiva del imperio era más débil de cara al exterior; es decir, mediada la década de los años treinta del siglo IX. Ni es casual que los piratas nórdicos, sobre todo los daneses, por entonces los enemigos más temi-

bles, regresaran año tras año. Desde entonces y a lo largo de todo el siglo la marea normanda invadió el mundo cristiano.

Los años 834 y 835 los vikingos daneses cayeron sobre el centro comercial más importante del norte, «la famosísima Wyk del Durstede y la devastaron con inaudita残酷». Pero de «los paganos», hombres que todavía seguían fervorosamente apegados a sus antiguos dioses, los Ases, «cayó una cantidad no pequeña» (*Annales Xantenses*). Asimismo entre los años 834 y 837 fue cuatro veces saqueada y en parte incendiada Dorestad (Dorestate, Duristate), importante centro comercial de los Países Bajos que fue abandonado (cerca de la desembocadura del Rin y al sur de la actual Wijk-bij-Durstede) y que fue sede temporal o permanente del obispo de Utrecht.

En 836 los normandos pegaron fuego a Amberes y a la ciudad portuaria de Witla, en la desembocadura del río Mosa. En 837 atacaron por sorpresa la isla de Walcheren, «mataron a muchos y despojaron por completo de sus bienes a un número mayor aún de habitantes; después de instalarse allí por algún tiempo y de haber recaudado un tributo arbitrario de los habitantes, prosiguieron en su correría hacia Dorestad y allí exigieron tributos del mismo modo» (*Annales Beriniani*). En 838 una tempestad impidió un nuevo ataque, pero en 839 asolaron otra vez Friesia. También devastaron los territorios del Loira hasta Nantes; un «azote de Dios» del que los escritores monásticos aún se lamentaban —quizá también exagerando—: «Piratas, asesinos, salteadores, profanadores, devastadores, sanguinarios, diabólicos y, en una palabra, paganos...».⁷⁸

¡Ah, cuánto mejores eran los cristianos en sus expediciones militares!

Mas ¿por qué también los wikingos devastaban de aquel modo? Wielant Hopfner escribe: «Habían tenido sus primeras experiencias con el cristianismo. Su coetáneo Carlomagno había dictado las "Leyes sajones" para imponer la conversión forzosa a los sajones. Las expresiones más frecuentes en las mismas suenan así: "Será castigado con la muerte..., deberá ser muerto..., se prohíbe bajo pena de muerte..., pertenece a la propiedad de la Iglesia..., deberá ser ejecutado" ...». De hecho las leyes sanguinarias de Carlos, que podrían calificarse de derivación de la Buena Nueva, amenazaban con un estereotipado *«morte moriatur»* todo cuanto se pretendía extirpar entre los sajones; de las catorce disposiciones de la *Capitulado* que imponen la pena de muerte, diez se refieren exclusivamente a crímenes contra el cristianismo.

Los normandos sabían evidentemente que los carolingios «habían enriquecido a la Iglesia más allá de toda medida» con tesoros que procedían «en primer término» de los saqueados «lugares de culto paganos». «Los cronistas cristianos revelan, en efecto, que monasterios e iglesias "habían sido edificados magníficamente" o que "habían sido decorados

de forma maravillosa". ¿De dónde podían proceder aquellas riquezas, si no era de las propiedades y de la prestación personal de la población germánica?»

Pero aquellos hombres habían sido desollados por sus caudillos cristianos en un régimen que diríase de normalidad. Y ahora tenían también que imponer enormes tributos a los normandos; en 845, por ejemplo, 7.000 libras; en 861, 5.000 libras; al año siguiente, 6.000, y en 866, otras 4.000 libras. Con lo cual los dominadores, para proporcionarse «reservas», a veces exigían más que los normandos. En fin cabe sospechar que no pocos de tales dineros iban también a los bolsillos cristianos.

También merece atención lo siguiente.

No sólo los caudillos militares y los príncipes llamaron al país a los normandos contra incómodos rivales. No sólo incitaron naturalmente a los normandos contra los normandos. Cuando aquella calamidad pública se fue progresivamente agravando y, especialmente en el bando franco occidental, se hizo muy poco en contra, entonces el pueblo organizó la resistencia y tomó personalmente las armas contra los piratas, que cada vez penetraban más adentro. ¡Y quien se las sustrajo no fue el enemigo del país, sino la propia aristocracia! Era ésta en efecto la que temía que sus campesinos, los «conjurados» franceses, pudieran también alzarse contra ella «como opresores no menos duros» (Mühlbacher) y pudieran encontrar ocasión «para librarse de sus señores» (Riché).

Por lo demás, también aquí supo el clero llevar las aguas violentas a sus molinos. Y así, los prelados reunidos en Meaux en 845 proclamaron: «Los agresores son ciertamente crueles; pero está bien justificado, pues los cristianos eran desobedientes a las instrucciones de Dios y de la Iglesia». ⁷⁹

También en el sur crecía el peligro de los enemigos externos. También allí atacaron al imperio los árabes, las «flotas de piratas sarracenos» (*Saracenorum pyraticae*). ¡Únicamente los cristianos no robaban! ¡Ni mataban! Pero los perros sarracenos infieles atacaron las Baleares, Córcega y Cerdeña. Y desde 827 empezaron a establecerse en Sicilia. En 838 asaltaron Marsella y «se llevaron consigo a todas las monjas que allí se encontraban y cuyo número no era pequeño, así como a todos los eclesiásticos y laicos masculinos, arrasaron la ciudad y se apoderaron asimismo de todos los tesoros de las iglesias cristianas» (*Annales Bertiniani*). Los eslavos a su vez amenazaban la frontera oriental. Y la penuria devoraba a las propias gentes. «Por este tiempo el imperio de los franceses llegó a estar en sí mismo muy desolado y la miseria de las gentes se multiplicaba día tras día» (*Annales Xantenses*). ⁸⁰

Y continuó creciendo después de la muerte de Luis el Piadoso.

CAPITULO 2

LOS HIJOS Y LOS NIETOS

Sobre Luis II el Germánico: «Fue un príncipe muy cristiano, de fe católica... celosísimo cumplidor de cuanto exigian la religión, la paz y la justicia. Era de espíritu muy astuto (*callidissimus*)..., en las batallas salió muchas veces victorioso y fue sólido como un anfitrión en el apresto de las armas, pues los instrumentos de la guerra fueron su tesoro más grande».

*REGINONIS CHRONICA*¹

Sobre Carlos II el Calvo: «Carlos marchó a Aquisgrán en la cuaresma y allí permaneció hasta después de la fiesta de Pascua; pero su ejército no hizo más que saquear, inciar y tomar prisioneros, sin que ni las mismas iglesias y altares de Dios escaparan a su codicia y desvergüenza».

*ANNALES BERTINIANI*²

Sobre Carlos III el Gordo (hijo menor de Luis II): «Y cuando ya debía marchar, cayó enfermo, viéndose forzado a poner al menor de sus hijos, Carlos, al frente de aquel ejército y encomendando al Señor el éxito de la causa... confiando en la ayuda de Dios redujo a cenizas todas las casas de aquella región; lo que había sido escondido en el bosque o enterrado en los campos, lo encontró él con los suyos y expulsó o mató a cuantos se toparon con él. Carlomán devastó asimismo a sangre y fuego el reino de Sventibodo».

*ANNALES FULDENSES*³

Sobre Carlomán (hijo mayor de Luis II): «Pero este rey ilustrísimo fue muy instruido en las ciencias, devoto de la religión cristiana, justo, pacífico y adornado con toda nobleza de costumbres... llevó a cabo muchísimas guerras junto con su padre y más aún sin él en los reinos de los eslavos y siempre obtuvo la palma de la victoria en ellas; agrandó y amplió con la espada las fronteras de su imperio».

*REGINONIS CHRONICA*⁴

Se hicieron cristianos... y excelentes

Apenas desaparecido Luis el Piadoso en 840, su hijo mayor reclamó el derecho a la soberanía universal y amenazó a los enemigos con la muerte. Y entonces estallaron guerras sangrientas entre Lotario I (fallecido en 855), Luis II el Germánico (fallecido en 876) y Carlos II el Calvo (fallecido en 877). Los tres eran hermanos, eran cristianos y católicos. Todos perjuraron. Todos maniobraron «con donaciones, promesas y amenazas» (Tellenbach). «Cada uno espiaba cualquier signo de debilidad en los otros para caer sobre la parte de la herencia de sus hermanos o, tras la muerte de éstos, de sus sobrinos» (Fried). Y entretanto se armaban, se juraban mutuamente «paz» y «amistad» y proclamaban su «nostalgia y amor». Antes de finalizar el siglo aquellos reyes se encontraron alrededor de unas cien veces.

Son muchas las cosas que recuerdan la era de los merovingios, las matanzas que siguieron a la muerte de Clodoveo y las contiendas entre sus hijos y nietos. También el embrutecimiento extremo se parece al de aquella época horrorosa, aunque en la Bizancio cristiana las cosas se desarrollaron de forma muy similar. Pierre Riché encuentra entre los carolingios un catálogo completo de todos los tipos de empleo de la violencia física y encuentra cada caso descrito con detalle y perfectamente evaluado con vistas a la imposición de las penas legales. Y, entre otras cosas, se habla de «orejas cortadas con resultado de sordera o no sordera, de párpados arrancados, de ojos sacados, de narices rebanadas total o parcialmente, de lenguas cortadas, de dientes rotos, de barbas mesadas, de dedos machacados, de manos y pies cortados a hachazos, de testículos extirpados».⁵

Se habían hecho cristianos.

Eruditos conformistas quieren explicarlo todo por el espíritu de la época. Perfectamente. Pero el espíritu de la época era cristiano. ¿O todavía no era lo bastante cristiano? Eso es lo que dicen siempre los apologistas. Pero ¿cuándo fue lo bastante cristiano y católico? ¿Acaso en el siglo XX, cuando los católicos croatas en masa hicieron exactamente lo mismo?

Se habían hecho cristianos. Y los «guardianes del orden» vengaban tales monstruosidades de forma no menos brutal, según el viejo y acreditado principio bíblico de mal por mal, ojo por ojo y diente por diente (Levítico 24,20; Deuteronomio 19,21). El registro de penas va desde el hecho de cortar la lengua, sacar los ojos o castrar hasta el hecho de quemar viva a una persona o ahogarla por inmersión. Y aunque algunos clérigos aislados protestaron, en general —según escribe Riché— «los mismos eclesiásticos impusieron castigos terribles a sus iguales», no ciertamente a los príncipes de la Iglesia.

Tampoco entre los diversos grupos nobiliarios cesó ni un momento la lucha por los cargos. Y como entre los merovingios, se dieron también entonces las traiciones, estando a la orden del día los cambios en las constelaciones políticas. Se emitían los juramentos de lealtad para romperlos y volver a perjuriar. Todo giraba en torno a la acumulación de posesiones y dominio, en torno al afán de poder y de gloria. Todos aquellos *potentes, maiores, optimates, nobiles*, como entonces se llamaba a los personajes ilustres (porque destacaban sobre los demás y les arrebataban muchas cosas), querían siempre más, ser aún más ricos, más «ilustres» y lograr feudos cada vez mayores con los que todo tipo de injusticia les estaba permitida, aunque preferían la astucia y cualquier forma de alevosía a la fuerza bruta, la contienda o la guerra. ¡Y todo ello entre príncipes cristianos y católicos, entre hermanos carnales!

Los reyes son de una avidez insaciable, cierto. Mas no piensan sólo en sí mismos. El pueblo, la «masa», aún tardará mucho tiempo en jugar un papel, y no digamos ya los siervos de la gleba, enteramente sometidos. Incluso parece que este último grupo aumentó entonces, debido sobre todo a los incontables fugitivos que se ajustaban como jornaleros asalariados; pero a los que sus amos terratenientes los convertían en siervos de la gleba o simplemente se los donaban a un magnate. Y esa clase social, la más pobre y más numerosa, en la cual se daban a su vez diversos grados de limitación de la libertad, de esclavitud, y que seguía excluida de la mayor parte de los derechos de los hombres «libres», de la nobleza, esa clase que sin embargo lo sostenía todo, absolutamente todo, no aparece en las fuentes. Como una rara excepción, en un texto del abad inglés Elfrico de Eynsham se abre paso a finales del milenio el lamento de un campesino: «¡Ay!, ¡ay! Es una gran desgracia que yo no sea libre».

Cierto que el propio Carlos I se lamentaba «de que muchos, que evidentemente son libres, se vean violentamente oprimidos por los grandes». También Luis el Piadoso sabía de «una muchedumbre incontable de oprimidos, a los que les había sido arrebatada la herencia paterna o la libertad». Pero en ambos casos se trataba de personas libres, que habían perdido su libertad; no de siervos que, como la mayoría,

eran esclavos desde siempre. Por ello, cuando en la Alta Edad Media se habla de «pueblo», no hay que imaginar una muchedumbre anónima en toda regla de gentes más o menos siervas y no pertenecientes a la nobleza. No, aquellas gentes no existían en modo alguno para los gobernantes. «Por lo general —subraya Karl J. Leyser— el *populus*, el pueblo, que actuaba en las contiendas legales, elegía obispos, ponía o deponía reyes, estaba compuesto por nobles y su séquito, por pequeñas jerarquías, en las cuales ocupaban a su vez la primera posición los más ilustres y los de mejor alcurnia.»

Los reyes apenas tenían tiempo para pensar en las clases más bajas. En cambio pensaban en sus aliados y cómplices, especialmente en la alta nobleza, que no se contentaba con el honor correspondiente a su servicio y que buscaba los bienes y los feudos reales, sobre todo cuando a su vez tenía que preocuparse de sus secuaces. De ahí que prevaleciese por doquier una competencia y rivalidad incesante, que no tenía en cuenta más que el propio interés y la propia hambre de tierras. Pero el suelo y las fincas rurales escaseaban desde las gigantescas correrías de Carlomagno.⁶

Frentes siempre cambiantes o juramentos de lealtad baratos «como las zarzamoras»

Lotario heredó en exclusiva la dignidad imperial, aunque con la imposición de asegurar el derecho hereditario de sus hermanos. Así, a su regreso de Italia, donde había dejado a su hijo Luis II, Lotario reclamó para sí todo el imperio, «su» imperio. El clero alto también se pasó en su mayor parte al «sucesor del padre en el imperio franco»: los arzobispos Hetti de Tréveris, Amalwino de Bisanz. Otgar de Maguncia, enemigo mortal de Luis el Germánico, los obispos de Metz, Toul, Lüttich, Lausa-na, Worms, Paderborn, Chur, el abad de Fulda y más tarde arzobispo de Maguncia Rabano Mauro, entre otros. También fue restituido a todos sus cargos y honores el arzobispo Ebón de Reims, partidario de Lotario, que había sido expulsado y permaneció encarcelado durante años; pero huyendo de Carlos tuvo de nuevo que buscar refugio en Lotario, el cual le donó los monasterios de Stavelot y de Bobbio, hasta que cayó en desgracia de su protector y perdió las abadías, si bien Luis el Germánico le otorgó el obispado de Hildesheim.⁷

Mas no sólo se pasaron a Lotario los combatientes de viejas luchas; lo hicieron hasta los prelados del entorno más cercano al antiguo emperador. Y sobre todos Drogo, hijo de Carlomagno, obispo de Metz y ar-chicapellán de Luis el Piadoso, que entregó a Lotario la corona, la espada y el cetro de su difunto padre.

Como los grandes, «empujados por la esperanza o el temor», acudían de todas partes a Lotario, mientras que Luis y Carlos perdían muchos vasallos, aquél tensó demasiado el arco sopesando «con qué medios podría adueñarse sin estorbos de todo el imperio». Para ello resolvió «lanzarse» primero contra Luis y «destruir su poder» (Nithard). Mas cuando éste le enseñó los dientes, ajustó con él un acuerdo de moratoria y decidió arremeter contra Carlos y «perseguirlo hasta la aniquilación» con un ejército poderoso, como escribe el historiador de las guerras fratricidas, conde Nithard, nieto «ilegítimo» de Carlos, que luchó con la pluma y la espada por la causa de Carlos el Calvo y que cayó en 845 siendo uno de los pocos escritores laicos de la Alta Edad Media.⁸

Gracias a los manejos incesantes de su madre, ahora ya derrocada, Carlos el Calvo tenía a la muerte de Luis el Piadoso la probabilidad de hacerse con la mitad del imperio. Pero Lotario avanzó primero hacia el Sena y después hacia el Loira y en el otoño del 840 puso en aprietos a Carlos. Además, éste no sólo tenía a su hermano por enemigo, sino que también Pipino de Aquitania y los bretones, cada vez más conscientes de su fuerza, se alzaron en armas contra él. Más aún: doquiera llegaba Lotario las gentes se pasaban a su bando; lo que no era más que una muestra del habitual oportunismo del clero y de la nobleza. Así, una hija de Carlomagno, Rotilde, abadesa de Faremoutier, se hizo confirmar por Lotario su posesión monástica. Y así corrieron a él, entre otros, «el abad Hilduino de Saint-Denis y el conde Gerardo de París abandonando a Carlos y rompiendo el juramento que le habían hecho». Y, como ellos, también otros «prefirieron a la manera de los esclavos quebrantar su lealtad y librarse de sus juramentos antes que abandonar por algún tiempo sus posesiones y bienes» (Nithard).

Pero Carlos no quiso renunciar «al imperio que Dios le había otorgado»; sobre todo cuando «Dios y su padre se lo habían otorgado con el asentimiento del propio Lotario». De ahí que las embajadas se sucedieran de una parte y de la otra; y entre los emissarios figuró también Nithard, a quien Lotario le privó inmediatamente de sus bienes y derechos por haberle fallado. El nuevo emperador era, en efecto, un hombre que sólo buscaba, al decir del partidario de Carlos, «las trazas para poder engañar y superar a Carlos sin entrar en batalla»; mientras que, naturalmente, el propio amo de Nithard perseguía «la paz por pura justicia». Como quiera que fuese, por el momento ambos se abstuvieron de guerrear.

Sin embargo, apenas logrado el acuerdo provisional con Carlos, ya se puso Lotario a preparar de nuevo la guerra contra Luis «pensando con toda su alma en someter a Luis por la astucia o por la fuerza o aniquilarlo por completo, que era lo que más deseaba». Pero Luis, abandonado y traicionado por muchos de sus seguidores, hubo de retirarse a

Baviera, donde llegó a un pacto con Carlos. En el ínterin éste había aprovechado el tiempo para pequeñas matanzas y grandes plegarias, por ejemplo en Saint-Denis, en Saint-Germain y últimamente en Aquisgrán, donde la víspera de «la sagrada fiesta de Pascua» del 841 unos enviados de Aquitania le llevaron milagrosamente «una corona y todos los ornamentos regios, así como vasos litúrgicos» y, otro milagro, «tantas libras de oro y tan increíble cantidad de piedras preciosas intactas», pese a que «por doquier se cernía el peligro de robo» (!). Lo que sin duda fue «una gracia especial», «una demostración especial del dedo de Dios» (Nithard).

Quién de los dos, Carlos o Luis, pidió ayuda, no lo sabemos, porque las fuentes se contradicen. Pero ambos acabaron «unidos tanto por su amor fraternal como por sus campamentos» (*Annales Bertiniani*) en una gloriosa fusión cristiana. En aquel perpetuo vaivén de frentes, vasallajes y juramentos cambiantes, cada uno de los tres soberanos se había esforzado mediante el empleo de la fuerza, los dones, las promesas y las amenazas porque los grandes y nobles irresolutos tomaran conciencia de su obligación. Y es que entre aquellos católicos de la alta nobleza los juramentos de fidelidad resultaban ya tan baratos «como las zarzamoras» (Mühlbacher).

Pero después Luis el Germánico golpeó duramente el 13 de mayo del 841 en el territorio de Ries a los partidarios suabos de Lotario. La mayor parte de los derrotados sucumbió en la huida. (¡Ay, cómo suena todo esto a datos «fríos», a retórica familiar! Pero habría que escuchar los gritos, los llantos y lamentos y habría que ver la catástrofe y el supremo espanto mortal...) Y el 25 de junio del mismo año se libró la batalla aún más sangrienta de Fontenoy (*Fontanetum*) cerca de Auxerre, y por ello entendida sin duda como un juicio de Dios. Fue una batalla con decisiva intervención de la caballería, como desde mucho tiempo atrás venía ocurriendo entre los frances. Allí degollaron católicos a católicos, frances a frances, parientes a parientes. Entre el séquito de Lotario «con tesoros inauditos» y tres emisarios del papa Gregorio IV se encontraba el arzobispo de Rávena Jorge, que quería arrastrar a Carlos el Calvo a su obispado e imponerle la tonsura forzosa; pero cayó prisionero en la huida y según parece fue maltratado.⁹

La batalla de Fontenoy o «a donde la disposición divina conduzca la causa...»

Antes de la matanza se sucedieron las embajadas enviadas por ambas partes, se había conjurado al Señor, la Iglesia y el cristianismo y también, como era ya costumbre inveterada, se había consultado «el

parecer» del clero, «para estar gustosamente dispuestos a ir a donde la disposición divina conduzca la causa».

Poseemos un extenso relato sobre el encuentro de los dos hermanos, cristianos y católicos, perfectamente atestiguado por todos los bandos (una de las raras batallas en campo abierto de la historia de la Alta Edad Media). El relato se debe a Nithard, en el libro segundo de sus *Historiae*. Personalmente combatió en el bando de Carlos el Calvo, «prestando no poca ayuda con la asistencia de Dios...».

Inmediatamente después de la agrupación de sus fuerzas armadas Luis y Carlos habían lamentado sucesivamente «todas las miserias», «aquellos circunstancias desesperadas» provocadas por Lotario y más tarde le hicieron ver a éste insistente por medio de mensajeros «que se acordase del Dios omnipotente y garantizase a sus hermanos y a toda la Iglesia la paz de Dios...», de lo contrario podrían sin duda esperar asistencia de la mano de Dios; lo que Lotario por lo demás, partiendo apresuradamente de Aquisgrán a Aquitania, consideró como «sin importancia». Tras varias embajadas, unas eficaces y otras meramente exploratorias, hubo movimientos sucesivos aunque siempre fatigosos por el recorrido, la falta de caballos y las luchas. Mas todos «preferían soportar cualquier miseria y aun la misma muerte» antes que perder «su nombre glorioso».

Así se procedió en todo caso con «nobleza de ánimo» y «avanzando alegremente a marchas forzadas», hasta que ambos bandos se encontraron en Auxerre. De nuevo los emisarios cambiaron de frente y los aliados persistían en degollarse unos a otros; eso sí, haciéndolo de un modo cristiano. En consecuencia, «invocando primero a Dios con ayunos y oraciones y después... encontrándose en lucha abierta, sin ningún engaño ni alevosía...». Un asunto limpio.

Pero ambos ejércitos cambiaron una vez más de posición y en Fontenoy en Puisaye se enviaron nuevas palabras de saludo y apaciguamiento. Luis y Carlos recordaron a Lotario «su posición como hermanos, a la Iglesia de Dios y a todo el pueblo cristiano». Y también Lotario solicitó una «suspensión de las hostilidades», aunque aseguró a varios de sus grandes mediante juramento que con todo aquello —y con la habitual palabrería cristiana— buscaba simplemente «lo mejor para todos, el bienestar de los hermanos y de todo el pueblo, como lo exigían la justicia entre hermanos y el pueblo de Cristo». En realidad lo único que aguardaba era la llegada del grueso del ejército de Pipino II desde Aquitania. El 24 de junio se encontraron y el 25 se cumplió «el juicio del Dios omnipotente».

Un «juicio de Dios» prometía de antemano algunas cosas. Así, parece que en el bando de Lotario, el de los vencidos, cayeron 40.000 hombres, número ciertamente exagerado. Pero también el ataque por sor-

presa de sus enemigos al amanecer se saldó con el enorme sacrificio de miles de jinetes. Y esto en un episodio de armas que no tuvo efectos inmediatos. Por lo demás, la unidad del imperio quedó irremediablemente rota, desapareciendo asimismo por largo tiempo cualquier hegemonía en Occidente, porque el imperio dejó de dominar a los reyes; emperador y rey tendrán en adelante exactamente el mismo rango.

En cierto modo fue la hora del nacimiento del «Estado nacional». Y, como todos sabemos, los Estados nacionales son los que hasta hoy han guerreado con más frecuencia, o al menos con guerras de dimensiones por lo general mucho mayores. Ya Fontenoy, su grandiosa fecha de nacimiento, reportó a todos pérdidas terribles, y muy especialmente a la clase dirigente francesa. Los Anales de Fulda hablan de «un baño de sangre por ambos lados, con pérdidas en el pueblo franco como las que nadie recordaba hasta entonces». Y algunas décadas después Regino de Prüm veía en aquella matanza la causa de la debilidad del tardo imperio carolingio y advertía que la «gloriosa nobleza» francesa ya no era capaz en modo alguno de defender el imperio «y no digamos ya de ampliarlo».

Eso era lo peor: ¡no hacer trizas a otros, a eslavos, paganos y sarracenos! Así, por ejemplo, a un coetáneo le turbaba «aquella guerra civil lamentable para todos los cristianos» (*omnibus christianis lamentabile bellum*), porque la espada de los franceses, «otrora terrible para todas las naciones, se había cebado en sus propias heridas». Así fue, ¡cuando de un modo auténticamente cristiano y evangélico debería haberse cebado en las heridas de los otros! De hecho hasta el día de hoy se sigue asesinando tanto a no cristianos como a cristianos, aunque especialmente a éstos. Ya en su tiempo Angilberto, un combatiente del ejército de Lota-rio que había luchado en una serie de batallas anteriores, escribía: «Nunca hubo un asesinato peor, ni siquiera en el campo de Marte, jamás la ley de los cristianos había sido tan violada por un baño de sangre». En realidad, sin embargo, venía ocurriendo *esencialmente lo mismo* durante siglos. Y así continuó.

Dígase otro tanto de la mojigatería beata.

Pues al final de la matanza brotaban sin tardanza los sentimientos cristiano-católicos más edificantes. «En todas partes los fugitivos fueron abatidos a golpes, hasta que Luis y Carlos, impulsados por una fervorosa piedad, detuvieron el derramamiento de sangre» (*Annales Bertinia-ni*). Y entonces los vencedores celebraron el día del Señor, la santa misa y «los propios reyes tuvieron compasión de su hermano», ¡del que ciertamente no se esperaban «intenciones injustas»! Sino más bien armonía «en verdadera justicia», «en verdadera lealtad». Y por supuesto, todavía en el mismo campo de batalla, los obispos establecieron de común acuerdo que «los aliados únicamente habían combatido por el derecho y

la justicia, cosa que había sido claramente demostrada por el juicio de Dios; por lo que en aquella circunstancia había que tener por instrumento inocente de Dios tanto al consejero como al ejecutor». Con lo cual atestiguaban en favor de sí mismos, como siempre a través de los tiempos, la más hermosa de las inocencias, la inocencia ante Dios, aunque en la confesión querían juzgar a cada uno «según la medida de su culpa» (Nithard).¹⁰

El emperador Lotario se alía con los paganos y devasta las iglesias; Luis el Germánico corta cabezas

Por el contrario, los clérigos del bando de Lotario no vieron en el derramamiento de sangre ningún «juicio de Dios». Se ocultó su derrota con todo tipo de rumores falsos: que Carlos había caído en la batalla, que Luis había sido herido dándose a la fuga... En todo caso Lotario, que ciertamente había sido vencido pero no había sido destrozado por completo ni estaba dispuesto a abandonar, parece que llamó entonces en su ayuda a los normandos daneses, que precisamente antes habían incendiado Rouen y su región, y «les sometió una parte de los cristianos» y hasta les permitió que «saqueasen a los restantes pueblos cristianos» (Nithard).

De hecho dio en feudo al rey vikingo Harald Klak la isla de Walche-ren y otros territorios frisones, aunque al parecer volvió a quitárselos a los daneses para donárselos de nuevo. Además aprovechó las diferencias de clases, la feudalización de Sajonia, y desencadenó la sublevación de Stellinga, una rebelión de las clases baja y media, de los semilibres y de los libres de la tribu, que se había opuesto de la forma más continuada y dura a la soberanía extranjera de los frances. Según Hans K. Schul-ze, podría verse en ella «con un poco de imaginación el primer movimiento popular revolucionario en suelo alemán».

El emperador prometió a los amotinados contra la aristocracia hasta el retorno al paganismo. En el caso de que le siguieran recuperarían su derecho, «como lo habían tenido en el tiempo en que todavía eran adoradores de los ídolos» (Nithard).

Pero Luis el Germánico no sólo temía un desarraigo de la fe cristiana, sino también «una colaboración de normandos y de sajones rebeldes». Así que hizo aplastar de un modo sangriento «a los siervos soberbiamente envalentonados» (*Annales Xantenses*), «sofocó con rigor» la sublevación de Stellinga, como dicen los Anales de Fulda o, como bellamente dice otra fuente, mandó aniquilarla «de una manera honrosa para él, mas no sin un justificado derramamiento de sangre, con un terrible baño de sangre»: hizo ahorcar a 14 de sus enemigos y mandó decapi-

tar a 140 cabecillas, «mutilando a una muchedumbre incontable y no dejando con vida a ninguno que aún pudiera levantarse de algún modo contra él».¹¹

Mientras Luis el Germánico ampliaba hacia el norte con tanto honor y justicia el ámbito de su soberanía, Lotario se armaba, reunía en Dedenhofen un ejército numeroso contra Carlos y avanzaba rápidamente sobre París, de modo que Carlos conjuró a Luis para que le ayudase militarmente con la mayor celeridad posible. Mas como entonces Lotario se hallaba en un aprieto por su guerra en dos frentes y por otras circunstancias, envió a decir a su hermanastro que pactaría con él si «Carlos rompía la alianza que había establecido y refrendado mediante juramento con su hermano Luis; a cambio de ello él quería liberarse de la alianza que había cerrado y refrendado asimismo mediante juramento con su sobrino Pipino» (Nithard).

Pero Carlos no quiso, y así Lotario se reunió en Sens con Pipino de Aquitania, a quien precisamente poco antes había querido sacrificar como su enemigo mortal. Y avanzó hasta Le Mans «devastándolo todo con saqueos, incendios, destrozos, robando iglesias y arrancando juramentos, de modo que ni siquiera perdonó los lugares sagrados, pues tomó sin escrúpulo cuantos tesoros pudo encontrar, aunque para salvarlos los hubieran depositado en las iglesias o en las cámaras de sus tesoros, por cuanto él personalmente forzaba a los sacerdotes y a los clérigos de otras categorías a hacer declaraciones juradas; incluso impuso el juramento a las sagradas monjas dedicadas al servicio de Dios», según cuentan los Anales francooccidentales de Saint-Bertin.

Carlos, por el contrario, marchó de París a Châlons «para celebrar allí la fiesta del Nacimiento del Señor». Tan piadosa era la gente de este bando.¹²

Los juramentos de Estrasburgo (842) como la voluntad de Dios y de los clerizantes

Aquí y allá los secuaces de Lotario fallaban. Fueron sometidos por la fuerza, viéndose obligados a ceder o a emprender la huida, como ocurrió con el arzobispo Otgar de Maguncia, quien con su soldadesca había querido impedir junto con otros la reunión de Luis y Carlos en Coblenza. Y poco después también Drogo, hijo de Carlomagno y obispo de Metz, que había seguido el partido de Lotario y había dirigido su capilla palatina, se pasó al enemigo.

Los reyes asociados se encontraron en Estrasburgo (la antigua *Argentoratum*) y allí emitieron los juramentos, que Nithard transmitió al pie de la letra. El 14 de febrero de 842 se juraron un pacto de asistencia

mutua en forma solemne: lo que hizo Luis en lengua románica y Carlos en lengua alemana (franca). Tales juramentos constituyen el monumento lingüístico francés más antiguo y uno de los testimonios más antiguos del antiguo alto alemán (la lengua oficial, la lengua del Estado, de la Iglesia y de la literatura era el latín en todo el Occidente cristiano; la lengua alemana, «*thiudisca*», era tenida por «bárbara»).

Así sonaba el francés antiguo: «*Pro Deo amur et pro Christian populo et nostro commun saluament...*». Y así el alemán o antiguo alto alemán (el alemán formado por varios dialectos lo designan las fuentes como *lingua theotista*; de ahí la palabra *deutsch*, «alemán»): «*In Godes minna ind in thes Christianes folches ind unser bedhero gealtnissi...*». Con anterioridad ambos reyes habían hablado a los guerreros reunidos del sentimiento cristiano, de la «compasión con el pueblo cristiano», del mayor bien común y, naturalmente, también de la misericordia de Dios, del juicio del Omnipotente, etcétera. Y entretanto, bellamente envuelto en un lenguaje patético, se acusó al hermano malvado ante los cantaradas de ambos ejércitos de «destruir a nuestros pueblos con incendios, robos y asesinatos».¹³

Cada vez eran más los grandes que abandonaban a Lotario. Por su parte Luis y Carlos partieron de Estrasburgo por separado camino de Worms, donde se volvieron a encontrar apenas diez días más tarde y juntos marcharon a Maguncia después de «haber asolado el campo del cantón de Worms» (*Annales Xantenses*). Allí Carlomán, el hijo mayor de Luis, reforzó el ejército de ambos con tropas bávaras y alamanas. Una vez más partieron por separado aguas abajo del Rin uniendo sus fuerzas militares en Coblenza. Allí escucharon la santa misa en la iglesia de san Castor y rápidamente cruzaron el Mosela. Entretanto huyó el arzobispo de Maguncia Otgar y Lotario cruzando por Aquisgrán —donde saqueó todo el tesoro imperial, incluido «el de santa María» (*Annales Bertiniani*)— y Châlons se encaminó a Troyes, donde el 2 de abril del 842 celebró la sagrada fiesta de Pascua antes de continuar su marcha hacia Lyon.

Luis y Carlos avanzaron sobre Aquisgrán incendiando el territorio de Lotario. Y allí hicieron que el numeroso clero congregado confirmase, «como por una señal de Dios», todo lo egoísta, perjurado y corrupto que era el corazón cristiano de su hermano Lotario. Cómo él —¡y no ellos a la vez!— «había expulsado del imperio a su padre, la frecuencia con que por su afán de dominio había hecho perjuriar al pueblo cristiano, las muchas veces que él personalmente había quebrantado los juramentos hechos a su padre y a sus hermanos, cómo repetidas veces tras la muerte del padre había intentado desheredar y arruinar a sus hermanos, y cuántos asesinatos, adulterios, incendios y vilezas de toda índole había tenido que soportar toda la Iglesia por su insaciable avidez. Pro-

clamaron asimismo que ni poseía la capacidad para regir el Estado ni se podía descubrir rastro alguno de benevolencia en su gobierno. Por tales razones, declararon, no de forma inmerecida sino por justo juicio de Dios omnípotente, había tenido que abandonar primero el campo de batalla y después su imperio. Y todos ellos compartieron la opinión unánime y estuvieron de acuerdo en que el castigo de Dios lo había golpeado por sus pecados habiendo entregado justamente su imperio a sus hermanos como más idóneos para el gobierno» (Nithard).

Mas no habrían sido unos mojigatos si de inmediato no hubieran entregado a los reyes la «plena potestad de gobierno» y si no se lo hubieran otorgado todo sin empezar por lo más evidente: por preguntarles «si querían gobernar a la manera del hermano rechazado o según la voluntad de Dios».¹⁴

¡Pero la voluntad de Dios era la de ellos! Siempre y en todas partes. Ni más ni menos. (¿O es que se ha escuchado jamás a Dios algo que sea diferente de lo que dicen los papas y los obispos?)

Una curiosa opinión de historiadores antiguos y modernos

La situación de Lotario se agravó aún más. Sus seguidores lo abandonaron en masa quebrantando viejos juramentos de lealtad al tiempo que emitían otros nuevos en favor de los nuevos señores, asegurando así nuevas ventajas frente a las antiguas, siempre inseguras... Es la marcha eternamente igual de la historia. Por lo demás, con el permanente cambio de poder y las continuas luchas por la soberanía, la alta nobleza se fue fortaleciendo siempre más y más hasta el punto de que los reyes cayeron bajo su presión consiguiendo y conservando su poder gracias a ella.

En nuestra fuente más importante sobre los continuos vaivenes dinásticos, en los cuatro libros de las *Historias* de Nithard, éste lamenta el desgarro interno, la ruptura del Estado unitario y ve el auténtico ideal en el gobierno de su «gran» antepasado. Así, al final de la obra lamenta el «demencial abandono del bien público», «la persecución egoísta del propio provecho», le irrita el hecho de que «los dos bandos extiendan el robo y la desgracia por todas partes» y recuerda nostálgico el tiempo del «gran Carlos, de feliz memoria». Reinó entonces «por doquier la paz y la concordia... mientras que ahora por doquier pueden verse la desunión y las desavenencias, porque cada uno sigue el camino particular que le agrada. Por todas partes reinaban entonces la abundancia y la alegría, cuando ahora no hay más que miseria y tristeza...».¹⁵

Estas frases, en la línea de la visión histórica todavía predominante, celebran el Estado de Carlos I como el Estado unitario, el floreciente

poder mundial, el imperio universal cristiano como una especie de desarrollo de la idea imperial romana. Y son frases que no dejan de llamar la atención al afirmar «la paz por doquier». En realidad los 46 años del reinado de Carlos fueron una guerra casi ininterrumpida con cerca de cincuenta campañas militares. Por sólo referirnos a los sajones, los «superpaganos», ¡los combatió mortalmente durante treinta y tres años! Por consiguiente lo que acontecía en la periferia del gran imperio depredador en expansión permanente no era algo que afectase a la «paz» interna. Todo lo contrario. Cuanta más «tranquilidad y orden» hubiese dentro, tanto mejor funcionaban las matanzas, los esclavizamientos y las anexiones fuera de las fronteras. Sin embargo, el «por todas partes la abundancia y la alegría» no se dio ni siquiera en el interior del reino. De eso sólo disfrutó el estrato ridículamente pequeño de los poseedores, la nobleza y el clero, que nadaban en las riquezas ajena sangrientamente arrebatadas, mientras que la desnutrición crónica se cebaba en el propio pueblo ignominiosamente despojado; la miseria y la hambruna eliminaron en 784 un tercio de la población de Galia y de Germania.

Bajo los nietos de Carlos la guerra exterior fue simplemente sustituida por la guerra interna, por la denominada guerra civil (lo que no deja de ser un pleonasmico, pues cualquier guerra es una guerra civil).

Naturalmente la visión de Nithard no era algo excepcional.

Su coetáneo Floro de Lyon, un diácono poeta y servidor infatigable de la Iglesia, ve las cosas del mismo modo. También él lamenta la triple división del *imperium*, el gobierno de un reyezuelo en vez de la autoridad de un rey. También él glorifica «el imperio en esplendor de la excelsa corona, / uno era el señor y uno también el pueblo, que obedecía al señor... / Allí reinaba la paz y la valentía aterraba a los enemigos». Y después de haber ensalzado el Estado idóneo, el «Estado santificado», con toda la humildad cristiana, exalta Floro con gran elocuencia los avasallamientos en el este, la colocación de «las riendas de la salvación a los vencidos». «Aquí el pueblo pagano se sometió pese a todo al yugo de la Iglesia, / allí el desvarío herético se hundió pisoteado.»¹⁶

Efectivamente, eso es lo que ha gustado siempre a los cristianos: ¡los paganos bajo el yugo y sus creencias pisoteadas!

Los tratados de Verdún (843) y de Meersen (870)

Pero el cansancio de la guerra se generalizó. Eso significa que para los poderosos los inconvenientes de la guerra eran mayores que las ventajas. Lo cual le ocurría también al clero alto, cuyas grandes posesiones habían sido el objetivo preferido de los incendios y las destrucciones. Tras largas y difíciles negociaciones marcadas por la desconfianza —co-

misiones mixtas, 120 delegados viajaron antes e inspeccionaron las fronteras— y tras unas conversaciones previas celebradas en junio del 842 en una isla del Saona cerca de Mâcon y otras tenidas en octubre en Coblenza y en noviembre en Diedenhofen, al año siguiente se llegó a un nuevo reparto.

En virtud del tratado de Verdún, cuyo texto se desconoce, en agosto de 843 el imperio de Luis el Piadoso fue dividido según el derecho hereditario dinástico, el viejo principio de la igualdad de derechos entre los hermanos. Excluyendo Baviera, Aquitania e Italia, en presencia de los grandes se estableció la división en imperio occidental, oriental y central, en tres territorios de igual extensión, «quisiéranlo los reyes o no lo quisieran».

Luis el Germánico obtuvo su país de origen y todo el imperio oriental, la *Francia orientalis*, todavía designada a veces con sus nombres anteriores Austria, Austrasia (alemán «Ostarrichi» en el «Heliand»). Recibió asimismo en Baviera los territorios al este del Rin y del Aare, los de los sajones, turingios, fracos orientales y alamanes (sin los al-sacianos), así como Espira, Worms y Maguncia a la izquierda del Rin. Con lo que, más allá del reino francooriental, diríase que la «historia alemana» se independiza desgajándose de los otros dos imperios fragmentados.

Carlos el Calvo heredó Francia occidental, la *Francia occidentalis*, que se extendía desde el norte del Loira hasta el Mosa y el Escalda. A ello se agregaron Aquitania y la Marca Hispánica, creando las condiciones para la formación del pueblo francés, aunque en su tiempo ni la lengua ni las fronteras de nacionalidad y de origen dieron el impulso decisivo, ya que las fronteras se habían trazado más bien de manera totalmente caprichosa sin ni siquiera tener en cuenta los grupos étnicos asociados o las asociaciones de obispados. Carlos también tuvo más o menos en su contra, aunque no de forma armada pues personalmente era un hombre pusilánime, muchos de los países que le fueron asignados: Aquitania, Bretaña, Septimania, la Marca Hispánica.

El territorio central, encajado entre los otros dos *regna*, que históricamente no tuvo ninguna influencia y geográfica y políticamente carecía de organización, el *regnum* de la *Francia Media*, estaba habitado tanto por romanos (borgoñones y provenzales) como por germanos (alamanes, francorrenanos, frisones). Era una franja de territorios alargada, que se extendía desde Italia hasta Frisia y que, a través de los desfiladeros principales de los Alpes orientales, a través de Provenza, Borgoña y Francia central, la posterior Lotaringia, los territorios del Mosa, el Mosela y el bajo Rin, enlazaba el territorio mediterráneo de Benevento con la región septentrional del mar Báltico. Este territorio lo había elegido Lotario I, que a la vez obtuvo el título de emperador junto con las

ciudades imperiales de Roma y Aquisgrán. Mas también los otros dos reinos tenían parte en las regiones centrales francesas: Luis el Germánico obtuvo el territorio entre el Rin y el Main poblado por francos, en tanto que Carlos el Calvo recibió la Neustria franca entre el Sena y el Escalda.

Por su parte Pipino II —hijo de Pipino I, hijo a su vez de Luis el Piadoso, que ya había muerto—, que reclamaba el trono de Aquitania y que durante largos años se opuso a Carlos el Calvo, quien por su parte «castigó al país con numerosas incursiones» aunque a menudo no sin «grandes pérdidas en su propio ejército» (*Annales Fuldenses*), fue hecho prisionero en 864 y encerrado en un monasterio.

Lotaringia, el reino central, no duró mucho (855-900) y a la muerte de Lotario I (855) quedó dividida entre sus tres hijos: Luis II, Lotario II y Carlos. Éste último murió tempranamente, y tras la desaparición asimismo de Lotario II (869) sus tíos Carlos el Calvo y Luis el Germánico, mediante el tratado de Meersen (870), y haciendo caso omiso de las pretensiones de Luis II, se adueñaron del reino central. Pero cuando el carolingio francooriental Arnulfo de Carintia restableció Lotaringia en 895 poniendo allí como rey a su hijo Sventiboldo, éste encontró la muerte el año 900 peleando con la aristocracia local y el reino lotaringio independiente llegó a su fin.

Así, el imperio de Luis el Piadoso, dividido de forma bastante equitativa en las tres porciones correspondientes, presentaba notables diferencias cualitativas, sociales e histórico-culturales a la vez que desde el punto de vista de la organización.

El Occidente e Italia representaban unos países impregnados todavía por la cultura antigua. Comparativamente los pueblos tenían más exigencias. Al menos en algunos puntos había regiones urbanas de población más densa. De una u otra forma existía una cierta cultura literaria, con libros y escuelas. Nos encontramos también aquí con un mayor empeño económico, con comerciantes y artesanos y con clanes aristocráticos más o menos poderosos. Por el contrario, extensos territorios del imperio oriental estaban «subdesarrollados», «cubiertos de bosques, despoblados, "sin cultura" y sin centros intelectuales» (Fried). Ciento que también vivieron allí algunos representantes del llamado «Renacimiento carolingio»: Rabano Mauro, que sólo en la Edad Moderna fue tenido por «praceptor Germaniae»; Wallafrido Estrabón, embajador de Luis, que se ahogó en el Loira en 849, y Notker Balbulo, el monje de Sankt Gallen.

Tal vez el tratado de Verdún no fuera todavía, como creyeron algunos historiadores antiguos (Waitz, Droysen, Giesebricht), una especie de «fecha de nacimiento» de las nacionalidades alemana y francesa, de dos pueblos en cuyo interés ciertamente que no se pactó. Pero una historia alemana y una historia francesa se abren paso, empiezan a surgir

naciones de tribus más antiguas, de las poblaciones de determinados países, y la conciencia prenacional de las tribus acabará por convertirse en la conciencia nacional; y curiosamente por obra sobre todo del ejército «creador de solidaridad» y reunificador de todos los hombres sujetos al servicio de las armas y oriundos de diferentes tribus y regiones.

Por lo demás también la aparición de otros reinos nacionales, por ejemplo en Inglaterra, España, Escandinavia, Polonia, Bohemia y Hungría, marca políticamente la Alta Edad Media. Sin duda que a lo largo de todo el siglo IX aún no se piensa en categorías nacionalistas, ningún pueblo se siente todavía como «unidad nacional» y ninguna persona se siente «alemán» o «francés»; quizás ni aun en el siglo X, aunque es la fase de transición inmediata.

Aquella división del imperio carolingio, a la que siguieron durante el siglo IX nuevas divisiones y reunificaciones, fue un compromiso impuesto por las circunstancias. Por el momento es cierto que acabó con la tradición de abalanzarse unos contra otros; pero también provocó que el imperio fuera perdiendo progresivamente su posición de preeminencia frente al papado, que se preparase la triple división de Alemania, Francia e Italia y que ya nunca más reapareciera la antigua unidad, si dejamos aparte el episodio de Carlos el Gordo.¹⁷

Luis, rey de los bávaros por la gracia de Dios

A Luis II el Germánico (843-876) se le llama repetidas veces en las fuentes coetáneas (francooccidentales) «*rex Germanorum*» y «*rex Germaniae*», el territorio que gobernaba, designado por su propia cancillería como «*orientalis Francia*». Pero su sobrenombre «el Germánico» no se generalizó hasta el siglo XIX.

Hijo tercero de Luis I el Piadoso, nacido hacia el 805, Luis II había pasado su infancia en la corte y en 817, en la *Ordinatio imperii*, obtuvo el reino de Baviera bajo la autoridad suprema del emperador; allí entraban también, como el padre precisó a su tiempo, «los carintios, bohemios, ávaros y eslavos, que habitan al este de Baviera...». Como el muchacho tenía unos doce años y era demasiado joven para gobernar por sí mismo, lo hizo de hecho apenas diez años después. Pero a más tardar desde el 830 aparece en los documentos como «Luis, rey de los bávaros por la gracia de Dios». Objetivos capitales de su política fueron la expansión hacia el este y la ampliación dentro del imperio carolingio.

Durante el invierno prefería Ratisbona como residencia y allí celebraba las dietas y las asambleas imperiales, mientras que la residencia veraniega era Frankfurt, donde también fundó el monasterio del Salva-

dor. Además del núcleo central, su auténtica base de poder, que controló su «general en jefe», el conde Ernesto, «el primero entre los amigos del rey» hasta su caída en 861 (*Annales Fuldenses*), el monarca gobernó también sobre los suabos, los franceses del Rin y del Main, los turingios y los sajones; en una palabra, sobre la mayor parte de los pueblos germánicos del imperio.

Luis II el Germánico no fue un soberano «importante», pero sí que fue el más importante entre sus hermanos.

Su largo período de gobierno resultó ya un factor estabilizador en el imperio francooriental, pues siguiendo las huellas sangrientas de su «gran» antepasado Carlos I mantuvo una guerra casi ininterrumpida contra los eslavos de Bohemia y Moravia y contra los territorios del noreste. Al tiempo cooperó estrechamente con el episcopado, como lo hicieron también los demás príncipes carolingios, todos los cuales interesaron al alto clero en el logro de sus intereses y en la consecución de sus objetivos. Con lo cual se lo sometieron fuertemente, aunque también ellos acabaron dependiendo cada vez más de la Iglesia; mucho más de cuanto nunca lo hicieron los merovingios.

Luis el Germánico llegó casi a convertirse en el guía y defensor de la Iglesia. Se preocupó por la misión en Moravia, Bohemia y en el norte, desde Bremen y Hamburgo hasta Suecia, donde por lo demás se invocó al ídolo cristiano exclusivamente a causa del fracaso de los dioses antiguos; diríase que se le reconoció simplemente como un dios auxiliar, como un remediador eventual. Luis convocó sínodos, tomó parte en los mismos y sólo con su refrendo tenían fuerza legal las decisiones sinodales. En cualquier caso ésa fue la única legislación del imperio franco oriental, del que en su tiempo sólo se habla de una ley estatal.

Hasta el final ejerció el monarca bávaro una influencia decisiva en la ocupación de las sedes episcopales, que como era de esperar otorgó preferentemente a sus favoritos. Así, en 842 hizo obispo de Würzburg al abad Gozbaldo de Niederaltaich (que disponía de abundantes reliquias de mártires romanos). Y para sucesor de Gozbaldo nombró al bávaro Arn, que en total sirvió a cuatro príncipes y (con reliquias sobre el pecho heroico) combatió al menos en cuatro campañas como general en jefe (hasta que en 892 —todo sea por Cristo— murió luchando contra los eslavos). En 845 Luis nombró al expulsado Ebón de Reims obispo de Hildesheim y en 847 puso en la sede arzobispal de Maguncia al erudito abad de Fulda Rabano Mauro.

Los prelados dominaron también en su «*consilium*»: por ejemplo el abad Ratleik de Seligenstadt; el abad de Herrieden, Liutberto, arzobispo de Maguncia desde 863 a instancias del rey; el obispo Salomón I de Constanza; Alfrido, obispo de Hildesheim, quien como consejero del soberano se ocupó de política más que de su diócesis, aunque en diver-

sas fuentes figura como santo y, según la Crónica de Hildesheim, en su tumba se realizaron muchas curaciones milagrosas.

El rey estuvo siempre rodeado por miembros del clero alto. Y además de que los carolingios emplearon siempre a eclesiásticos como notarios y que, a diferencia del período merovingio, toda la administración palaciega por escrito estuvo en manos de sacerdotes, también los jefes de la cancillería (cancilleres) o los archicapellanes —la composición de ambos cargos se organizó en su tiempo—, es decir, gentes que ocupaban los puestos más relevantes en su consejo, fueron por supuesto prelados eclesiásticos: el abad Gozbaldo de Niederaltaich, el abad Grimaldo de Weissenburg y Sankt Gallen, pariente de los arzobispos de Tréveris Hetti y Thietgaud, el consultor más importante de Luis. Finalmente, como nuevo director de la cancillería y de la capilla, el archicapellán y arzobispo Liutberto de Maguncia, quien bajo los dos hijos de Luis continuó ocupando el cargo que los arzobispos de Maguncia conservaron permanentemente desde el siglo x, desde Guillermo (965) hijo del emperador Otón I.

Pero la capilla palatina, «un típico producto de la gracia divina» (Fleckenstein), no sólo constituía entonces en la Franconia oriental «el punto de contacto más importante entre la política carolingia y el episcopado bávaro» (Glaser); también bajo los hijos de Luis continuó representando la influencia decisiva de la Iglesia sobre la política. Los obispos siguieron actuando en la cancillería y tomando parte en el gobierno.¹⁸

Luis el Germánico fue también personalmente un hombre piadoso. En las procesiones públicas caminaba descalzo detrás de la cruz. En su palacio de Frankfurt se hizo construir una capilla (852), en la que servían doce clérigos. Fundó el monasterio femenino de St. Félix y Regula en Zurich. Y todas sus hijas se hicieron monjas: Ermgarda, abadesa del monasterio suabo de Buchau; Hildegarda, abadesa del monasterio de Schwarzach en Würzburg; Berta, abadesa de St. Félix y Regula en Zurich.

En octubre de 847 se reunieron en el monasterio Alban de Maguncia obispos, abades y otros eclesiásticos de Franconia oriental. Para la prosperidad del rey y de su familia y para la seguridad del imperio, el sínodo mandó celebrar 3.500 misas y leer 1.700 veces el Salterio de David; y así se lo comunicó al rey. El sínodo le rogó asimismo que, siguiendo el uso de sus antepasados, protegiese a los servidores de la Iglesia y sus posesiones y no prestase oídos a quienes le aconsejaban que se ocupara de los bienes de la Iglesia menos que de sus propios bienes.

No es casual que el tal sínodo dedicase dos cánones a los pobres, tres a la fe y seis a los bienes de la Iglesia y a los diezmos.

Aquel mismo sínodo ordenó la flagelación pública contra una mujer llamada Thiota, de la región de Constanza; una predicadora (*pseudo-*

prophetissa) tan sospechosa que, según cuentan los Anales de Fulda, hasta algunos «varones del estado sagrado la siguieron... como a una maestra inspirada por el cielo». Según parece la mujer cayó en la demencia.

Y el mismo sínodo de Maguncia amplió también a sangre fría —según una serie de manuscritos— las atribuciones jurisdiccionales del episcopado respecto de las que le había otorgado el sínodo del 813 celebrado en la misma ciudad. Según éste, en efecto, los obispos eran todavía auxiliares de los condes y los jueces en la administración de justicia; pero el sínodo de 847 establecía que «los condes y jueces debían asistir a sus obispos en la administración de justicia, como lo ha establecido el derecho divino...» (!).¹⁹

De ese modo la clericalidad participó de forma intensa en la política de Luis el Germánico. Hubo una unión perfecta entre el trono y el altar: «los obispos están siempre detrás de su rey y el rey detrás de su episcopado». El alto clero llevó a cabo negociaciones políticas y estableció pactos mucho más a menudo que los condes. Los prelados actuaron como emisarios reales, como embajadores ante las potencias extranjeras. E incluso en la guerra ayudaron al rey con nutridas compañías de vasallos y hasta por encargo suyo «figuraron personalmente al frente de su ejército en el campo de batalla, solos o al lado de algunos condes» (Schur). El año 845 hubo de interrumpirse el sínodo de Meaux (continuándolo en París al año siguiente) por cuanto se requirió la ayuda de los obispos en la batalla contra el príncipe bretón Nominoë, quien más tarde, en el mes de noviembre, infligió una severa derrota a Carlos el Calvo en Ballon, cerca de Le Mans.

No existe la menor duda de que el clero aunó su poder siempre creciente y su conciencia de clase cada vez más clara, sobre todo desde los días de Luis el Piadoso, con las correspondientes exigencias. «Con gran énfasis se exige la subordinación y obediencia incluso de los príncipes a los obispos y se rechaza la intervención de los laicos en el ámbito clerical» (Voigt).

Luis II, casado desde 827 con la hija menor de la emperatriz Judit, segunda esposa de su padre, la güelfa Hemma, no parece que tuviera asuntos dignos de atención con las mujeres. En todo caso sus relaciones sexuales nunca dieron que hablar. Por eso mismo se dedicó con mayor intensidad a la guerra, un asunto que en el Occidente cristiano solía estar por encima de cualquier reproche y que los investigadores describen, por lo general de una manera seria, como «su política activa y perseverante en el este» (Reindel). La extensa frontera septentrional de su imperio y la oriental, todavía más larga, con más de mil quinientos kilómetros que se prolongaban desde el mar Báltico occidental hasta el mar Adriático, hasta las marcas de Istria y de Fríuli, casi provocaron esa

política. Y ello tanto más cuanto que, en comparación con Franconia occidental o con Italia, debido por una parte al desarrollo económico de su país no tan avanzado y, por otra, a su estabilidad político-militar y a la autoridad de su rey en círculos de la nobleza y de la Iglesia, estaba claramente en mejor posición. A ello contribuyó en buena medida la hábil política matrimonial de Luis, que casó a sus hijos, el mayor Carlomán, el mediano Luis y Carlos III el menor, con mujeres de la alta nobleza franca. A Carlomán en concreto lo casó con una hija del conde Ernesto.

Las fronteras orientales del imperio, escribe Johannes Fried, «ciertamente que nunca estuvieron pacificadas por completo, pero no representaron ningún peligro especial» porque los eslavos no contaban con centros políticos poderosos. Sólo al formarse el «Gran Reino de Moravia» la situación fue cambiando poco a poco, debiéndose también en buena parte a que «la misión avanzaba precisamente desde Baviera». Al parecer, según Wilhelm Störmer, Luis también «habría intervenido con gran energía» en las zonas fronterizas orientales, donde «las iglesias (obispados y abadías) fueron para él un elemento de organización importante, pues obtuvieron señoríos feudales sobre todo en la zona del Danubio, en el territorio de despliegue de los ejércitos. También parece que Luis delegó muy hábilmente la misión de los eslavos en iglesias bávaras».

Pero los eslavos defendieron naturalmente sus creencias, mientras que los cristianos no parecían conocer ningún objetivo más sublime que expandir su fe a sangre y fuego. «Los franceses podían desfogarse sin ningún tipo de freno, cuando combatían con paganos» (Riché). Con ello, por lo demás, el primer rey francooriental seguía la «práctica de sus predecesores», a fin de «mediante repetidos ataques intimidatorios mantener el respeto al *status quo*» (Schieffer), como se dice en el lenguaje eufemístico de la historiografía alemana sobre todo. A este respecto los investigadores germanos han preferido durante siglos expresiones como «movimiento hacia el este», «reconstrucción del país», «"crecimiento firme" respecto de las posesiones». Incluso cuando hablan sin rodeos de «anexión» o de «incorporación», casi suena como un inocente y natural deslizamiento hacia el cuerpo imperial; se trata simplemente de una « fusión».

Luis el Germánico operó sobre todo en el territorio bohemio-moravo; pero guerreó también contra los obodritos y los sorbios, que habitaban más al norte: en 844 contra los obodritos, cuyo pueblo «se lo sometió Dios», en el lenguaje noble y cristiano de los Anales de Fulda, muriendo en el proceso su rey Gostemysl. Los *Annales Bertiniani* dicen en cambio lacónicamente: «El rey Luis devastó casi todo el territorio de los eslavos y lo sometió a su dominio». En el año 851 marchó contra los sorbios, a los que venció más con la destrucción de sus campos y co-

sechas y con el hambre que con las fuerzas militares. En 856 sometió a los dalemincios entre el Elba y el Mulde. Y todavía en sus últimos años, después del 867, envió de nuevo a su hijo Luis con tropas sajonas y turingias contra los obodritos.

Era, según el expresivo Engelbert Mühlbacher, «una tarea difícil, pero muy importante para el futuro, el mantenimiento y ampliación de la soberanía sobre los eslavos más allá del Elba, el Saale y el Bosque de Bohemia, que poco a poco, a medida que la influencia del poder alemán se afianzaba y extendía, también abrió libre cauce a la penetración de la realidad y de la cultura alemanas en los territorios alpinos del sureste y el avance de la colonización; tareas que a la vez abrían nuevos caminos a la ambición de gloria y la proscribían del círculo de las agitaciones internas».

Está claro de lo que se trataba: de un afianzamiento, ampliación y extensión, de «la penetración de la realidad y de la cultura alemanas». Dicho más claramente: se trataba de otra rapiña asesina; o, utilizando una expresión científica (con Schieffer), de «un movimiento más político (y misionero)». Suena noble y neutral. No hagáis daño a nadie... sobre el papel. Y en buena medida con ello se frenaba y paralizaba «la ambición de gloria» en el ámbito intraestatal. En el fondo es la estrategia criminal que a menudo utilizan todavía hoy las grandes potencias. (¿Anacrónico una vez más?)

Y a todos esos ataques en el este, a los que nos referiremos después más detalladamente, se sumó el ataque de Luis al reino franco occidental, a la herencia de su hermanastro Carlos, debilitado no tan sólo por los constantes asaltos de los enemigos exteriores sino también por fuertes «disturbios» y luchas internas, especialmente en Bretaña y Aquitania.²⁰

Carlos el Calvo y el Oeste

El reino franco occidental se vio entonces especialmente sacudido por guerras y situaciones parecidas a una guerra civil y por revueltas de la nobleza. Desde el sur, desde España y África, irrumpían los sarracenos, y desde Escandinavia acometían los normandos. Sus piraterías en el mar y aguas arriba de los ríos representaban un sacrificio cada vez mayor de vidas humanas, dinero, pagos tributarios y tesoros eclesiásticos. Pero en el propio territorio florecieron las bandas de ladrones y salteadores, contra las que Carlos dictó la capitular de Servais; y algunos dignatarios eclesiásticos y aristócratas inmensamente ricos, empujados por su afán de botín, a menudo hacían causa común con los bandidos o les recompensaban por sus asesinatos... En todas las épocas resulta más

difícil imaginar el mundo subterráneo que las estructuras superpuestas al mismo. Tampoco el rey es mal ejemplo al respecto. Carlos el Calvo, nacido el 13 de junio de 823 en Frankfurt del Main del segundo matrimonio de Luis el Piadoso, desposó a los diecinueve años (842) a Irmin-trude, hija del conde Odón de Orleans, muerto algunos años antes luchando contra Lotario. Se trataba a todas luces de un matrimonio puramente político, porque de esa manera Carlos «esperaba ganarse a la gran mayoría del pueblo», como escribe Nithard. «Ese mismo año —concluyen los *Annales Xantenses* sus escasas informaciones— en la ciudad de Tours dejaba este mundo la emperatriz Judit, madre de Carlos, después de que su hijo le hubiera arrebatado todos sus bienes».²¹

Irmintrude dio a Carlos una hija de nombre Judit y cuatro hijos: Luis, Carlos, Carlomán y Lotario. A los dos menores les obligó el padre a que abrazaran el estado clerical; decisión que alabó el arzobispo Hinc-maro. El tullido Lotario murió en la adolescencia como abad de Saint-Germain-d'Auxerre. Así se le ahorró el destino del príncipe Carlomán.

Las dificultades familiares las solucionó Carlos II a la manera de muchos potentados (y no sólo de su tiempo). Ciento que cuando su hija Judit en 861, después de dos matrimonios en las cortes reales inglesas, escapó con el conde flamenco Balduino I y (tras una intervención papal) en 863 se convirtió en su mujer, Carlos no tuvo más remedio que resignarse. Pero cuando en un breve espacio de tiempo, entre los años 865 y 866, murieron sus hijos Lotario, tullido de nacimiento, y Carlos el Niño, subnormal a causa de una lesión, el rey empezó por reconciliarse de un modo muy cristiano con su esposa Irmintrude y la hizo ungir como reina. Pero al hermano de ésta, Guillermo, que inmediatamente después conspiró contra él, Carlos lo hizo decapitar, mientras que Irmintrude entraba en un monasterio.

Carlos, que en una ocasión recibió como regalo del obispo Frechulfo de Lisieux la obra del escritor militar Vegecio sobre el arte de la guerra (¡con la que el cristiano ya hacia el 400 quería oponerse a la decadencia del poder militar romano!), estuvo muy lejos de sentirse personalmente contento pues no le gustaba para nada luchar. En cambio propendía a la残酷.

Así se echa de ver en su comportamiento con Carlomán. Por consideraciones políticas había obligado al príncipe, que gozaba de muchas simpatías, a que entrase en el estado eclesiástico. O, para decirlo mejor, ya muy joven lo hizo tonsurar como monje, al igual que al tullido Lotario, siendo sucesivamente abad de Saint-Médard, de Saint-Germain-d'Auxerre, de Saint-Armand, Saint-Riquier, Saint-Pierre de Lobbes y Saint-Aroul.

Por encargo del rey el abad Carlomán marchó en 868 al frente de un ejército contra los normandos. Pero en 870-872 se sublevó contra su pa-

dre; fue encarcelado en Senlis y en 873, en virtud de un escrito de demanda del regente, fue despojado de toda «dignidad» eclesiástica por un sínodo allí congregado. El proceso debió de darlo por bueno, sobre todo porque le abría de nuevo unas perspectivas al trono, aunque también al padre le daba la posibilidad de castigar al hijo con mayor severidad. Por ello cuando los partidarios de éste preparaban su liberación y exaltación a la dignidad de rey, Carlos lo llevó de nuevo ante un tribunal y le hizo sacar los ojos «para que se desvaneciera la demencial esperanza, que los perturbadores de la paz habían puesto en él, y para que la Iglesia de Dios y la cristiandad no se vieran turbadas en el imperio por una sublevación alevosa, además de por la hostilidad de los paganos». Aquel mismo año aún pudo el ciego de Corbie huir a Franconia oriental y acogerse a la protección de su tío Luis el Germánico, quien le dio el monasterio de Echternach, en el que murió algunos años después como abad laico.²²

Carlos el Calvo sólo pudo mantenerse a la larga con grandes dificultades. No sólo hubo de pasar por crisis notables, originadas por las maquinaciones de su madre para dotarle del mayor territorio posible. A ello se sumaron también los desequilibrios del propio reino, tan diverso por geografía, etnias e historia, así como las tensiones en el sur con los godos hispano-septimanos y con los vascos y las dificultades con los franceses del norte. En los comienzos tampoco obtuvo el apoyo de muchos magnates, que prefirieron a Lotario. Sólo tras la derrota de éste en Fontenoy pudo mejorar lentamente su posición.²³

Pero fueron los independentistas bretones y las pretensiones de su sobrino Pipino II de Aquitania los que enfrentaron a Carlos con los conflictos más peligrosos.

Asesinatos y muertes en Bretaña

Bretaña fue castigada por los franceses al menos desde los tiempos de Pipino III el Joven (ya en 753) y de su hijo Carlos «el Grande» con incursiones militares en 786, 799 y 811. Y asimismo por el hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso, en 818, 824 y 830. En la campaña antibretona del 824 estuvo también presente el hijo de éste, Luis el Germánico. *Ab bove majori discit arare minor*, del buey viejo aprende a arar el buey joven...

Los ocasionales sometimientos de los bretones fueron siempre seguidos por sublevaciones y deserciones. Sin embargo, cuando en 831, en la asamblea palatina de Ingelheim, Luis constituyó al príncipe bretón Nominoë (831-851) como «*missus imperatoris*» en Bretaña, éste mantuvo la lealtad. Sólo cuando en tiempos de Carlos el Calvo algunos mag-

nates carolingios intentaron expandirse, llegaron los enfrentamientos militares con los mismos y posteriormente también con el rey. De resultas Nominoë logró la plena independencia de su tierra y probablemente en 850 se hizo ungir rey por el metropolitano de Dol, a quien él mismo había nombrado. Fue el primer rey de Bretaña nunca sometido de hecho a los frances. Certo que reconoció la soberanía suprema del lejano emperador Lotario I, pero no las pretensiones de Carlos el Calvo.

Mas en una de sus incursiones bélicas Nominoë murió de forma repentina al año siguiente. Carlos creyó poder eliminar rápidamente a su único hijo y sucesor Erispoë (851-857). Pero éste, que ya el 843 había derrotado a los frances en Messac, aniquiló ahora su ejército —«pereciendo incontables caballos»— aun antes de cruzar el río fronterizo en la triple batalla de Jengland-Beslé (en Anjou) durante los días 22-24 de agosto de 851. Al segundo día de batalla Carlos emprendió una huida precipitada y abandonó a sus tropas, que «ya no pensaron más que en darse a la fuga». Y los bretones «o abaten a espada a cuantos se topan o los hacen prisioneros...» (Regino de Prüm).

Mediante la paz de Angers, Erispoë se reconcilió con Carlos, se encomendó a él como *fidelis regis* (leal al rey), fue a su vez reconocido como rey y pudo duplicar la extensión territorial de su reino mediante la cesión de toda la Marca Bretona en torno a Nantes y Rennes. En 856 su hija fue prometida al hijo mayor de Carlos, Luis II el Tartamudo, que por entonces tenía diez años. Con ello Bretaña se perdía de momento para los frances.

Erispoë procuró asimismo solucionar la crisis eclesiástica, que ya venía de largo tiempo atrás, desde su padre. Éste depuso a los obispos profrances de las diócesis de Dol, Vannes, Quimper y Léon con el apoyo de san Conwoion (que por ello viajó a Roma) y también eclesiásticamente independizó por completo Bretaña mediante el nombramiento de obispos que le eran leales. Pero en 857 Erispoë fue asesinado por su primo Salomón, que se apoderó del país, expulsó al joven Luis y se autotituló rey «por la gracia de Dios», consiguiendo la suprema independencia para los bretones. Obligados por la necesidad, los frances lo reconocieron en 863, pero murió en 874. También sus dos sucesores, que reinaron y se combatieron mutuamente, murieron al poco tiempo.²⁴

Apenas algo menos turbulento resultó el campo de batalla aquitano.

Carlos el Calvo liquida a sus sobrinos

De primeras, Carlos II no tuvo ningún éxito contra su sobrino Pipi-no II. Certo que por el reparto de Verdún el país pertenecía a Carlos; pero el país, al menos por voluntad de la mayor parte de su población.

no quería pertenecerle. Así que lo castigó «con numerosas incusiones», pero a menudo sufrió «enormes pérdidas» (*Annales Fuldenses*), como en junio de 844 en Angulema a manos de Pipino y Guillermo, el hijo apenas mayor de edad del margrave Bernardo. A su tiempo se decantaron por Carlos, entre otros, su tío y primer archicanciller Hugo, hijo (ilegítimo) de Carlos «el Grande», abad de Saint-Quentin y Saint-Ber-tin, y un nieto de san Carlos, el abad Richbodo de Saint-Riquier. Entre los prisioneros se encontraban el archicapellán de Carlos, el obispo Ebroín de Poitiers, el obispo Ragenar de Amiens, el abad Lupo de Fe-rières y numerosos condes. Carlos había perdido la soberanía sobre casi toda Aquitania.²⁵

Sólo una acción heroica alegró entonces al rey. Atrajo alevosamente a su campamento y mató de inmediato al conde Bernardo, «que era ingenuo sin que se sospechase de él maldad alguna» (*Annales Fuldenses*), aunque según otro analista había sido un «salteador público» y el amante de la mujer de Carlos.

Sólo después de un modesto éxito contra los normandos que asediaban Aquitania, la mayor parte de la nobleza, que reprochaba a Pipino una protección deficiente, se pasó a Carlos. Y así pudo éste hacerse elegir en Orleans (848) rey de Aquitania por la aristocracia eclesiástica y civil y hacerse ungir y coronar por el arzobispo Wenilo de Sens, y no por el papa. Era un concepto tradicional tomado del arzobispo Hinkmar, pues éste confirió a Carlos la autoridad sagrada y soberana e hizo de la catedral de Reims el lugar de coronación de los reyes francesos.²⁶

En colaboración con la Iglesia Carlos reforzó su autoridad mediante la idea del *rex christianus* y sobre todo mediante la constante sacralización de esa autoridad con ayuda de actos ceremoniales y religiosos como la coronación y la unción. En una breve ojeada podemos ver que así ocurrió en el nombramiento de Carlos el Niño, su hijo mayor (855), en la exaltación de su hija Judit a reina de Inglaterra con ocasión de su boda (856) y en la exaltación de su propia esposa Irmintrude (866). Personalmente, después de su coronación en Orleans como rey de Aquitania (848) y en Metz como rey de Lotaringia (869), Carlos se hizo coronar emperador en Roma (875). Y en el año 859, con ocasión de un intento de derrocamiento, demostró su dependencia del clero mediante la declaración de que nadie podía deponerlo si no era «por juicio y sentencia de los obispos» con cuya colaboración había sido consagrado rey; «porque ellos son el trono de Dios, sobre el que Él se sienta y desde el que pronuncia la sentencia. A sus reconvenciones y castigos paternos me someto en todo tiempo...». Una prueba más de la influencia siempre creciente de los sacerdotes sobre la política.

No hay duda de que también Carlos sacó provecho de todo ello. Como los demás carolingios hasta reclamó ocasionalmente la dignidad

abacial, como en el caso de Saint-Denis, no sólo protegió el «trono de Dios», sino que también cooperó estrechamente con él. Nadie más que el antiguo canciller de Pipino I, el obispo Ebroín de Poitiers, dirigió a la clerecía palatina como archicapellán de Carlos. Y a Hugo, hijo ilegítimo del mismo Carlos (y de su concubina Regina), abad de Saint-Quentin y Saint-Bertin y último canciller de Luis el Piadoso, le hizo Carlos su primer canciller antes de que el abad cayera defendiendo su causa en Angulema.

Pero por encima de todos elevó Carlos al noble Hinkmar, monje del monasterio de Saint-Denis a sucesor de Ebón de Reims (845). El arzobispo Hinkmar, sin duda el prelado franco más influyente de su tiempo (y que escribió los *Annales Bertiniani* entre los años 861-882 en un tono muy subjetivo y orientados por entero a sus objetivos episcopales; en ellos el hábil falsificador ni siquiera titubeó en falsificar el texto de su predecesor), apoyó sí la fracasada tentativa de Carlos para anexionarse el reino central; pero se opuso enérgicamente a su política imperial y a sus incursiones italianas.

Ya al año de la coronación del rey en Orleans (848) cayó en sus manos Carlos, hijo menor de Pipino. El monarca no sólo era tío suyo, era también su padrino de bautismo (*patrem ex fonte sacro*), al que el muchacho, que por entonces tenía unos doce años, estaba especialmente vinculado tanto por parentesco como por lazos eclesiásticos. Sin embargo, en la asamblea imperial de Chartres presionó al joven príncipe y eventual pretendiente para que proclamase desde el púlpito que «por amor y sin coacción alguna quería hacerse clérigo al servicio de Dios». Inmediatamente después de lo cual los prelados lo tonsuraron y lo encerraron en el monasterio de Corbie. Y cuando en el otoño de 852 el monarca tuvo en su poder al rey Pipino II, hermano de Carlos, también «con el consentimiento de los obispos y los grandes» (Regino de Prüm) hizo que le impusieran la tonsura en la misma iglesia de Soissons, en la que también se había obligado a Luis el Piadoso a llevar la cruz, encarcelándolo después en el monasterio de san Medardo.²⁷

Fracasó un primer intento de fuga de Pipino con ayuda de dos sacerdotes, monjes de la casa; y en un sínodo celebrado en Soissons (853) tuvo que formular un juramento de lealtad a Carlos, hubo de emitir un voto monástico formal, vestir de nuevo la cogulla y volver a la cárcel del monasterio. Fue el año en el que casi todos los aquitanos desertaron de Carlos y al año siguiente, atendiendo a la llamada de aquéllos, Luis el Germánico envió a su hijo Luis III el Joven, quien penetró hasta el territorio de Limoges. Carlos cayó asimismo sobre Aquitania, incluso «durante la cuarentena y la fiesta de Pascua», como censuran los *Annales Bertiniani*: «Pero su ejército no hizo más que devastar, incendiar y lle-

varse a gentes prisioneras, sin que ni las iglesias ni los altares de Dios escapasen a su codicia y maldad».

El príncipe Luis, durante un breve tiempo elevado por su padre a rey de Aquitania, tendría que haberse impuesto claramente con sus tu-ringios, alamanes y bávaros al malquisto Carlos. Pero la invasión de los frances orientales fracasó en el momento en que el ex rey Pipino, al que probablemente Carlos había dejado fugarse, apareció en escena. Y es que el pueblo, al menos en su mayoría, estaba de parte de Pipino, y de nuevo le hizo rey. Recuperó algunas comarcas de Aquitania; pero, tras la retirada de Luis, al año siguiente (855) fue de nuevo atacado por Carlos. Y a mediados del mes de octubre éste otorgó en Limoges a su hijo Carlos el Niño, menor de edad, el título de virrey de Aquitania e hizo que los obispos lo ungieran. Sin embargo, un año después los aquitanos volvieron a declararse en favor de Pipino, que ahora buscó ayuda entre bretones y normandos; pero en 864 de nuevo cayó en poder de Carlos. Éste lo condenó como «traidor a la patria y al cristianismo a prisión severísima» en el monasterio de Senlis, la prisión imperial de Occidente en la que probablemente murió poco después.²⁸

Entretanto Luis el Germánico aceptó una oferta para gobernar el reino de Carlos, que la nobleza francooccidental le había hecho en 854 y que renovó en 858-859. Y al menos la segunda vez el rey, que ya había huido a Borgoña, pudo afianzarse sin más gracias a la actitud resuelta de los obispos francooccidentales capitaneados por Hincmaro de Reims.

Luis el Germánico ataca el reino franco occidental

Desde que Aquitania les fue arrebatada a los hijos del rey y legítimos herederos, Pipino y Carlos, las cosas fueron allí mal y la corrupción llegó a todos los rincones. El país se vio sacudido por una serie de revueltas y Carlos el Calvo, en otro tiempo deseado por los aquitanos, fue perdiendo cada vez más su favor hasta ser tenido por un tirano holgazán y cruel. Cuando en 853 mandó decapitar al conde Gozberto de Maine, un hombre que hasta entonces le había sido leal, no sólo se hizo odioso a la influyente parentela de éste sino también a la nobleza, que en buena parte simpatizaba con él. Y así, según refieren los Anales del imperio franco oriental rigurosamente coetáneos, los embajadores de Aquitania acudieron «frecuentemente al rey Luis con el ruego de que asumiese personalmente la soberanía sobre ellos o enviase a su hijo para librarlos de la tiranía del rey Carlos (*a Karli regis tyrannide*) y no se vieran forzados a buscar por ejemplo entre gentes extrañas al reino y enemigas de la fe, con el peligro que ello comportaba para la cristiandad, una ayuda que no podían encontrar entre los soberanos ortodoxos y legítimos».²⁹

En febrero de 854 Carlos el Calvo estipuló con Lotario en Lüttich un pacto especial, refrendado de nuevo con un juramento solemne. El pacto iba dirigido contra Luis, cuyo hijo homónimo, Luis el Joven, había caído entretanto sobre Aquitania, pero con la aparición de Pipino hubo de abandonar el país a toda prisa. Luis el Germánico por su parte también estableció entonces un pacto especial con Lotario, quien sin embargo a instancias de Carlos también renovó el pacto especial con él. Y cuando Lotario, que en su viudedad aún había tomado dos concubinas entre las mujeres a su servicio, enfermó de muerte, los hermanos Luis y Carlos se coaligaron como buitres al acecho, seducidos por el gran botín.³⁰

Una semana antes de su muerte el emperador Lotario entró como monje en el monasterio de Prüm. Y antes de que allí el 29 de septiembre de 855 «se despojase del hombre mortal» y alcanzase «la vida eterna», repartió el reino central entre sus hijos: el mayor Luis II recibió Italia y la corona imperial; Lotario II obtuvo los territorios que después se llamaron «Lotaringia», desde el Ródano hasta las costas del mar del Norte; y el pequeño Carlos de Provenza consiguió en conjunto unas posesiones importantes, que Carlos el Calvo acabó engullendo paso a paso.³¹

Pronto estallaron las rivalidades, como era de norma tras los repartos; por algún tiempo hasta pareció que Carlos de Provenza, todavía un muchacho, fuera a recibir la tonsura clerical con la consiguiente división del país. La decidida oposición de los magnates borgoñones, que aspiraban a un país autónomo, lo impidió.

Mas pronto volvieron a crearse unas situaciones hostiles entre los hermanos mayores.

El 1 de marzo de 856 Lotario II estableció en Saint-Quentin un pacto formal con su tío Carlos el Calvo, que se veía enfrentado a dificultades crecientes: unos normandos incendiarios, unos bretones victoriosos, unos aquitanos levantiscos, con los que incluso se coaligaron sus propios grandes, y casi todos los condes del país. Por lo demás, éstos apenas devastaban y robaban menos que los salteadores normandos, que en 856-857 entre otras hazañas incendiaron por dos veces París y pasaron a sangre y fuego regiones enteras a orillas del Loira. Y tras el pacto de Carlos el Calvo con su sobrino Lotario II, también Luis el Germánico buscó y encontró un aliado en su sobrino el emperador Luis de Italia.

De ese modo los reyes carolingios volvían a estar fuertemente enfrentados entre sí. Y en el verano de 858, cuando Carlos había acabado encerrando a los normandos durante semanas en Oissel, una isla del Sena, y cuando en el este Luis el Germánico tenía listos tres ejércitos de moravos, liones abodritos y sorbios para combatir a los eslavos, justamente entonces dos grandes de la nobleza franca occidental, el conde

Otón y el abad Adalhardo de Saint-Bertin, solicitaron su intervención armada en el reino de su hermano, cuya corona le ofrecían. Reclamaban la supresión de su «tiranía», pues «con su malvado furor aniquilaba» cuanto los paganos que acometían desde fuera les habían dejado; «en todo el pueblo no había nadie que otorgara crédito a sus promesas o juramentos» (*Annales Fuldenses*).

De hecho una gran parte de la nobleza franca occidental pertenecía al partido opositor. En él figuraba también Roberto el Bravo, antepasado de los Capetos, abad laico de los monasterios de Marmoutier y de Saint Martin en Tours. En 852 Carlos le había nombrado conde de An-jou y de Turena; pero ahora se pasó al bando de Luis el Germánico. Y éste prometió «apoyado en la pureza de su conciencia (buena o mala que fuese) ayudarle con la asistencia de Dios». En el otro bando, Hink-mar de Reims advirtió al rey que con la guerra fratericia «corría a su condenación» e impidió la deserción de los obispos. Pero en el verano Luis cruzó Alsacia «para librar al pueblo» penetrando profundamente en el reino franco occidental, donde la nobleza, infiel como de costumbre, lo acogió con los brazos abiertos. En ella figuraba el arzobispo We-nilo de Sens, que tantas mercedes recibió después. ¡Apenas un decenio antes había ungido y coronado personalmente en Orleans a su soberano franco occidental después de que hubiera sido elegido rey!

Carlos rompió el cerco de los normandos y el 12 de noviembre los ejércitos de los dos hermanos se enfrentaron en Brienne del Aube. Primero quiso Carlos «mejorar con el consejo y asistencia de Luis y con la ayuda de Dios lo que hubiera de malo». Después exigió de sus obispos —igualmente en vano— la excomunión eclesiástica contra Luis. Por último abandonó secretamente con unos pocos (*cum paucis latenter*) a sus propias tropas dispuestas ya para la batalla y huyó a Borgoña, por lo que su ejército se pasó a Luis. También Lotario, rompiendo su pacto de alianza, dejó a Carlos en la estacada y se unió al vencedor sin lucha alguna.

Luis, al que tan sin esfuerzo se pasó una gran parte del reino franco occidental, repartió generosamente entre quienes le habían llamado honores y tierras, condados enteros, monasterios, bienes y alodios reales (denominación jurídica de los «bienes de plena propiedad» y libres de toda carga) y pasando por Reims se encaminó a Saint-Quentin, donde, siempre piadoso, celebró la fiesta del Nacimiento del Señor en el monasterio del santo mártir Quintín.³²

Por lo demás, el episcopado franco occidental resistió al intruso. Los prelados de las provincias eclesiásticas de Reims y Rouen —el propio responsable arzobispo Hinkmar— hablaron a la conciencia de Luis y le recriminaron haber provocado una miseria mayor que los paganos. Lamentaron la ruina derivada de la guerra de cristianos contra cristianos,

cuando el primer deber del rey habría sido ¡volver la espada contra los condenados paganos..., ¡además de proteger los derechos y privilegios eclesiásticos!

Y entonces Luis, demasiado seguro de la victoria, licenció rápidamente a su ejército, aunque había recibido el aviso de una sublevación sorbia, además de que en el oeste muy pronto fracasó la «liberación». Los hijos del conde güelfo Conrado se pasaron al bando de Carlos y le incitaron contra su hermano, ahora casi indefenso. Éste huyó precipitadamente a Worms «después de haber arruinado todo el reino y no haber mejorado ninguna cosa» (*Annales Xantenses*), mientras que la victoria de Carlos en una situación más difícil en apariencia fundamentó sorprendentemente su ascensión. Lotario cambió una vez más de campo y al poco de la huida de Luis se pasó de nuevo a Carlos, al que acababa de traicionar, reforzando con un nuevo juramento en Warq, cerca de Me-zières, la antigua alianza. Hasta que por fin en junio del 860 Luis y Carlos se garantizaron mutuamente la paz mediante un juramento solemne en la fortaleza de Coblenza, en la que también se encontraba Lotario. Como en 842, el juramento lo formularon en dos lenguas, «de conformidad con la voluntad de Dios y para la estabilidad, honra y defensa de la santa Iglesia...» y también, evidentemente, «para el bien y la paz del pueblo cristiano que nos ha sido confiado», a la vez que «para el mantenimiento de la ley, la justicia y el orden...».³³

Se vivía justo en unos tiempos de fe profundamente cristiana, cuando poco antes «en muchísimos lugares había caído nieve tinta en sangre», cuando justamente Liutberto de Münster, «el bienaventurado obispo», llenó el monasterio de Freckenhorst con «muchas reliquias» de santos mártires y confesores y hasta con «una parte del pesebre del Señor y de su sepulcro...». No quedaba ahí lo milagroso: se tenía «asimismo polvo de sus pies cuando subió al cielo...». Inmediatamente después leemos que los reyes (cristianos) «devastaron todos los alrededores» de Coblenza. Y al poco tiempo el rey Lotario II habría abandonado «a su legítima esposa» para vivir «públicamente con la concubina». Y el rey Luis habría nombrado conde «al impío Hughardo». Sin duda eran tiempos de profunda fe cristiana. El cronista cierra su informe anual: «Sería harto laborioso relatar la discordia de nuestros reyes y la desgracia que los paganos trajeron a nuestros reinos».³⁴

Algo de todo ello contaremos ahora.

Los eslavos se infiltran...

Los eslavos, a los que algunos eruditos romanos del primer imperio (Plinio el Viejo, Tácito, Tolomeo) llamaron *venedi* y más tarde los ger-

manos conocieron como *wendos*, jamás se autodesignaron así, sino como eslovenos (*slove nin*, mz. *slovene*), según consta desde el siglo X. El nombre eslavo de *sklabenoi*, atestiguado desde comienzos del siglo VI, se resiste a una explicación etimológica pese a los esfuerzos realizados. Por el contrario, la equiparación de *sclavini*, *sclavi* (árabe *saqaliba* derivada de dicho nombre y varios siglos más joven, con prisioneros de guerra eslavos, con esclavos, está en relación con el mercado esclavista que prevaleció en los países mediterráneos (católicos e islámicos) y especialmente en España. Y aquí (a diferencia, como se cree, de la «Alta Edad Media intraeuropea») se da una continuidad de la vieja esclavitud que se extiende desde la antigüedad hasta la esclavitud colonialista de la Edad moderna. Y quizá se dé esa continuidad hasta más allá del límite indicado.

Si hasta el presenta la etnogénesis eslava sólo se ha aclarado en sus rasgos generales, la investigación más reciente y en cierta medida unánime afirma que la patria original de los eslavos se encontraba «en algún punto al norte de los Cárpatos» (Vána): en la región del Dniéper medio, en el territorio del Oder-Weichsel, entre el Oder, el Weichsel y el Dniéper medio, tal vez en Ucrania occidental, en las proximidades de los grandes pantanos de Pripjet. Más tarde los eslavos se dividieron en tres grandes ramas. Los eslavos orientales (rusos, ucranianos, rutenos blancos) se establecieron a orillas del Dniéper; los eslavos occidentales (checos, eslovacos, polacos, eslavos del Elba y del mar Báltico), en las proximidades del Weichsel y del Oder; los eslavos meridionales (serbios, croatas, eslovenos, búlgaros) se asentaron en los Balcanes. Un espacio gigantesco, que se extiende entre el mar Negro, el Báltico, el Adriático y el Egeo.³⁵

En los siglos V-VI los eslavos fueron dominados primero por los kuttigures y después por los avaros. Éstos habían conquistado la llanura occidental siberiana de Irtysch; pero en el 557 alcanzaron las fronteras orientales romanas y en el 561 también el Elba. Tras la emigración de los longobardos, que abandonaron Panonia a las órdenes del rey Alboín y cayeron sobre Italia en 568, los avaros ocuparon el curso medio del Danubio, que ahora pasó a ser el centro de su reino, al que servían como pueblos auxiliares los búlgaros y numerosas tribus eslavas.

Desde mediados del siglo VI los eslavos occidentales cruzaron el Weichsel y lentamente fueron infiltrándose en los territorios germánicos del noreste y del centro —que al tiempo de la invasión de los bárbaros habían quedado vacíos en buena medida—; finalizando ya el siglo VI avanzaron hasta las cuencas de los ríos Elba, Saale, Naab y alto Main. Y acabaron por asentarse en el Holstein oriental, el «Wendland» de Hannover y en Turingia, así como en la caldera bohemia, Carintia, Tirol oriental, Estiria y Carniola; regiones en las que poco a

poco fueron surgiendo los pueblos polaco, wendo, checo, eslovaco y moravo.³⁶

Como demuestran las nuevas excavaciones sepulcrales, la penetración de los eslavos desde el sur de Polonia, a través de Bohemia y Moravia, hasta los Balcanes se realizó de forma pacífica. En parte del territorio habitaban todavía campesinos germánicos y en parte eran tierras despobladas, como ocurría entre los cursos medios del Elba y del Oder a mediados del siglo VI. Hacia el año 600 informa una fuente bizantina que los eslavos dejaban habitualmente a sus prisioneros que comprasen su rescate o que continuasen entre ellos «libres y como amigos». Los eslavos no eran antibelicistas, como a veces se supone. Más bien mejoraron poco a poco su armamento, su arte de guerrear y sus fortificaciones; especialmente los eslavos fronterizos no iban en ello a la zaga de los pueblos europeos occidentales.

En los siglos VIII y IX todo el territorio al este del Elba estaba habitado por eslavos. Pero se encuentran también en muchas regiones densamente pobladas desde el Holstein oriental y Hamburgo hasta el noreste de Baviera. Allí florecieron la agricultura, la ganadería, la apicultura, la artesanía y el comercio, de modo que a ellos «les corresponde una parte inmensa en la formación de la civilización europea» (Fried). Incluso el proceso de «la formación de la conciencia nacional» empieza entre ellos, como entre los germanos, antes que entre los pueblos románicos, los italianos y los franceses.

En el norte se asentaron las tribus eslavas del Elba, desde el Báltico hasta el curso inferior del mismo río los obodritos, más al este los liutí-zos (wilzos) y, entre el Elba y el Saale, los sorbios y los daleminzios. Los checos, así llamados sólo en siglos posteriores, habitaban en las montañas bohemias, parte de los moravos en el valle del Morava, los eslovenos (carantanos) y eslavos meridionales en el Danubio y sus afluentes.

En el territorio de los Alpes orientales la zona de asentamiento de los eslavos alpinos en el siglo VIII comprendía aproximadamente la actual Carintia, Carniola, Estiria y la baja Austria con el Danubio como frontera septentrional; su asentamiento occidental lo constituía el Tirol oriental de hoy, donde llegaron hasta el valle de Puster y casi hasta las fuentes del Drave. Naturalmente aquí y allá había también campesinos bávaros, con lo que hubo zonas de población mestiza y, tras las luchas de finales del siglo VI, una coexistencia pacífica.

En general los eslavos habían avanzado en el siglo VII hacia el oeste, alcanzando aproximadamente la línea Elba-Saale—región boscosa de Bohemia. Y hasta el siglo VIII se dieron unas relaciones relativamente pacíficas entre eslavos del Elba y frances. Al menos los eslavos del Elba —sorbios, liutí-zos (o wilzos, *weletabi* en eslavo) y obodritos—, que habitaban entre Elba/Saale y Oder, es decir, en lo que luego sería territorio

alemán (recientemente también designado como «Germania Slavica»), fueron durante siglos independientes en su política y en su economía.³⁷

... y del «derecho de los pueblos civilizados contra la barbarie»

Empieza así ya en el siglo VIII lo que más de un milenio después Droysen llamó la lucha con aquella «furia y残酷», con aquel «odio contra los alemanes, como es el eslavo hasta el día de hoy»; empieza lo que para el sajón Treitschke, hijo de un general, y lo que para el punto de vista de los dominadores alemanes significa el «derecho de los pueblos civilizados contra la barbarie»; y para Franz Lüdke (1936) «la poderosa prestación de nuestro pueblo en el pasado». En una palabra, empieza la «Ostkolonisation» alemana, que perdura hasta el siglo XIX.

Se trata de una constante adquisición de terreno, que se opera sobre todo con tres avances poderosos: en el período carolingio, cuando los eslavos intentan protegerse mediante numerosas fortalezas al otro lado de la frontera franca, especialmente en tiempos de Carlomagno, quien en 789 emprendió la primera campaña militar contra los wilzos y las tribus de Havel-Spree a la vez que sometía a sajones y turingios asentados al oeste del Elba. Pero también en el siglo siguiente, y muy en especial durante el reinado de Luis el Germánico, hubo asimismo guerras mayores en la línea Elba-Saale con abodritos, wendos y sorbios los años 844, 846, 858, 862 y 874.

En la parte central de la frontera eslava también avanzaron los ejércitos frances en 805-806, asimismo con Carlos I, sobre Bohemia, región que ya en su tiempo pagó tributo al imperio franco formando parte de los «Estados tributarios adelantados». Y también aquí intervino de nuevo Luis el Germánico, que sobre todo en el territorio fronterizo suro-oriental de Baviera impulsó una expansión militar y eclesiástica, con la cual consiguió que el 13 de enero del 845 se bautizasen en Ratisbona 14 caudillos (*duces*) bohemios con sus adeptos (*cum hominibus suis*), porque «deseaban abrazar la religión cristiana», pero difícilmente aceptar la soberanía francesa. Bohemia, anexionada desde entonces al obispado de Ratisbona, se había adherido por algún tiempo a la Gran Moravia, pero de nuevo fue sometida al «imperio alemán».³⁸

En aquel mundo cristiano apenas ocurre que no se combata en algún lugar o en algún tiempo, por ello llama la atención lo que anotan los *Annales Fuldenses* para el 847: «Aquel año no hubo guerras». Se pasman los cronistas de que los cristianos dejen de matarse. Así, en los Anales Xantenos del 850 se dice: «Ese año reinó entre los dos hermanos, el emperador Lotario y el rey Luis, una tal paz, que se reunieron en

Eisling —una zona de la región de las Ardenas— durante muchísimos días con una pequeña comitiva dedicándose a la caza, hasta el punto de que muchos se maravillaban del hecho (*ut multi hoc jacto mirarentur*), y en paz se separaron».³⁹

Efectivamente, la paz es algo que sorprende, algo raro e infrecuente en grado sumo; y no sólo entre cristianos y paganos, sino precisamente entre cristianos. ¿Y hoy? A lo largo de dos mil años reina la guerra entre cristianos. ¡Nunca hubo más guerras en el mundo! ¡Y nunca mayores!

En los últimos cuarenta años del siglo IX se repitieron las revueltas de los bohemios, que «a la manera habitual» quebrantaron la lealtad. En los años 848 y 849 Luis el Germánico envió ejércitos contra los checos; en la incursión del 849 intervinieron también muchos abades y se combatió con fiereza. Los franceses hubieron de entregar rehenes para poder regresar sanos y salvos a casa.

Los historiadores mencionan con particular simpatía las guerras de Luis en el este y en el norte, las tentativas de pacificación, la protección de las fronteras, los afianzamientos conseguidos, las consolidaciones, estabilizaciones e integraciones logradas así como las cristianizaciones llevadas a cabo. Hablan de un cinturón de marcas fronterizas, de un sistema de protección extraordinariamente flexible, de una frontera exterior muy móvil del mundo cristiano desde el mar Báltico hasta el Adriático, del asentamiento, organización, etcétera, de lo conseguido gracias a la amplia visión estratégica de Carlos I.

Mas, por hermoso que todo esto pueda sonar, no fue así. Las continuadas incursiones militares más allá de las fronteras hablan un lenguaje tan claro como no pocos castillos fronterizos franceses, que siempre fueron también puertas de salida, especialmente los situados en puntos estratégicos clave. Por ejemplo, en el norte contra los daneses la fortaleza de Esesfeld en Itzehoe; en el este, a orillas del Elba, el castillo de Höhbeck, en la ribera alta frente a Lenzen o en Magdeburgo y también en Halle del Saale.⁴⁰

El gusano eslavo y el pueblo franco de Dios

Los eslavos eran paganos y aun en países cristianos como Turingia, Hessen y los cantones francoorientales continuaron siendo «infieles» por más tiempo que el resto de la población. Consta que su cultura era más alta de lo que a veces se supone. Hemos de tener en cuenta —y no sólo en este punto— que durante mucho tiempo, desde el siglo VII hasta el XI, los relatos francoalemanes sobre los eslavos proceden casi sin excepción de sacerdotes cristianos, que además con frecuencia no fueron testigos presenciales sino que manejaban noticias de segunda o tercera

mano. Y, como casi siempre, los cristianos se encontraban en guerra con los eslavos y se mofaban de ellos. Mas cuando se les tenía por aliados, de repente resultaban bienquistas y en ocasiones hasta se resalta que eran «maravillosamente dignos» de cualquier simpatía.

También difieren en su enjuiciamiento las historiografías carolingia y otoniana, aunque desde largo tiempo atrás prevalece un cierto odio popular, cuando no una hostilidad hereditaria, debida en buena parte a motivos religiosos, a la oposición de paganos y cristianos. Y esto ya desde la época merovingia. Más tarde gustosamente se condena a los eslavos de una manera global. Cuanto más cristiano se hace el mundo tanto peores se hacen los demás. De hecho todos son «malos», es decir, son gentes separadas de Dios; todos son «infieles», que en la visión medieval derivada de Agustín equivale a «secuaces del diablo, a los que hay que aniquilar con todos los medios, si no se convierten a la causa de Dios» (Lubenow).

A los ojos de los cristianos, los eslavos no eran útiles más que como «esclavos» —palabra que deriva directamente de «*slavus*»— o como puros objetivos de muerte; gentes que eran escarnecidas como «gusanos» y «segadas como la hierba del prado» por los católicos piadosos, para quienes eran justamente eso, seres infrahumanos, animales. «¿Qué queréis con esos sapos? —hace fanfarronear el monje Notker de Saint-Gallen a un gigantón cristiano—. Siete, ocho y hasta nueve de ellos solía yo ensartar en mi lanza y los zarandeaba murmurando algo para mis adentros.» Los eslavos eran también radicalmente falsos y alevosos. «Los wendos faltaron a su palabra en su habitual deslealtad a Luis», comentan no sólo los Anales de Saint-Bertin.⁴¹

Por el contrario, los francos —que como cristianos deberían haber sido «humildes de corazón», como se ordena en Mt 11,29 y con palabras similares en incontables pasajes bíblicos—, en tanto que «pueblo superior», se sentían como algo muy especial. Ya el prólogo de la «*Lex sálica*», que se remonta a Clodoveo I (el código germano occidental más antiguo) lo señala de forma lapidaria: «La famosa tribu de los francos, que fue creada por Dios mismo valerosa en la guerra y constante en la paz. [...] de noble figura, resplandor sin mancha y belleza extraordinaria, audaz, rápida y arrojada, se convierte a la fe católica y está inmune contra cualquier herejía [...]. Viva Cristo, que ama a los francos».

Y según Otfrido de Weissenburg (nacido después del 870), el primer poeta conocido en lengua alemana, *puer oblatus* y teólogo y que probablemente trabajó por algún tiempo en la capilla palatina de Luis el Germánico, los francos son un pueblo temeroso de Dios y Dios está siempre con ellos; todo cuanto piensan y hacen lo piensan y hacen con Dios, nada emprenden sin su consejo, y no sólo quieren aprender y cantar su palabra sino también cumplirla. Pero el objetivo de Otfrido era, como él

mismo confiesa a un metropolitano de Maguncia, reprimir la poesía oral pagana de su tiempo.⁴²

Según la concepción eclesiástica cada príncipe cristiano tenía que combatir a los paganos dentro del país y en las fronteras. En efecto, según la doctrina agustiniana dominante relativa a la expansión del reino de Dios sobre la tierra había que conquistar el este eslavo para «convertirlo». No es casual que la lectura preferida de Carlomagno fuera el *magnum opus* de Agustín, *La Ciudad de Dios*. Y el propio Carlos, los carolingios, la aristocracia franca a una con la restante clase de los terratenientes, todos sin excepción estuvieron por lo mismo tanto más interesados en el «expolio», el robo y los tributos del este, cuando en el interior del propio país la productividad agrícola era escasa e insignificantes las perspectivas de incrementar los bienes raíces y las fincas. También los territorios de los eslavos fueron siempre un vivero de tropas auxiliares y esclavos.

Cierto que la nobleza cristiana no siempre veía la misión eslava con alegría sin reservas; y naturalmente por un motivo muy egoísta. Con la aceptación del cristianismo por parte de los paganos, al menos por lo que se refería a la clase noble sajona que limitaba directamente con los territorios cristianos, desaparecía un pretexto para atacar, someter y despojar. «Aunque la cristianización de los eslavos no comportaba el agotamiento completo de una importante fuente de ingresos..., ciertamente que al menos dificultaba a los sajones el saqueo de sus vecinos» (Donnert). Y por supuesto que para los cristianos su sangría siempre era más importante que el evangelio; a los príncipes católicos les importaba ante todo el poder, la codicia, el incremento de sus posesiones agrarias y de sus rentas feudales, pues como decía el abad Regino «los corazones de los reyes son codiciosos y siempre insaciables». El arzobispo Guillermo de Maguncia dijo que la afirmación de su padre Otón «el Grande», que se trataba de la difusión del cristianismo, era una excusa. Y sin rodeos de ningún género se dice después en la crónica eslava de Helmhold refiriéndose a Enrique el León: «Nunca se habló de cristianismo, sino únicamente de dinero...».

Mas no se trata simplemente «de que el cristianismo hiciera pie por primera vez más allá del Elba y del Saale asociado a los enfrentamientos bélicos» (Fleckenstein). No, la Iglesia cristiana, y naturalmente la Iglesia alemana, fue también una «fuerza impulsora» de toda aquella expansión hacia el este altamente agresiva; una fuerza, para la cual la fe era asimismo un medio al servicio de un fin; una fuerza, escribe Kosminski, que «iba a la caza de diezmos, bienes y prestación personal y que en la "conversión de los paganos" veía un negocio sumamente rentable. En ello la ayudó de la manera más energética el papado, que fue uno de los principales organizadores de las campañas militares contra el este de

Europa, pues esperaba poder extender su esfera de influencia y aumentar sus ingresos».

Pero eso se podía enmascarar justamente de forma magnífica con ayuda de la propaganda misionera cristiana, con el permanente parloteo sobre «lo superior», sobre el «Señor»... Especialmente cuando los señores, los obispos y los abades, habían ya participado en aquellas acciones de rapiña y conquista, que se presentaban como cruzadas, al menos desde los carolingios si es que no ya desde los merovingios, en aquellas incursiones militares de los emperadores sajones y sálicos hasta la época de las cruzadas propiamente dichas.⁴³

Había dos formas de ganarse a los eslavos.

Una, la misión eclesiástica independiente, como la del obispo Ansgar, que compró muchachos en Dinamarca y Suecia para hacer de ellos clérigos; la misión del obispo Adalberto de Praga a finales del siglo x o la de Günther de Magdeburgo entre los liutizos en los comienzos del siglo XI.

Como esos intentos de conversión tuvieron escaso éxito, la Iglesia optó por la segunda forma: difundir la Buena Nueva a través de los ejércitos estatales, a sangre y fuego o mediante soborno. De todos modos la aceptación del cristianismo era para los eslavos «equivalente a esclavitud» (Herrmann), y tanto más fácil resultaría su aceptación cuanto más eficazmente pudieran demostrar las armas el poder del Dios de los cristianos y la impotencia de los viejos dioses.⁴⁴

En 400 años, 170 guerras contra los eslavos

Pipino II (fallecido en 714) ya había emprendido sus conquistas de Frisia occidental y de Turingia en estrecha asociación con la Iglesia romana y católica, había incorporado su tierra a los territorios anexionados y así había hecho posible la «evangelización», como diría hoy el papa Wojtyla.

Las cosas no discurrieron de forma diferente en las espantosas guerras sajonas de Carlos. Robar y cristianizar eran cosas que pertenecían sin más a su política. Siempre se marchaba con banderas cristianas sobre los sajones, el clérigo y su «bendición» seguían siempre al militar y sus líneas de empuje, del baño de sangre salía siempre el baño del bautismo, y del asesinato masivo la misión. La extinción del reino ávaro en el flanco oriental del Imperium franco, el gran crimen puramente anexionista de Carlos, se llevó a cabo asimismo como una guerra santa y con ayuda de obispos castrenses. Por doquier colaboraron también aquí guerreros y clérigos, y los extensos territorios del sureste conquistados por la espada se «convirtieron» después principalmente por la acción del patriarcado de Aquileya y del arzobispado de Salzburgo.

Tras la destrucción del gran reino ávaro siguieron incontables expediciones contra los pueblos eslavos que habitaban allí, algunas ya en la primera mitad del siglo IX pero sobre todo en la segunda. Los campos fueron devastados, los rebaños aniquilados y muchas personas asesinadas. Casi toda la vida de Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico y fallecido en 880, señor de bávaros, carintios, panonios, bohemios y mo-ravos, estuvo llena de guerras. Y todas estuvieron asociadas a la misión. La cruz llegaba siempre con la espada. Mientras que Baviera, preferentemente desde Ratisbona, Palatinado central, se iba anexionando el sureste pieza a pieza, los prelados bávaros impulsaban la cristianización entre los eslavos sometidos. Pero el alto clero acompañaba también a las tropas y en ocasiones hasta las dirigía. Tal sucedió con el obispo Otgar de Eichstätt, quien en 857 al frente de un reclutamiento hizo algunas conquistas en Bohemia; con el obispo Arn de Würzburg en 871-872, que repitió incursión en 892, siendo derrotado con la mayor parte de su mesnada; y en 872 con el obispo Liutberto de Maguncia y el abad Si-gehardo de Fulda.⁴⁵

A comienzos del año 874 los sorbios y suslerios de la frontera turin-gia se negaron a pagar los impuestos habituales. En respuesta el arzobispo Liutberto de Maguncia y Ratolfo, margrave de la Marca sorbia, cruzaron en el mes de enero el Saale y aplastaron con incendios y destrucciones la rebelión de los pequeños pueblos fronterizos. Fue la última incursión eslava durante el reinado de Luis el Germánico. Pero ya en 877, bajo su hijo homónimo, se repetía un ataque muy similar contra los suslerios y sus vecinos; el rey se hizo «entregar algunos rehenes con no pocos obsequios y los redujo a la antigua servidumbre».⁴⁶

La Iglesia apoyó naturalmente de forma continuada a todos los hijos de Luis el Germánico, como había hecho con éste. A la masa maltratada y exprimida como mera fuerza laboral esclavista se la alimentaba con reproches por sus pecados, con groseros engaños de reliquias, con las llamadas procesiones impetratorias; y tanto más frecuentes cuanto peor iban las cosas; precisamente en los años 873 y 874 hubo calamidades especialmente grandes, como ocurría a menudo: deshielos, inundaciones violentas, hambrunas, epidemias, plagas de langosta de modo que «apenas se podía ver el cielo como por un cedazo», y en muchísimos lugares «los pastores de la Iglesia y toda la clerecía les hicieron frente con los relicarios y cruces, invocando la misericordia de Dios». En efecto, «con diversas plagas golpeó el Señor constantemente a su pueblo y lo castigó con la vara de las injusticias cometidas y con los golpes de sus crímenes» (*Annales Xantenses*).

¡El Señor golpeaba sobre las nubes, no el señor sobre el caballo! El Padre amoroso del cielo golpeaba de continuo. Y hacía blanco de continuo. También los Anales de Fulda veían «al pueblo germánico no

poco tocado a causa de sus pecados». Aquí los «pecados» y los «crímenes» son siempre los culpables, no la economía natural de la nobleza, su permanente explotación de ventosa. Parecía algo fatídico como las fuerzas de la naturaleza, que una y otra vez golpeaban sobre todo a las personas, de las que escribe el etnólogo Jeggle: «El propio cuerpo no conocía placer alguno, sólo trabajo, también la mujer y los niños eran simples herramientas. La socialización no era otra cosa que el aclimatarse a ese proceso laboral... El trabajo definía el curso del día, las fases del año, los períodos de vida... Trabajo y vida se identificaban». Sucumbió casi un tercio de la población del imperio franco oriental y occidental. Todavía en el verano siguiente sólo en Eschborn (al oeste de Frankfurt) una riada mató a 88 personas. Incluso «la iglesia local fue arrasada con su altar, de modo que no dejó rastro alguno de su estructura ni aun para quienes acababan de verla», y todo ello naturalmente «como consecuencia de nuestros pecados» (*Annales Fuldenses*).⁴⁷

Como en tiempo de los carolingios. Estado e Iglesia colaboraron en los ataques de los Otones, de los salios contra los eslavos del Elba, de los duques polacos contra los pomeranios y en las empresas misioneras del arzobispado de Bremen-Hamburgo. Aquí lo «ideal y religioso... está muy estrechamente vinculado... con motivos profanos» (Bünding-Nau-joks). La extensión del imperio cristiano más allá de las fronteras alemanas del este y del norte fue «siempre una obra común de la Iglesia y del Estado, de la predicación y de la coacción; el trabajo del sacerdote que enseña y bautiza seguía a la conquista bélica o se daba de acuerdo con la aprobación obtenida» (Bauer).

Se ha calculado que los frances y sajones católicos en un período de tiempo que no llega a los 400 años, a saber, desde la incursión de Carlomagno contra los liutizos en 789 hasta la acometida de Federico Barba-roja y Enrique el León contra Polonia en 1157, ¡llevaron a cabo 170 guerras contra los eslavos! De ellas 20 acabaron en un fracaso para las tropas imperiales, y en apenas un tercio de las mismas tuvieron éxito.

En los primeros siglos de la Alta Edad Media los eslavos apenas tuvieron una conciencia común eslava, que aunase a las numerosas tribus, clanes y «civitates». Pero su estructura social y política cambió notablemente, creció el poder de los príncipes y de la aristocracia tribales y poco a poco se llegó a la consolidación de unos Estados tribales.⁴⁸

También en los siglos VII y VIII hubo ya principados eslavos. Una de tales federaciones la presidió por ejemplo el «duque» (*dux*) Dervano el Sorbio, que después del 632 se unió al comerciante franco Samo, fundador del primer reino eslavo (620-658) después de que éste en la batalla de Wogastisburg (a orillas del Eger), que se prolongó tres días, infligiese una derrota total al rey merovingio Dagoberto I. Y hacia 740 se formó en los Alpes orientales, entre los eslavos carintios, un ducado cuyo dux

Boruth, amigo de los cristianos, pidió ayuda contra los ávaros al duque Odilo de Baviera, poco antes de que éste fuera derrotado por Pipino III, su cuñado, que en un alevoso ataque nocturno cayó sobre el ejército bávaro mientras dormía.

Pero en el siglo IX se formó en la parte eslava el gran reino de Moravia y en el X se desarrollaron otros dos grandes Estados eslavos: primero Bohemia, bajo la casa principesca checa de los Premislidas, y después Polonia, bajo los Piastos.

La Gran Moravia

Especial importancia tuvieron para los franceses del este los «mora-vos». Surgidos a comienzos del siglo IX de varias tribus pequeñas, una fuente franca los menciona por vez primera en 822. El analista imperial anota entonces que en la dieta de Frankfurt el emperador había recibido de todos los eslavos orientales —y en la lista figuran abodritos, sor-bios, wilzos, bohemios, ávaros, predenecenteros (grupo oriental abodri-to del cantón de Branitschewo) y también moravos (*marvanorum*)— «embajadas con presentes (*cum muneribus*)». Y naturalmente tales «presentes» no eran ofrendas espontáneas sino gravámenes impuestos a todas las poblaciones y sentidos por éstas como opresivos y deshonrosos.⁴⁹

A su tiempo, de algunas pequeñas tribus eslavas se habían formado dos principados rivales: uno en el valle del Morava, capitaneado por Mojmir I (830-846), y el otro en Nitra, la Eslovaquia suroccidental, con el príncipe Pribina a su cabeza. Éste, aunque todavía pagano, en 827-828 hizo que el arzobispo de Salzburgo Adalram consagrara la primera iglesia en su territorio de Neutra; pero en 833 fue expulsado por Mojmir, el primer soberano del reino de la Gran Moravia que las fuentes mencionan. El antepasado de la dinastía de los mojmíridas se anexionó el territorio de Pribina y, todavía sin enfrentamientos abiertos con los franceses orientales, continuó gobernando sobre los dos principados, mientras que Pribina huía en 834 al territorio bávaro oriental, donde por orden de Luis el Germánico se hizo cristiano. Más tarde actuó como vasallo franco en Panonia inferior, en el territorio en torno al lago Balatón, donde con ayuda de Salzburgo pronto surgieron numerosas iglesias, se hicieron presentes misioneros salzburgheses y los campesinos bávaros, y muy especialmente las fundaciones y monasterios bávaros adquirieron posesiones territoriales: Altaich, St. Emmeram, Freising... Es decir, que la misión salzburghesa tuvo «un éxito especial» (Prinz) en el principado de Pribina; por cierto que hacia el 860 Pribina fue derrotado por los moravos.

El nombre de «Moravia» (*Mähren*) deriva de Morava (*March*), un afluente de la ribera izquierda del Danubio mencionado ya por Tácito como «*Marus*» (*mar, mor*, «pantano»). La expresión Gran Moravia se debe a Constantino Porfirogénito en su obra *De administrando imperio* y se ha generalizado entre los investigadores modernos, aunque algunos prefieren la designación de «Moravia antigua» (*Altmähren*). Como quiera que sea, dicho Estado, que constituye el núcleo del reino de Samos, mantuvo también contactos con los ávaros, un gran reino que surgió entre el Bosque bohemio y el río Gran, siendo el Estado tribal más antiguo de los eslavos occidentales y por entonces uno de los Estados de Europa más grandes y más poderosos, al tiempo que un emporio del comercio centroeuropeo. Abarcaba Bohemia, Moravia, Lusacia y los territorios de los obodritos.⁵⁰

La estirpe de Luis: un suave trabajo al amparo de la cruz y «la creación sangrienta de la espada»

Sólo con una lejana dependencia del imperio franco, en los comienzos la Gran Moravia no fue ni favorable a los francos ni cristiana, aunque una y otra vez estuvo expuesta a la intervención militar del imperio franco oriental y a la acción misionera de la Iglesia franca oriental (de Passau sobre Moravia, de Ratisbona sobre Bohemia). Pero en ocasiones se expandió también a costa de sus enemigos, con lo que a los sangrientos conflictos bélicos se sumó la oposición político-eclesiástica entre el obispo de Roma y el patriarca de Constantinopla, y a corto plazo incluso entre el papa y el episcopado franco oriental.⁵¹

El cristianismo había penetrado en Moravia ya en los albores del siglo IX; algunas décadas después ya había allí iglesias de piedra. Las excavaciones en Mikulcice, metrópoli del gran reino moravo, han descubierto no menos de cinco templos en el interior de unas instalaciones fortificadas de 6 hectáreas, que se remontan a ese período. Y en la región que rodea la fortaleza, con una extensión aproximada de 100 hectáreas, se alzan al menos otras cinco iglesias dentro de los distritos fortificados de los palacios nobiliarios.

Evidentemente los eslavos se defendieron con la fuerza frente a la amenaza de la religión y de la opresión feudal de los franceses orientales; y a medida que su resistencia crecía, los guerreros fueron haciéndose cada vez más duros y crueles. El verdadero objeto era la expansión del poder y la explotación, era «el trabajo de colonización». Se pretendía someter a los eslavos e imponerles tributos. La «cristianización» sirvió más o menos como pretexto y excusa. «El suave trabajo al amparo del estandarte de la cruz tenía que ennoblecer la creación sangrienta de la

espada. La Iglesia bávara estaba especialmente capacitada para ese noble objetivo...» (Aufhauser).

La decisiva escalada eclesial partió de Ratisbona, de su palacio real y de su sede episcopal (donde se retenía a príncipes y señores bohemios como rehenes) y del cabildo catedralicio ratisbonense.

Ya antes del 833 operaba el comandante de fronteras (prefecto) Radbod hasta el lago Balatón. En 852 el sínodo de Maguncia da fe de «un cristianismo grosero en el pueblo moravo»... Pero, ya desde Constantino «el Grande», ¿dónde no fue grosero el cristianismo, desde un punto de vista político? En la segunda mitad del siglo IX la nueva religión se convierte ya en una «piedra angular ideológica» (Novy) del gran Estado moravo. Lo que un hagiógrafo anónimo describe honradamente así: «También el reino moravo empezó a ensanchar cada vez más sus territorios y a vencer a sus enemigos...». A comienzos del siglo X Bohemia entera pertenece ya a la diócesis de Ratisbona; en 973 Praga se convierte en sede episcopal y queda sujeta al arzobispado de Maguncia. Pero hasta la Baja Edad Media muchos eslavos no quieren saber nada de sacerdotes cristianos. Y todavía en el siglo XIV los sínodos de Praga arremeten contra los más dispares usos paganos.

Bajo Mojmir el gran reino moravo comprendía Moravia y Eslovaquia; pero según parece había reconocido la supremacía del poderoso vecino, aunque en los años cuarenta del siglo IX el partido pagano levantó cabeza una y otra vez contra el cristianismo y especialmente contra la estrecha anexión a Baviera, a lo que en ocasiones se forzó a Moravia. Luis se mostró cada vez más activo en el este desde el 843, desde el tratado de Verdún, que reforzó su dominio.

A la muerte de Mojmir se rebelaron los moravos, a los que Luis combatió una y otra vez; ya en 844-846 había atacado a los wendos, sometiendo «a todos los reyes de aquellos territorios por la fuerza o por la bondad» (*Annales Bertiniani*), y había matado a un príncipe. Pero cabría atribuirle el hecho de que por entonces aparecieran en Ratisbona catorce caudillos, procedentes de Bohemia que estaba amenazada por Moravia, y se hicieran bautizar. Como quiera que fuese, en agosto del 846 rompió las hostilidades, depuso a Mojmir y, para afianzar su propia soberanía, confirió el gobierno de Moravia a Rastislav (846-870), sobrino de Mojmir. Éste, que probablemente se hizo cristiano, parece que acogió a misioneros alemanes e italianos.

Luis creó así un «orden», según comentan los *Annales Fuldenses*, y «reguló la situación como le plugo... Desde allí regresó a casa a través de Bohemia con gran dificultad y con importantes pérdidas en su ejército». Esto lo leemos sin más de un modo estereotipado y casi formal; pero ¿caemos en la cuenta de lo que supone ese miserable reventar en el camino...?

Se sucedieron otras incursiones de Luis contra Bohemia, donde aparece por vez primera su segundo hijo, Luis el Joven. *Ab bove majori discit...* Y hasta el 850 continúan los ataques: por ejemplo, en 848, cuando estando enfermo el rey, envió a «no pocos condes y abades» con sus «numerosas» tropas y «abrió las hostilidades contra los enemigos que solicitaban la paz»; sin embargo, fue «vergonzosamente derrotado», como refieren sus propios cronistas, siendo muchos los franceses que cayeron; los Anales de Fulda hablan de un «gran baño de sangre». Y los supervivientes «regresaron a su patria muy humillados; la gentilidad dañó desde el norte a la cristiandad como de costumbre, fortaleciéndose más y más. Pero referirlo más extensamente causaría fastidio» (*Annales Xantenses*).⁵²

Como tantas otras veces la cristiandad sufría precisamente una hambruna terrible. El antiguo abad de Fulda y más tarde metropolitano de Maguncia, Rabano Mauro, parece que alimentó a más de 300 pobres. Al menos así lo cuentan los Anales de Fulda, que refieren entre otras cosas: «Llegó también hasta él una mujer casi desfallecida solicitando que la reconfortase; pero antes de cruzar el umbral la mujer se derrumbó por la extrema debilidad y expiró. Y como el niño sacase del vestido el pecho de la madre muerta, cual si todavía viviera, e intentase mamar, hizo que muchos al verlo rompiesen en sollozos y en llanto».

El analista sitúa este hecho en el año del Señor de 850. Y al siguiente escribe que el rey Luis atacó de nuevo a los sorbios, los «oprimió pesadamente y, tras la destrucción de los frutos del campo y la supresión de cualquier esperanza en la cosecha, los domó más por el hambre que por la espada».⁵³

El año 852, habiendo estallado una nueva epidemia de hambre, un gran sínodo, convocado en Maguncia por el rey y presidido por Rabano Mauro, insiste naturalmente entre otras cosas en los bienes eclesiásticos y en los diezmos (¡y también permite el concubinato de los solteros, ya que no iba contra el precepto de la monogamia!). Pero según el concilio los moravos todavía no se han convertido al cristianismo sino de forma insatisfactoria: *in rudem adhuc christianitatem gentes Maravonisium*.

En todo caso el príncipe Rastislav no quería continuar siendo indefinidamente un vasallo sometido, no quería ser un permanente receptor de las órdenes del rey franco. Lo que pretendía más bien era volver a sacudirse su soberanía. Y, en efecto, él a quien Luis el Germánico había nombrado duque, se destapó como el principal enemigo del reino bávaro. Así se expresan con cierto laconismo los *Annales Bertiniani* al terminar el relato del año 855: «Luis, el rey de los germanos, se vio atormentado por la frecuente defección de los eslavos».⁵⁴

¿Y la otra parte?

Ya en la primavera de aquel mismo año se reanudaron las incursio-

nes hostiles. Al tiempo en que veinte terremotos sacudían Maguncia y ardían muchas casas, no librándose de las llamas ni la iglesia del santo mártir Kilian a causa de un rayo o «por el fuego del cielo», como dicen los Anales de Fulda (y concretamente «mientras el clero cantaba los himnos de vísperas»), y poco después se desencadenaba una tormenta que destruyó los muros de la iglesia «hasta los cimientos», todavía en la primavera de 855 un poderoso ejército de Luis atacó a Rastislav; en el mismo combatieron varios obispos al frente de un contingente bávaro, aunque inútilmente. Y durante el verano el propio Luis marchó sobre Moravia, asimismo «con escaso éxito», «sin ninguna victoria». «Sin embargo, su ejército castigó con saqueos e incendios una gran parte de la provincia y aniquiló por completo un número no pequeño de enemigos, cuando pretendían penetrar en el campamento del rey.» Rastislav se había retirado a una poderosa fortaleza, que Luis no se atrevió a atacar, supuestamente por evitar el sacrificio baldío de sus tropas (¡la consabida sensibilidad de los jefes de ejército!). Y cuando Luis se retiró sin alcanzar la victoria, Rastislav asoló a su vez los territorios bávaros fronterizos.

Pero el año 856 ya está el rey combatiendo de nuevo en el este, donde perdió una gran parte de su cuerpo expedicionario. En agosto empezó por someter sangrientamente «con todo el poder militar» a los dale-minzios; desde allí recorrió «el país de los bohemios», perdiendo en la empresa a varios condes bávaros con numerosas tropas. Así y todo, al año siguiente llevó a cabo nuevas maniobras en territorio bohemio. Fue el año en que un rayo «como un dragón de fuego» cuarteló la iglesia de San Pedro de Colonia dejando «medio muertos» a dos clérigos, a un laico (con toda precisión, junto a un altar: el de los santos Pedro y Dionisio y de santa María) y a otros seis orantes, que «apenas sanaron» (*Annales Fuldenses*), cuando ya en 857 el obispo Otgar de Eichstätt con otros grandes invadió de nuevo Bohemia. Y en 858 lo hizo Carlomán, el hijo mayor de Luis, mientras un segundo ejército atacaba a los sorbios y un tercero, a las órdenes del hijo menor y homónimo de Luis, marchaba contra los obodritos, contra los cuales volvió a probar suerte junto con su padre en 862, aunque sin conseguir otra cosa que la perdida, una vez más. «de algunos de sus grandes» (*Annales Bertiniani*).⁵⁵

En agosto de 864 «el Germánico» volvió a cruzar el Danubio «con un fuerte contingente», sitió a Rastislav en Dowina y le arrancó a él y a sus nobles juramentos de lealtad al tiempo que tomaba «rehenes en la forma en que el rey lo ordenó» (*Annales Fuldenses*). Pero *anno Domini* 869, después de que los eslavos desde el Danubio hasta el curso medio del Elba se hubieran levantado contra sus opresores y hubieran devastado tanto el territorio bávaro como el turingio, los franceses avanzaron de nuevo hacia el este con tres ejércitos comandados por los hijos de Luis,

que había enfermado de repente: el hijo homónimo con turingios y sajones contra los sorbios; Carlomán con los bávaros contra Svatopluk (Sventiboldo), sobrino de Rastislav; y el hijo menor Carlos con franceses y alamanes contra el propio Rastislav.

El rey enfermo encomendó «al Señor el éxito de la causa», y así en nada podía fallar. Carlos atacó al atrincherado príncipe bohemio y allí —lo cuentan los Anales de Fulda— «con la ayuda de Dios redujo a ceniza todas las casas de aquella región; lo que había sido escondido en el bosque o enterrado en los campos, lo encontró él con los suyos y expulsó o mató a cuantos se toparon con él. Carlomán devastó asimismo a sangre y fuego el reino de Sventiboldo, sobrino de Rastislav; y tras la devastación de todo el país los hermanos Carlos y Carlomán se reunieron deseándose mutuamente felicidad por la victoria que el cielo les había otorgado».

Mas también el hijo menor, Luis, había infligido entretanto dos derrotas a los sorbios, aniquilando en parte a las tropas mercenarias bohemias y en parte poniéndolas en fuga. Así que todos regresaron con botín abundante. Un año realmente feliz para los franceses orientales, sobre todo cuando se anunció que también había muerto Gundacar, un vasallo desleal a todas luces en grado sumo de Carlomán (desleal asimismo). Por ello, tras recibir la noticia, el rey Luis mandó que «todos unidos alabasen al Señor por la muerte del enemigo aniquilado, con el repique de las campanas de todas las iglesias de Ratisbona...».⁵⁶

Pese a todo Rastislav pudo rechazar con éxito durante largo tiempo los ataques francoorientales, pues ya disponía de poderosos centros fortificados, como refieren las fuentes y demuestra la arqueología. Esa estabilización sustrajo la Gran Moravia no tan sólo al reino franco sino también a la Iglesia imperial francesa, cuyos obispos y abades a menudo degollaban en el este al frente de sus soldados: en 857 el obispo Otgar de Eichstätt, en 871 el obispo Arn de Würzburg, en 872 el citado obispo con Liutberto obispo de Maguncia y el abad Sigehardo de Fulda, en 892 de nuevo el antedicho Arn de Würzburg.

Para los moravos estaba a todas luces claro que sólo el éxito militar no podría librados de su poderoso vecino, sobre todo cuando su país estaba también expuesto a las garras de la Iglesia francobávara. Por ello aprovecharon hábilmente el juego de fuerzas geopolítico en la región danubiana y en los Balcanes, donde junto a los franceses orientales y al poder hegemónico de Bizancio actuaba también el agresivo kanato búlgaro.

Pero mientras Luis el Germánico en sus ataques a Rastislav llegó a aliarse hasta con los búlgaros, cuyo kanato también solicitó misioneros franceses, Rastislav combatió sucesivamente en alianza con checos, sorbios, condes franceses y hasta con Carlomán hijo de Luis en 858.

Es evidente que por lo general el poder reclama más poder, político, económico, religioso y quizá poder de cualquier tipo. Y así también los condes fronterizos francoorientales se deslizaron de continuo hacia la insurrección. Y entre ellos y sobre todos el que sin duda era el más poderoso de la Marca oriental, el prefecto y conde Radbod, el personaje allí dominante a lo largo de dos décadas. Figuró al lado del conde Ernesto, que también se sublevó, y de algunos otros condes fronterizos de su tiempo. Y probablemente debido a su rebelión del 854 el rey Luis entregaba dos años después la Marca oriental (*Marca orientalis*, por primera vez así llamada) a su hijo Carlomán.⁵⁷

... y de nuevo hijos católicos contra el padre católico

Aunque todos aquellos hijos de un buen padre católico habían sido evidentemente bien educados en el catolicismo, todos estuvieron rodeados de clérigos de alta categoría y probablemente todos conocían también el cuarto mandamiento: Honrarás padre y madre, todos ellos, y no sólo una vez, se alzaron contra su progenitor. Ciento que las luchas dinásticas tenían en el imperio franco una larga tradición. Y precisamente Luis el Germánico debería haber recordado una y otra vez su propia juventud rebelde...

Primero, el año 861, se sublevó el mayor, Carlomán (hacia 830-880), que frisaba en los treinta años y gobernaba en Baviera y Carintia. Como certifica Regino de Prüm, su coetáneo algo más joven, no sólo era «muy ilustre» y «devoto de la religión cristiana», sino que también «amaba la paz», sin que sepamos muy bien lo que por tal entiende el abad Regino. Pues sólo dos líneas después lo exalta también con todo el candor de su religión y de su estado eclesiástico: «Llevó a cabo muchísimas guerras en compañía de su padre y muchas más sin él en los reinos de los eslavos y siempre reportó el laurel de la victoria; agrandó y ensanchó con la espada las fronteras de su reino...». Pero, como en la mayor parte de tales casos, debió de ocurrir simplemente así: justo porque Carlomán amaba la paz, tuvo que llevar a cabo tantas guerras, tuvo que agrandar y ensanchar con la espada las fronteras del reino, y aunque «manso» con los suyos, tuvo que ser «terrible» (*terribilis*) con los enemigos.

Como quiera que sea, Carlomán, «extraordinariamente hábil en el ordenamiento de los asuntos del reino» (Regino) y ambicionando evidentemente el poder desde los comienzos, no sólo combatió repetidas veces a los condes franceses en las tierras orientales sino que también había preparado perfectamente su rebelión pues, siendo como era amante de la paz, en 858 firmó la paz con Rastislav de Moravia, el enemigo del país, para poder llevar a cabo la guerra contra su propio padre.

Y con ayuda del moravo se apoderó «de una gran parte del imperio paterno hasta el Inn» (*Annales Bertiniani*).

En el empeño lo sostuvo su suegro, el poderoso conde Ernesto, «el primero entre los nobles», «el primero entre los amigos del rey», junto con todos sus secuaces, algunos otros condes y el abad Waldo. También el conde Ernesto había combatido antes en Bohemia, hasta allí había conducido en 849 un cuerpo de ejército y en 855 se le menciona otra vez como «*ductor*» de los guerreros que marcharon contra los bohemios. Pero entonces el conde Ernesto perdió su feudos, sin duda a causa de su «deslealtad». Asimismo destituyó Luis a los hermanos Uto y Berenga-rio, que eran condes, y a su también hermano el abad Waldo; los tres se pasaron al bando de Carlos el Calvo. Y al príncipe eslavo Pribina le costó la vida la alianza de Carlomán con Rastislav. El príncipe lo sacrificó a los moravos; el sucesor de Pribina en el principado del lago Balatón fue su hijo Kozel.

Pero el propio Carlomán, que con el apoyo de Rastislav había arrebatado al padre una gran parte de su reino, recuperó tras su sometimiento aquella parte del reino, aunque hubo de prestar un juramento de garantía a su padre en Ratisbona (862). Le juró «no acometer en adelante con mala intención nada contra su legítima autoridad». No parece que el juramento le preocupase mucho —el relato oficioso resulta un tanto confuso—, puesto que en 863 Luis marchó con un ejército contra él «para frenar a su hijo» (*Annales Fuldenses*). Mas éste fue traicionado por sus mejores tropas al mando del conde Gunakar. El conde, en efecto, mediante la entrega del paso del Schwarza en Semmering, abrió al rey el acceso a Carantania (Carintia). Un margraviato aquel que fue traidor al traidor.

De nuevo Carlomán prometió sumisión con juramento, permaneció más de un año en Ratisbona en «régimen carcelario libre», pero en 864 huyó una vez más haciéndose perjuro, hasta que definitivamente se reconcilió con su padre. Incluso le entregó a comienzo de los años setenta al «rey de los moravos», y Luis el Germánico más tarde muy cristianamente le hizo sacar los ojos haciéndolo desaparecer en un monasterio.⁵⁸

En aquellos círculos de la alta nobleza católica la traición proporcionaba poder y abría puertas; por ello resultaba algo natural. Esto se echa de ver de nuevo en el dignatario político más encumbrado, su archicape-llán y archicanciller, el arzobispo Thietmar de Salzburgo (874-907). «En Thietmar apoyó Carlomán sus planes políticos» (Schur). Pero en el complot de los grandes de Baviera, incluidos los obispos, dirigido sobre todo contra Arnulfo, hijo de Carlomán, el arzobispo Thietmar se pasó en 879 a Luis III, viviendo todavía aunque ya muy enfermo Carlomán.

A ese segundo hijo de Luis el Germánico, el príncipe Luis III el Joven (hacia 835-882) estuvieron sometidas Franconia oriental. Sajonia

y Turingia. Luego de una temprana defección, ya en 862 se había obligado «con los juramentos más graves» (*districtissimis sacramentis*) «a permanecer fiel a su padre en el futuro» (*Annales Bertiniani*), por lo que fue recompensado con un condado y con la abadía de san Crispín. Pero después el joven Luis urdió tres sublevaciones contra su padre en 866, 871 y 873.

Finalmente el consejero de Luis III, el director de su capilla y cancillería, no fue otro que Liutberto, «el noble arzobispo de la ciudad de Maguncia» (863-889). Es verdad que los Anales de Fulda califican a ese noble de «amante de la paz»... Quizá porque en 874, en medio del invierno «mediante saqueos e incendios y sin lucha... redujo a la vieja esclavitud» a los sorbios y siusleros del otro lado del Saale. El metropolitano maguntino pudo también blandir la espada con toda belleza abatiendo por ejemplo en 883 «a no pocos» normandos y en 885 «a muchísimos», y todo ello llevando siempre «madera de la santa cruz».

Son cosas que no se excluyen para nada. Todo lo contrario. Y así el noble prelado de la ciudad de Maguncia, que también en los Anales de Fulda es celebrado como «paciente, humilde y bondadoso», dirigió por una parte la capilla y la cancillería palatinas de Luis, que se revolvió tres veces contra su padre. Y, por otra parte, en 866 mandó aplastar con crueldad una sublevación en Maguncia, en la que murieron algunas de sus gentes. «Algunos en efecto fueron ahorcados, a otros se les cortaron la extremidades de manos y pies, también se les privó de la vista, y algunos, que dejaron toda su hacienda en la baza para escapar de la muerte, fueron desterrados» (*Annales Fuldenses*).

El príncipe y su obispo eran caracteres rudos, pero no ciertamente más de lo que era habitual entre los cristianos. Y desde luego que también la Iglesia bajo Luis III el Joven «participó en los asuntos de gobierno de aquel soberano ambicioso y violento... y se mantuvo como fiel aliada en la política del rey en la guerra y en la paz» (Schur).

En el año 865 Luis el Germánico se había reconciliado casualmente con Carlomán, el hermano mayor de Luis el Joven. Y ya al año siguiente este último se rebeló «incitando a la vez al wendo Rastislav a que irrumpiese y saquease Baviera, a fin de que mientras su padre o sus leales estaban ocupados en aquellos territorios pudiera él llevar adelante su empresa sin estorbos» (*Annales Bertiniani*). Para ello el príncipe Luis incorporó también a sus planes a los condes que su padre había depuesto y que en parte se habían pasado al bando de Carlos el Calvo, y presionó sobre todo a Rastislav «a que fomentase sin titubeos aquella conjuración» (*Annales Fuldenses*).⁵⁹

La segunda y la tercera rebeliones las llevó a cabo Luis III en unión con el príncipe Carlos III, tercer hijo de Luis el Germánico.

El príncipe Carlos (emperador Carlos III el Gordo) en lucha con los malos espíritus

En 871 los dos hermanos «con una multitud no pequeña» ocuparon el cantón de Espira; al año siguiente subsanaron la ruptura con el padre y en 873 pretendieron apoderarse de él con ocasión de una asamblea imperial en Frankfurt. Para ello justamente antes de la dieta imperial de Forchheim, a mitad de la cuaresma «y en presencia de todo el ejército», habían jurado al rey «guardarle lealtad todo el tiempo de su vida». Y entonces partieron hacia Frankfurt «llenos de ideas inicuas, el homónimo (Luis) y Carlos para establecer un gobierno por la fuerza, desatender sus juramentos, despojar del imperio al padre y meterlo en prisión» (*Annales Xantenses*).

Pero el príncipe Carlos, que era el más joven, parece que no pudo resistir la tensión nerviosa y sufrió un ataque epiléptico o, para decirlo en el lenguaje de la época, ocurrió evidentemente «un gran milagro: ante los ojos de todos el espíritu malo entró en Carlos y lo atormentaba horriblemente con gritos estentóreos» (*Itemque horribiliter discrepanti-bus vocibus agitavit*). (Digamos entre paréntesis que en el cristianismo —jalabado sea Dios!— existió una gran familiaridad a lo largo de toda la antigüedad con los espíritus malos y su defensa. Y todavía hacia poco que desde Maguncia se había combatido en un lugar cerca de Bingen, el palacio Caputmontium, «Cabeza de los montes», y a lo largo de tres años, a uno de tales «espíritus malos» con sacerdotes, reliquias, cruces, oraciones y agua bendita, y sólo se le dio jaque mate después de que «hubiera destruido con el fuego casi todos los edificios»: *Annales Fuldenses*.)

Por lo que respecta al príncipe Carlos, que después sería conocido como el emperador Carlos III el Gordo y que por breve tiempo goberaría todo el imperio de Carlomagno, ocurrió que en la dieta imperial de Frankfurt apenas pudieron sujetarlo seis de los varones más fuertes y amenazaba «con morder con la boca abierta (!) (aperto ore) a los que lo sujetaban».

Poco después ocurrió otro milagro (y es que un milagro raras veces se da solo): el mismo día los benditos hombres de Dios volvieron a expulsar al «*malignas spiritus*», haciéndolo con especial éxito el arzobispo Rimberto de Hamburgo-Bremen (que casualmente había sido el discípulo predilecto de su predecesor san Ansgar, el legado papal entre daneses, suecos y eslavos). Pero después el rey, los obispos y demás nobles condujeron al poseso a las tumbas de algunos santos milagrosos a fin de arrancarle para siempre de las garras del diablo. Cosa tanto más necesaria cuanto que «el propio Carlos confesó en voz alta delante de muchos oyentes» —lo que era un tercer milagro— «que había estado expuesto a

la violencia enemiga tantas veces como las que había conspirado contra el rey» (*Annales Fuldenses*). Y por fin, otro milagro: el hermano mayor se arrojó a los pies de su padre en vez de arrojar a éste a la cárcel.⁶⁰

Vida familiar católica en el nivel más alto. En cualquier caso, una lección bien aprendida: cuando no queda otra elección, la gente se arrastra hasta la cruz.

Pero a través de todas las contiendas familiares de la casa reinante persistieron las matanzas contra los moravos, hasta que Sventiboldo intentó detenerlas en la dieta imperial de Forchheim (874). Permanecería leal al rey todos los días de su vida y pagaría año tras año los impuestos fijados «con tal que se le permitiese vivir en paz y tranquilidad» (*quiete agere et pacifice vivere*).⁶¹

Una vida en paz y tranquilidad... Tal vez, quién sabe, en ocasiones hasta los santos padres de Roma la habrían deseado. Mas no se la concedieron ni a sí mismos ni a los demás.

CAPITULO 3

EL PAPADO A MEDIADOS DEL SIGLO IX

«¡Luchad virilmente contra esos enemigos de la santa fe, contra esos enemigos de todas las religiones!» EL PAPA LEÓN IV
(847-855) ANTES DE UNA BATALLA

CONTRA LOS ÁRABES¹

«Porque si alguno de vosotros tuviera que morir, el Omnipotente sabe que muere por la verdad de la fe, por la redención de su alma y la defensa del territorio cristiano. Por ello obtendrá la recompensa mencionada», la vida eterna.

EL PAPA LEÓN IV EN UNA PROCLAMA
«AL EJÉRCITO FRANCO»²

La obra falsificada de las Seudoisidorianas (hacia 850) «elevó la posición y el prestigo de la Santa Sede de forma insospechada» (Manfred Hellmann); fue «el regalo más valioso que el papado había recibido jamás» (Walter Ullmann), la «falsificación de mayor éxito de toda la historia de la Iglesia» (Hans Kühner, historiador católico de los papas); «la mayor falsificación legal de la historia» (Grotz, jesuita).³

«Se impuso a los reyes y a los tiranos y los dominó con su prestigio, cual si fuese el soberano del orbe terráqueo.»

ABAD RECIÑO DE PRÚM REFIRIÉNDOSE AL PAPA NICOLÁS I
(858-867)⁴

«Con el perverso nombramiento de varios papas» la situación en Roma «era de gran desorden», comentan los anales oficiales del imperio el año 824. Tras la muerte de Carlos I el santo papa León III había condenado implacablemente a muerte a centenares de personas en 815, un año antes de que él mismo expirase. Su sucesor Esteban IV se presentó al año siguiente en Reims con una falsa «corona de Constantino». A la muerte de su sucesor Pascual I, un papa duro y odiado, en 824 estallaron tales tumultos que no pudo llevarse a cabo su planeado enterramiento en San Pedro, teniendo que permanecer su cadáver insepulto (de todos modos dicho papa fue canonizado, aunque su fiesta se eliminó en 1963). La elección de su sucesor Eugenio II (824-827) provocó tumultos durante meses, porque nobleza y clero habían presentado dos candidatos rivales. Después al menos discurrieron en paz las elecciones de los dos santos padres inmediatos: Valentín (agosto-septiembre del 827) y Gregorio IV (827-844).⁵

Sergio II, o «... tan bien como podamos»

A la muerte de ese papa se sucedieron una vez más las acciones violentas. Pues antes de que la nobleza pudiera nombrar a su hombre, el pueblo había tomado el palacio papal y había sentado al diácono Juan en la sede ambicionada. Toda una aventura, ya que sólo por breve tiempo disfrutó del éxito, un solo día según parece. Después la nobleza lo barrió de Letrán, se deshizo de la oposición y nombró *Pontifex maximus* a un anciano arcipreste enfermo de gota. Sergio II (844-847), que hizo encerrar a su rival en un monasterio (sin que se sepa nada más de su destino), era un representante de la clase superior a la vez que el quinto papa de la casa Colonna, que el Espíritu Santo parecía preferir. La aprobación imperial, requerida por la *Constitutio Romana* de 824, se eliminó con las prisas.

Irritado por ello, Lotario I envió a su hijo Luis, entronizado poco antes en Pavía como virrey de Italia, y al arzobispo Drogo de Metz, hijo

loí)

«natural» de Carlomagno y hermanastro de Luis el Piadoso, con un ejército franco contra Roma. El ejército asoló el Estado de la Iglesia con la misma crueldad que si se tratase de una guerra y de una expedición de castigo. Pero el anciano papa supo domar al joven rey hasta casi humillarlo, a lo que pudo contribuir un incidente: el horror que provocó un caballero del séquito real, que murió entre convulsiones espasmódicas en las escaleras de acceso a San Pedro. Tras una investigación sinodal de varias semanas fue refrendada la elección de Sergio. Por lo demás hubo de admitir que el papa designado sólo podía ser consagrado por orden del emperador y en presencia de sus embajadores; tuvo que prestar un juramento de lealtad a Lotario y coronar y ungir al joven Luis como «rey de los longobardos».

Mas no quiso Sergio actuar simplemente al dictado: cuando se tratase de la unidad del imperio, de la cohesión de Occidente, cuando alguno de los tres hermanos gobernantes rompiera la «unidad lograda con la fe en la Trinidad» o cuando alguno de ellos «prefiriese seguir al autor de la discordia», el papa amenazaba: «Nos nos esforzaremos por castigarle merecidamente con la ayuda de Dios y de acuerdo con las disposiciones canónicas tan bien como podamos».

Sólo tres años duró el pontificado de Sergio II. La simonía fue tan manifiesta como el nepotismo. Benito, hermano del papa, fue nombrado obispo de Albano; era un hombre sin escrúpulos, ávido de poder y dinero. Probablemente arrebató la riendas de manos de Sergio, que estaba enfermo aunque era un hombre de extraordinario carácter y energía; mediante soborno había conseguido el puesto de un enviado imperial en Roma y contra el pago de grandes cantidades había asignado sedes episcopales y otros cargos eclesiásticos. Y todo... «tan bien como podamos...».

Probablemente tales noticias, procedentes de los círculos cléricales romanos, puedan exonerar al papa personalmente. De todos modos, cuando en agosto del 846, por ejemplo, aparecieron en la desembocadura del Tíber setenta y cinco naves sarracenas, cuando alrededor de 11.000 hombres y 500 caballos cayeron sobre los barrios de Roma a la derecha del Tíber, que saquearon por completo la iglesia de San Pedro situada fuera de la muralla de Aurelio así como la basílica de San Pablo y se llevaron prisioneros a cuantos no habían huido, «incluidos los moradores de los monasterios, hombres y mujeres» (*Annales Xantenses*), los coetáneos lo vieron como un castigo de la Providencia contra la corrupción que invadía Roma. Pero en modo alguno se aceptó el castigo divino mano sobre mano. Más bien hubo una respuesta de resistencia al mismo: se expulsó a las tropas intrusas francas así como a las milicias de Spoleto y de la Campagna, y a las flotas de Nápoles y de Amalfi. Y cuando en su regreso precipitado cayó una parte de los salteadores con

el botín aprehendido, también entonces se reconoció sin dificultad la mano castigadora del Señor.⁶

El Vaticano se convierte en castillo y un papa santo en constructor de fortificaciones

Tras el ataque por sorpresa fue la derrota, la desgracia provocada por sarracenos y paganos, la que enardeció a los fieles. ¿Por qué no se había defendido mejor a «san Pedro»? Una capitular echa la culpa a los pecados de la cristiandad y señala los remedios: ¡arremeter contra las propias maldades, contra los pecados de la carne y contra el robo del patrimonio eclesiástico! Además Lotario I mandó recoger limosnas en todo el imperio e impuso un impuesto especial para la reconstrucción de la iglesia de San Pedro y su protección; a ello contribuyeron el emperador y sus hermanos «con no pocas libras de plata».

Entretanto había muerto Sergio II. Y el mismo día de su muerte fue elegido su sucesor: un romano educado desde niño en el monasterio benedictino de San Martín y «religioso ejemplar» (*Lexikon für Theologie und Kirche*). Era León IV (847-855), a quien tras un «*interpontificium*» de seis semanas se le consagró papa, y de nuevo sin la aprobación imperial, necesaria desde 824. Según parece, la crisis desatada por los piratas árabes no permitía ninguna demora, aunque con posterioridad se le reclamó el juramento de lealtad al emperador.

Este santo padre alcanzó como maestro de obras de fortificación una fama, que puede decirse se ha mantenido hasta hoy. Transformó, en un esfuerzo que fue importante durante siglos, los arrabales de Roma en la orilla derecha del Tíber, todo el barrio del Vaticano, en un castillo. Era un plan que ya había acariciado León III; pero que sólo León IV llevó a término. En un trabajo de años, inspeccionado personalmente por él a pie o a caballo, reforzó las antiguas murallas de la ciudad, creó nuevas fortificaciones convirtiéndose así en el creador de la *civitas leonina*, a la que modestamente dio su nombre de «ciudad de León». Entre los años 848 y 852 levantó una muralla de casi cuarenta pies de altura y otros tantos de espesor, reforzada con 44 torres. También hizo fortificar otros lugares, como el Centumcellae de los romanos y actual Civitavecchia, que asimismo se llamó Leópolis. (De acuerdo por lo demás con esa modestia personal, en sus bulas antepone regularmente su nombre al de los destinatarios, y a los príncipes ni siquiera les da el habitual título de *dominus*.)

Los trabajos de fortificación de León exigieron abundantes materiales y numerosos operarios, que hubieron de aportar ciudades y monasterios del Estado pontificio, dominios y milicias. Pero el baluarte papal

costó también importantes sumas de dinero, que salieron sobre todo del imperio franco —cosa que el biógrafo papal silencia por completo— por orden del muy complaciente Lotario, ¡con el extraño efecto de que todo ello redundó en prestigio del papa y de su posición frente al emperador! En la bendición de la ciudad leonina el 27 de junio de 852 se roció con abundante agua bendita el cinturón fortificado del santo en el curso de una procesión (de siete obispos cardenales)... y en los siglos siguientes abundó aún más la sangre. Y es que una cosa va estrechamente unida a la otra.

Pero el devastado San Pedro se decoró de nuevo con toda suntuosidad. En el altar mayor se colocaron láminas de oro esmaltadas de piedras preciosas, cada una de las cuales pesaba 216 libras; una cruz de oro, repujada de perlas y esmeraldas, pesaba 1.000 libras, y un *ciborium* o baldaquino de plata sobre el altar pesaba 1.606 libras. Como también se decoraron costosamente San Pablo y muchos templos incluso de provincias, se puede sopesar lo inmensamente rica que era la Iglesia, para la que ya entonces se hacían colectas en todas partes, a causa de su pobreza (como se hacen todavía hoy...).⁷

Por primera vez un papa garantiza el reino de los cielos al que revienta en la guerra

Se comprende que los «hijos de Satán», llegados desde Cerdeña, aparecieran ya el año 849 en el desembocadura del Tíber, mucho antes de que se alzase la fortificación de León. Por fin habían visto lo que se escondía en aquellos templos cristianos y lo que se amontonaba en San Pedro. «La imaginación no alcanza a comprender la riqueza de los tesoros allí amontonados» (Gregorovius).

A toda prisa pudo el santo padre movilizar las armadas de Nápoles, Amalfi y Gaeta —la primera liga de ciudades marítimas meridionales en la Edad Media— hacia donde zarparon las naves de guerra de Su Santidad, el representante de Cristo. Y él mismo acudió personalmente. No para combatir, sino para celebrar la santa misa, bendecir la flota de guerra, dar a los guerreros la sagrada comunión el día de la batalla y orar después de rodillas: «Oh Dios, que sostuviste a Pedro caminando sobre las olas para que no se hundiera, y que a Pablo, que sufrió triple naufragio, lo sacaste del mar profundo, escúchanos clemente y por los méritos de ambos [apóstoles] otorga fuerza a los brazos de estos fieles, que luchan contra los enemigos de tu Iglesia, a fin de que la victoria conseguida glorifique tu santo nombre entre todos los pueblos».

Con fervor espoleó el sumo sacerdote a sus combatientes: «¡Luchad

virilmente contra esos enemigos de la santa fe, contra esos enemigos de todas las religiones!».

Para los heraldos de la buena nueva, los predicadores del amor a los enemigos, era un negocio indispensable. A la pregunta de los búlgaros sobre la guerra en tiempo de cuaresma respondió el propio León que la guerra era siempre una astucia del diablo y que, cuando no era necesaria, había que abstenerse de la misma. «Mas cuando no se puede evitar y cuando se trata de defender la patria y las leyes paternas, no hay duda de que está permitido prepararse para la guerra incluso durante la cuaresma.»

Pero antes de la batalla naval de Ostia León IV había prometido a sus combatientes la «recompensa celestial» en caso de muerte, siendo ésta la anticipación más temprana de la indulgencia de las cruzadas; una promesa con la que muchos otros santos padres seguirían engañándose a través de los tiempos. Ocurrió aquí por vez primera que un papa garantizase generosamente el cielo a todos aquellos que murieran «por la verdadera fe, la salvación de la patria y la defensa de la cristiandad».

El resultado fue un éxito total. No tanto debido a las ciudades marítimas católicas de Nápoles, Amalfi y Gaeta con las galeras pontificias, cuanto por una tempestad, que las naves mayores de los cristianos superaron pero que hundió a las naves más ligeras del enemigo. Pero los fieles piadosos abatieron a los naufragos que vagaban desarmados por la costa, los ahorcaron en Ostia «para que su número no pareciera tan grande» o los enviaron encadenados a Roma, donde en su condición de esclavos de guerra fueron utilizados para la construcción de las fortificaciones vaticanas. Y todo ello se celebró como un milagro del príncipe de los apóstoles.⁸

Para los propios subordinados se tuvo entonces una especie de salvoconducto. Y así el papa León en una proclama «al ejército franco» (852), con ocasión de una campaña militar de Luis II contra los sarracenos de Italia meridional, de nuevo aseguró sin más ni más a cada uno de los que cayesen la entrada en el reino de los cielos: «Pues el Omnipotente sabe que si alguno de vosotros tiene que morir, lo hará por la verdad de la fe, la redención de su alma y la defensa del territorio cristiano. Por ello obtendrá la recompensa citada».

También el santo padre obtuvo su recompensa: fue canonizado, celebrándose su fiesta el 17 de julio, aunque después fue eliminada. Efectivamente, el moro había cumplido con su obligación. Y la ingratitud es la paga del mundo. Pero en los mismos comienzos de su pontificado León ya había obrado un milagro grandioso: libró a Roma de un monstruo subterráneo, tan arrogante como peligroso, que habitaba junto a la iglesia de Santa Lucía. Se trataba de un basilisco (una mezcla espantosa de dragón y gallo, una animal fabuloso cuya mirada era mortífera, ¡la

proverbial mirada del basilisco!). Otra vez apagó un fuego devastador simplemente con su oración y la señal de la cruz...

El León IV de la historia (al que sin embargo también pertenece esta gigantesca inundación del globo terráqueo con leyendas y mentiras, que quizás contribuyó a forjar la historia más que ninguna otra cosa, esa locura que, como dice Friedrich Schiller refiriéndose al cristianismo en general, «corrompió todo el mundo») fue un papa consciente de su poder y decidido, que se impuso a todas las Iglesias del mundo y sobre todas quiso tener la autoridad suprema. Mas no sólo adoptó aires de soberano con sus «hermanos», los prelados más influyentes, como el patriarca Ignacio de Constantinopla, los arzobispos Hinkmar de Reims, Juan de Rávena y el cardenal presbítero Atanasio, que pronto sería antipapa... No, también se encaró con los príncipes, y muy especialmente con el joven emperador, hijo mayor de Lotario y «protector de la Iglesia romana».

El emperador Luis II (850-875) fracasa en la cuestión sucesoria

Luis II, nacido hacia 825, ejerció cargos oficiales desde 840 como virrey de su padre en Italia, donde el papa Sergio II le coronó rey de los longobardos el 15 de junio de 844 y en 850 León IV lo ungíó en Roma como coemperador. Allí gobernó con autonomía y pudo estabilizar mucho más el país —en el que las bandas de salteadores caían en plena calle sobre los peregrinos romanos y sobre los mercaderes y hasta llegaban a devastar aldeas enteras—, cuando a la muerte de su padre renunció en favor de sus hermanos Lotario II y Carlos de Provenza a los territorios del reino central al norte de los Alpes.

Luis II pudo así afianzar también su dominio sobre Roma y el Estado de la Iglesia, y se comprende que las relaciones con León IV a menudo fueran tensas, como certifica la muy escasa correspondencia de éste que nos ha llegado. En alguna ocasión León no quiso ver, por motivos de seguridad, a los enviados del emperador, en alguna otra fue asesinado un legado pontificio y por ello hizo él condenar a muerte a tres plenipotenciarios imperiales; por lo demás, bajo su predecesor Pascual I dos altos funcionarios profrancos fueron ejecutados en Letrán «como traidores de lesa majestad».

Naturalmente en Roma alentaron sentimientos y manejos antifrancos y quizás hasta hubo contactos de alta traición con Bizancio. En cualquier caso no existió ninguna confianza entre el papa y el emperador. Desde el 855, año de la muerte de León IV, Luis II fue soberano único. Y desde el 860 —para resumir aquí su vida en una breve ojeada pre-

via— pudo también el emperador hacer valer su autoridad, al menos temporalmente, sobre los principados longobardos de Benevento y Salerno, que desde hacía largo tiempo gozaban de autonomía. Y por fin, tras un asedio de varios años, en 871 hasta pudo conquistar Bari, sede del emir árabe.

A decir verdad, Luis II, el cuarto emperador carolingio, no pasó de ser un soberano limitado a Italia, que ni siquiera consiguió adueñarse de todo el territorio meridional. Adelchis, príncipe de Benevento (fallecido en 878), que luchó por su independencia primero contra los franceses, después contra los bizantinos y finalmente contra los sarracenos antes de caer víctima de una conjuración de su propia chusma, provocó la ruina del poder imperial en Italia con la captura temporal de Luis. En definitiva dicho emperador fue víctima en Italia meridional no tanto de las inestables condiciones políticas cuanto de las relaciones dinásticas.⁹

Bajo el pontificado de León IV ocurrió también un escándalo de proporciones y consecuencias sin igual en su género. Se tramó en efecto una falsificación eclesiástica, ante la cual palidecen todas las mentiras, fraudes y falta de escrúpulos en que tanto abunda la Edad Media cristiana, exceptuando desde luego la «donación constantiniana».

Las Decretales Seudoisidorianas, «las falsificaciones más osadas y más graves jamás cometidas...»

Con toda razón se ha dicho de las falsificaciones seudoisidorianas que «fueron sin duda la falsificación más importante del período carolingio, aunque en modo alguno constituyan una excepción» (Dawson), porque el clero católico desde siempre falsificó a más y mejor. Para el jurista protestante Emil Seckel (fallecido en 1924), tal vez el mejor conocedor de las Decretales Seudoisidorianas, éstas representan «la falsificación más audaz y desconcertante de las fuentes del derecho canónico que jamás se haya llevado a cabo». Para Johannes Haller constituyen «las falsificaciones más osadas y más graves jamás cometidas»; más aún, el eminente historiador de los papas (fallecido el 24 de diciembre de 1947) las calificó como «el mayor fraude de la historia universal».

Todavía en el siglo IX Hinkmar de Reims sospechó y quizás conoció la falsificación; pero prescindiendo de algunos fragmentos no la descubrió. El venerable arzobispo de Reims —quien como uno de los consejeros más importantes de los reyes franceses occidentales, y especialmente de Carlos el Calvo, no sólo jugó un papel político relevante, sino al que también debemos una animada producción literaria, en la cual destacan «sobre todo dictámenes judiciales ricos en contenido» (Schief-fer)—, sí, incluso el príncipe de la Iglesia, falsificó con enorme virtuosis-

mo en cantidades industriales. Y todo ello hasta con una justificación aparente, pues no quería ser víctima de otras falsificaciones eclesiásticas, y entre ellas las seudoisidorianas.

Y hubo falsificaciones por doquier. También falsificó el predecesor de Hinkmar, el arzobispo Ebón (fallecido en 853). Y falsificó un sobrino de Hinkmar, Hinkmar el Joven, obispo de Laon, educado en la corte y en sus comienzos protegido por su tío. Fue él incluso el primero en defender en gran medida las falsificaciones seudoisidorianas y probablemente estuvo en conexión con el taller falsificador. Así provocó un violento altercado con su tío y Carlos el Calvo y fue depuesto en 871, aunque siete años después sería en parte rehabilitado.

Pese a las tempranas dudas sobre la autenticidad del colosal fraude católico (ya en el siglo IX y luego en el XIV por el jurista Marsilio de Padua, que fue condenado como «hereje»), la impostura se mantuvo a lo largo de toda la Edad Media, pues la primera demostración contundente de la falsificación sólo llegó con los Centuriatores de Magdeburgo en 1559, que la expusieron en su historia protestante de la Iglesia (1559-1574), financiada por príncipes evangélicos. La falsedad fue definitivamente desvelada en 1628 por el teólogo reformado David Blondel, que después sería profesor de historia en Amsterdam. Como ningún otro antes del siglo XIX distinguió él con admirable agudeza mental lo auténtico de lo falso, aunque todavía en su tiempo hubiera piadosos defensores de la falsificación.

Cierto que aun después de descubrirse el fraude en el siglo XVI los católicos todavía continuaron por largo tiempo haciendo todo lo posible por minimizarlo, coherenciarlo y hasta casi celebrarlo. Hablaron de «leyenda», de «ficción poética» o «de mentira piadosa», como hace el cardenal Bona (fallecido en 1674), habituado «a tener en cuenta los altos objetivos de la ciencia» (Mast). Una «*fraus pia*», un fraude piadoso, seguía siendo para el famoso teólogo católico Johann Adam Möhler (fallecido en 1838), que exaltó sin rodeos al Seudoisidoro como «un hombre muy piadoso, de fe profunda, virtuoso y sinceramente procupado por el bien de la Iglesia». Tampoco para Rosshirt (1849), compañero de Möhler, es el Seudoisidoro un falsificador en sentido estricto sino «un enamorado del derecho canónico», cuyas inauditas mentiras no tuvieron otro objetivo «que el erudito y científicamente histórico de lograr una colección lo más completa posible de fuentes del derecho canónico».

Un católico como Luden sabe ciertamente que esa colección «está llena de mentira y falsedad»; pero ello afectaría únicamente a los primeros tiempos. Por lo que respecta al siglo IX, en el que apareció, «las más de las veces contiene la verdad» incluso en sus falsedades. No habría creado un derecho canónico nuevo, sino que habría expresado simple-

mente «lo que ya estaba arraigado en las almas de los hombres», les habría «dado una orientación... y abreviado el camino hacia la meta. Pero a lo que aspira es a la plena soberanía papal...». Y la plena soberanía papal es naturalmente una cosa buena, al margen de cómo se logre ni con qué fines. Wilhelm Neuss todavía en 1946 pensaba de los timadores eruditos que «sus propósitos eran evidentemente buenos». Otros historiadores católicos distinguieron a su vez, en la forma que les caracteriza, entre el falsificador «noble» y el falsificador «común», siendo noble el que falsifica en favor de la Iglesia, y común el que lo hace fuera de ella o directamente contra ella. Certo que recientemente hasta el historiador jesuíta Grotz califica las Decretales Seudoisidorianas como «la mayor falsificación legal de la historia». Porque en el ínterin realmente se ha divulgado el asunto...¹⁰

Las Seudoisidorianas aparecieron hacia el 850 (no antes del 847 ni después del 852) en el reino franco occidental, tal vez en Sens o en Tours, probablemente en el arzobispado de Reims. Se pretendía reforzar el poder de los obispos y del papa frente al Estado, y como no se contaba con bases jurídicas, o al menos bases jurídicas suficientes, se crearon simplemente, se falsificaron. Pero los bribones clericales (si esto no constituye un pleonasio) presentaron su gigantesco engaño como la obra del doctor de la Iglesia Isidoro de Sevilla, fallecido en Sevilla en 636. Era uno de los autores más conocidos en la Alta Edad Media y el santo más prestigioso de Occidente desde los tiempos de Agustín. Se sabía además que había dejado un voluminoso libro de derecho canónico, por lo cual aquellas falsificaciones jurídicas se consideraron durante toda la Edad Media como obra auténtica de Isidoro, con la influencia que a su autoridad correspondía.

a) Contenido y peculiaridades

El contenido de aquel acto criminal es tan extraordinario que los manuscritos y fragmentos conservados hasta hoy llenarían, reducidos a octavo, varios miles de páginas de texto. Probablemente no se trata del trabajo de una sola persona, sino de toda una central de falsificaciones teológicas, de un grupo de clérigos francooccidentales perfectamente informados. A todas luces eran unos «reformadores», a quienes no agradaba el derecho civil y canónico entonces vigente en el imperio franco y que pese a todas las investigaciones continúan siendo desconocidos hasta el día de hoy. Eruditos sin duda alguna y bien formados en derecho y en archivística, consiguieron reunir con más o menos habilidad un material increíble en el que se mezclaba lo auténtico con lo falso.

La obra seudoisidoriana consta de cuatro grandes grupos:

1) La *Hispana Gallica Augustodunensis*, reelaboración falsificada de una colección de cánones hispánicos del siglo VII.

2) Los *Capitula Angilramni*, una colección de leyes conciliares, papales e imperiales auténticas y apócrifas, que supuestamente el papa Adriano I (772-795) había entregado el 14 de septiembre de 786 al obispo Angilram de Metz, un pastor de almas que murió el año 791 en una campaña de Carlos I contra los ávaros. El objetivo de estos capítulos de Angilram respondía al deseo de los prelados franceses de evitar en lo posible las acusaciones contra ellos y someterse únicamente al tribunal eclesiástico, pues de herrero a herrero no saltan chispas. Los *Capitula Angilramni* acabaron simplemente por hacer que papas y obispos no pudieran ser acusados y que, como escribe el historiador católico Hans Kühner, «pudieran permitirse todo género de crímenes», ampliando así aún más las grandes falsificaciones sammachianas aparecidas en el siglo VI.

3) El *Benedictas Levita*, un montón enorme de decretos reales e imperiales desde Pipino a Luis el Piadoso, una colección de capitulares en tres libros con un total de 1721 capítulos ¡de los que tres cuartas partes largas son falsos o apócrifos! Las ordenanzas eclesiásticas fueron transformadas en leyes imperiales francesas para dotarlas de autoridad estatal y se le atribuyeron a un supuesto diácono de Maguncia, llamado Benedictas Levita, quien en 847 las habría recopilado por encargo de su arzobispo Otgar como continuación de la colección oficial de capitulares del abad Ansegis de Fontenelle (Saint-Wandrille), fallecido en 833.

4) Las Decretales Seudoisidorianas (*Decretales Pseudo-Isidoriana*e), la colección más amplia e importante de los cuatro grupos, por cuanto alcanzaron la mayor influencia y éxito: una antología de cartas pontificias y de actas conciliares desde el siglo I hasta el VIII, desde aproximadamente el año 90 hasta el 731. Bajo la apariencia hábilmente preparada de una autenticidad antigua, la colección quiere presentarse como un código completo de derecho canónico de la Iglesia católica. Aquí se falsificaron sin excepción las decretales de los papas de los primeros siglos desde el supuesto Clemente hasta san Milciades (311-314) sin solución de continuidad, mientras que sólo en parte se falsificaron las decretales desde san Silvestre (314-335) hasta san Gregorio II (714-731). Mediante intercalados se adulteró una larga serie de resoluciones conciliares, desde el celeberrimo concilio de Nicea (325) hasta el sínodo XIII de Toledo (683). Especial atención merece el hecho de que los clérigos incorporasen a su rotunda falsificación otra aún mayor: la «Donación constanti-niana», que con toda probabilidad es un producto de la cancillería del papa Esteban II, lanzado un siglo antes.

Esta pieza infame de la historia universal consta aproximadamente

de unas diez mil citas y extractos, en cuyo mosaico no siempre se combinan con habilidad lo verdadero y lo falso, aunque incluso lo falso no es totalmente inventado sino que viene a ser un bricolaje de textos auténticos de papas, sínodos y escritores eclesiásticos, con numerosas omisiones, adiciones y cambios. Así y todo figuran más de un centenar de cartas pontificias falsas o falsificadas, por lo general de los tres primeros siglos, en los que no se conocieron decretales romanas. Edictos imperiales del siglo V, de Teodosio II por ejemplo, aparecen como decretales pontificias del siglo I, y algunos pasajes del sínodo de París (829) figuran al pie de la letra en un texto del doctor hispano de la Iglesia fallecido casi dos siglos antes.

«En toda la historia difícilmente podría encontrarse otro ejemplo de una ficción tan completamente falsa y presentada de un modo tan tosco.» Así había enjuiciado en tiempos este asunto el historiador de la Iglesia Ignaz von Dollinger (que tras su excomunión en 1871 apoyó a la Altkatholische Kirche, aun sin adherirse formalmente a la misma). Sep-pelt, historiador de los papas, habla por el contrario de una «falsificación a su modo grandiosa», preparada y apuntalada «con gran perspicacia». El historiador de los papas Kühner la califica sin más como «la falsificación de más graves consecuencias en toda la historia de la Iglesia». ¹¹

b) Objetivo

Como objetivo de su fraude, que contiene todos los materiales imaginables de tipo litúrgico, dogmático, moral y edificante, señalan los propios embaucadores la compilación sistemática de las dispersas fuentes canónicas. Mentira pura, naturalmente. Su propósito era más bien crear e imponer un nuevo derecho, dado que el antiguo resultaba inservible para el clero; con ello pretendían sobre todo reforzar al máximo el poder de los obispos frente al Estado y también frente a la enorme influencia de los arzobispos metropolitanos.

Con ello se limitaba fuertemente la posibilidad de acusar a los obispos y se dificultaba extraordinariamente, si es que no se hacía imposible en la práctica, su condena y deposición. A quienes de forma panegirista son celebrados como «ojos del Señor», «supremos sacerdotes», «santos», «dioses», etcétera, ningún laico, ningún clérigo inferior, ningún subordinado podía acusarlos, y menos aún ante un tribunal civil, bajo pena de degradación y excomunión. Mas si la acusación se lleva a cabo, serán necesarios 72 testigos de cargo; lo que en la práctica casi excluía de hecho la condena de un obispo. A éste sólo podía juzgarlo un sínodo eclesiástico sancionado por el papa. Con ello la competencia de la justi-

cia civil quedaba descartada por completo. Y es que no sólo el pueblo, también los príncipes están sometidos al obispo. Y tienen que obedecerle, como se exige con gran énfasis, pues está por encima de todos los príncipes y únicamente puede ser juzgado por Dios y el papa o por sus delegados; exigencia que se repite a menudo.

Y lo que aprovecha a los obispos aprovecha también y sobre todo al obispo de Roma. De hecho fue él quien más se benefició del monstruoso montaje clerical. Sólo a él pertenece en efecto la plenitud de poder. No es sólo sacerdote, sino también rey. Y si ya la dignidad episcopal está por encima de la real, la dignidad papal se alza como una torre impar. El papa viene a ser «la cabeza de todo el mundo», con palabras que se ponen en boca de Félix II. De ahí que los falsificadores le otorguen hasta el derecho de promulgar leyes estatales.

Pero si subordinaban al papa la mismísima potestad de los reyes, le reconocían sobre todo la «dictadura» dentro de la Iglesia. Todos sin excepción insistían en que el papa es el único legislador y juez de la Iglesia, en que sin su permiso ni un metropolitano ni un sínodo pueden decretar nada válido, en que sin su aprobación ni siquiera podía reunirse un sínodo... Más aún, según aquellos bandidos clericales, los papas de la primera época gozaron de competencias jurídicas como las que jamás tuvieron mucho más tarde sus sucesores.

San León IV se sirvió ya de la falsificación, que los clérigos de Reims le presentaron completa o en extracto. Con mucha más frecuencia la utilizó como código legal el asimismo santo pontífice Nicolás I, que se sirvió de la misma desde el año 864, pues rápidamente comprendió sus enormes ventajas para la sede romana. Y así declaró auténtica una obra, que el arzobispo Hinkmar de Reims reconoció como falsa inmediatamente después de su aparición. Lo cual no impidió que el propio Hinkmar se sirviera repetidamente de ella en la medida en que sus disposiciones le beneficiaban.¹²

Las Decretales Seudoisidorianas a la larga aprovecharon por lo general al papado. De todas las obras que falsamente se atribuyeron a Isidoro de Sevilla fueron las que mayor influencia histórica ejercieron y sin duda la obra más difundida en todas las colecciones medievales de derecho canónico. Una y otra vez se citaban para apoyar y ampliar el poder de Roma, siendo naturalmente los propios papas los que insistían en el valor de tales textos. Nicolás I, Adriano II, Gregorio V, León IX, Gregorio VII, etcétera, las explotaron con fines políticos. El tristemente célebre *Dictatus papae* de Gregorio se apoya en gran medida en este engendro monstruoso. En la querella de las investiduras fue plenamente aceptado y en las luchas entre los emperadores y papas de los siglos XI y XII jugaron un papel extraordinario. La obra de falsificación, escribe Manfred Hellmann, «elevó de una forma insospechada la posición y el

prestigio de la santa sede». Fue «el regalo más valioso, que jamás ha recibido el papado», dice Walter Ullmann. Se comprende que fueran por lo general los papas y los obispos, quizás aún más favorecidos por los falsificadores, quienes se aprovecharon y sacaron ventaja de todo ello.

La influencia de las *Decretales Seudoisidorianas* sobre la Iglesia y el derecho canónico fue enorme a más tardar ya desde comienzos de la Alta Edad Media y persistió hasta el siglo XIX, cuando de la gran fantasmagoría Pío IX obtuvo, por ejemplo, un gran provecho de cara al dogma de la infalibilidad. Por lo que también dicho papa, todavía después de 1870, al cabo de siglos del descubrimiento de la grandiosa patraña, ¡tuvo palabras de elogio para los autores que seguían insistiendo en la misma! (Merecidamente en 1985 se dio el primer paso para la canonización de Pío IX con el reconocimiento oficial de su «virtud heroica», cuando en tiempos los obispos católicos, los historiadores y diplomáticos católicos le habían calificado de necio y demente; véase al respecto mi obra *Politik der Papste im 20. Jahrhundert*, I, pp. 23 y ss.)

Pero el fabuloso golpe de las *Seudoisidorianas* se ha dejado sentir casi hasta nuestros días, hasta el *Codex Iuris Canonici* de 1917, que por ejemplo reservaba al papa en exclusiva el derecho de convojar un concilio ecuménico. Cuando en 1962 Juan XXIII convocó uno, pudo apoyarse en no menos de seis autoridades: tres de ellas tomadas de las *Decretales Seudoisidorianas* y tres derivadas de las mismas.¹³

Mas como para los predicadores del más allá nada hay más importante que el dinero y los bienes de este mundo, en las grandes falsificaciones tampoco se olvidan los diezmos, las prestaciones de servicio en domingos y días festivos, la protección del patrimonio eclesiástico, la inviolabilidad y el carácter inalienable de los bienes eclesiásticos. Lo que el clero ha obtenido una vez, campos, libros, casas, vestiduras, ríos..., todo tipo de bienes muebles e inmuebles, pasa a ser patrimonio de la Iglesia y cualquier ataque al mismo se castiga con la excomunión, la pérdida de todos los cargos y las penas más severas ante los tribunales civiles.¹⁴

Anastasio Bibliotecario o el estreno de un antipapa

Ya León IV, en cuyo reinado aparecieron las falsificaciones seudoisidorianas, las había aprovechado. Cuando murió el 17 de junio de 855, se quiso elegir como sucesor suyo al cardenal presbítero Adriano. Mas como éste, caso raro en la historia del papado, se negase —quizás porque previese mejores oportunidades más tarde, en lo que de ser así habría atinado de lleno—, la mayoría eligió a Benedicto III (855-858), natural de Roma.

Cierto que el cardenal Benedicto ya había marchado en solemne procesión a Letrán, y el clero y la nobleza habían firmado asimismo el decreto de elección, que había sido enviado al emperador con el ruego de su visto bueno. Pero justamente un grupo leal al emperador había escogido para papa al cardenal Anastasio (bibliotecario), un hombre que pertenecía a la alta nobleza, gozaba de grandes dotes y hasta poseía una buena formación. Y según Wattenbach no sólo era «un hombre sabio y un zorro astuto», sino que también era hijo del rico obispo Arsenio de Orte, a quien por lo demás el propio Anastasio (en una carta al arzobispo Ado) llama tío suyo, como todavía lo siguen haciendo los historiadores católicos del siglo XX —Seppelt, por ejemplo—. mientras que otros ignoran el hecho.

Pero el cardenal Anastasio estuvo en oposición al último papa y evidentemente por miedo a su venganza había permanecido alejado cinco años de su iglesia romana. Como rival tan influyente como hábil y preparado fue combatido por León IV durante casi todo su pontificado y fue excomulgado, desterrado y depuesto en varios sínodos a finales del 850 y en los meses de mayo, junio y diciembre de 853; una condena inmortalizada en San Pedro mediante una estatua con comentario.

Anastasio había encontrado protección en el territorio de soberanía del emperador Luis II y éste rechazó varias veces entregar al fugitivo, tal como el papa reclamaba incesantemente. Y cuando ahora los emisarios romanos de Benedicto pretendían presentar como era de obligación el decreto de elección al emperador, fueron apresados en el camino cerca de Gubbio por uno de los cabecillas imperiales, el obispo Arsenio de Orte, padre de Anastasio, quien les hizo cambiar de opinión de modo que en la corte intercedieron por él.

Después de declarada inválida la elección de Benedicto, Anastasio, que había sido expulsado oficialmente de la Iglesia aunque un tanto al margen de la legalidad, fue elegido papa en Orte. Regresó a Roma acompañado de los emisarios imperiales y allí muchos se pasaron a su bando mientras que hacía encadenar a los nuevos emisarios de Benedicto. Después de lo cual inició su gobierno en San Pedro retirando el insulto grabado en la pared y con la destrucción y quema de imágenes de santos rompiendo con un hacha (a fin de cuentas era un magnífico conocedor de la historia de la Iglesia) incluso las figuras de Cristo y de María. Después mandó abrir las puertas de Letrán, se sentó en la silla papal y ordenó la expulsión de su enemigo, que estaba sentado en la basílica sobre otro trono.

Ese cometido lo realizó el obispo Romano de Bagnorea. Con una banda armada hasta los dientes irrumpió en el templo, golpeó a Benedicto de Sessel y entre burlas e insultos lo despojó de las vestiduras pontificias. Mas gracias al favor popular y a un cambio de opinión de los

imperiales —después de tres días de ayuno general—, el maltratado pudo endosarlas de nuevo, mientras que al papa Anastasio le arrancaban sus insignias y lo expulsaban ignominiosamente del palacio, aunque gracias a los enviados (*missi*) imperiales sólo se le impuso un arresto domiciliario. Benedicto mandó sí restablecer el documento condenatorio en San Pedro, pero readmitió en la Iglesia al ex papa, aunque sólo fuese como laico, y poco a poco se encumbró de nuevo.

Ya Nicolás I, sucesor de Benedicto, hizo abad a Anastasio. Y asimismo, como pequeña compensación por todas las injurias recibidas de la madre Iglesia, le confió la dirección y los ingresos del monasterio de Santa María in Trastevere y lo tomó incluso como «una especie de secretario particular» y de asesor, especialmente en asuntos bizantinos. Anastasio aprovechó la oportunidad para destruir los materiales del archivo papal que lo inculpaban.¹⁵

Nicolás I, un pavo real de papa, «... cual si fuese el soberano del orbe terráqueo»

Nicolás I (853-867) era hijo de un clérigo y casi puede decirse que se crió en Letrán. Bajo los reinados de tres papas —Sergio II, León IV y Benedicto III— logró una influencia cada vez mayor. Y cuando murió Benedicto y el cardenal presbítero Adriano se negó a ser candidato papal, Nicolás ocupó el puesto del papa difunto, aunque según los *Annales Bertiniani* —la continuación más importante de los Anales imperiales interrumpidos en 829—, «más a consecuencia de la presencia y del favor del rey Luis y de los grandes que por elección de la clerecía».¹⁶

En efecto, el emperador Luis II, que había partido de Roma poco antes de la muerte de Benedicto, regresó inmediatamente después y había ayudado al diácono Nicolás a satisfacer su ambición de honores. Y Nicolás se tomó de inmediato el desquite a su manera con una visita de despedida a Luis, que de nuevo partía de Roma. Rodeado del clero y de la nobleza, hizo que a la llegada el emperador llevase su caballo de las riendas durante un tramo, se hizo después agasajar en la tienda imperial con magníficos presentes y en la despedida mandó repetir el homenaje humillante.

Con tamaño orgullo se abría aquel pontificado.

Según parece ya en enero de 754 Pipino III había celebrado el denigrante ritual en su palacio de Ponthion como homenaje a Esteban II después de su travesía invernal de los Alpes. Pero la fuente franca (los *Annales Mettenses Piores*) ignora el hecho. Más bien muestra al papa y su comitiva cubiertos de saco y ceniza postrados en tierra y suplicantes ante Pipino... Cosa que confirman otras informaciones.

Entretanto habían cambiado las relaciones de poder. Principados y reinos se habían hundido y, no sin su intervención, los prelados romanos habían alcanzado cotas cada vez más altas. Montones de violencias, contiendas y guerras habían contribuido al esclavizamiento y al engaño. Se consiguieron los denominados derechos con privilegios e inmunidades, se fueron esquilmando las magníficas regiones del Estado pontificio desde Rávena a Terracina. se reclutaron fuerzas de choque terrestres y marítimas, se montaron las falsificaciones más grandes de la historia, como la tristemente famosa Donación constantiniana y las apenas menos famosas Seudoisidorianas, de las que precisamente ya se sirvió el papa Nicolás y que incluían expresamente aquellas pretendidas donaciones gigantescas de tierras.¹⁷

Nicolás I (858-867), a quien especialmente los católicos gustan de dar el apelativo de «el Grande» —lo que siempre promete algo—, no es casual que para Leopold von Ranke figure entre aquellos personajes a los que cabe considerar «como sistemas vivientes». Y esto casi promete aún más.

Nicolás enlaza con otros «Grandes», con las ambiciones papales de León I, Gelasio I y Gregorio I.

Con León I, quien con su obligada y sin igual modestia pone al papa junto a Dios y a Cristo, el «sumo sacerdote eterno», «semejante a él e igual al Padre» (!). Con el papa Gelasio I, quien, pese a ser «el menor de todos los hombres», una y otra vez reclama abiertamente que se le rinda homenaje como «al apóstol Pedro», como «al vicario de Cristo»; quien pone la autoridad del papa por encima de la *potestas* del emperador y exige que también el emperador cumpla las órdenes de la sede pontificia, de «la sede angelical» e incline «piadoso la cerviz» ante él (!). Y con Gregorio I, quien a su vez demuestra con toda humildad cómo la Sagrada Escritura llama «a los sacerdotes en ocasiones dioses y en ocasiones ángeles»; pero a quien hasta su sucesor el papa Sabiniano le reprocha «la pasión de la propia fama».

Ahora bien, las pretensiones y arrogancias de sus «grandes» predecesores no pasaron de ser puras ilusiones, que la historia en modo alguno confirmó —como queda probado especialmente en el volumen II—. Nicolás, sin embargo, no sólo aprovechó ocasionalmente la tan anhelada plenitud de poder imperial —para lo que se sirvió ya de las Seudoisidorianas sin mencionarlas—, sino que recogió abundantemente lo que había sido sembrado, potenciándolo aún más con un lenguaje retórico, aunque no por su propio ingenio sino por el de su brillante e íntimo compañero de lucha, Anastasio (el Bibliotecario), quien desde 861-862 había recuperado su influencia y que evidentemente redactó muchos de los augustos escritos.

El papa Nicolás I desarrolló el primado de jurisdicción papal, que

aparece por vez primera en los planteamientos de León IV. Aspiraba a un poder universal. Si el señor papa «se lo ha confiado todo, no falta nada que le haya entregado». (*Wenn, «si»*, no es sólo la más alemana de todas las palabras, como piensa Hebbel.) Y en tanto que otorgados por Dios, nadie puede recortar los privilegios de la «sede apostólica». Pues bien, Nicolás atribuía a los papas el «principado del poder divino» y con renovada humildad les llamaba «los principes de toda la tierra», identificando simplemente toda la tierra con «la Iglesia». Más aún, por primera vez se autotituló «representante de Dios». El papa no puede ser juzgado por nadie, ni siquiera por el emperador, en tanto que él puede juzgar a todos, incluidos por supuesto los concilios, los Estados y los soberanos. Pues aunque a éstos les compete una cierta autonomía, tanto en la política exterior como en la interna han de regirse por los principios eclesiásticos, deben mantener alejada de la Iglesia cualquier desdicha y han de cumplir sus órdenes y sanciones bajo la amenaza de castigos terrenales y eternos, de la excomunión eclesiástica y del infierno.

No basta con eso. Si no se obedece a la autoridad civil de la Iglesia, los fieles tienen el deber de desobedecer a la autoridad civil. Y es que nunca se tiene en cuenta —¡hasta hoy mismo!— el mandamiento paulino de ¡Estad sujetos a la autoridad! No, lo que ahora cuenta para ellos es su vieja artimaña de: Tenéis que obedecer a Dios antes que a los hombres. ¡Y en la práctica, conviene recordarlo siempre, Dios son ellos! Todos tienen que bailar al compás que ellos marcan. Con la autoridad civil sólo se puede estar mientras ella está con la Iglesia, o al menos no va contra ella. De lo contrario se cometería una grave injusticia, injusticia que nunca puede darse del lado papal ¡porque Dios está siempre de su parte! Piensan que jurar por el derecho en el fondo es lo mismo que jurar por Dios. Así escribe el papa Nicolás al reino franco: «Advertid si gobiernan según derecho; de no ser así, hay que verlos más como tiranos que como reyes, a los que debemos resistir y oponernos en vez de estarles sujetos».

¿Fue Nicolás I, a quien muchos llaman el primer papa —tras un centenar aproximado de predecesores—, un teócrata, un precursor de la hegemonía universal de los pontífices? El tema lo discuten los intérpretes. Pero sí que constituye una especie de puente hacia Gregorio VII y hacia Inocencio III, aunque muchas de las citas pertinentes en modo alguno sean originales y las cartas estén las más de las veces marcadas por Anastasio, no tan sólo en lo relativo al lenguaje, también por lo que hace a la ideología, con lo que no dejan de ser controvertidas.¹⁸

Es un hecho el proceder altivo de este papa, su estilo marcadamente monárquico y autoritario. «Se impuso a los reyes y a los tiranos y los dominó con su prestigio, cual si fuese el soberano del orbe terráqueo» (*dominas orbis terrarum*). El ambicioso pontífice se aprovechó en la

práctica de la continuada erosión del poder imperial, de la debilidad de los carolingios, que le permitió más que cualquier otro acontecimiento reforzar y fortalecer siempre más y más el papado; que le permitió, como se exalta desde el lado católico, «elevarse a la altura excelsa de una posición mundial, que dejó muy por detrás todos los otros poderes», mientras que para los Centuriadores de Magdeburgo con él se inicia el dominio del Anticristo sobre la Iglesia.

Nicolás, ensalzado y temido, reivindicó en virtud de la autoridad de los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo la potestad suprema y la inviolabilidad de sus dictámenes. Nada estaba por encima de su dignidad, nada por encima de sus derechos, a los que ni siquiera alcanzaba. En todas partes quiso imponer la supremacía de su ministerio. Para ello recopiló en una repetición frecuente cuanto de alguna manera, aunque sólo fuese aproximada, habían dicho o hecho sus ambiciosos predecesores, aunando en un coro las que antes sólo habían sido voces sueltas. El procedimiento era poco original, pero resultaba imponente. Incluso el *Handbuch der Kirchengeschichte*, aparecido con *Imprimatur*, se ve obligado a admitir que «un gobierno central de la Iglesia como el que persiguió Nicolás era algo que el derecho canónico tradicional ignoraba; el primero en desarrollarlo como un sistema fue el Seudo-Isidoro». Es decir, que una falsificación fantástica prefabrica el futuro.

Entretanto Nicolás afirma y no sólo propala sino que también actúa de forma coherente y apremia a la puesta en práctica. Y sus principios, exigencias, negativas y protestas contra cualquier tipo de intervención de emperadores y reyes en la Iglesia, su rechazo de cualquier especie de Iglesia nacional o estatal representaron, según el historiador católico Seppelt, «una lucha incansable y enconada».¹⁹

Nicolás empezó por imponer su autoridad a los metropolitanos, pues afirmaba: «El papa tiene el derecho de regular los asuntos de todas las iglesias, todos los sínodos han de convocarse únicamente por orden suya, los metropolitanos están sujetos a su autoridad; donde el derecho canónico calla, puede él crear derecho nuevo».

Cierto que los metropolitanos poco quisieron saber de todo esto. Y menos aún el arzobispo Juan de Rávena (850-861), una ciudad que como residencia de los emperadores, de los reyes godos y de los exarcas, había sido desde siglos atrás una rival de Roma y después de ésta la sede metropolitana más poderosa de Italia. En el año 666 sus príncipes eclesiásticos habían obtenido del emperador Constante II un privilegio de autogobierno («autocefalía»), aunque habían vuelto a perderlo. Más tarde, con ayuda de los carolingios, habían esperado en vano un Estado eclesiástico propio; en una palabra, ya no cesó la lucha por la influencia, las posesiones territoriales y la independencia de Roma. Más bien se agudizó cuando el belicoso arzobispo Juan ocupó la sede ravenatense

y con él colaboró vigorosamente su hermano el dux Jorge, el caudillo civil en aquel territorio. El prelado Juan aspiraba a la autonomía y al dominio del país, ambicionaba los bienes pontificios, se hizo con ellos, extorsionó con impuestos, depuso a los clérigos de tendencias prorro-manas, intentó impedir la comunicación de los obispos de su archidióce-sis con el papa así como los negocios de sus empleados, a los que affrentó. Al final se le imputaron todo tipo de agravios y desmanes y naturalmente también la «herejía», de modo que Nicolás, que despreciaba la resistencia del obispo «como una telaraña», emplazó tres veces al protegido del emperador y acabó lanzando contra él la suspensión de los cargos eclesiásticos y la excomunión. Mas sólo cuando el emperador evitó al ahora ya excomulgado pudo Nicolás imponerse y obligar a Juan a la sumisión y a numerosos tributos y sobre todo a la devolución de «las posesiones arrebatadas a san Pedro». Se logró una paz aparente, que no iba a durar mucho.²⁰

Y naturalmente también en otros lugares se levantaron los hermanos en el episcopado contra san Nicolás. Con especial virulencia lo hizo Hinkmar de Reims (845-882), el metropolitano más poderoso no sólo en el reino franco. Inútilmente había soñado con convertirse en vicario del papa y, con la ayuda del rey, separar de Roma la Iglesia franco-occidental, bajo el primado de Reims por supuesto.

El arzobispo Hinkmar vivió en abierto conflicto con su respondón sufragáneo, el obispo Rothad de Soissons. Apoyándose en las falsificaciones seudoisidorianas, quiso éste conservar algunos derechos, ciertos o supuestos, que Hinkmar le negaba. Derecho antiguo y nuevo, o mejor injusticias viejas y nuevas se enfrentaban. Pero como Rothad —también en esto de plena conformidad con las Seudoisidorianas— rechazaba asimismo todas las intrusiones del poder civil en el ámbito eclesiástico, en los bienes y beneficios cléricales, se grajeó también la enemistad del rey, y así en el otoño del 862 pudo Hinkmar deponer «de acuerdo con las leyes canónicas» al insubordinado obispo y encerrarlo en un monasterio. Ocurrió «junto a la tumba martirial de los santos Crispín y Crispiniano en Soissons», según cuenta el analista de Saint-Bertin, que para esas fechas lo era el mismísimo arzobispo Hinkmar. Y así no nos sorprende para nada que su hermano en Cristo, el obispo Rothad, figure «como un nuevo faraón y como un hombre transformado en animal». Pero el papa Nicolás, tras un intercambio de escritos eruditos entre Roma y Reims, consiguió el sometimiento de Hinkmar y la reposición de Rothad en 865. Lo más interesante es que «el procedimiento discutió de acuerdo por completo con las reglas de las falsas decretales...», para decirlo una vez más con palabras del *Handbuch der Kirchengeschichte* ya citado.

En sus discusiones con Hinkmar el propio papa no sólo se refiere a

las mismas sino que las califica de válidas desde mucho tiempo atrás fundamentalmente en ellas tanto el procedimiento como su sentencia. Se supone incluso que el obispo Rothad habría sido el portador de la falsificación a Roma y quizás uno de los falsificadores, aunque queda abierta la cuestión de si el papa había conocido el carácter espúreo de las decretales.

Como quiera que sea, al papa Nicolás le agradaba, como a todos los pregoneros de la humildad cristiana, el que alguien se le sometiera por entero; como cuando un prelado, consciente de su culpa, suplicaba anhelante la gracia de Su Santidad con estas devotas palabras: «Al Dios omnipotente, a san Pedro y a la incomparable clemencia de Vuestra Alteza encomiendo mi pequeñez, a Vos que lleváis la representación de Dios y que os sentáis en la venerable silla del príncipe supremo como verdadero apóstol... En todo quiero obedecer vuestras órdenes como a Dios, en cuyo lugar y en cuyo nombre lo ejecutáis todo».²¹

Repugnante.

Pero si ya el hecho de someterse de esa forma a Roma no era del gusto de todos los prelados, fueron muchos los príncipes que se rebelaron contra los pontífices prepotentes. Esto lo ilustra muy bien la disputa, que corresponde en gran parte al pontificado de Nicolás I; disputa en que tras las aparentes implicaciones de teología moral lo que realmente se descubre no es más que una descarada política de poder.

La querella matrimonial de Lotario II: El emperador Lotario I divide su imperio

El hijo mayor de Luis el Piadoso, el emperador Lotario I, murió el 29 de septiembre del 855 en el monasterio doméstico carolingio de Prüm (en Tréveris) con la tonsura y entre ejercicios monacales. Todo ello después de haber vivido los últimos años de su vida en concubinato con dos muchachas de su servidumbre. Sólo seis días vistió el hábito penitencial. Por su alma debieron de combatir también encarnizadamente los espíritus de la luz y de las tinieblas; pero los ángeles buenos obtuvieron la palma, gracias a la intercesión de los monjes de Prüm, generosamente agraciados con tesoros y tierras (a cambio de lo cual el cielo se mostraba reconocido).

Poco antes de su muerte había repartido su imperio entre sus tres hijos; lo que debilitó aún más el poder imperial, ya tocado. A Luis II, el mayor (855-875), que desde el 840 era virrey de Italia en representación de Lotario, le tocó ese territorio y la corona imperial. Pero el imperio quedó prácticamente limitado a Italia, transmitiéndose a través de la coronación por el papa, en contra de la idea que había prevalecido hasta entonces.

Lotario II (855-869), hijo mediano de Lotario I, recibió el territorio carolingio originario, los territorios centrales franceses en torno a las ciudades de Aquisgrán y Metz, con Borgoña septentrional, el *regnum Hlot-harii*, que más tarde recibió su nombre por el que todavía se conoce, así como el territorio renano limítrofe por el norte hasta Frisia. Lotaringia, por la que se combatió violentamente durante el resto del siglo, haciéndolo primero los hermanos de Lotario, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, la obtuvo finalmente en 925 el rey Enrique I como elemento firme del reino francooriental alemán, aunque no sin una primera campaña militar.

Carlos de Provenza, el hijo menor del emperador, que sufría de epilepsia y del que no se esperaba que tuviera descendencia ni una larga vida, obtuvo Provenza, Borgoña meridional y el ducado de Lyon. Su hermano Lotario quiso encerrarlo de inmediato en un monasterio, pero los grandes se lo impidieron. Carlos murió de hecho rondando los 23 años en enero del 863 en Lyon, y los dos hermanos mayores se repartieron su herencia. Las relaciones entre ambos empeoraron de continuo, sucediéndose los ataques mutuos aunque sin resultados definitivos.

El escandaloso asunto matrimonial de Lotario II, que a lo largo de una década marcó la historia franca, tuvo una especial importancia tanto en la política eclesiástica como en la profana. Hizo del papado la última instancia en las causas matrimoniales y, por otra parte, contribuyó a que el imperio francooriental, Alemania, incorporase la Lotaringia.²²

El abad Hucberto; «prostitutas, perros y halcones de caza» y 6.600 mártires

Según el testimonio del obispo Advencio de Metz, el menor de edad Lotario ya había estado prometido formalmente por su padre con Waldrada. Estaba unido con ella en un matrimonio germánico «Friedel» (antiguo alto alemán *friedila*, «querida», «esposa»), que se estipulaba especialmente cuando se daba diferencia de edad, parentesco del marido por casamiento o rapto de la mujer. Pero inmediatamente después de la muerte de su padre, y por motivos puramente políticos, Lotario II había desposado a Teutberga, hija del conde borgoñón Bosón, cuyo hermano el conde Hucberto dominaba como abad de Saint-Maurice el paso de los Alpes desde Italia al valle del Ródano; y el control de los pasos alpinos más importantes procuró a Lotario una posición para eventuales ataques contra Borgoña. Sin embargo, el matrimonio no tuvo hijos y con vistas a asegurar la continuidad de su reino Lotario II

repudió al cabo de un año (857) a Teutberga para desposar a su anterior querida Waldrada. Al igual que Teutberga, procedía de la alta nobleza franca y, según varias fuentes, debió de ser hermana del arzobispo Gunther de Colonia. Ya antes de subir al trono Lotario (855) ella le había dado un hijo, Hugo, y dos hijas, Berta y Gisla, que más tarde fueron considerados de igual condición.²³

Ahora bien, desde los tiempos de Luis el Piadoso (Ludovico Pío), y evidentemente bajo la influencia de sus consejeros cléricales, se habían abierto paso por vez primera determinadas concepciones cristianas de tipo moral. Lotario alimentó de por vida una pasión ardorosa, que los cristianos de la época sólo podían entender como producto de oscura brujería. Regino de Prüm consideraba al rey «encendido por el diablo» y hasta el sabio arzobispo Hinkmar aplicaba todo su saber para dilucidar la cuestión de «si puede ser cierto, como muchos aseguran, que haya mujeres que con sus encantamientos son capaces de despertar un odio inextinguible entre marido y esposa y asimismo de encender un amor indecible entre hombre y mujer, de modo que el hombre ya no puede tener comercio carnal con su esposa y sólo suspira por otras mujeres». Se entiende que el arzobispo diera una respuesta afirmativa y hasta la confirmara con una historia espeluznante y toda una lista de encantamientos y brujerías, sabiendo además que como existe un demonio especial para cada vicio, también hay demonios especiales para la lascivia.

A lo largo de doce años y hasta su muerte luchó Lotario por conseguir el divorcio; empeño en que contó con el apoyo de los arzobispos de Colonia y de Tréveris así como de la mayoría de los prelados lotarin-gios. Y naturalmente con ese motivo hizo donaciones piadosas, como las otorgadas al monasterio de San Pedro, donaciones por todos los motivos imaginables, como la salvación del alma de su hermano menor, que estaba allí enterrado, la salvación de su hijo Hugo, de su querida mujer Waldrada, la expiación de sus propios pecados... Son muchos los motivos para enriquecer monasterios e iglesias.

Con vistas a conseguir el divorcio Lotario acusó entonces a Teutberga —con la divulgación de numerosos detalles— de incesto con su propio hermano el abad Hucherto y de un aborto provocado artificialmente. En respuesta inició el abad una vasta campaña de robos y asesinatos con «una banda de criminales», llevó una vida escandalosa de trato con mujeres y en «prostitutas, perros y halcones de caza» dilapidó los ingresos de una abadía que era muy famosa por las reliquias de la Legión tebana: 6.600 hombres que habían sufrido martirio bajo Diocleciano, aunque el dato se conoció por vez primera sólo casi siglo y medio después. (¡Y una cifra que por sí sola supera varias veces la supuesta suma de *todos* los mártires cristianos en *los tres primeros siglos!*) Pero la especial incriminación del prelado mujeriego era ciertamente falsa. En

vano asimismo emprendió Lotario dos campañas contra el abad, que habitaba seguro en sus fortalezas alpinas.

El arzobispo Gunthar de Colonia revela un falso secreto de confesión

Como incluso un «juicio de Dios», una «prueba del agua», en la que el traidor de Teutberga sacó del agua hirviendo la mano y el brazo «sin escaldarse», redundase en favor de ella, se echó de ver que ni siquiera bastaba el «juicio de Dios» (ya entonces eran muchos los que lo consideraban una mala artimaña con la que se podía engañar a otros; la Iglesia, sin embargo, toleraba abiertamente dicha práctica del *iudicium Dei*, pese a la oposición de no pocos teólogos; probablemente hasta desarrolló nuevas formas y en especial la «prueba cruzada»). En todo caso el archicapellán real y arzobispo Gunthar de Colonia (850-870), que había dilapidado el rico patrimonio de la iglesia local, incluidos los vasos sagrados «de oro y plata de todo tipo» (*Annales Xantenses*) en beneficio de su numerosa parentela feudal de hermanos, sobrinos, hermanas y sobrinas, el tal prelado lanzó la mentira de que Teutberga le había revelado su pecado en confesión.

Un sínodo regional, cargado de dolor y paroxismo, convocado en Aquisgrán en febrero de 860 por Gunthar y por los arzobispos Teul-gaud de Tréveris y Wenilo de Rouen, la condenó. Y ella hizo una confesión forzada y por escrito, que confirmó después oralmente, aunque la revocó de inmediato: «Yo, Teutberga, conducida a la perdición por la curiosidad y la debilidad femeninas, atormentada por los remordimientos de conciencia, para salvación de mi alma y en lealtad a mi Señor, delante de Dios y de sus santos ángeles hago una confesión verdadera de que mi hermano, el clérigo Hucberto, me sedujo en mi primera juventud y realizó con mi cuerpo impureza antinatural. Lo testifico por mi conciencia, no movida por insinuación malévolas ni empujada por coacción violenta, sino conforme a la simple verdad; así me ayude el Señor, que vino para salvar a los pecadores y que ha prometido el perdón verdadero a quienes confiesan sus pecados de forma sincera y según verdad. Yo no invento nada, yo confieso la verdad con mi boca y la refrendo con este escrito de mi puño y letra, porque para mí, mujer poco inteligente y engañada, confesar abiertamente mi culpa ante los hombres es una desgracia menor que tener que sonrojarme ante el tribunal de Dios y caer en la condenación eterna».

Según Regino de Prüm, el rey había procurado ganarse «a cualquier precio» el beneplácito del príncipe de la Iglesia de Colonia, entonces su archicapellán, y hasta había prometido al gran patrocinador de su pa-

rentela desposar a su sobrina. Refiere el abad que en 864 la muchacha fue conducida a palacio y «según se cuenta, después de haberla violentado (*constupratur*), entre las risas y burlas de todos se la devolvió a su tío». Pero la cura de almas nunca ha sido fácil...

La sucia comedia se complicó cada vez más. Los venerables padres conciliares quedaron profundamente impresionados por la confesión de Teutberga. Quisieron saber si «aquella mujer» había sido extorsionada por él, cosa que él negó con juramentos y sollozos. Y asimismo aseguró Teutberga que todo lo había confesado con plena libertad y que no quería lamentarlo nunca. Después se le prohibió si la consumación del matrimonio con Lotario, pero no se anuló dicho matrimonio. La reina desapareció inmediatamente en una cárcel monacal, para que expiase y llorase de por vida su pecado según el deseo de los sinodales. Pero aquel mismo año Teutberga huyó al reino occidental, donde también su hermano del alma Hucberto, sacerdote casado y que más tarde siendo ya abad cayó en combate, habiendo sido expulsado de su abadía, encontró refugio y protección bajo Carlos el Calvo. Éste a su vez empezó ya a acariciar la esperanza de obtener al menos en parte la herencia del sobrino, el territorio de Lotario, aunque sólo en el caso de que continuase su matrimonio con la esposa estéril, en favor de lo cual intervino naturalmente Carlos. Y asimismo lo hizo su influyente prelado Hinkmar de Reims en su escrito *Sobre el divorcio del rey Lotario*, de finales del 860.

Lotario, profundamente amargado, habría preferido silenciar el oprobio de Teutberga; pero ya se había difundido por todas partes. Sin duda que «de buena gana la habría retenido junto a sí»; Teutberga «habría sido idónea para el lecho conyugal, de no haber estado ensuciada por la funesta mancha del incesto» (*Reginonis chronica*). Así, otro sínodo regional, celebrado en Aquisgrán a finales de abril del 862 (con los obispos de Metz, Verdún, Toul, Tongern, Utrecht y Estrasburgo y bajo la presidencia una vez más de los arzobispos de Colonia y Tréveris) volvió a resultar beneficioso para el rey. Declaró nulo su matrimonio con Teutberga y permitió otro matrimonio canónico. Ya para Navidad Lotario, «embrujado según se dice por artes de encantamiento» (*Ármiales Bertiniani*), se casó oficial y solemnemente con la concubina de su juventud, y un obispo del reino de Luis II, Hagen de Bérgamo, coronó reina a Waldrada.²⁴

Nicolás I en lucha con el episcopado franco oriental y con el emperador

Hasta entonces, y pese a la manifiesta injusticia de la que Teutberga fue víctima, el papa había callado durante años ignorando sus repetidas

llamadas de socorro. Y es que en la práctica el papa dependía del emperador Luis II, hermano de Lotario, soberano de la mayor parte de Italia, incluidos Roma y el Estado de la Iglesia. Sólo cuando en 863-864 Lotario se indispuvo con Luis por la herencia del hermano de ambos, Carlos de Provenza, actuó (con mayor energía) Nicolás contra Lotario. Convocó entonces a todo el episcopado franco, el oriental y el occidental, a un sínodo imperial en Metz, que también se reunió en junio del 863, aunque sólo con la asistencia de los obispos favorables a Lotario.

Al mismo acudieron dos legados romanos, que ocuparon la presidencia y a los que el papa nombró sus «asesores de confianza»: eran los obispos Juan de Ficole (actual Cervia, cerca de Rávena) y Rodoaldo de Porto; este último sobornado ya por los bizantinos, como era notorio. Lotario aprovechó al momento la ocasión y sobornó a ambos. Los legados, en parte ni presentaron las credenciales de su señor y en parte las falsificaron «y no hicieron nada de cuanto se les había encomendado de acuerdo con el mandato sagrado» (*Annales Bertiniani*). Y así los obispos declararon por unanimidad nulo el matrimonio de Lotario y de nuevo condenaron a Teutberga, que no se hallaba presente; lo que iba abiertamente contra el derecho canónico que prohibía juzgar a las personas ausentes.

Se decidió recabar su autorización, cuando el papa no la había reclamado. Con los legados viajaron a Roma los dos metropolitanos: Gunt-har de Colonia, que como especial conocedor de la Biblia y del derecho canónico había preparado las citas escriturísticas en favor del divorcio real, y el muy sencillo pero a la vez muy noble Teutgaud. Ambos viajaron «a la sede del bienaventurado Pedro, que jamás engaño ni se dejó engañar por ninguna herejía...», como afirma intrépido el abad Regino.²⁵

Entretanto en Roma el episcopado del reino occidental había intervenido para lanzar nuevos reproches contra Lotario y hasta había reprimido la indiferencia del papa, que sólo entonces tuvo conocimiento de la coronación de Waldrada. Y como creía reforzar su propio poder a través de Carlos el Calvo, se identificó con la política de éste. Por primera vez intervino decididamente contra Lotario, calificó de adulterino su matrimonio y abrió un proceso disciplinario contra los propios legados, con lo que sacrificó a la nueva política al obispo Rodoaldo, que hasta entonces había gozado de su confianza.

Nicolás hizo esperar tres semanas a los dos príncipes eclesiásticos de Colonia y Tréveris, a los que en el otoño de 863 había recibido amistosamente, y mediante un sínodo romano aunque sin la convocatoria de los obispos de la misma provincia —lo que iba contra toda la tradición— los declaró depuestos y excomulgados. Algo inaudito por completo, sin un verdadero proceso judicial, sin acusación ni defensa, sin interrogatorios

ni testigos; una violación escandalosa del ordenamiento jurídico, pero que fue recibida con estruendosos aplausos. El mismo castigo recayó sobre los legados de Metz.

Por el momento Nicolás no condenó al rey. Pero calificó al sínodo de Metz de «sínodo de salteadores» y «negocio de prostitutas», cuyo protocolo, el *«profanum libellum»*, fue desgarrado y quemado. El papa no aportó ninguna fundamentación jurídica para su sentencia; pero su oposición convirtió el reino de Lotario, ya en vida de éste, en el objeto de discusión entre los fronterizos del este y del oeste.²⁶

Cuando en el verano de 864 el papa excomulgó a Gunthar, Lotario, que debía a éste algunos favores, le privó también de su arzobispado y de la dignidad aneja a un archicapellán lotaringio y entregó la sede de Colonia, hecha a su medida, a un güelfo como era el abad Hugo. Pero éste «irrumpió como un lobo rapaz en el rebaño de Dios». Ciento que se le volvió a expulsar rápidamente, pero sólo «después de que hubiera matado a muchísimos en aquel obispado» (*Annales Xantenses*).

El único príncipe eclesiástico que se opuso fue Hinkmar, arzobispo de Reims desde 845 gracias al favor del rey franco occidental. Como solía ocurrir, procedía de círculos feudales y había sido educado en el monasterio de Saint-Denis. Pasaba por ser uno de los personajes más cultos de su tiempo, y mientras defendía celosamente sus derechos arzobispales frente al papa, aspiraba a su vez con no menor celo a ampliar los propios privilegios frente a sus obispos, y entre ellos a unos títulos jurídicos «en los que sus antecesores ni siquiera habían pensado» (Grotz, S.J.).

Como metropolitano de los obispados lotaringios Hinkmar pertenecía a los obispos de Lotario, pero su diócesis personal estaba en el reino fronterizo de Carlos el Calvo, de quien era el primer estadista y el consejero más influyente. Mas para poder disponer más a su arbitrio como metropolitano, Hinkmar perseguía la anexión de Lotaringia al reino occidental. Por eso precisamente tuvo un enorme interés político en la querella matrimonial de Lotario e hizo de ella la *«cause célèbre»*. Y se comprende tanto mejor que el rey Carlos II, olfateando de inmediato su provecho, lleno de «compasión» por la «desgracia» de Teutberga, se opusiera tan resueltamente a la separación de su sobrino Lotario, por cuanto su matrimonio sin hijos le garantizaba a él una herencia magnífica.

Así, no sólo acogió a Teutberga sacándola de la prisión monástica y a su mujeriego hermano Hucberto, que había sido depuesto, le otorgó la abadía más famosa del país, Saint-Martin-de-Tours, sino que acabó denegando a Lotario la comunión eclesial y poniendo en duda su realeza. Y el arzobispo Hinkmar se convirtió naturalmente en el fiel portavoz de su señor, buscando cada vez más su provecho en el provecho de

su rey, anatematizó el proceder de Lotario en parte con irritación y en parte con burlas y quiso que un sínodo imperial entendiese en el pleito.²⁷

Pero en su irritación los dos arzobispos partieron de común acuerdo a toda prisa hacia Benevento, donde se hallaba precisamente con un ejército el emperador Luis II, cuyas buenas relaciones iniciales con el papa hacía tiempo que se habían enfriado. «Ciego de cólera» marchó de inmediato sobre Roma, topándose allí con una procesión de rogativas, ordenada por Nicolás profilácticamente con otras procesiones y un ayuno general para pedir la conversión del emperador en su manera de pensar. El papa no salió al encuentro del príncipe, como era habitual. Y los veteranos del emperador cayeron sobre los integrantes de la procesión, maltrataron a los clérigos, tiraron a la basura los estandartes eclesiásticos, destrozaron cruces, incluida la de santa Helena con las supuestas reliquias de la cruz de Jesús. Saquearon y destruyeron iglesias, demolieron casas y cometieron atrocidades contra hombres y mujeres, con heridos y hasta muertos. Y cuando a los pocos días el noble ca-rolingio abandonó Roma, sus tropas no sólo dejaron tras de sí viviendas saqueadas y destruidas, sino también iglesias profanadas, mujeres y monjas violadas... Y la católica Majestad «se dirigió a Rávena y allí celebró la fiesta de Pascua...» (*Annales Bertiniani*).

El papa, a quien probablemente todo aquello le había venido muy bien, se refugió ocultamente en San Pedro donde ayunó a pan y agua dos o tres días. Y aguardó paciente, jugando un poco al mártir. Después el exaltado emperador, impresionado por un caso de muerte, por una afección personal y por los remordimientos de conciencia, cesó ya en su actitud.

«Escuchad, señor papa Nicolás...»

Buitres coronados y cambio de frente papal

Por su parte los arzobispos de Colonia y Tréveris anatematizaron a Nicolás I, «que se llama papa, se cuenta como apóstol entre los apóstoles y quería convertirse en el emperador de todo el mundo». Le reprochaban su «arrogancia», su «hipocresía», su «furor tiránico», su «desvarío», y le recriminaban el haber convocado «una especie de sínodo de salteadores a puerta cerrada», que había emitido una «sentencia maldita», «una obra mal hecha, maldita y nula». Y como Nicolás se negase a aceptar tales acusaciones, por intermedio del obispo Hilduino de Cam-bray, hermano de Gunthar que había sido depuesto por el papa, y con el apoyo de un tropel de gentes armadas depositaron sobre la tumba de San Pedro dicho escrito de acusación sorprendentemente audaz, aquellos «capítulos diabólicos y hasta entonces inauditos» (Hinkmar),

que empezaban con «Escuchad, señor papa Nicolás...». Para ello mataron a un centinela de la tumba, abriéndose la retirada a punta de es-pada.²⁸

Con posterioridad los dos respondones fueron muchísimo menos osados y tras haberse esforzado en vano una y otra vez por ser repuestos en sus cargos murieron desterrados en Italia: Teutgaud en 868 y Gun-thar en 871.

Pero el papa Nicolás, a quien los dos obispos habían reprochado no sin cierta parte de verdad el que actuase como emperador de todo el mundo, instigaba a los prelados franceses a la desobediencia a su rey —haciendo caso omiso del capítulo 13 de la carta a los Romanos—. Proclamó el derecho de resistencia contra los soberanos incómodos, contra los depravados y los tiranos; idea sobre la que volvería gustosa la Edad Media católica. En 866, «con celo divino», al decir de los Anales de Fulda. excomulgó a Waldrada «con todos sus cómplices, participantes y protectores», amenazó asimismo a Lotario con la excomunión y rechazó los intentos de separación de Teutberga amedrentada en grado sumo así como su anhelada entrada en un monasterio, ja no ser que el rey se comprometiese a guardar celibato! «Porque tú cediste a tus impulsos corporales y diste rienda suelta al placer», le escribía el papa en cierta ocasión, «hasta caer en un charco de miseria y hundirte en la más sucia inmundicia».

Como las cosas pintaban cada vez peor para Lotario, sus tíos se lanzaron ahora sobre el botín largamente acechado. En realidad el único heredero legítimo de Lotario era su hermano, el emperador Luis, a quien todavía Lotario había visitado en Benevento poco antes de su muerte. Pero en mayo del 867 Carlos el Calvo y Luis el Germánico concertaron sobre la tumba de Luis el Piadoso, en el monasterio de Saint-Arnulf de Metz, un «tratado de reparto» singularmente vergonzoso del territorio de Lotario. Con asistencia de numerosos obispos del reino occidental y del oriental, se adjudicaron a partes iguales —y en el territorio de la víctima— el esperado incremento «en verdadera fraternidad». Y naturalmente también prometieron protección y defensa a la Iglesia católica. Pero Lotario, cuyo reino corría el peligro de caer en manos de sus tíos, renovó inmediatamente después en Frankfurt un viejo pacto especial de alianza con Luis el Germánico, que parecía ser beneficioso para Luis, pues éste buscó en seguida la mediación del papa y encontró apoyo en los propios obispos, que hasta lo celebraron como a un héroe de la guerra porque acababa de expulsar a los normandos.

Pero el papa Nicolás se mantuvo inflexible. Y gravemente enfermo, apenas dos semanas antes de su muerte, envió al norte un escrito implacable. Murió el 13 de noviembre de 867 «después de muchos trabajos sufridos por Cristo...».²⁹

Su actitud, que respondía a la doctrina de la Iglesia, reportó desde entonces a Nicolás una gran fama. Pero dejando aparte el hecho de que, por ejemplo, ningún papa y ningún obispo protestaron cuando Carlo-magno disolvió su matrimonio y contrajo otro nuevo, hubo evidentemente explosivos motivos políticos que decidieron el proceder de Nicolás. Pues, al esperar más de Carlos el Calvo para su propio poder, cambió de frente, pasándose a su campo y abandonando al emperador Luis II. Para decirlo con el lenguaje de épocas posteriores, de un papa imperial se convirtió en un papa francés. Hizo concebir al soberano franco occidental esperanzas de la dignidad imperial, alentó resueltamente sus planes sobre la herencia del sobrino y hasta «mostró a Carlos la posibilidad de, habida cuenta de las circunstancias, echar mano al imperio ya en vida de Lotario» (Haller). Ciento que Carlos el Calvo, sobornado por Lotario con la cesión de la rica abadía de Saint-Vaast, momentáneamente había cambiado de rumbo, pero rápidamente regresó al bando del papa.³⁰

También conviene recordar lo siguiente.

En aquella época el matrimonio estaba todavía muy lejos de tener la importancia eclesiástica que alcanzaría después. Ciento que el moralista católico Bernhard Haring en su teología moral *Das Gesetz Christi* repite en una sola página que el matrimonio fue ya «instituido en el paraíso»; pero en la prueba de «la elevación del matrimonio a sacramento» por Cristo no señala ningún pasaje bíblico que lo demuestre. De hecho la monogamia se tomó del paganismo —¡como todo lo que no se les sustrajo a los judíos!— y durante siglos nadie se preocupó de la bendición nupcial. El propio Nicolás I no exigía la correspondiente ceremonia eclesiástica. Sólo en la Baja Edad Media se da la declaración del consentimiento por parte de la pareja en presencia del sacerdote. ¡Y sólo en el siglo XVI pasa a ser el matrimonio un sacramento regular!

Por ello apenas debe sorprender que en el imperio franco los obispos nada tuvieran que hacer jurídicamente con los problemas matrimoniales y que durante mucho tiempo tampoco quisieran hacerlo. Cuando Luis el Piadoso sometió o intentó someter al arbitraje del sínodo episcopal de Attigny (822) la solución de una querella entre dos matrimonios, ¡los obispos encomendaron el asunto a los laicos, que hubieron de decidir de conformidad con la ley civil! Según Wilfried Hartmann, en el imperio franco parece que todavía hacia 860 «las querellas matrimoniales eran competencia de un tribunal civil». Sólo a finales del siglo IXx fueron los prelados los únicos jueces en cuestiones de separación matrimonial, siendo también éste un derecho que consiguieron.³¹

Mientras Nicolás I agonizaba, uno de sus parientes, el *magister mili-tum* Sergio, saqueó el tesoro de la Iglesia. Y el duque Lamberto de Spo-leto y príncipe de Capua aprovechó las horas fúnebres para saquear a

finales del 867 los palacios, iglesias y monasterios de Roma y raptar a las muchachas nobles. Los abusos y violencias fueron tales que muchos huyeron de la ciudad.

Desde el idilio familiar bajo el papa Adriano hasta la muerte abnegada del emperador Luis II «por la causa de Cristo»

A la muerte del papa se abrió una lucha singularmente enconada por la elección del sucesor; lucha que sostenían el partido imperial y el partido de los «nicolaítas», secuaces del último pontífice, con detenciones y desmanes de todo tipo; y a lo que parece también con renovadas ambiciones del anterior antipapa Anastasio. En medio de aquel caos no sólo retiró y destruyó las actas del archivo papal que lo inculpaban, sino que además hizo sacar los ojos a un enemigo personal suyo, que había buscado refugio en una iglesia.

Al final ocupó el anhelado trono pontificio un sacerdote casado de 75 años. Se llamó Adriano II (867-872) y ya en 855 y 858 había sido nombrado candidato papal; era el sexto papa de la dinastía nobiliaria de los Colonna y un vástago del obispo Talaro de Minturno-Gaeta, de cuya fama parece que supo aprovecharse. A las oraciones del santo padre, que era tuerto y cojeaba, se les atribuían efectos milagrosos. Antes de su ordenación había desposado a la joven Estefanía, con la que tuvo una hija cuyo nombre se desconoce y quizás también algunos hijos, llevando después una tranquila vida de familia en el palacio pontificio.

Repentinamente acabó todo el 10 de marzo de 868, cuando Eleute-rio, uno de los hijos del obispo Arsenio, pidió la mano de la hija del papa, que ya había sido prometida a otro. En plena cuaresma Eleuterio raptó a la muchacha y a su madre Estefanía, esposa del santo padre, y las violó. Y no sólo eso. Cuando el emperador Luis acudió a la llamada de auxilio de Adriano, el decepcionado hijo del obispo asesinó en su furor a las dos mujeres, siendo a su vez degollado. El obispo Arsenio, que evidentemente no había sido ajeno a todo el asunto, huyó de Roma muriendo poco después. Todavía el 8 de marzo de 868, dos días antes del asesinato referido, el papa Adriano escribía una carta a Hinkmar de Reims en la que recordaba a su amadísimo Anastasio (el antipapa Anastasio, supuesto instigador del crimen y hermano del asesino), que había sido reintegrado a su dignidad sacerdotal y había sido nombrado bibliotecario de la Iglesia. Pero ahora, sin interrogatorio, testigos ni defensa, volvió a reducirlo al estado laical y lo excomulgó.

Deposición y rehabilitación de Anastasio: la muerte de Lotario II, un «juicio de Dios»

La condena del cardenal presbítero Anastasio la dictó el sínodo romano celebrado el 12 de octubre de 868 sobre la base de gravísimas acusaciones: maquinaciones para promover la discordia entre el emperador y la Iglesia de Roma, saqueo del palacio papal a la muerte de Nicolás I, sustracción de decretos sinodales dictados contra él bajo los papas León IV y Benedicto III, participación en el rapto y asesinato de la mujer y de la hija de Adriano II. En el sínodo el papa echó en cara otros reproches a Anastasio y declaró: «Pero últimamente —como muchos de vosotros lo habéis oído conmigo de un cierto sacerdote Ado, que incluso es pariente suyo, y como a mí me consta por otros cauces— con la más crasa ingratitud a los favores que Nos le hemos hecho, envió a un hombre a Eleuterio y le incitó a que cometiese algunos homicidios (*exhortans homicidio perpetrari*). Y, ay, se han cometido, como sabéis». Sin embargo, ya a finales del año 869 aparece de nuevo Anastasio como consejero del papa y de nuevo era al menos bibliotecario de la Iglesia romana; lo que proyecta una luz sospechosa sobre el santo padre.³²

En apoyo de su poder papal frente a los obispos, Adriano, que era hombre profundamente piadoso aunque no de carácter especialmente firme, había recurrido en los mismos comienzos de su pontificado a numerosas sentencias de los padres de la Iglesia, exactamente 21, todas las cuales procedían de las falsificaciones seudoisidorianas.

Pero no era de la fibra de su predecesor. Vaciló, transigió y, por ejemplo, aunque con ciertas reservas pero apoyándose únicamente en sus promesas, anuló la excomunión de Waldrada y el 1 de julio de 869 dio la comunión en Monte Cassino a Lotario, que por ello le colmó de regalos, oro y plata. El rey había asegurado (y su séquito lo confirmó) que no volvería a tener ningún contacto con Waldrada. También «sus cómplices (*fautores*) recibieron junto con él la comunión de manos del papa». Entre ellos figuraba incluso el depuesto arzobispo de Colonia Gunthar, «el autor y promotor de aquel adulterio público»; eso sí, tras pronunciar una declaración especial «delante de Dios y de sus santos...» (*Annales Bertiniani*).

Durante el viaje de regreso, en el que su séquito fue víctima de una epidemia, Lotario sufrió en Lucca un ataque de fiebre y el 8 de agosto de 869 moría en Piacenza. La creencia común lo interpretó como un «juicio de Dios» por el perjurio cometido en Monte Cassino. Enterraron al rey en el pequeño monasterio de San Antonino, extramuros de la ciudad. Pero Teutberga, que pronto debió de visitar su tumba, hizo generosas donaciones al menos a los monjes del lugar, a fin de que orasen por el descanso del alma de su esposo (¡y es que todo tiene su precio!).

Ella terminó sus días como abadesa del monasterio de Santa Glodesin-de en Metz, suntuosamente dotado por Lotario. Y su rival Waldrada se hizo monja en Remiremont, junto al Mosela.³³

Aclamaciones para Carlos el Calvo con el saludo entusiasta de los obispos

Apenas tuvo noticia del repentino fallecimiento de su sobrino Lotario II, Carlos el Calvo, que fue de por vida uno de los príncipes más ambiciosos, desleales, pusilánimes y afortunados de su tiempo, marchó sobre Lotaringia sin respetar para nada los compromisos contraídos.

La situación era favorable: muerto Lotario, su hijo Hugo era ilegítimo además de ser un niño, Luis el Germánico yacía gravemente enfermo en Ratisbona. Y sus hijos, como convenía a los buenos cristianos, estaban todos en campaña contra los eslavos: el príncipe Luis III combatía con sajones y turingios contra los sorbios, el príncipe Carlomán lo hacía con bávaros contra los moravos, y el príncipe Carlos III sostenía con tropas francas y alamanas al rey enfermo, que «encomendaba a Dios el éxito de la causa». Pero el emperador Luis, hermano de Lotario y el heredero más legítimo, no sólo estaba muy lejos sino que apenas estaba disponible. Desde hacía más de tres años luchaba contra los sarracenos en Italia meridional, donde por fin había cercado por tierra la ciudad de Bari, baluarte sarraceno, y con ayuda de una flota bizantina de 400 barcos recién aparecida también la había aislado por mar.

Por el contrario, Carlos el Calvo que desde años atrás seguía con atención los asuntos de Lotaringia, y especialmente el proceso matrimonial de Lotario II, se hallaba casi a las puertas y para la correría que entonces se iniciaba podía confiar plenamente en la complicidad de muchos obispos, como Hatto de Verdún, Advencio de Metz, Franco de Lüttich, Arnulfo de Toul y otros. También le acompañaba el arzobispo Hinkmar con dos de sus sufragáneos, lo que permite concluir que «desde el comienzo había apoyado» el plan de usurpación y que acompañó «decisivamente» el asalto (Reinhardt).

Cierto que en Attigny algunos obispos y algunos grandes lotaringios rogaron a Carlos que no franquease la frontera. Pero otra embajada le invitó a marchar lo antes posible a Metz, donde estaba el obispo Advencio, que ahora trabajaba en favor de Carlos con el mismo empeño con que antes lo hiciera a favor de Lotario. El agresor avanzó sin escrúpulos. En Verdún le rindieron vasallaje el obispo del lugar y el de Toul, en Metz lo hicieron otros prelados. Y el 9 de septiembre de 869 Advencio exaltó allí, en la iglesia de San Esteban, al señor Carlos como el sucesor elegido y como el legítimo heredero. Advencio no se cansó de

repetir la palabra maravillosa de Dios, el salvador en la tribulación, para hacer ver a todos que tan sólo se trataba de la voluntad de Dios para convertir en su rey y príncipe al señor Carlos allí presente, el heredero legítimo al que Dios mismo había elegido para la salvación de todos. Y como el prelado de Metz hablaron también muchos otros señores eclesiásticos.

Engelbert Mühlhaber habla de una «comedia de la justificación». «Los obispos, que un año antes tan solemnemente habían proclamado su patriotismo contra las veleidades anexionistas francooccidentales, no vacilaron ahora ni un instante en otorgar la bendición eclesiástica al quebrantamiento del derecho del sobrino, al quebrantamiento del tratado frente al hermano. La falsedad y la hipocresía no retrocedieron ante la perspectiva de mezclar el nombre de Dios con sus maquinaciones para ocultar el fin interesado y egoísta. ¿De dónde sacaron ellos, que por el momento no eran más que una minoría, el derecho a disponer de un reino cuya posesión estaba vinculada a la herencia y para instituir un rey extranjero en un reino que sólo conocía una monarquía hereditaria? ¿Obraban ellos de manera diferente a como lo habían hecho los grandes francooccidentales, cuando llamaron al rey alemán para que se adueñase de su país? ¿No era Carlos tan usurpador como el rey alemán en su ataque al reino occidental, al que Hinkmar de Reims y en parte los mismos obispos creían no poder condenar con la suficiente contundencia ni humillar con el suficiente rigor?»

Carlos, por su parte, insistió en su elección divina haciendo también hincapié en el consenso general de eclesiásticos y nobles; prometió preservar el honor y dignidad de la Iglesia y cuanto había que salvaguardar y proteger, como suele repetirse siempre en tales ocasiones. Que también el arzobispo Hinkmar afirmase solemnemente que el rey Carlos había acudido a Metz guiado por Dios es algo que se entiende por sí mismo. Según lo cual se conectaba con el «gran Dios, ¡bendito sea!» y el regio salteador mandó que cada obispo recitara una pequeña oración por su salud (y victoria) y se hizo ungir y coronar, para inmediatamente después distraerse en las Ardenas con la «noble» cacería y estar así entrenado para nuevas empresas.

Por ejemplo, el encuentro con Richildis, la concubina de su juventud y pariente del rey Lotario II, ya que precisamente el 6 de octubre había muerto en Saint-Denis su mujer Irmintrude, madre de ocho hijos. El conde Bosón, hermano de la querida, se la había proporcionado a toda prisa, recibiendo a cambio de aquella tercería amorosa la abadía de Saint-Maurice con otros feudos. Pero el príncipe católico, que no llevaba ni una semana de viudo, apenas tres días después de recibir la noticia de la muerte de su mujer, el 12 de octubre celebró su «reunión» con Richildis, mientras que simultáneamente los normandos, que ya se ha-

bían asentado en las orillas del Loira, incendiaban Le Mans y Tours según todas las reglas del arte de la guerra.³⁴

Incontables veces habían atribuido los obispos la usurpación de Carlos a la acción divina y habían interpretado el robo del país casi como obra de Dios. Por el contrario, el papa Adriano II se empeñó por procurar la sucesión del trono a Luis II, su «amado hijo espiritual», a quien el abad Regino no sólo llama «piadoso» sino también «protector de las iglesias» y «lleno de humilde sumisión a los servidores de Dios», lo que entonces contaba más que cualquier otra virtud. Además, aquel emperador, en su perjuicio ciertamente, guerreó contra los sarracenos que embestían de continuo, los venció y por lo mismo no debía cesar en el empeño para asegurarse por ejemplo su herencia en el norte. De ahí que el santo padre amenazase con la excomunión eclesiástica especialmente a los obispos y a cuantos se alzasen contra su protegido y atentasen contra sus derechos hereditarios. Quería que a los tales los tratasesen como a infieles y tiranos. Pero a nadie inquietaron los gritos del papa romano y el propio emperador estaba demasiado lejos y ocupado, como queda dicho.

Y naturalmente a quien menos inquietaron los deseos papales fue a Carlos el Calvo. Se alió más bien con Rorich, el caudillo de los normandos, que entretanto se había convertido al cristianismo, pese a lo cual continuó siendo «el azote de la cristiandad» —por lo demás, como también lo habían sido los cristianos unos para otros desde hacía siglos y siguieron y siguen siéndolo—. Cuando Luis el Germánico, sorprendentemente restablecido, amenazó al usurpador con la guerra y marchó de inmediato a su encuentro, Carlos cambió de actitud.

Tras largas prenegociaciones los dos monarcas se encontraron en Meersen (a orillas del Mosa en los Países Bajos, donde ya a mediados del siglo habían pactado repetidas veces los príncipes franceses) y el 8 de agosto de 870, exactamente un año después de la muerte de Lotario, se repartieron sin más a partes iguales su reino al norte de los Alpes; los ríos Mosa, Mosela y Saona trazaban aproximadamente la frontera, hasta que diez años después, por los tratados de Verdún (879) y Ribemont (880), toda la parte occidental de Lotaringia pasó de nuevo a Franconia oriental.³⁵

Otras protestas del papa sólo llegaron después de consumada la operación. Pero ni Carlos el Calvo, el «tres veces advertido», ni el sin duda más sermoneado arzobispo Hinkmar, a quien el papa romano tal vez con toda razón había increpado abiertamente como el iniciador de la maldad y del robo, ni el resto de los prelados se preocuparon demasiado. El santo padre más bien hubo de escuchar pronto a Carlos que los reyes franceses, y no los obispos, reinaban en sus territorios, por lo que él se anexionó tranquila-mente lo que le correspondía por el tratado de Meersen.

Pero al igual que Adriano había tenido ya que ceder frente a Lotario y Waldrada, también hubo de hacerlo en otros conflictos, en pleitos civiles y eclesiásticos del imperio carolingio, y especialmente en una desavenencia del obispo Hinkmar de Laon y de su poderoso tío Hinkmar de Reims así como de Carlos el Calvo. Protestaba contra las intromisiones, a las que no estaba dispuesto. Carlos suprimió por entero las órdenes romanas que atentaban a sus derechos. El papa hasta tuvo que desmentir algunas cartas personales, que había escrito su secretario. Declaró que se las habían ocultado durante su enfermedad y que eran pura invención. También un sínodo de 30 obispos franceses tomó partido por el rey.

El emperador Luis II muere agotado por Cristo, y la Iglesia le hereda

Pareció entonces que al menos en el sur de Italia se abría un horizonte luminoso. Tras un asedio de varios años, en 871 Luis II lograba por fin con ayuda de los bizantinos apoderarse de Bari, el centro sarraceno en la península itálica y sede de un emir árabe. Ciento que aquel mismo año el emperador pudo ser hecho prisionero en un golpe de mano por el duque Adelchis de Benevento, con lo que perdió su posición dominante, aunque no tanto por el incidente cuanto por las desgraciadas circunstancias dinásticas. Su mujer Angilberga, descendiente del clan franco de los Suponidos, había participado en su gobierno con un dinamismo extraordinario, interviniendo incluso en acciones militares (especialmente desde la enfermedad y el accidente de caza de Luis en 864), y sólo le había dado dos hijas. Tras la apertura del caso de la herencia, su intento de que Italia pasase con la corona imperial a los carolingios francoorientales fracasó por la resistencia de la nobleza del norte de Italia, que en su mayoría se decidió por Carlos el Calvo. Y entonces el papa, en un repentino cambio político, hasta ofreció la corona imperial a Carlos.³⁶

El emperador Luis II (855-875), hijo mayor de Lotario I, había pasado casi toda su vida en Italia. En el sur del país rivalizaban los intereses políticos de bizantinos y longobardos, a lo que se sumaron numerosas contiendas locales, que no hacían más que llevar el agua a los molinos de los sarracenos. Contra ellos hizo Luis en 866 un llamamiento a todos los hombres libres de Italia. A menudo alabado y siempre alentado por los papas, guerreó con frecuencia, sometió a los duques de Salerno, Benevento y Capua, combatió durante largo tiempo en Apulia y pudo así naturalmente hacer valer su carácter de emperador únicamente en la Italia imperial, más no al norte de los Alpes, donde en el «imperio central» gobernaban sus hermanos Lotario II y Carlos de Pro-

venza, de modo que el arzobispo Hinkmar de Reims le llamaba desdeñoso «*imperator Italiae*». Y finalmente hubo incluso de abandonar el sur a sí mismo a causa sobre todo de la hostilidad de sus príncipes cristianos y muy especialmente del emperador romano oriental.

Luis II, que «con absoluta generosidad se había agotado por la causa de Cristo» (Richeé), se extinguió en el extranjero, y cuando el 12 de agosto de 875 murió en Brescia, todas sus posesiones personales en Italia las heredó la Iglesia. Nada tiene de sorprendente que el obispo Antón de Brescia y el arzobispo de Milán, Ansberto, anduvieran inmediatamente a la greña por sus restos. El obispo Antón los había ya inhumado en la iglesia de Santa María de su ciudad, cuando el metropolitano milanés, acompañado de los prelados de Bérgamo y de Cremona y de todo el clero, los condujo entre himnos y cánticos a Milán.

Como el emperador no dejó ningún descendiente varón, los beneficiados tenían que ser los carolingios francoorientales y uno de los primos alemanes del difunto tenía que ser rey de Italia. Parece que el soberano había designado como su sucesor a Carlomán, hijo mayor del monarca alemán; también su viuda Angilberta y sus partidarios actuaron en ese sentido. Pero Luis el Germánico era ya anciano, su reino se enfrentaba al reparto entre tres hijos, los grandes italianos estaban desunidos y el papa Juan VIII había regalado la corona imperial a Carlos el Calvo, a quien al final se la había prometido secretamente Adriano II, predecesor de Juan. En su última actuación ministerial que se nos ha transmitido, Adriano coronó por segunda vez emperador a Luis II en San Pedro a mediados de mayo de 872. Pero este mismo año, que fue el de su muerte, el papa escribió a Carlos: «Nos os aseguramos de forma sincera y leal —aunque este discurso sea secreto y sea una carta que sólo ha de comunicarse a los más íntimos— que... en el caso de que Vuestra Alteza sobreviva al emperador en vida nuestra, y por muchas fanegadas de oro que alguien pudiera ofrecernos, Nos no desearemos ni reclamaremos ni aceptaremos libremente para rey romano y emperador que a ti... En caso de que sobrevivas a nuestro emperador, ... todos nosotros no sólo te queremos como nuestro caudillo y rey, *patricius* y emperador, sino también como protector de la Iglesia presente...».

Sólo en el provecho de la Iglesia romana pensaba también Juan VIII, que fue elegido papa en 872 y que ahora ofrecía el trono imperial al rey de los franceses occidentales, cosa que más tarde explicaría así: «Carlos se caracteriza por su virtud, sus luchas por la fe y el derecho, sus esfuerzos por honrar e instruir a los clérigos. Por ello le ha elegido Dios para honra y exaltación de la Iglesia romana».

Esto no era en provecho de Italia, ni podía serlo. Allí más bien se sucedieron a toda velocidad unos gobiernos inestables y cambiantes: Carlos el Calvo, Carlomán, Carlos III, Berengario I, Guido. Siglo tras

siglo nadie como los papas impidió en el *Regnum Italiae* con tanta tenacidad y egoísmo el desarrollo de un verdadero Estado.³⁷

Bajo Adriano II Roma había tenido que soportar todo tipo de compromisos y pérdidas penosas. Aunque la pérdida mayor la sufrió a propósito de la querella misionera, que de un conflicto de competencias derivó hacia una lucha entre el este y el oeste en la península balcánica y más allá.

Roma pierde Bulgaria

En la difusión del cristianismo las iglesias del este y del oeste no trabajaron codo con codo sino enfrentadas en una competencia feroz. Cada una de las partes deseaba anexionarse lo más posible. Los frances de Bohemia y Moravia, de Croacia y Serbia, los griegos del territorio de los varegos (ruso antiguo: *varjag* = vikingos) de Kiev, unos señores esandinavos, que se habían establecido allí con su séquito a finales del siglo VIII o principios del IX. También en el reino moravo los predicadores griegos hicieron frente contra los frances. Y cuando el kan Boris de Bulgaria auxilió en 862 al rey franco oriental contra su rebelde retoño Carlomán y los frances tomaron en cuenta la cristianización de Bulgaria, Miguel III de Bizancio derrotó a los búlgaros y los forzó a que recibieran el bautismo de sus sacerdotes.

Los búlgaros, cuya nación surgió en el curso de la Edad Media de la mezcla de tracios, eslavos y protobúlgaros, eran asiáticos del curso medio y alto del Volga, donde habían fundado un kanato (que después se hizo mahometano); se afirmó con su capital Bulgar hasta finales de la Edad Media, en que fue arrollado por la oleada mongola.

Con posterioridad a los hunos algunos grupos nacionales búlgaros llegaron al Danubio y a los Balcanes, donde se asentaron poco a poco hasta convertirse en un vecino peligroso para Bizancio. Como baluarte contra ellos el emperador Anastasio I (491-518), un monofisita convencido, levantó a 65 kilómetros de Constantinopla una muralla desde el mar de Marmara hasta el mar Negro. En tiempos de Justiniano llegaron en continuas oleadas con otras tribus eslavas, en 557 irrumpieron en Tracia, hacia 589 alcanzaron el Peloponeso. En 592 el emperador Mauricio inició contra ellos una guerra, que se prolongó hasta mucho después de haber sido él asesinado. Y en los finales del siglo VII ya habían sometido a los soberanos bizantinos al pago de un tributo anual, forzando en 716 el reconocimiento de su independencia. Su primer reino, fundado en 681 con Pliska como capital, se mantuvo hasta 1018.

Por lo demás, los búlgaros se sobreestimaron cuando poco después de mediado el siglo VIII avanzaron por el sur y el suroeste sobre territorio

bizantino. El emperador Constantino V Coprónico a lo largo de veinte años llevó a cabo diez campañas militares por mar y tierra contra su kan Tervel, aunque sin lograr aniquilarlo. Aunque muy debilitados y pese a las frecuentes sacudidas del trono con asesinatos y destierros de sus príncipes, los búlgaros se repusieron y a las órdenes del kan Krum (803-814), uno de sus soberanos más importantes, realizaron nuevas conquistas, como en 809 la de Serdika (Sofia). Ciento que el emperador Nicéforo I respondió en 811 a la política exterior antibizantina de Krum con una invasión, con la que su poderoso ejército hasta conquistó y destruyó la capital búlgara Pliska; pero el 26 de julio Krum le obligó a emprender la retirada por el desfiladero de Verigava (actual Vurbiski prochod), donde le tendió una emboscada; el emperador perdió la batalla y la vida.

A partir de ese año los zares búlgaros, que ya desde los comienzos se habían denominado «príncipes de Dios», bebieron en la calavera del emperador bizantino, la calavera de Nicéforo repujada en oro, el propio Krum devastó casi todo el territorio de Tracia y llegó hasta las murallas de Constantinopla; pero murió repentinamente en abril de 814 en medio de los preparativos del asedio.

A uno de sus sucesores, el kan Boris I (852-859, fallecido en 907), la aproximación entre el imperio bizantino y el gran reino de Moravia bajo Ratislav le indujo a una alianza con Luis el Germánico, y también a una apertura frente a la Iglesia bávara francooriental. De primeras Bizancio lo estorbó, pues en 864, mediante una gran campaña y una imponente demostración de fuerza por tierra y mar, obligó al kan Boris I a renunciar a su alianza con los franceses y a comienzos del otoño del 865 forzó a los búlgaros a que se hiciesen bautizar por sacerdotes bizantinos. Y como los grandes de Bulgaria se opusieran, Boris aplastó la sublevación de sus nobles paganos ejecutando a sus mujeres e hijos y aniquilando cruelmente linajes enteros. Motivo suficiente para que después de su muerte se le venerase como a santo. Y todavía durante seis siglos la Bulgaria cristiana y la Bizancio cristiana no dejaron de combatirse mutuamente.³⁸

Sexo, pastoral, pequeños sobornos y degüellos en la corte de Bizancio

Cuando el kan Boris I abrazó la cruz en 865, cuando llevó a cabo el paso oficial a la confesión bizantina, recibió el nombre de su imperial padrino: Miguel.

Miguel III de Bizancio (842-867), en modo alguno un emperador tan licencioso como durante largo tiempo lo ha presentado la historia, es verdad que colecciónó caballos, mujeres y al hermoso mozo de cuadra

Basileos, casado y deseado de las mujeres, al que convirtió en caballerizo mayor y primer gentilhombre de la corte así como en marido de la propia querida, con la que él sin embargo continuó teniendo relaciones, mientras que Basileos, que más tarde lo mató, se resarcía con la hermana del emperador. Quien gobernaba en realidad era Bardas, tío del emperador, hasta que Basileos también lo asesinó. Una corte imperial cristiana desde hacía ya siglos.

Bardas, nombrado César desde 862, era un hombre muy bien dotado y de gran formación, que llegó a fundar una escuela superior privada en Constantinopla y no dejó de estar implicado en el golpe de Estado ciertamente sangriento de 856 así como en la eliminación de Teodora, viuda del emperador. También él había expulsado a su primera esposa y vivía abiertamente en «incesto» con la viuda de su hijo. Esto desagradó tanto al patriarca Ignacio, que en 858 Bardas procedió también enérgicamente a su deposición y destierro nombrando a Focio para sustituirlo aquel mismo año. De ese modo, sexo y pastoral a menudo se superpusieron de la forma más perfecta, como *mutatis mutandis* ocurre a todas luces todavía hoy.

El patriarca Focio (858-867 y 877-886), pariente de la casa imperial, tras la renuncia obligada de su predecesor Ignacio (hijo del depuesto emperador Miguel I), en cinco días y en contra del derecho canónico pasó de laico a patriarca; era un teólogo laico, aunque eso sí, el erudito más importante de su tiempo. Naturalmente protestó contra la presencia de misioneros occidentales en el reino de Bulgaria, contra el celibato de los sacerdotes occidentales, contra la «herejía» occidental que era la inserción en el símbolo de la fe del inciso «*Filioque*» (la procedencia o emanación del Espíritu Santo a la vez del Padre «y del Hijo», que para la Iglesia griega iba a ser la causa principal del cisma de 1054) y contra varias cosas más.

El papa no podía naturalmente mantenerse al margen de la lucha que arreciaba en Oriente entre focianos e ignacianos, que respectivamente combatían la legitimidad del antiguo o del nuevo patriarca. Nicolás I negó el reconocimiento al peligroso rival Focio, y Focio declaró ilegítima la autoridad patriarcal de Ignacio mediante un sínodo. Dos legados papales, sobornados en Oriente, sancionaron la deposición de Ignacio y el nombramiento de Focio. El papa los excomulgó, reconoció como legítimo patriarca a Ignacio y en el sínodo lateranense de 863 pronunció solemnemente la deposición y excomunión de Focio, lo que provocó una irritada correspondencia entre éste, Nicolás y el emperador oriental. En 867 Focio condenó al papa y le declaró a su vez depuesto, cosa que nunca lamentó lo más mínimo, excomulgando asimismo a cuantos en adelante se pusieran de su parte. También en Oriente acabaron por excomulgarlo en el concilio de Constantinopla (869-870), se le

restableció y la propia Roma lo reconoció. El papa sólo insistía en que Focio reconociera todos sus crímenes, exigencia que después incluso se dejó de lado, sin duda porque se esperaba la ayuda bizantina contra los árabes. Pero toda aquella contienda acabó por conducir al cisma y a la separación definitiva de Roma del imperio griego.³⁹

Y a la vez agravó el enfrentamiento a propósito de la cristianización de los eslavos.

Consejo papal para Bulgaria: ¡A la batalla no con una cola de caballo sino con la cruz!

A una con el patriarca Focio, también el César Bardas fomentó la misión bizantina de los eslavos, a fin de poder resistir mejor a la presión tanto política como eclesiástica del oeste, especialmente en Bulgaria. Por otra parte, el príncipe búlgaro Boris I intentó a su vez escapar a la prepotente influencia del imperio y de la Iglesia bizantinos. Con ese fin aprovechó la inseguridad política de Oriente tras el asesinato de Bardas en 866 por obra del emperador Basileos I para una toma de contacto con Roma con la expectativa de una organización eclesiástica menos dependiente. Nicolás I, cuyas relaciones con Bizancio se habían ido deteriorando cada vez más, envió también en el otoño del 866 a los obispos Pablo de Populonia y Formoso de Portus, futuro papa, quienes bautizaron inmensas multitudes de búlgaros, expulsaron del país a los sacerdotes griegos y presionaron al kan para que admitiese exclusivamente a clérigos romanos y adoptase su liturgia.

Como no sólo la mayor parte de Bulgaria había caído bajo la autoridad eclesiástica de Bizancio, sino que también había sido cristianizada por bizantinos, un sínodo convocado por Focio a finales del verano de 867 condenó la misión latina en Bulgaria y depuso al papa Nicolás I, a quien por lo demás ya no llegó esta (buena) nueva. Pero sus misioneros vigilaban celosamente los logros conseguidos. También los portadores de la salvación franco-bávaros de Luis el Germánico, que llegaron algo más tarde, y entre los que se encontraba Ermenrico obispo de Pas-sau (866-872) especialmente interesado en el sureste, tuvieron que regresar con gran disgusto, pues la misión romana del papa Nicolás no los valoraba demasiado, misión que ya «había llenado el país con prédicas y bautismos» (*Anales Fuldenses*).

El papa personalmente instruyó a los búlgaros con un escrito titulado *Responso*, con 106 puntos sobre las cuestiones importantes de la vida humana. Por ejemplo, que el patriarca de Roma, que lo era él mismo, era más importante que el de Constantinopla, que debían guardarse de los ritos griegos, a los que atacaba y ridiculizaba, y que debían someter-

se a Roma. También les decía cómo habían de vestir, cómo desposarse, cuándo habían de comer, cuándo habían de consumar el acto matrimonial, etcétera. ¡Y hasta sonaba a revolucionario, cuando les decía que no habían de entrar en batalla con una cola de caballo como estandarte sino con la cruz! Así acabó por convencerse el kan de los búlgaros, que se confesó servidor de san Pedro y proclamó su sumisión... «¡La obediencia romano-occidental casi había alcanzado las puertas de Constantinopla!» (*Handbuch der Europäischen Geschichte*).

Tampoco el triunfo de Roma duró mucho. Pues como quiera que el príncipe Boris no obtuvo ningún patriarca búlgaro autocéfalo, como quiera que Nicolás I no envió al solicitado obispo Formoso, ni tampoco Adriano II, sucesor de Nicolás, envió al también reclamado diácono Marino, y como quiera que Boris debió de oír además que el papa de Roma y el patriarca de Constantinopla se habían depuesto y excomulgado mutuamente, la Iglesia búlgara siempre cortejada solícitamente por Bizancio pronto viró de nuevo después del concilio de Constantinopla (869-870) hacia aquel patriarcado, con lo que su territorio de misión pasó una vez más a la Iglesia griega. Y entonces, pese a todas las protestas papales, los sacerdotes latinos fueron expulsados. Y por mucho que también Juan VIII se esforzase de inmediato por exhortar y advertir al zar búlgaro, por amenazarle y seducirle con las llaves del reino de los cielos, pese a todos sus esfuerzos por obligar a Bulgaria a que continuase bajo la salvación romana y contra los *«sub fide falsi»*, el país prosiguió bajo la influencia de Constantinopla, aunque preservando su autonomía. El año 928 la Iglesia búlgara fue reconocida como autocéfala por la Iglesia de Bizancio.

Pero Focio, que superaba a todos los cristianos coetáneos, cayó por segunda vez en 886, retirándose tras los muros de un monasterio con un prestigio como teólogo y erudito que ha pervivido hasta hoy. También el kan Boris, el cruel degollador de su nobleza pagana, el asesino de mujeres y niños, se hizo monje (889) y fue canonizado, convirtiéndose en el santo patrón de los búlgaros (su fiesta se celebra el 2 de mayo).⁴⁰

Merecido, merecido.

Roma gana Bohemia y Moravia. Llegan los «apóstoles de los eslavos»

En Moravia Ratislav había comprendido claramente que una anexión a la provincia eclesiástica de Salzburgo representaría un peligro todavía mayor para su independencia. Así que en el esplendor de su poder luchó por la desvinculación eclesiástica de Baviera, buscó el apoyo de Roma invitando a misioneros italianos y pensó en una Iglesia

nacional eslava vinculada únicamente al papa. Pero después de que Nicolás le rechazase por consideración a la Iglesia imperial y a Luis el Germánico, buscó un acercamiento a Bizancio, para él menos peligrosa políticamente que los vecinos frances. De modo que rechazó la misión bávara y rogó a Bizancio (862) que le enviase clérigos griegos. Y pronto César Bardas, sólo unos años antes de su asesinato y el del emperador Miguel por obra de su sucesor Basileos, le envió a los hermanos Constantino y Metodio con sus misioneros. Con ello el gran reino de Moravia no sólo conseguía una independencia de hecho respecto de los frances orientales ganosos de someterlo, sino que lograba un cristianismo eslavo y con el acercamiento a la Iglesia greco-bizantina conseguía ante todo una Iglesia nacional morava.

Constantino (más conocido por su posterior nombre de Cirilo) y Metodio, la pareja de hermanos conocida como «apóstoles de los eslavos», procedían de una noble familia de funcionarios de Tesalónica (Sa-loniki) y se habían formado en el círculo constantinopolitano de Focio. Metodio, el mayor, nacido hacia 815, había sido primero un estratega imperial para luego ser abad. Constantino, el menor, era diácono, tal vez sacerdote, había ocupado la cátedra de Focio y en 860 acabó siendo enviado como embajador imperial a los casares en la Ucrania actual. Ambos tenían ya experiencia en la misión eslava y cuando dos años después Ratislav rogó a Miguel III que le enviase maestros, capaces entre otras cosas de traducir los libros jurídicos bizantinos al eslavo, ambos hermanos marcharon al frente de la delegación misionera.

Los «apóstoles de los eslavos» podían hablar y predicar a los mo-ravos en su lengua materna, eran capaces de celebrar la liturgia cristiana, la misa romana («Liturgia de San Pedro») en la lengua eslava y en la tradición eclesiástica oriental, y también tradujeron la Biblia a la lengua vernácula. De este modo crearon un idioma eclesiástico y litúrgico conocido como «antiguo eslavo eclesiástico». Pero todo ello condujo también a un grave enfrentamiento con el clero franco-latino, que desde hacía tiempo trabajaba en el territorio de Ratislav a lo largo del Danubio. Y más aún cuanto que rápidamente superaron a la misión bávara.

Naturalmente pronto siguieron el reproche de «herejía» y una invitación para que acudieran a Roma. Por lo que Constantino y Metodio en 866-867 se pusieron en camino después de aproximadamente tres años de labor. Marcharon a Panonia, entrevistándose con Kocel (el Chozilo, Chezilo, de las fuentes francesas), hijo del príncipe eslavo Pribina, que para entonces ya había muerto. Kocel gobernó hasta su muerte hacia 875 en la fortaleza principal de Mosapurg (Zalavár) sobre el lago Ba-latón y desde entonces empezó a promover la liturgia eslava. Desde allí partieron los misioneros (868) para Venecia, continuando viaje hasta la corte papal a fin de obtener las bendiciones supremas para su empresa.

En efecto, en Roma (donde Constantino, que había adoptado el nombre de Cirilo, murió el año 869) Adriano II refrendó su práctica misional. Aprobó la liturgia eslava, aunque ordenó que las epístolas y los evangelios se leyeron en latín. Mas cuando en 870 Adriano, a ruegos de Kocel que quería librarse de la dependencia franco-oriental y deseaba una Iglesia independiente, nombró a Metodio legado pontificio y arzobispo de Panonia y Moravia, sometiéndole también Metrópolis Sir-mium (actual Mitrovica, junto a Belgrado, recuperada desde el asalto ávaro de 582), encontró una enconada resistencia por parte de los obispos de Salzburgo y Passau. Y es que la disposición de Adriano afectaba a sus diócesis, y desde luego no tan sólo a su régimen eclesiástico sino también al avance de la «colonización» franca. Se agudizó así la querella eclesiástica, que ya se prolongaba unos quince años, y que a cada uno le afectaba de alguna manera: «A Metodio en la lengua eclesiástica eslava, a los bávaros en la inviolabilidad de su territorio misionero, al papado en la autoridad directa sobre la Iglesia morava, a los propios moravos en su independencia» (Zóllner). En el fondo a todos les afectaba en lo mismo: en el poder.⁴¹

Al duque Ratislav le sacan los ojos y al arzobispo Metodio lo trata a fustazos el obispo de Passau

Indisolublemente unido a la querella eclesiástica estuvo el conflicto político. Luis el Germánico irrumpió una vez más en el este avanzando con tres cuerpos de ejército. Despues el príncipe Carlomán atacó desde Carintia el principado de Neutra en Eslovaquia, donde gobernaba Sva-topluk, sobrino de Ratislav (870-894). Había empezado como príncipe asociado allí donde el arzobispo salzburgoés Adalram había consagrado el primer templo cristiano (828) y evidentemente en favor de la Iglesia romana. La «gracia de Dios», «el justo juicio divino», lo libró así de todas las traiciones dinásticas que le amenazaban. Carlomán se lo atrajo a su bando y Svatopluk lo entregó a su tío. Carlomán hizo encarcelar a Ratislav en Ratisbona y ya «sin resistencia alguna penetró en su reino, sometió todas sus ciudades y burgos, ordenó y administró el reino con su propia gente y se enriqueció con el tesoro real».

Pero a finales del otoño Ratislav, «cargado de pesadas cadenas», fue llevado a la presencia del rey Luis y, a modo de gracia, le sacaron los ojos y ya ciego volvieron a encerrarlo en una cárcel monástica. (Hubo incluso presagios, «signos milagrosos», a lo largo del año: por las noches un aire como tinto en sangre flotaba sobre Maguncia, también hubo allí dos terremotos al tiempo que una peste bovina arrasaba «con enorme violencia en algunos lugares de Francia». Más aún, durante un sinodo

celebrado en la iglesia de San Pedro de Colonia «se escucharon voces de malos espíritus, que hablaban entre sí lamentándose muy dolidamente de que hubieran de ser expulsados de lugares en los que habían habitado tanto tiempo», *Annales Fuldenses*.) El episodio recuerda al «mal espíritu» de Caputmontium.

Mas cuando Metodio perdió a su protector Ratislav, los obispos bávaros lo arrestaron también a él y le hicieron encarcelar durante un año en Baviera —aunque se desconoce el lugar preciso—, pero sin duda que detrás estaba «todo el episcopado bávaro en estrecho contacto con el poder político» (Mass). Y Moravia fue entonces administrada por mar-graves alemanes.

Antes, en 870, habían arrastrado a un sínodo de Ratisbona al arzobispo que acababa de ser aprobado por el papa, a un hombre que probablemente representaba un cristianismo más serio que el que proponía el clero franco misionero en Moravia, y se produjo un choque con los prelados bávaros, a quienes todo lo eslavo les resultaba odioso. «Tú enseñas en nuestro territorio» echaron en cara al arrestado, mientras que éste por su parte acusaba a los prelados de Salzburgo y Passau de haber traspasado las «viejas fronteras» por ambición y codicia.

El obispo Ermenrico de Passau tal vez había arrestado a Metodio. Y Ermenrico, un literato culto de la nobleza suaba, que en Fulda había sido discípulo de Rabano y de Rodolfo y en Reichenau de Wa-lafrido Estrabón, habiendo permanecido también durante algún tiempo en la corte de Luis el Germánico en Ratisbona, arremetió incluso —según el papa Juan VIII— contra su hermano *in Christo* con una fusta de arrear a los caballos, durante largo tiempo lo tuvo a la intemperie y a la lluvia en invierno y probablemente también lo encarceló. Como quiera que fuese, desde finales de 870 hasta 873 el arzobispo Metodio permaneció en una cárcel monástica, ya fuese en Freising, en Ratisbona o en Ellwangen, donde Ermenrico había sido monje en tiempos.⁴²

Incursiones en el este o «ninguno escapó de allí, a excepción del obispo Embricho...»

También el gran príncipe Svatopluk, el verdadero soberano del reino de la Gran Moravia, de todos los territorios de los Sudetes, incluidas Bohemia, Silesia y Hungría central, había conocido las prisiones francas; pero poco a poco se fue demostrando cada vez más útil, también para las cercanas tribus eslavas sometidas y «convertidas» y para los checos orientales. Neutra, la sede principesca, era ya en la segunda mitad del siglo ix sede episcopal, la más oriental de la Iglesia latina.

Pero en 871 Svatopluk fue acusado de deslealtad y de nuevo hecho prisionero por los frances, por Carlomán, a cuyo sobrino había sacado de la pila bautismal. Mas como resultó inocente a todas luces, de nuevo hubo que liberarlo recompensándole incluso «con dones regios». Y el príncipe tomó entonces cumplida venganza.

Reanudó la política antifranca de Ratislav, se levantó en armas y todavía en 871 infligió una terrible derrota al ejército bávaro. Los condes fronterizos, Guillermo y Engelscalco, que luchaban contra Moravia, cayeron con otros muchos. «Toda la alegría de los bávaros por tantas victorias conseguidas se trocó en tristeza y lamentos.» Los que no fueron abatidos dieron con sus huesos en la cárcel. Svatopluk, que para los asuntos políticos más importantes se sirvió de sacerdotes cristianos, como Juan de Venecia y el suabo Wching, continuó siendo para los frances «el cerebro lleno de mentira y astucia», un hombre «inhumano y sanguinario como un lobo» (*Annales Fuldenses*).

Cierto que en 872 se atacó a moravos y bohemios desplegando todo género de violencias, pero de nuevo con escasa «fortuna». Turingios y sajones fueron puestos en fuga «con enormes pérdidas», «los condes fugitivos fueron apaleados por las mujerzuelas de aquella región y derribados de sus caballos a garrotazos». Por el contrario, y desde luego «con la confianza en la asistencia de Dios» (que al mismo tiempo «destruía con fuego del cielo» la catedral de Worms), el pueblo en armas a las órdenes del arzobispo de Maguncia persiguió de forma parecida a cinco duques enemigos, los mató ahogándolos en el Moldava y devastó «una parte no pequeña» del territorio, regresando «sano y salvo a casa; la dirección suprema de aquella expedición corrió a cargo del arzobispo Liutberto».

Otro contingente franco, acaudillado por el obispo Arn de Würzburg — constructor de una catedral en el lugar así como «caudillo responsable de cuatro campañas conocidas» (Lindner) — y el abad Si-gehardo de Fulda, corrió «sembrando muertes e incendios» en ayuda de Carlomán, que operaba contra Svatopluk. Pero los bávaros sucumbieron y hubieron de «regresar con pérdida de la mayor parte de los suyos entre grandísimas dificultades». Y otro cuerpo de ejército bávaro, dejado para proteger los barcos a orillas del Danubio, fue enteramente destrozado por tropas de Svatopluk... «Ninguno escapó de allí, a excepción del obispo Embricho de Ratisbona...»

Con incursiones extraordinariamente sangrientas pudo Svatopluk afianzar su soberanía y en 874 la paz de Forchheim le aportó una relativa independencia, incluso en la política eclesial, aunque contra el pago de unos tributos anuales.⁴³

Prohibición definitiva de la liturgia eslava y exaltación de los «apóstoles de los eslavos» a patronos del país y a «santos de moda»

Sólo en 873 había obtenido el papa Juan VIII la liberación de Me-todio. Tras su regreso a la diócesis panonia hubo ciertamente de renunciar a la liturgia eslava, a la lengua «bárbara» y celebrar la misa únicamente en latín o en griego «como la canta la Iglesia de Dios expandida por todo el orbe terráqueo». Pero Metodio no se resignó y el papa revocó la prohibición en 880.

Políticamente Svatopluk, señor de la Gran Moravia, apoyó sí la postura de Metodio, aunque personalmente estaba más a favor de la «cultura» occidental, y sobre todo del papado. Así, hizo que su favorito el monje suabo Wiching, educado en el monasterio de Reichenau, fuera elegido por Roma para obispo de Neutra, la primera sede de Svatopluk. Después Wiching fue sufragáneo de Metodio. Sin embargo, intrigó de continuo contra el programa misionero de éste, pese a que en junio de 880 Juan VIII lo había aprobado con su bula *«Industriae tuae»* y sorprendentemente había resuelto contra Wiching después de que Metodio, convocado a Roma, pudiera rebatir de forma meridiana la acusación de «herejía».

Pero el papa Esteban V (885-891), que estaba bajo la influencia del clero francés, prohibió definitivamente el canon eslavo de la misa haciéndolo sustituir por el rito romano, siendo ésta «la última decisión eclesiástica importante de un papa de la época carolingia» (*Handbuch der Europäischen Geschichte*). Pues con ello una parte de los eslavos del sur y del oeste quedó incorporada para siempre al occidente latino. Esteban V rechazó «por entero la falsa doctrina» y recomendó de la forma más calurosa al «rey de los eslavos» al obispo Wiching como ortodoxo. Pero sólo tras la muerte de Metodio hacia 885-886 logró imponerse Wiching contra el sucesor favorito de Metodio.

La tentativa de Metodio por crear con el apoyo de Bizancio una Iglesia nacional eslava se derrumbó por completo. El episcopado báva-ro había vencido en toda la línea. Se produjo una gran conmoción eclesiástica. La liturgia latina desplazó de nuevo a la eslava y la provincia eclesiástica franca sustituyó a la morava, eslovenos y croatas cayeron de nuevo bajo la férula romano-católica, y la misión bizantina acabó en Moravia para siempre. Al igual que en Bulgaria se había impuesto el este, en Moravia prevaleció el oeste. En lo sucesivo sería la línea divisoria entre la cristiandad griega y la romana, entre el gran sureste europeo eslavo y la parte occidental menor de los eslavos, a través de los eslavos meridionales, a través de los Balcanes. Allí se enfrentaron hostilmente Bizancio y Roma con todas las consecuencias catastróficas incluso en el

siglo XX, y especialmente en la segunda guerra mundial así como en la guerra de los Balcanes de los años noventa.

El clero «eslavo», seguidor de Metodio, estuvo largo tiempo encarcelado y en parte encadenado en 886, debido sobre todo a la influencia del obispo Wirching; después fue expulsado de Moravia, desde donde huyó principalmente a Bulgaria, aunque también a territorio serbio y croata. Al mismo tiempo en Moravia desapareció de raíz la liturgia eslava y un precioso tesoro de manuscritos de la escuela eslava antigua fue destruido bárbaramente. En contra de la disposición de su predecesor, el papa Esteban V decretó la prohibición absoluta de lo eslavo en el oficio divino y nombró al franco oriental Wiching arzobispo de Neutra. En ningún sitio se mantuvo la antigua tradición eclesiástica eslava, ni en Moravia ni en Bohemia.

Sólo en el siglo XIV Constantino-Cirilo y Metodio fueron nombrados patronos nacionales de Moravia convirtiéndose de repente en típicos «santos de moda». Consta, sin embargo, inequívocamente que antes de 1347 ni en Bohemia ni en Moravia recibieron veneración cíltica alguna los dos misioneros. Sólo entonces «se descubrieron» también sus reliquias, «de índole comprensiblemente muy dudosa», Grauss.⁴⁴

CAPÍTULO 4

JUAN VIII (872-882), UN PAPA COMO DIOS MANDA

«Aquel que deba ser elevado por Nos a la dignidad imperial, antes y sobre todo tendrá también que ser llamado y elegido por Nos.»

PAPA JUAN VIII¹

«... el mundo había comprendido que en aquello que él exigía y reclamaba al igual que sus predecesores, de lo que en realidad se trataba era de derechos civiles y de dominio terrenal, no de la fe y de la Iglesia.»

JOHANNES HALLER²

«En Roma el obispo de la sede apostólica era otro, de nombre Juan; éste ya antes había sido envenenado por su pariente; pero entonces fue golpeado por el mismo a la vez que por otros compañeros de crimen con un martillo, hasta que éste se le quedó clavado en el cerebro..., pues estaban sedientos tanto de su tesoro como de la dirección del obispado».

*ANNALES FULDENSES*³

«Sin duda en Italia reinaba la más completa anarquía... De los nueve papas, que durante los doce años siguientes ocuparon en rápida sucesión la silla de Pedro, apenas uno murió de muerte natural.»

KARL KUPISCH⁴

Del sucesor de Adriano, el nativo romano Juan VIII, ya entrado en años y uno de los papas más conocidos de cuantos reinaron entre Nicolás I y Gregorio VII, pensaba el historiador católico Kühner, relativamente crítico: «Todo su empeño estuvo en imponer la paz y la justicia». Pero en realidad Juan VIII fue un papa extraordinariamente ambiguo, un verdadero conspirador que echó las redes literalmente por doquier, no aspirando más que al poder y nimbado por el trágico brillo de la guerra. Ninguno de sus predecesores había lanzado tantas excomuniones; ninguno antes se acomodó tan sin conciencia y con tanta versatilidad a todos los cambios del momento, aunque bastantes de sus predecesores intentaron ya sin rebozo alguno desplegar el poder eclesiástico con objetivos puramente políticos.

Una «iniciativa fresca» o el primer papa almirante

Inspirado por Gregorio I y por Nicolás I, sus modelos, extremó el rol direccional de los papas. Y al igual que León IV transformó San Pedro, el barrio del Vaticano, la «Ciudad Leonina», en una fortificación, también Juan VIII amuralló la basílica de San Pablo y todo el suburbio anejo, que llamó «Johannipolis». Y como ya su predecesor Adriano —después de haber librado generosamente a Luis II de un juramento, emitido a través del duque Adelchis de Benevento en 871— había impulsado al emperador «a la reanudación de la lucha» (Regino de Prüm), así también el papa Juan acompañó con vigorosas sentencias bíblicas la guerra de Luis contra los sarracenos y, como también hiciera León IV, absolvió de sus pecados a cuantos «caen con piedad católica contra paganos e infieles», prometiéndoles asimismo la paz «de la vida eterna».

Este representante de Cristo también reclutó soldados, obtuvo del rey de Galicia una caballería mora, probablemente fundó el cargo de presidente de los astilleros y seguramente en una «iniciativa fresca» (Seppelt, católico) fundó la primera marina papal: unos barcos ocupados por tropas, con dos castillos defensivos, provistos de máquinas ca-

tapultas capaces de lanzar piedras, teas y garfios para el abordaje y movidos por remeros esclavos. Personalmente llevó a cabo empresas militares, fue el primer papa almirante que fue a la caza de sarracenos, consiguiendo matar a muchos de aquellos «animales salvajes» —como él les llamaba con un lenguaje de verdadero santo padre— y arrebatarles 18 naves de Cabo de la Circe. Toda una «gesta heroica», según el católico Daniel-Rops. También puso empeño en evitar cualquier grave contagio colaboracionista amenazando con la excomunión eclesiástica a los cristianos que negociasen con los sarracenos.⁵

Los negocios de Juan con Carlos el Calvo, el «libertador del mundo»

A la muerte del emperador Luis II sus tíos Luis el Germánico y Carlos el Calvo reivindicaron la corona imperial. El papa Juan VIII envió sus legados a Carlos, el clero italiano también se decidió por él, con lo que «el tirano de la Galia» cruzó a toda prisa el Gran San Bernardo e irrumpió en Italia, donde «con mano artera arrambló con todos los tesoros que pudo encontrar» (*Annales Fuldaenses*). Por el contrario, los francoorientales Carlos III y Carlomán que cruzaron los Alpes (por orden de su padre) sólo recibieron el apoyo del margrave Berengario de Fríuli, que luego sería rey y emperador (su madre Gisela era hija de Luis el Piadoso).

Pero Luis el Germánico aprovechó la ausencia de su hermano —como ya lo hiciera el año 858— para invadir el reino franco occidental en una incursión de pura venganza. El ejército real, cuentan los *Annales Fuldaenses*, «saqueó y devastó cuando pudo encontrar». Ciento que los magnates occidentales se asociaron bajo juramento para rechazar a los invasores; pero también ellos arruinaron el reino de Carlos «toda vez que ellos mismos devastaron como enemigos». Más aún, muchos condes y obispos acudieron a Luis, cuando el incendiario rey franco oriental celebró «la fiesta del Nacimiento del Señor en Attigny» y tras el golpe de mano «la cuaresma y la fiesta de Pascua» en el palacio de Frankfurt (*Annales Bertiniani*).

Carlos el Calvo, a quien ya Nicolás I había designado y propuesto por «inspiración divina», disponía indiscutiblemente del poder más fuerte, de modo que pudo ayudar al papa tanto contra la nobleza romana como contra los árabes, con quienes príncipes y ciudades una y otra vez se habían aliado por afán de botín; botín del que también Juan estaba hambriento. Al mismo tiempo, sin embargo, el monarca franco occidental estaba tan amenazado por los salteadores daneses, que el papa creyó tener las manos lo suficientemente libres como para llevar a cabo en Italia sus propios planes políticos.

Mas Carlos, que pese a la miseria general explotaba insaciable su reino, aunque haciendo donaciones generosas a la Iglesia local, pareció dilapidar sus tesoros también en el sur y hasta dio la impresión de querer vender formalmente su *imperium*. Y así pudo Carlomán, cuya espada temía como cualquier otra —«pues era tan cobarde como una liebre»—, inducirlo a la retirada «con oro, plata y piedras preciosas en cantidad incontable». Asimismo sobornó «a todo el senado del pueblo romano con oro como Yugurta y se lo ganó para sí» (*Annales Fuldenses*).

Y al propio papa Juan, que ciertamente no era amigo de los carolin-gios francoorientales, no parece que le dejaran indiferente las ingentes sumas de dinero de Carlos.

Éste naturalmente también había hecho «muchos y preciosos regalos a san Pedro», como cabía esperar. Y así declaraba el «sucesor» del apóstol que Carlos había superado a su padre y hasta a su abuelo; afirmaba que su elección para emperador la había Dios decretado ya «antes de la creación del mundo»; con adulación servil y ridícula, lo celebraba como el astro salvador que se alzaba sobre la humanidad, como el «liberador del mundo» largamente anhelado, el varón de Dios a quien los ángeles le habían señalado el camino a través de territorios impracticables, de pantanos, de pasos desconocidos, de corrientes arrasadoras, etcétera. Y en la Navidad del 875 coronó pomposamente emperador a Carlos el Calvo en la iglesia de San Pedro, exactamente 75 años después de la coronación de su abuelo Carlomagno, mientras que amenazaba con la exclusión, la deposición y el anatema a cuantos, obispos y laicos, apoyasen a Luis el Germánico.

Difícilmente cabe sobrevalorar el cambio operado, el giro total de la historia: en efecto, si en tiempos los emperadores reivindicaron la corona en virtud del derecho hereditario, ¡ahora era el papado, exclusivamente el papado, el que reivindicaba otorgar esa corona a su arbitrio!

Roma hacía a la vez otro gran negocio. Carlos no sólo renunciaba a los derechos del emperador en el Estado de la Iglesia, establecidos por Lotario I en 824; no sólo renunciaba a los ingresos procedentes de los tres monasterios imperiales de San Salvadore, Santa María in Farfa y San Andrés de Soracte, y no sólo renovaba todas las donaciones, que sus predecesores, desde Pipino a Luis II, habían hecho a la Iglesia romana. Sino que el papa obtenía además considerables ampliaciones territoriales en Benevento y Nápoles, las tierras de Samnium y Calabria, las fortalezas fronterizas toscanas de Chiusi y Arezzo así como muy especialmente la soberanía suprema sobre los ducados de Spoleto y Benevento. Esto le granjeó de inmediato la enemistad de dos príncipes vecinos, el duque Adalberto de Toscana y sobre todo la del duque Lamberto de Spoleto, que a comienzos de 878 invadió Roma arrasando-

la durante cuatro semanas; plaga que los papas posteriores habrían de sufrir permanentemente bajo la sed de venganza de los espoletinos. Y los árabes acosaban al Estado pontificio más que nunca.

Así se sucedieron, por una parte, las incesantes llamadas de socorro de los pontífices, los gritos angustiosos por las devastaciones territoriales y las violaciones jurídicas, de las que Su Santidad por lo demás se hacía personalmente culpable, y siguieron las lamentaciones por los ataques sarracenos y por las correrías cristianas (¡las del duque de Spole-to!). Por otra parte, al «arrodiado» y suplicante emperador el papa Juan, que ya no encontraba «sueño para sus ojos ni alimento para su boca», le prometió de nuevo magnánimamente, si le otorgaba su apoyo, «las moradas del reino de los cielos» y «los prados de la vida eterna entre los ángeles».⁶

Juan VIII trabajó en la destrucción del imperio y del reino de Italia con vistas a incremenar el poder de su propia sede, dominar por igual a obispos y príncipes y dirigir Italia políticamente. «Aquel que deba ser elevado por Nos a la dignidad imperial, antes y sobre todo tendrá también que ser llamado y elegido por Nos», declaraba con osadía asombrosa al tiempo que encandilaba con la corona imperial, a veces simultáneamente, a casi todos los candidatos posibles, como Bosón de Vienne, el rey de Provenza, los hijos de Luis el Germánico, Carlomán y Luis III, y sobre todo al franco occidental Luis II el Tartamudo, hijo de Carlos el Calvo. Y a cada uno le prometía toda exaltación, gloria y salvación en este mundo y en el otro, todos los reinos del mundo. Y a cada uno le inculcaba que era el único candidato, ¡afirmando que en ningún otro había buscado ayuda y asistencia! Y cuando por fin tuvo claro que no podía esperar mucho de los franceses, se volvió hacia Bizancio.

Después de que Carlos fuese coronado emperador en Roma a finales de 875, a su regreso también le correspondió la corona del reino de Italia. A los suyos se lo otorga el Señor en sueños. Una asamblea de magnates en Pavía le otorgó la segunda dignidad; era sobre todo un grupo de numerosos obispos, a cuyo frente figuraba el arzobispo Ans-perto de Milán, que fue el primero en jurarle lealtad, bien respaldado como se encontraba. De común acuerdo los grandes nombraron en febrero a Carlos su protector, señor y rey, pues la gracia divina por mediación de los príncipes de los apóstoles y del papa lo había exaltado a la dignidad de emperador.

Llegaron los juramentos recíprocos de fidelidad y también aquí el emperador y el clero se hicieron concesiones. Carlos recomendó fortalecer al papa Juan, honrar a la Iglesia romana, proteger sus posesiones territoriales a la vez que otorgaba a los prelados la permanente potestad de *missi* o representantes del emperador.⁷

Muere Luis el Germánico: el último adiós del abad Regino

Luis el Germánico no pensaba, sin embargo, dejar Italia en manos exclusivamente de Carlos. Y cuando los legados papales quisieron investigar los «conflictos» surgidos entre los hermanos e intentaron solucionarlos «de acuerdo con el derecho canónico y la ley civil», Carlos no quiso en modo alguno recibirlos. En vez de eso envió sus propios emisarios, el arzobispo de Colonia Wiliberto con dos condes, para que se entrevistasen con el emperador. Lo encontraron en el palacio de Ponthion junto con los obispos Juan de Arezzo y Juan de Toscanella, rechazados por Luis, con un sínodo que se prolongó tres semanas y al que asistían muchos eclesiásticos y grandes civiles. Sólo el 4 de julio pudieron presentar al mismo en presencia de Carlos la exigencia de su rey de recibir «una parte del reino del emperador Luis, hijo de su hermano Lotario, según le correspondía por derecho hereditario (*ex hereditate*) y tenía asegurado por juramento».

A ello respondieron los legados romanos con la lectura pública de dos cartas de su señor el papa dirigidas a los obispos y condes franco-orientales, con fecha de 13 de febrero. En ellas el papa se burlaba con extraordinaria dureza «del rey de Baviera», al que comparaba con Caín, reprochándole la envidia contra su hermano, el quebrantamiento de la paz, la falta de lealtad y la provocación incesante. En dos breves apostólicos del mismo día dirigidos a los obispos y grandes francooccidentales conminaba con la amenaza de excomunión a los tránsfugas que se habían pasado al bando de Luis para que reparasen el agravio, mientras que alababa a los otros por su lealtad «más firme que el diamante».⁸

El 28 de agosto del mismo año moría en el palacio de Frankfurt Luis, que había superado los setenta años y que llevaba enfermo mucho tiempo, aunque se hallaba en plenos preparativos para una guerra contra su hermano Carlos. Al día siguiente Luis fue enterrado en el cercano monasterio de Lorsch, en cuya cripta estaba su sarcófago todavía a comienzos del siglo XVII, desapareciendo después sin dejar el menor rastro.

En un último adiós al rey escribía Regino de Prüm: «Fue un príncipe muy cristiano, de fe católica, bastante instruido no sólo en las ciencias profanas sino también en las eclesiásticas; fue el más fervoroso cumplidor de cuanto exigían la religión, la paz y la justicia. Era de ingenio muy agudo (*ingenio callidissimus*) y prudente en el consejo; en la colación o revocación de los cargos públicos se dejaba guiar por un juicio circunspecto; en las batallas salió extraordinariamente victorioso siendo más diligente en la preparación de las armas que en la de los banquetes, pues los instrumentos de la guerra eran su tesoro más preciado...».

El famoso abad, a quien Reinhold Rau atribuye «una inteligencia suficiente para las leyes propias de la constitución del poder», creó aquí *in nuce* un espejo sugerente y casi deslumbrante del príncipe católico: un príncipe muy cristiano y muy astuto, de fe católica, sobremanera victorioso, amigo de las armas siendo las herramientas de la guerra su tesoro más grande, aunque también trabajador incansable por la paz, en una palabra, «el cumplidor más fervoroso de cuanto la religión... exigía...».

Pésame de Carlos el Calvo y primera batalla de los «enemigos hereditarios» por el Rin

Carlos el Calvo —asimismo un tipo cristiano inquietante— «se llenó de inmensa alegría» con la noticia de la muerte de su hermano (*Regino-nis chronica*) y no tuvo ya más pensamiento que arrebatar a su sobrino la mayor cantidad posible de su herencia paterna. Pero ya antes amenazó a sus parientes católicos «con las cosas más increíbles»; por ejemplo, con un ataque de tal magnitud «que cuando el Rin se hubiera tragado sus caballos, él personalmente cruzaría el lecho seco del río y devastaría todo el reino de Luis» (*Annales Fuldenses*).⁹

Y el fanfarrón dio al menos los primeros pasos para ello, buscando de inmediato la ampliación de su territorio por el este.

Quiso recuperar la mitad del reino lotaringio, que había dejado a su hermano, avanzando probablemente hasta la frontera del Rin y ocupando en consecuencia los territorios francoorientales a la izquierda del río en torno a Maguncia, Worms y Espira.

Prometió ricos feudos a los caudillos lotaringios, a quienes convocó para la anexión, amenazó a los que se resistían con el «exterminio» y, conculcando los juramentos que había hecho a su hermano, y a despecho también de los normandos que con cien barcos grandes presionaban a mediados de septiembre sus propios territorios, invadió el reino del que acababa de expirar. Con un ejército considerable pasó por Lota-ringia oriental y por Aquisgrán, que con la ilusión de renovar el imperio de su abuelo Carlos I gustosamente habría convertido en su sede principal, y avanzó hasta Colonia, saqueando y devastando el país como los piratas escandinavos. Y siempre acompañado de los dos legados papales, Juan de Arezzo y Juan de Toscanella, «cómplices eclesiásticos de la invasión» (Mühlbacher).

Como el ataque de Franconia occidental había sido totalmente por sorpresa y como Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico, combatía precisamente en el este a los moravos mientras que Carlos, el pequeño, se hallaba en Alamania, Luis III, cuyo territorio corría también inminente peligro, avanzó hacia Deutz con tropas de Sajonia, Turingia y

Franconia reclutadas a toda prisa y muy inferiores en número, para enfrentarse a su insaciable tío en el Rin; al mismo tiempo Carlos se detenía en Colonia al otro lado del río. Luis le envió legados, evocó el parentesco, los juramentos, los tratados y hasta la preciosa sangre cristiana por ambas partes y, siendo objeto de burla por parte del enemigo, intentó reforzar la moral de su tropa con ayunos, oraciones, procesiones rogativas y sobre todo con la exploración tradicional (uno de cada diez hombres se sometió al juicio de Dios con agua fría y caliente y con hierro incandescente), y naturalmente «todos salieron ilesos del juicio de Dios» (*Annales Bertiniani*).

Carlos había dado largas a Luis mediante negociaciones y había querido aprovechar el armisticio para caer alevosamente sobre el enemigo con las primeras luces del alba. Pero el arzobispo Wiliberto reveló el plan y cuando el ejército franco occidental, formado supuestamente («según se cuenta») por 50.000 hombres, tras una marcha nocturna agotadora bajo una lluvia torrencial, llegó la mañana del 8 de octubre a Andernach, fue atacado por las tropas de Luis dispuestas para el combate. «Éste se vistió de inmediato la armadura y puso toda su confianza en el Señor...», según palabras de los Anales de Fulda. De nuevo el viejo y buen uso cristiano: quien confía en Dios y vende cara su vida, siempre saldrá victorioso...

Y en efecto: «Como el fuego se extiende por la rastrojera y en un instante todo lo consume, así también destruyeron con la espada el poder de los enemigos y lo aniquilaron» (Regino de Prüm). Todo el bagaje y los tesoros todos de los mercaderes cayeron en manos de los vencedores. Mas los que no pudieron huir «en tal grado fueron despojados por los lugareños, que se envolvieron en heno y paja, con tal de poder ocultar sus vergüenzas...» (*Annales Bertiniani*).

Entre los prisioneros figuraban el abad Gauzlin, canciller del emperador, y el obispo Otulfo de Troyes. El botín fue increíble: armas, armaduras, caballos, el oro y la plata de los grandes así como el tesoro saqueado por Carlos. Él mismo, que cauto como siempre había evitado la batalla, huyó la noche del día siguiente, al parecer «casi desnudo» (*pene nudus*), según refiere el monje de Fulda. La emperatriz, fugitiva asimismo, tuvo un parto prematuro «al canto de los gallos y en pleno camino» (*Annales Bertiniani*). El niño, hijo de Carlos, moría poco después, aunque su alma pudo ser salvada para el cielo, y pronto también el rey Carlos pudo «reponerse». La batalla de Andernach fue la primera librada entre «alemanes» y «franceses» por el Rin.¹⁰

Después de este debut de los futuros «enemigos hereditarios», el victorioso rey franco oriental aún pudo marchar a Aquisgrán, pero estaba demasiado débil como para poder perseguir al derrotado emperador en su propio territorio (en los Anales francooccidentales el arzobis-

po Hinkmar hasta le llama en esta ocasión «salteador»... ¡y cómo le habría llamado en el caso de una victoria!).

En noviembre los tres hermanos francoorientales se repartieron el imperio de acuerdo con las disposiciones de su padre y se juraron lealtad mutua. Se lo repartieron simplemente en virtud del derecho de herencia y sin coronación alguna, como era habitual en el imperio occidental. Carlomán, el hijo mayor de Luis el Germánico, pasó a ser «rey de Baviera» con Panonia y Carantania, aunque dejó la administración de la última en manos de su hijo Arnulfo. Luis III, el Joven, el «rey de la Francia oriental», recibió Franconia oriental, Turingia, Sajonia y Frisia con las tribus fronterizas sujetas a tributo. Carlos III el Gordo, que era el menor, empezó obteniendo Alamania y Churratia (Coira) y tras la muerte precoz de sus hermanos (880 y 882) gobernó también sobre la herencia de los mismos que se había ampliado notablemente, con lo que ya en 881 consiguió la renovación del imperio.¹¹

Juan corteja a Carlos, cuyos «méritos no puede expresar la lengua humana...»

Pero Carlos el Calvo no sólo hubo de retroceder notablemente ante los frances orientales. Tampoco logró nada con los normandos del Sena y del Loira. Más bien se libró de ellos mediante dineros, que naturalmente sacó a las clases acomodadas despojándolas como un gran depredador. Así, impuso un tributo perfectamente calculado por cada terreno señorial (*Hube*: una explotación económica en el marco del feudalismo de la Alta Edad Media) en aquellos territorios de Francia que había ocupado antes de la muerte de Lotario, al igual que en cada hacienda exenta o no exenta de Borgoña. Por esa vía logró el rey cinco mil libras de plata, aunque para el pago del tributo recurrió también por supuesto a los tesoros de la Iglesia. Como Carlos —elogiado abiertamente por el papa como dechado de «virtud» y en razón de «sus luchas por la fe... y sus esfuerzos por honrar al clero»—, también indemnizó tras su fracasada invasión a los combatientes lotaringios que buscaron su protección con abadías y con posesiones rurales de la Iglesia.

Naturalmente el soberano no tuvo voluntad alguna de proteger al papa contra los sarracenos, cada vez más agresivos. Y Juan desde luego no quería haber coronado en vano como emperador a Carlos. Ciento que en el interin éste había ampliado el Estado de la Iglesia y había renunciado a ciertos privilegios. Pero Roma, siempre insaciable, quería más —sobre todo cuando el nuevo príncipe también había prometido repetidamente más concesiones— y muy en especial ayuda contra los árabes: cosa que en modo alguno entraba en los cálculos de Carlos.

Para ello el papa recurrió a un viejo método bien acreditado: evocó las «nubes de langostas» de los demonios musulmanes, que todo lo devastaban e incendiaban arrastrando a las gentes a la cárcel; evocó cruelezas que jamás se dieron y peligros que ya se cernían, como una flota poderosa que ya avanzaba con tropas ingentes para atacar Roma. Lo pintaba negro sobre negro y exhortaba a obispos y magnates, pero sobre todo al emperador. Aparecieron los legados pontificios y por doquier resonaban las llamadas de auxilio. Se decía que los sarracenos saqueaban y destruían las iglesias. Sin embargo los duques Lamberto y Guido, a los que Carlos había asignado la protección del Estado de la Iglesia, no movieron un dedo; también el conde Bosón, instituido virrey en Italia, hizo oídos sordos. Las cartas se sucedían pidiendo «de rodillas» la salvación de la «cristiandad» y sobre todo, naturalmente, la del papado, que lisonjeaba a Carlos el Calvo. «El más ilustre de todos los Césares», le calificaba pomposamente el papa cada vez más agujoneado, quien también sabía que la sabiduría del emperador «había ido creciendo desde el seno materno» y que «sus méritos no podían ser expresados por la lengua humana...».

Para entonces Carlos había hecho algo que realmente habría podido malquistarle con la corte papal: había forzado a su hijo y sucesor en el trono Luis II el Tartamudo para que repudiase a su esposa Ansgarda y así desposarlo con una dama del gusto de su imperial progenitor. Piénsese, sin embargo, en lo enconadamente que año tras año había luchado el papa Nicolás I contra los amanios matrimoniales de Lotario II y cómo había mantenido la indisolubilidad de aquel matrimonio. Por ello sorprende que ahora el papa Juan no tuviera objeción alguna contra el segundo matrimonio del heredero al trono franco occidental ni fulminase sanciones canónicas contra el príncipe franco.¹²

Muerte después de 37 años de gobierno «en el fracaso de la mayor miseria»

Como en Italia nadie movía un dedo por el papa, ni el poderoso duque de Spoleto, a quien incumbía la protección del Estado de la Iglesia, ni menos aún Bosón de Vienne, instituido desde 876 como *missus imperial* en Italia, al emperador no le quedó otro remedio, si quería mantener su credibilidad, su prestigio y la propia Italia, que marchar al sur por precaria que fuese la situación en su propia casa, a causa sobre todo de los normandos. Para calmarlos hubo de sacrificar todo lo sacrificable.

Cuando en agosto de 877 Carlos marchó a Italia acompañado de su esposa, también llevó consigo «un tesoro grandísimo en oro, plata, ca-

ballos y otros objetos de valor» (*Annales Bertiniani*), pero con un séquito relativamente pequeño. El ejército de sus grandes, a quienes la aventura italiana gustaba aún menos que al propio emperador, partiría más tarde. ¡Y no sin hacerles prometer que no tocarían ni los bienes eclesiásticos ni sus posesiones familiares! (Pese a lo cual estalló una rebelión de los cabecillas aristócratas, entre los que parece que se encontraba también su propio hijo Luis el Tartamudo.)

Pero el papa exaltó con entusiasmo a Carlos, pues lo necesitaba para una guerra. Y hasta celebró oficialmente sus méritos ante un sínodo sagrado en Rávena, al que asistieron no menos de cincuenta obispos, procedentes principalmente del norte y centro de Italia. Y el discurso del papa —que se nos ha conservado— tuvo que ser evidentemente una especie de regalo del anfitrión al emperador esperado, a quien «había sido llamado por Dios» y había sido elegido y coronado por él, Juan, el augusto gran abuelo de los príncipes legítimos. También los prelados reunidos vieron en Carlos al elegido por una «inspiración del Espíritu Santo», confirmaron una vez más su coronación imperial ocurrida ya en 875 y, por indicación de Juan, amenazaron con la excomunión eclesiástica como a «siervos del demonio» a cuantos combatieran aquella «entronización, dispuesta sin duda alguna por Dios».

Los cánones finales del sínodo de Rávena ponen una vez más especial énfasis en la inviolabilidad de los bienes eclesiásticos y prohíben otorgar bienes de la sede apostólica como feudos o de cualquier otra forma, ¡«a no ser que los receptores sean parientes de los papas»! Y fulminan el anatema contra quienes actúen en contrario.¹³

Los sinodales esperaban también protección para sus posesiones por parte del emperador, que pronto iba ya a cruzar el San Bernardo y a cuyo encuentro corrían los emisarios de un papa que lo había llamado tantas veces y de modo tan apremiante. Pues aunque todos los árboles de los bosques se transformasen en lenguas no bastarían para describir la ruina con que los sarracenos le amenazaban. Pero peores aún que los gentiles eran los malos cristianos. Y, sin embargo, nadie escuchaba su grito angustiado, nadie le ayudaba y salvaba más que el emperador. Juan viajó personalmente hasta Pavía, pues apenas podía refrenar su deseo de salir al encuentro de Carlos, llegando incluso hasta Vercelli, donde lo recibió «con los máximos honores» (*honore maximo*).

Apenas se habían encontrado ambos en Pavía, la antigua ciudad de la coronación en que la emperatriz se convertiría también en reina de Italia, cuando ya avanzaba por el Brennero con grandes contingentes militares el bávaro Carlomán, hijo mayor de Luis el Germánico y sobrino de Carlos. Así que cruzaron el Po en dirección sur y en Tortona el papa apenas tuvo tiempo de consagrarse a toda prisa emperatriz a Richil-dis, para escapar enseguida hacia Roma por caminos que bien podría-

mos llamar de contrabandistas, no llevando de hecho en las manos como presente para san Pedro más que un pesado crucifijo de oro puro y adornado con piedras preciosas, «como ninguno antes había sido donado por un rey» (*Annales Vedastini*).

La emperatriz regresó a su vez por Mont Cenis con los tesoros de Carlos, mientras que éste huía asimismo, toda vez que no llegó el esperado refuerzo de los grandes de su reino, aunque repetidamente le habían jurado lealtad; al contrario, como también la mayoría de los obispos, se juramentaron contra él. Por lo que Carlos no osó entablar batalla con Carlomán pues, como escribe el analista franco oriental, «a lo largo de su vida acostumbró a volver abiertamente la espalda o a dejar escapar ocultamente a sus soldados, cuando debería haber plantado cara al enemigo» (*Annales Fuldenses*).

Todavía en camino contraíó unas fiebres y, como suponen los cronistas eclesiásticos, enfermó a causa de un medicamento que le proporcionó contra las fiebres su médico de cabecera, el judío Sedequías. Para el autor de los *Annales de Saint-Bertin* se trataba de «unos polvos», de «un veneno mortal». Según el abad Regino, el tal médico era un «impostor, que engañaba a la gente con imposturas y encantamientos mágicos» (*magias prestigiis incantationibusque... deludebat*). Enfermo de muerte llegó Carlos en una litera a Mont Cenis y al pie del mismo murió «en una mísera cabana» (*Annales Bertiniani*) del caserío Bride de Maurien (Saboya) el 6 de octubre de 877, a la edad de 54 años y después de 37 de gobierno, «en el fracaso de la mayor miseria» (*Annales Fuldenses*).

Lo embalsamaron «con vino y toda clase de perfumes» y lo transportaron desde allí; pero a causa del mal olor pronto lo metieron en un tonel calafateado por dentro y por fuera a la vez que revestido de cuero. Así y todo, la fetidez se fue haciendo cada vez más insoportable, por lo que los restos de Carlos el Calvo no fueron trasladados a Saint-Denis como él había deseado, sino que tal como estaban, en el tonel, los inhumaron en el monasterio de Nantua en Lyon.¹⁴

Juan ensalza a Carlomán y corona a Luis el Tartamudo

El papa, cuyos planes para convertir el Estado de la Iglesia en el poder dominante de Italia se habían derrumbado por completo con la muerte del emperador, se vio entonces indefenso frente a sus enemigos. Tras la huida y muerte de Carlos el reino de Italia fácilmente pasó a manos de su sobrino Carlomán. Y los obispos, que acababan de exaltar en Rávena a Carlos el Calvo como el emperador «más cristiano y clemente», más aún, que habían amenazado con la excomunión precisamente a Carlomán, aquellos mismos obispos le rindieron ahora va-

sallaje. Otro tanto hizo el papa, compendio y modelo de oportunista. Solemnemente habló de los «inescrutables designios de Dios» y exaltó a Carlomán como el único protector de la Iglesia y su defensor más fiel...

Pero el propio bávaro ya estaba afectado por una enfermedad si no de muerte sí ciertamente grave. Y en noviembre se vio obligado a regresar a su palacio de (Alt-)Ötting. También él hizo el viaje de retorno en una litera. Y su ejército fue el introductor en Francia, donde ya las epidemias causaban estragos, de una peste terrible que causó numerosas bajas. Se trataba de la «fiebre italiana» y de una enfermedad que afectaba especialmente a los ojos, «y muchísimos exhalaron el último suspiro a causa de la tos» (*Annales Fuldenses*).¹⁵

En Italia se presentaron entonces los margraves Lamberto de Spoleto y su yerno Adalberto de Toscana, ambos estrechamente unidos en sus pretensiones. De nada sirvieron ni el furor del papa ni sus adulaciones a Lamberto. En la primavera de 878 Lamberto, unas veces «el único auxiliador» de Juan y «el defensor más leal» y otras «el hijo de la perdición», se presentó de nuevo repentinamente en Roma para imponer el reconocimiento de Carlomán. Treinta días retuvieron prisionero al papa, que lanzó el rayo de la excomunión contra los depredadores de la Iglesia. Tras la partida de éstos Juan, que había convocado un sínodo general en el reino franco occidental, zarpó a toda prisa con tres veleros rápidos llegados desde Nápoles con rumbo a Génova y Arles. Y el 7 de septiembre de 878 coronó rey en Troyes a Luis II el Tartamudo (877-879), hijo de Carlos el Calvo, pese a que por sus achaques apenas era capaz de gobernar y pese a que el arzobispo Hinkmar, el experto *coronator*, ya lo había coronado en Compiègne el 8 de diciembre del año anterior, y pese a que aquel mismo año el tal Luis acababa de repudiar a su esposa Ans-garda, que le había dado dos hijos, Luis III y Carlomán, contrayendo un segundo matrimonio ¡cuando todavía vivía su primera mujer! La segunda esposa era Adelaida, hija del conde Adalhardo, que en 879 trajo al mundo al póstumo Carlos III «el Simple». A ella no la coronó el papa, pero sí apoyó a Luis el Tartamudo con la «coronación de refuerzo» (Schneidmüller) y lanzando excomuniones contra todos sus enemigos. Y finalmente en su discurso de clausura de Troyes —el primer concilio con presencia de un papa en el imperio franco al norte de los Alpes— exigió de los obispos que con la fuerza de las armas impusieran su regreso a Roma.

Juan había abierto el sínodo el 11 de agosto de 878 y al mismo esperaba que asistiesen los tres reyes francoorientales con sus obispos, pues quería elegir a su candidato imperial ante un gran foro. Pero ninguno de los franceses orientales acudió; más aún, los reyes ni siquiera respondieron a los breves papales, y Carlomán guardó silencio incluso después

de una segunda carta pontificia. De Italia no había presentes más que tres obispos, que el propio Juan había llevado consigo.

Por lo demás en el sínodo —en el que también compareció, con gran disgusto del arzobispo Hinkmar de Reims, el obispo Hinkmar de Laon, depuesto en 871 y más tarde cegado y que al menos en parte había sido «rehabilitado»— volvió a tratarse entre otras muchas cosas la devolución masiva de los bienes eclesiásticos por parte de los laicos, amenazándoles con la excomunión y con la privación de sepultura en sagrado. Se trató asimismo de una reducción de los impuestos, que según parece gravaban los bienes de la Iglesia desde hacía décadas (aunque sólo fuera porque, como escribía el anciano Hinkmar al nuevo rey, «las iglesias en tiempos ricas habían quedado privadas por completo de recursos»).

Cierto que Luis II el Tartamudo, «constituido rey por la misericordia de Dios y la elección del pueblo» (!), prometió la inviolabilidad de las disposiciones y leyes eclesiásticas. Pero estaba enfermo y ya al año siguiente, tras un empeoramiento repentino de su estado, moría el viernes santo sin haber cumplido los 33 años, envenenado según se dijo.¹⁶

Mas todavía en vida del rey el papa Juan VIII se había ganado a un hombre, que le acompañó ya a Troyes, que regresó con él a Italia y al que abiertamente pensó en ponerle sobre la cabeza nada menos que la corona imperial: el conde Bosón de Vienne (fallecido en 887).

El rey sacristán Bosón sube a las candilejas

Bosón era hijo del conde lotaringio Biwin, abad laico de Gorze y sobrino de Teutberga, esposa de Lotario II, así como del hermano de ésta el abad Hucberto de Saint-Maurice. Tras el desposorio de Carlos el Calvo con Richildis, hermana de Bosón que éste le había presentado, empezó su ascensión al servicio del rey, que le obsequió con numerosos señoríos y cargos en Aquitania, Borgoña e Italia. Todavía en 869 recibió Bosón la abadía de Saint-Maurice, dos años después era camarero y *magister ostiariorum* de Luis, hijo de Carlos y virrey de Aquitania, que él administraba ahora. En 875-876, en el primer viaje de Carlos a Italia, obtuvo Provenza y en febrero de 876, en la asamblea imperial de Pavía, fue nombrado *missus* para Italia y agraciado con los títulos de duque de Lombardía y virrey.

Parece que la piedad de Bosón no iba a la zaga de su crueldad. Al menos disponía de una serie de monasterios, en los que por orden suya se rezaba por él. Al depuesto obispo Hinkmar de Laon, encarcelado varios años, Bosón le hizo sacar los ojos en la cárcel. A su primera mujer Bosón la envenenó y más tarde raptó a Ermengarda, prometida antes del sucesor al trono bizantino y única heredera del emperador Luis II,

para casarse con ella al tiempo que le aportaba unas posesiones considerables en Italia septentrional.

El papa Juan VIII no sólo dio el visto bueno a la irregularidad de tal matrimonio, sino que aseguró por escrito que trataría a Bosón y Ermengarda como a sus propios hijos. Le pareció en efecto que un advenedizo como Bosón era el más indicado para habérselas con Carlomán en Italia y para poder arrebatarle el reino italiano. Así, nombró a Bosón en 878 «príncipe glorioso» e hijo suyo *per adoptionis gratiam* (un acto que iba a crear tradición), con lo que éste en tanto que *filias adoptivas* quedaba bajo la especial protección espiritual del papa, asumiendo a su vez especiales tareas protectoras del papa, y a quien osase levantarse contra su «hijo» (*predictum filium nostrum*) le amenazaba Juan VIII con la excomunión.

El santo padre encandiló a Bosón, que por encargo de Luis II hubo de acompañarle a Italia, con la corona real de Provenza y hasta con la dignidad cesárea. Se trataba ni más ni menos que de una revuelta bien planificada contra los carolingios, toda vez que Bosón ni siquiera pertenecía a su dinastía. Pero no fue sólo eso: «El papa montó una jugada alevosa a todas luces. Consiguió de Luis el Tartamudo, quien a su vez alimentaba pretensiones sobre Italia, que le enviase tropas en apoyo de Bosón; el carolingio tuvo incluso que promover la ruina de su linaje» (Fried).¹⁷

Bosón, que en 877 hasta había conspirado abiertamente contra Carlos el Calvo, a quien debía toda su carrera, numerosos altos cargos y grandes territorios, y que había sometido a grave presión a su hijo y sucesor Luis el Tartamudo, acabó también traicionando a los hijos de éste Luis III y Carlomán. Para ello, después de que ya antes había firmado *«Boso Dei gratia»*, el 15 de octubre de 879 se hizo elegir rey de Bor-goña y de Provenza en el palacio de Mantaille (hoy desaparecido por completo), al sur de Vienne (en Anneyron, departamento del Drôme). Fue una especie de «rey sacristán», pues fue proclamado únicamente por el clero, y en estrecha conexión con la elección episcopal, por 27 arzobispos y obispos, siendo después ungido. Y todo ello naturalmente en virtud de una inspiración divina.

Fue un acontecimiento de enormes consecuencias, porque los prelados del ámbito del Ródano desestimaban con ello la falta de legitimidad de Bosón y sobre todo despreciaban a la dinastía carolingia francooriental y postergaban «los derechos de su linaje». Por primera vez desde hacía 130 años se violaba el derecho exclusivo de los carolingios a una corona. Bosón había ignorado a los hijos menores de edad del Tartamudo, los había tenido «por nada», por «hijos ilegítimos», pues por orden de Carlos su madre «había sido rechazada y expulsada» (Regino de Prüm). Y Ermengarda, la ambiciosa esposa de Bosón, no quería vivir

por más tiempo, ella hija de emperador y novia de emperador —en 866 había sido prometida a Basileos I—, si no podía hacer rey a su marido.

Así, Bosón repartió presentes por doquier y prometió conducirse en todo según los deseos del clero. Además, por supuesto, de que muchos obispos se amoldaron dócilmente no sólo «con las promesas de abadías y posesiones territoriales» sino también «con amenazas» (*Annales Bertiniani*). Sin reparo saqueó después Bosón bienes monásticos y posesiones eclesiásticas de Reims y hasta arremetió contra el realengo papal de Vendevre, para poder calmar a los prelados y vasallos más influyentes; gentes que una vez más simularon una *electio per inspirationem*, por cuanto afirmaban que la elección de Bosón se la había inspirado Dios en virtud de su oración fervorosa. Y es que presentar al *Electus* como predestinado por Dios «ya se había convertido entonces casi en un tópico» (Eichmann), aunque todas las veces era una solemne mentira. «No sólo en la Galia, sino también en Italia brillaba más que todos, de modo que el papa romano Juan, tratándolo como a un hijo, colmó de alabanzas sus nobles sentimientos...», clamaron los obispos en honor de Bosón. Y el asesino de su primera mujer y depredador de la segunda confesó su fe católica, la única que salva, se sometió agradecido al control de los príncipes de la Iglesia y prometió la protección de sus privilegios.

En Lyon, la ciudad más grande del nuevo reino, el arzobispo Aureliano coronó rey a Bosón, no gracias a su nacimiento y su derecho hereditario, sino gracias al clero, que evidentemente se dejó guiar por el papa Juan. Pues al igual que él se arrojó la prerrogativa de elegir a un emperador como soberano protector, también ellos se atribuyeron ahora el derecho de nombrar a capricho un protector, y naturalmente en su mayor provecho posible. Es verdad que los reyes frances se unieron contra el usurpador y que en el verano de 880 conquistaron la fortaleza de Mâcon sobre el Saona, mas no pudieron tomar Vienne porque Carlos inopinadamente levantó el cerco para marchar a Italia. Y Bosón se afirmó contra la resistencia de los carolingios de los reinos occidentales y orientales hasta el fin de su vida el 11 de enero de 887.¹⁸

El papa Juan quiere «antes y sobre todo» llamar al emperador

Pero el papa insistió en su derecho a elegir y coronar al emperador. «Aquel que deba ser elevado por Nos a la dignidad imperial, antes y sobre todo tendrá también que ser llamado y elegido por Nos», escribió una vez el propio Juan al arzobispo Ansberto de Milán.

Pero durante siglos el obispo romano no había tenido derecho de intervención y menos aún de decisión en este asunto. Durante siglos

había sido, como los demás patriarcas y obispos, súbdito del emperador, que era el soberano supremo de todos. Fue nada menos que León I «el Grande» (440-461) —el único papa que con Gregorio I lleva tal sobrenombre de «Grande» o «Magno», título raro y supremo con que en la Iglesia católica se designa a un doctor eclesiástico— quien atribuyó al emperador incluso el derecho de anular resoluciones conciliares que afectasen a los dogmas. Y no sólo eso: también le atribuyó —y no sólo una vez!— la infalibilidad, la imposibilidad de errar *en la fe*, mientras que «deber» del papa sería «revelar lo que tú sabes y anunciar lo que tú crees...».

Difficile est satiram non scribere.

Cuando Carlos I, consciente de su poder personal, había transmitido su dignidad imperial a su hijo Luis el Piadoso (Ludovico Pío), todavía el papa León III reconoció desde el comienzo la soberanía suprema de Carlos sobre el Estado de la Iglesia. Y hasta en las cuestiones internas de la Iglesia siempre le obedeció y como súbdito suyo dató sus propias monedas pontificias por los años de gobierno del emperador, a quien tras la coronación imperial le rindió homenaje doblando la rodilla. Y siguiendo el ejemplo de su padre, también Ludovico Pío entregó la corona imperial a Lotario I su primogénito, al igual que éste designó emperador a su hijo mayor. La bendición eclesiástica por parte del papa se agregó después, sin que por ello se siguiera ningún derecho del papa a disponer. Tal derecho lo derivó Juan VIII de la coronación de Carlos el Calvo incluso respecto de un candidato no carolingio, con lo que los candidatos se encontraron incuestionablemente a gusto.

Última llamada a Bosón: «... ahora es el día de la salvación» o el cuádruple juego de Juan

Naturalmente que se alzaron bastantes adversarios contra las ambiciones papales, sobre todo entre los príncipes civiles y eclesiásticos italianos. Y el arzobispo Ansberto de Milán, que los capitaneaba, ya no compareció en el sínodo convocado en Pavía para diciembre de 878. Entretanto Juan, conducido por Bosón y su esposa, había cruzado Mont Cenis y en Turín con presiones y adulaciones convocó a los grandes italianos en Pavía, para deliberar allí sobre «la situación de la Iglesia santa y la tranquilidad del país». Pero ninguno acudió. Incluso cuando el papa retrasó la fecha y de nuevo apremió a los grandes y a los príncipes de la Iglesia citándolos en Pavía y hasta solicitó tropas al rey franco occidental «para combatir a sus enemigos», todo siguió igual y el santo padre se encontró solo en la ciudad con su paladín.

Así que cada uno continuó camino por su parte: Bosón regresando a Provenza y el papa marchando a Roma. Y cuando en mayo de 879 con-

vocó a un sínodo al arzobispo Ansberto con todos sus sufragáneos para discutir entre otras cosas el nombramiento de un nuevo rey de Italia, el de su hijo adoptivo Bosón, por supuesto, Ansberto una vez más no acudió. Ni siquiera se disculpó, por lo que fue excomulgado. Y cuando el metropolitano, que con la conciencia tranquila continuaba celebrando misa y administrando su arzobispado, tampoco se personó en un sínodo romano celebrado en octubre, fue depuesto. Al año siguiente se doblegó y pronunció un juramento de fidelidad al papa.

También desde Italia volvió Juan a dirigirse por última vez a Bosón trayéndoselo con acentos bíblicos: «El plan secreto, que con ayuda de Dios trazamos con Vos en Troyes, sin ningún género de duda lo mantenemos firme e inmutable en nuestro pecho apostólico como un tesoro escondido y deseamos, mientras vivamos y esté en nuestra mano, llevarlo a término enérgicamente con todas nuestras fuerzas. Por ello, si place a Vuestra Alteza, debéis Vos ponerlo ahora en práctica; pues, como exhorta el Apóstol, ved que ahora es el tiempo adecuado, ahora es el día de la salvación, en el que Vos podéis cumplir eficazmente vuestros deseos con ayuda del Señor».

Es probable, no obstante, que desde largo tiempo atrás el papa Juan hubiera advertido que Bosón ya no podía o no quería servirle.

Así que abandonó, evidentemente por voluntad de Dios, al querido hijo adoptivo, de cuya «cara amistad no quería prescindir por ningún hombre». Y ahora apeló —porque sin duda continuaba siendo el tiempo adecuado, el día de la salvación— a los no estimados reyes frances, al rey suabo Carlos y a Carlomán, cuyos reinos limitaban con Italia. Johannes Haller escribe al respecto: «Mientras pensó que debía apoyarse en Bosón y hacia hincapié en no haber buscado ayuda en ningún otro, conectó ya con Carlos el Suabo y le prometió todo tipo de encumbramiento, pero aún fue más diligente en sus negociaciones con Carlomán y ya en el verano de 879, cuando ya hacía meses que el hombre estaba paralítico y privado del habla a causa de un ataque de apoplejía, por intermedio de dos obispos le lanzó un grito de socorro. Le aseguraba que de ningún otro quería ayuda, le prometía honor y salvación en ésta y en la otra vida y hasta le amenazaba con el tribunal de Cristo. Incluso al mayor de los hermanos alemanes, Luis III de la Franconia renana y de Sajonia, y por lo mismo el más alejado de los carolingios, intentó seducirlo con la corona imperial romana, que le reportaría una gloria mayor que la de todos sus predecesores y pondría todos los reinos a sus pies. Para ello solicitaba como siempre que el reino de Italia se ajustase a sus deseos...». Y también adoptó Juan a Luis III el Joven, hermano del emperador Carlos III, poco después de que Bosón le defraudase. «Está claro que el papa no juega un doble juego, sino un triple y hasta un cuádruple juego» (Hartmann).¹⁹

En todo caso Bosón no quiso poner en juego por la problemática corona imperial ni por el papa seductor todo lo que ya había logrado. Sin perder el favor apostólico se ocupó ahora de la ampliación y fortalecimiento de su poder en casa, en Provenza. También allí la situación era bastante precaria.

Contactos fracos entre parientes

Luis el Tartamudo había tenido dos hijos de su primer matrimonio con Ansgarda: Luis y Carlomán, y al final había designado como su único heredero a Luis III (879-882). También el poderoso Hugo Abbas, primo de Carlos el Calvo y abad laico de Saint-Germain de Auxerre, intervino en favor del mismo. Pero Bosón tenía por ilegítimos (*degeneres*) al hijo del Tartamudo y a su hermano Carlomán y se decidió en consecuencia por el menor de todos, por Carlos III el Simple.

Hasta el mismo canciller de Luis, el abad Gauzlin, le trajo la traición. El tal abad ya había sido canciller y uno de los hombres de más confianza de Carlos el Calvo, al que también debía algunas de las abadías más ricas: Jumiéges, Saint-Amand, Saint-Germain-des-Prés y en 878 la de Saint-Denis. En 884 llegó a ser obispo de París. El abad Gauzlin fue por algún tiempo, junto con el abad Hugo, el hombre más importante del reino francooccidental. Representaba a la casa de los influyentes Rorganidos, mientras que Hugo Abbas era el jefe del clan familiar de los Güelfos francooccidentales. Y así, inmediatamente después de la muerte del rey y por miedo al poderoso rival Hugo, el abad Gauzlin a una con la nobleza entre el Sena y el Mosa rogó al franco oriental Luis el Joven que invadiese el reino occidental y le ofreció la corona del país.

Luis no dejó que se lo dijieran dos veces. Pasando por Metz avanzó hasta Verdún, en una marcha en que sus crueidades y devastaciones, sus «maldades de toda índole», parece que «superaron los crímenes de los paganos» (*Annales Bertiniani*). También Verdún fue saqueada. Pero si en principio había sido el abad Gauzlin quien se había adelantado a los leales del rey, ahora éstos, con el abad laico Hugo a la cabeza, entregaron a Luis la Lotaringia occidental para no perderlo todo. Por dos veces Carlos el Calvo había intentado hacer negocio mediante una violación de la ley incorporando toda la Lotaringia al reino occidental, y ahora pertenecía por entero a Franconia oriental, aunque también por otra violación del derecho.

A cambio Luis el Joven abandonó en seguida a Gauzlin y sus socios, regresó contento y su mujer Liutgarda, ávida y ambiciosa, lo metió en una nueva guerra para conseguir todo el imperio occidental. De nuevo se sirvió ahora de la oposición en el norte, de Gauzlin y sus secuaces,

que otra vez le llamó. Y otra vez la oposición, actuando a la manera de comando adelantado, recorrió el país robando y devastando en una especie de anticipo de la llegada de Luis.

Por lo demás éste seguía ocupado en Baviera, cuyo rey, su hermano Carlomán, se hundía lastimosamente. Luis partió a toda prisa de Forchheim, donde celebraba precisamente «el Nacimiento del Señor», encaminándose a Baviera. Destronó sin ningún miramiento a Carlomán, incapaz ya de hablar, se apoderó de su territorio y después celebró la Resurrección del Señor en Frankfurt. Entretanto Carlomán había muerto el 22 de marzo de 880. Luis había penetrado más en Franconia occidental, pero se dio por satisfecho con la cesión de Lotaringia occidental.

Ya a finales del verano del 879 el abad Hugo había hecho ungir y coronar reyes a los príncipes francooccidentales Luis III y Carlomán por mediación del arzobispo Ansegis de Sens. Y para entonces precisamente, en octubre, hubo en el sur un tercer rey, Bosón, duque de Provenza, que era de hecho el primer rey de estirpe no carolingia en el conjunto del antiguo imperio. Cuando dos años después de la muerte de su hermano Carlomán moría también en Frankfurt del Main, el 20 de enero de 882, Luis III el Joven sin dejar hijos (pues su único hijo menor del mismo nombre se había roto el cuello al caer de una ventana del palacio), toda Franconia oriental pasó a manos del hermano menor, el rey suabo Carlos.²⁰

A cambio de la cesión de barcos de guerra y otras ayudas, Juan se decide a reconocer al patriarca Focio, dos veces depuesto y anatematizado

Como entretanto el papa Juan tampoco había podido ganarse a los carolingios francoorientales, en los últimos años de su vida no vaciló en reanudar los contactos con Constantinopla, sobre todo cuando parecía que Italia podía volver a ser bizantina. Bari, que había sido tomada por el emperador Luis II el año 871, ya en 876 había vuelto a Bizancio y sus generales a menudo tenían la supremacía en Italia meridional, afianzándose cada vez más el dominio griego.

Y así el papa, antes de su marcha al imperio franco, en abril de 878, también había lanzado una llamada de socorro al emperador Basileos I (867-886), un arribista más vertiginoso todavía que Bosón. El antiguo cuidador de caballos había eliminado sin escrúpulos a todos sus rivales, incluido su protector Miguel III, que en 866 le coronó coemperador y a quien—mediante su nueva codificación jurídica de enorme importancia en la historia del derecho—al año siguiente hizo asesinar de noche.

En 879 el papa Juan repitió su toma de contacto. Y a cambio de la ayuda militar, de la anunciada cesión de barcos de guerra del emperador romano oriental y del abandono del territorio misional búlgaro en manos de la Iglesia imperial griega, no tuvo empacho alguno en volver a reconocer a Focio como legítimo patriarca, en aceptarlo como hermano en el ministerio y en ensalzarlo calurosamente, pese a todos los anatemas anteriores. ¡Para ello dos de sus predecesores lo habían depuesto de modo irrevocable y lo habían anatematizado solemnemente! También el famoso concilio ecuménico VIII, celebrado en Hagia Sophia (869-870) bajo la presidencia de los legados pontificios y del venerable emperador Basileos I, había refrendado expresamente la deposición de Focio y anulado las consagraciones por él conferidas.

Ahora, en el invierno de 879-880, los enviados de Juan declaraban con su firma en un concilio, el último de la Iglesia universal, y bajo la presidencia del rehabilitado Focio, que ¡condenaban todo lo que se opusiera a su reconocimiento! «Para evitar contiendas el papa asintió con ciertas condiciones», nos explica el teólogo Bernhard Ridder (presidente en tiempos de la internacional Kolpingswerk). Pero sólo para evitar una contienda no ha asentido ningún papa, y en cualquier caso no en asuntos de tal relevancia. En realidad se trataba simplemente de una nueva acomodación a las circunstancias, que además de provocar la desconfianza del rey franco Carlos no tuvo éxito alguno. Ni en Italia meridional, donde con la conquista de Tarento en 880 los griegos volvían a dominar la costa oriental tan importante para ellos, mientras que la costa occidental la abandonaban a los árabes; ni tampoco en el reino búlgaro, que en el futuro también quedó sujeto a la Iglesia griega.²¹

Daniel-Rops, el historiador católico de la Iglesia, no ve al santo padre hundido personalmente en una ciénaga de corrupción, cabalas e hipocresía, sino a todos los actores que lo rodeaban. «En torno a él pululaban las intrigas políticas.» Personalmente se impone como la encarnación de la inocencia... Un truco de los apologistas tan viejo como grosero que funciona en todos los tiempos («El Führer no lo sabe»).²²

De Carlomán a Carlos III el Gordo

Aquel papa fue en realidad la encarnación del oportunismo. Trabó relaciones con casi todos, y cuanto más poderosos, mejor. Encandiló, aterró y conjuró a cada uno de quienes le parecían apropiados, expidió breves y legados, suplicó ayuda y salvación, aduló, prometió amistad y la salvación eterna del alma, aseguró a cada uno la corona, que «somete a todos los reinos». Y cuando ya no pudo esperar nada de Carlomán, tullido, privado del habla y enfermo incurable, sus legados le obligaron

a hacer una declaración de renuncia en favor de Carlos, su hermano, que no sólo era más joven sino también más dispuesto, más flexible y más dócil al santo padre. Y cuando en Franconia oriental se pusieron de acuerdo para entregar Italia a Carlos III el Suabo (el Gordo), el papa le certificó solemnemente: «Respecto de Bosón podéis estar bien seguro de que en Nos no tendrá ni encontrará ninguna concesión ni asistencia amistosa por nuestra parte, porque Nos os hemos buscado como amigo y auxiliador y de todo corazón queremos trataros y cuidaros como a nuestro hijo queridísimo».

Y ahora declaraba tirano a Bosón, su hijo adoptivo y ya rey de Provenza, que pese a todas las tribulaciones y dificultades no representaba allí ninguna utilidad para él. Por el contrario, en enero de 880, en una asamblea imperial celebrada en Rávena y en presencia de los magnates y obispos del país, coronó como rey a Carlos III el Gordo. Todos los grandes, civiles y eclesiásticos, a excepción del papa, le prestaron juramento de lealtad. Mas, para enorme sorpresa del pontífice romano, Carlos no tenía empeño alguno en la corona imperial y menos empeño aún en pelearse «con los paganos y cristianos falsos». Así que en mayo volvió a cruzar los Alpes en su camino de regreso dejando para protección del papa únicamente a los duques de Toscana y Spoleto, que no le eran demasiado bienquistas.

Realmente desesperado, Juan rogó entonces al rey que enviase a Roma a un *missus* (legado) con plenos poderes para cuidar del Estado de san Pedro. Rogó y suplicó una y otra vez. Pero después, cuando la llegada del soberano era inminente, de repente le impuso condiciones en su última carta de 25 de enero de 880, le amenazó, le reprochó sus prisas y le prohibió que traspasase las fronteras del Estado de la Iglesia antes de que para bien de su alma le hubiera dado garantías, antes de que hubiera sancionado párrafo por párrafo y palabra por palabra los deseos del papa expuestos por un legado suyo.

Nada de esto impidió que Carlos emprendiese el viaje a Roma con mucha tranquilidad y deteniéndose algunos meses en el norte de la península. El 12 de febrero del 881 era coronado en San Pedro como emperador romano —con una corona perteneciente al tesoro de la basílica—, siendo el primer emperador de la línea francooriental de los carolingios. Triunfó sobre la política papal, aunque sólo después de que el papa hubiera obtenido ya en Rávena la trascendental promesa de Carlos de «respetar los tratados y privilegios de la santa Iglesia romana». Una promesa que el rey de Italia, el *rex Romanorum* como después se llamó, hubo de renovar a lo largo de la Edad Media antes de recibir la corona imperial.²³

Pero Carlos, un soberano cuya acción consistía en poco más que aguardar y no hacer nada, lo que le reportó éxito sobre éxito, en po-

sesión ahora de la dignidad cesárea emprendió el camino de regreso con más calma todavía, pasando un año entero en Pavía y en Milán y haciendo también una excursión al lago de Constanza, siempre perseguido por el clamor pordiosero de Juan. El pontífice romano no veía nada más que desgracias y luto por doquier. Los males crecían día a día, según le informaba en sus misivas, y sería preferible morir a tener que soportarlos. Deseaba la guerra contra cristianos y sarracenos y rogaba a Carlos que sin tardanza le enviase un ejército para poner orden de una vez. Pero en vano. Así continuaba Juan lamentando su desgracia (a la emperatriz y al archicanciller Liutwardo). El sueño huía de sus párpados y el alimento de sus labios. En medio de las tinieblas esperaba la luz; pero ya no osaba abandonar Roma temiendo ser hecho prisionero y estrangulado.²⁴

El papa Juan a la caza de sarracenos; los católicos colaboran con ellos

Todas las acciones acomodaticias del papa estaban en definitiva al servicio de un objetivo: el de agrandar el poder de su casa, el Estado de la Iglesia, sometiéndole especialmente los territorios meridionales de la península itálica. Pero allí precisamente fueron menudeando poco a poco los ataques marítimos de los «piratas» desde el comienzo de la ocupación islámica de la Sicilia bizantina en 827. Eran ataques por sorpresa más o menos espectaculares, cuyo alcance evidentemente se desconocía en el palacio imperial franco. Sobre todo desde el derrumbamiento del poder del emperador Luis, los árabes avanzaban desde Sicilia y Tarento las más de las veces por la costa occidental. Las regiones de Sabina, Lacio y Toscana fueron devastadas, los territorios papales y los monasterios fueron saqueados y hasta Roma y sus tesoros quedaban bajo amenaza. Juan VIII, por su «celo fanático», «pero sobre todo por su sagrado furor bélico una de las figuras más importantes de la historia tenebrosa de finales del siglo IX» (Eickhoff), acabó haciéndose a la vela como primer papa con una flota propia contra los mahometanos, a los que en el cabo de Circe les arrebató 18 naves y garantizó a cada uno de sus caídos la bienaventuranza eterna. A todo el mundo lo incitaba a la caza de sarracenos: a los italianos, al príncipe dálmata Domagoj, a Carlos el Calvo, a Bosón de Vienne y a muchos otros gobernantes.

La lucha papal, que en modo alguno apuntaba sólo a los sarracenos y a la protección del país, sino que secretamente perseguía también el sometimiento del sur de Italia, ciertamente que no fue muy brillante. Y tanto menos cuanto que los príncipes católicos y los príncipes eclesiásticos colaboraban con los enemigos de Cristo para protegerse contra los emperadores oriental y occidental y contra el santo padre, y también

naturalmente en razón de numerosas ventajas comerciales (en el lenguaje apologético de Daniel-Rops: «también los obispos políticos intentaban gobernar de forma autónoma su pequeña embarcación».). Los cristianos establecían alianzas y pactos con los «infieles», reclutaban mercenarios entre ellos, los toleraban en vecindad inmediata, les proveían y protegían y hasta parece que muchos combatieron en las correrías sarracenas contra los cristianos. Nápoles, Gaeta, Amalfi y Salerno estuvieron de parte de los árabes. Y el papa, que luchaba por constituir en torno a sí una liga de Italia meridional, lanzó sentencias bíblicas y rayos de excomunión contra los desleales, a los que en ocasiones compró una alianza.²⁵

Por ejemplo los amalfitanos.

Amalfi, ciudad costera en el golfo de Salerno, comprimida entre la montaña y el mar y los territorios vecinos de Sorrento, Nápoles y Salerno, sólo pudo asegurarse una cierta autonomía mediante una flota poderosa y con alianzas cambiantes. En 846 y 849 combatió del lado de Nápoles contra los sarracenos, más tarde se alió con el emperador Luis II contra Nápoles y luego pactó también con los árabes por intereses comerciales. Entonces Juan VIII para separarla de éstos intentó asegurarse la flota amalfitana (que durante todo el año protegía la costa entre Traetto y Civitavecchia, ambas ciudades pertenecientes a la Iglesia); los amalfitanos habían recibido de él 10.000 piezas de oro (*mancusi*), pero no causaron el menor daño a los sarracenos ni devolvieron al papa un triste denario. Más bien afirmaron pronto que les correspondían 12.000 según contrato y siguieron colaborando con los enemigos del Señor, aunque el papa Juan les había dado 10.000 en 879. Ni siquiera cuando el papa les dio mil piezas de oro suplementarias para el año en curso y prometió la plena exención aduanera de todas sus naves mercantiles en el puerto de Roma —promesa acompañada por otra parte de la amenaza de excomunión y anatema contra el obispo y el prefecto de Amalfi a finales de 879 así como el boicot comercial «en todos los países en que solían comerciar»—, pudo mover a los amalfitanos a la guerra en favor de Su Santidad.

También hubo dificultades con Capua.

La ciudad, sita en Campania, había sido destruida en 456 por los vándalos y en 841 por los sarracenos, durante algunos períodos había sido bizantina y por mucho tiempo longobarda. En 856 había sido construida de nueva planta bajo el obispo Landulfo, un poco alejada de la vieja ubicación en un recodo del Volturino. Al mismo tiempo instituyó Landulfo una dinastía, que desde el 900 llevó el título de príncipesca. El propio prelado ejerció también la autoridad civil en su territorio y colaboró persistentemente con los enemigos de Cristo, mientras que el santo padre iba a su caza. Los juramentos que Landulfo hizo al emperador

dor, al papa y al príncipe de Salerno lo ataron tan poco como los dogmas eclesiásticos. Sólo el poder y el placer ataban al pastor de almas, que sostenía una corte como un sultán, rodeado de más eunucos que clérigos. Y mientras se aliaba con los sarracenos, pleiteaba con el monasterio de Monte Cassino declarando públicamente, cada vez que veía a un monje, que era del peor augurio para él.²⁶

Más suerte tuvo Juan VIII con Salerno.

La visitó en 876, hizo que el duque Guaiferio rompiera su alianza con los árabes y lo armó contra Nápoles. El honrado católico no sólo hizo degollar a todos los musulmanes que estaban a su servicio, siguiendo el ejemplo de sus parientes en Benevento, sino que por orden del papa también mandó decapitar a 25 nobles napolitanos que tenía prisioneros.

Asesinato de caudillos musulmanes prisioneros: condición papal para la readmisión en la Iglesia

En Nápoles se hicieron la guerra durante años el prefecto de la ciudad Sergio II y su hermano Atanasio, a quien el papa Juan había nombrado obispo del lugar. El duque, que a ningún precio quería que lo abandonasen los sarracenos, expulsó al competidor Atanasio y con ayuda sarracena intentó arrinconarlo de forma definitiva, pero fracasó.

El papa, en efecto, aprovechó el sínodo celebrado en Gaeta en marzo de 877 para alentar una sublevación en Nápoles y hasta financió con su oro la revolución. El obispo Atanasio sacó los ojos a su propio hermano Sergio y al así maltratado lo envió al santo padre, que lo recibió con grandes muestras de júbilo, haciendo encarcelar al «nuevo Holofernes» y dejando que muriese de hambre. Desde Roma llegaron el oro contante, las sentencias bíblicas y los grandes elogios por «la acción agradable a Dios» en honor del obispo fraticida, del «hombre de Dios», como le llamaba el papa, que amó a Dios más que a la propia carne y sangre y que gobernaba al pueblo cristiano en justicia y santidad como un buen pastor! (Digamos de paso que, como en una revolución croata cayera un dirigente asociado de los griegos y el culpable y sucesor se puso del lado de Roma, también Juan VIII ensalzó al magnicida y le prometió la victoria sobre todos los enemigos visibles e invisibles.)

Pero el obispo Atanasio de Nápoles, que ahora también era el duque del lugar, llegó a ser un discípulo aventajado de su señor romano. Inmediatamente cambió de frente, pasando a representar ahora el papel del hermano liquidado y estableciendo con los musulmanes lazos más estrechos de los que aquél había mantenido. Ni el oro ni el anatema del papa, que éste manejaba sin tino como ningún otro, fueron suficientes para apartarlo de la alianza con los «infieles». Los acogió como guarnición en

el puerto de Nápoles, permitió que se establecieran ante los muros de la ciudad y en el Vesubio y después ellos incendiaron Gaeta, Salerno con los ducados longobardos hasta Spoleto y Benevento.

Sólo cuando asediaron la misma Nápoles, requisaron armas, caballos y mujeres y el papa sobornó al obispo con dinero, expulsó éste a sus aliados y se vio libre del anatema junto con su ciudad. Pero excomulgado de nuevo acogió a nuevos sarracenos de Sicilia, para cambiar después de campo y ponerse otra vez con el papa y, a una con los reclutamientos de Roma. Capua y Salerno, arremeter contra quienes durante años habían sido sus cómplices. Mas para su readmisión en la Iglesia Juan le había puesto como condición la entrega o la ejecución de los jefes musulmanes apresados. Exigió del obispo que le entregase una lista de sarracenos eminentes y que al resto los pasase por las armas. Al final, sin embargo, el propio papa sufrió una humillación profunda: hubo de aceptar el pago anual de unos tributos a los sarracenos y comprar la paz provisional por una suma de 25.000 denarios de plata.

Pero los diablos infieles se establecieron en Paestum. A otros los llamó el duque Docibilis I de Gaeta por temor al papa y se asentaron a su vez en la desembocadura del Careliano, y desde un castillo poderoso devastaron durante años Campania, Toscana y Sabina hasta la zona de Roma. Y como ya hiciera con Amalfi, aunque en forma mucho más costosa, Juan compró ahora Gaeta, importante por su posición y su flota, otorgándole en 882 una ampliación de su escaso terreno con el Hin-terland cercano a la costa, que comprendía las ciudades de Fondi y Traetto (actual Minturno).

En 881 y 883 los sarracenos redujeron a polvo y ceniza hasta los monasterios más grandes de Italia meridional, como San Vincenzo de Volturino y Monte Cassino. No así, aunque a menudo se afirme lo contrario, el monasterio imperial de Farfa en Sabina ni el lombardo de No-nantula, por entonces el monasterio más hermoso de Italia y rico como un principado. Durante siete años lo defendió el abad Pedro, puso sus tesoros a buen recaudo y abandonó la abadía. Y mientras los árabes respetaban el monasterio por su belleza, los salteadores cristianos de la región le pegaron fuego dejándolo treinta años en ruinas. «De ese modo el temor de los príncipes católicos a los planes terrenos de un papa fue una de las causas más esenciales que permitió a los sarracenos instalarse en Italia meridional» (Gregorovius). O como resume Johannes Haller: «La política del papa en Italia meridional se vio coronada con el fracaso más rotundo»; «el mundo había comprendido que en aquello que él exigía y reclamaba al igual que sus predecesores, de lo que en realidad se trataba era de derechos civiles y de dominio terreno, no de la fe y de la Iglesia, y no debería haber pensado en prometer el paraíso como eterna soldada feudal para aquella lucha».²⁷

Las luchas por el poder que Juan VIII llevó a cabo de fronteras afuera también las efectuó de fronteras adentro, tanto contra clérigos influyentes como contra linajes nobiliarios.

Los camaradas de Juan y el primer asesinato papal

Juan tuvo especial aversión, a la vez que miedo, al obispo Formoso de Porto (864-876). Éste había ya destacado con papas anteriores. Bajo Nicolás I como misionero y fundador de la Iglesia búlgara, aunque fracasó en su intento de ser nombrado arzobispo de la misma. Bajo Adriano II como legado en Constantinopla y en otras misiones. Pero el 19 de abril de 876 Juan excomulgó al obispo por supuestas conjuraciones contra el emperador y contra el papa, con sentencia varias veces renovada. También lo separó de su obispado y de todo cargo eclesiástico. Tal vez fue Formoso un competidor en la elección papal de Juan, que ambicionó resueltamente y que hasta consiguió.

Cuando Formoso escapó a su condena refugiándose en el imperio francooccidental también abandonaron Roma otros personajes; gentes, que habiendo ocupado los cargos más importantes de la corte habían estado durante años en el círculo más estrecho de Juan y que de algún modo se habían convertido en figuras a fuerza de malversaciones, asuntos de faldas, robos y asesinatos.

El tesorero del papa, y tal vez señor de toda la administración, un tal Jorge de Aventino, había matado a su propio hermano por asuntos de mujeres, había saneado sus finanzas desposando a una sobrina del papa Benedicto III para después asesinarla casi públicamente y, tras quedar impune por soborno del juez, casó con Constantina, que le dio estabilidad, siendo como era hábil en el manejo de los hombres y del dinero. A fin de cuentas era hija de Gregorio, maestro de ceremonias papal, el cual ya bajo Adriano II parece que se había enriquecido enormemente con engaños y robos y que como apocrisiario representaba al papa. A tan ilustre círculo pertenecía también Sergio, el jefe de las milicias. Por motivos pecuniarios desposó a una sobrina de Nicolás I, pero la repudió luego para convivir con su concubina franca de nombre Walvisindula.²⁸

Todos estos honorables señores católicos y muchos otros fueron acusados bajo Juan VIII de connivencia con los árabes y con otros enemigos del papa, como el duque de Spoleto y Camerino y Adalberto de Toscana. Y como circulase el rumor de su inminente liquidación o mutilación, una noche de primavera del año 876 escaparon de la ciudad eterna con una llave falsa por la Porta San Pancrazio. Antes, sin embargo, Jorge y Gregorio habían saqueado Letrán y otros templos, llevándose el tesoro eclesiástico. Juan los excomulgó así como a Formoso, que supuestamente

ambicionaba la dignidad papal y que con ayuda de los dineros de las iglesias y los monasterios de su obispado había preparado su fuga.

En el sínodo de Troyes del año 878 los obispos en presencia del papa («uniendo nuestras lágrimas a las Vuestras») se volvieron de nuevo contra todos aquellos «hombres malvados y servidores del diablo» y en un lenguaje pomposo decretaron una vez más su «aniquilación con la espada del Espíritu Santo» y una vez más «con el corazón y con la boca, con voluntad unánime y con la autoridad del Espíritu Santo» llevaron «a efecto» su condena y declararon por lo mismo que «como queda dicho, a cuantos Vos habéis excomulgado, los tenemos por excomulgados, y a cuantos Vos habéis expulsado de la Iglesia los tenemos por expulsados, y a cuantos Vos habéis anatematizado los tenemos también por anatematizados». Y después de haber acudido así en socorro de su «santísimo y venerabilísimo señor y padre de los padres, Juan», reclamaron inmediatamente su ayuda «contra los saqueadores de nuestras iglesias», «contra los indignos saqueadores y devastadores de las posesiones y bienes eclesiásticos, así como contra quienes desprecian el sagrado ministerio episcopal...».

Por lo demás, cuatro años más tarde también le tocó el turno al papa romano. El 16 de diciembre de 882 y en una revuelta palaciega, un pariente piadoso, que a su vez quería ser papa y rico, lo envenenó; pero como el veneno no actuase con la suficiente rapidez —según refieren los *Annales Fuldenses* con palabras breves pero impresionantes—, «le golpeó con un martillo hasta que éste se le quedó clavado en el cerebro» (*malleolo, dum usque in cerebro constabat, percusus est, expiravit*). Era el primer asesinato papal. Y el ejemplo creó escuela.²⁹

Mientras los cristianos se acometían así unos a otros, no sólo en el estrecho círculo de los papas y no sólo en Italia, mientras sus grandes se extorsionaban mutuamente y mientras en el sur robaban, mataban y quemaban a los sarracenos, en el norte seguían presentes los normandos. En efecto, el peligro normando se había agravado. Hasta el rey franco Carlomán preguntaba el año 884: «¿Puede extrañar que los paganos y pueblos extranjeros se enseñoreen de nosotros y se lleven nuestros bienes temporales, cuando cada uno de nosotros priva con violencia a su prójimo de lo necesario para vivir? ¿Cómo podemos luchar con confianza contra nuestros enemigos y los de la Iglesia, cuando en nuestra propia casa guardamos el botín robado a los pobres [Isaías 33,1] y cuando entramos en campaña para llenar el vientre con lo robado?».³⁰

NOTAS

Los títulos completos de las fuentes más importantes y abreviaciones se hallan en las pp. 261 y 262. Los títulos completos de las fuentes secundarias citadas se hallan en las pp. 263 y ss. Los autores de los que sólo se ha consultado una obra figuran citados únicamente por su nombre en la nota; en los demás casos se concreta la obra por medio de su sigla.

1. El emperador Luis I el Piadoso (Ludovico Pío) (814-840)

1. Fichtenau, Das karolingische Imperium 217.
2. Daniel-Rops 554.
3. Nith. hist. 1, 3.
4. Ann. Xant. 834.
5. Ann. reg. Franc. 781; 806; 813. Thegan 3; 6 (aquí Luis se corona a sí mismo), Astron. 3 s.; 20. LMA V 2171. Simson I 1 ss. Mülbacher II 7. Hartmann, Geschichte Italiens III 1. H. 77 s. Reinhardt 29 s. Klebel, Herzogtümer 74. Aubin 144. Classen 109 ss. Schramm, Kaiser, Könige und Pápste I 296 ss. Steinbach, Das Frankenreich 68 s. 71. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 104. Schlesinger, Kaisertum 116 ss. Konecny, Ehrechit 3. Deschner, Das Kreuz 186. Rau I 213. Riché, Die Welt 21. Schieffer, Die Karolinger 112. Boshof, Ludwig der Fromme 86 ss.
6. Para los excesos sexuales del clero (alto), a los que nos hemos referido al comienzo, véase también: Mynarek, Eros 29 ss. 49 ss. etc. Ranke-Heinemann, Eunuchen 118 ss. Herrmann, H. Kirchenfürsten 165 ss. Deschner, Das Kreuz 124 ss. 132 ss. 181 ss. Id., Opus Diaboli 92 ss. Para el problema de las mujeres dentro de la Iglesia en el pasado y en el presente, véase por ej. Deschner/Herrmann 83 ss. Moia, Für die Frauen *passim*. Id., Géint d'Pafen 109 ss. 6 Greg. dial. 4, 44. Ann. reg. Franc. 809. Astron. 3 s; 6; 10; 13 ss. Ermold. Nig. in honor. Hlud. 1, 56. Wetzer/Welte VI 626 ss. LMA I 1153; III 2160. HEG I 1009 s; Simson I 37 s. Mülbacher II 7 s. 13, 148. Konecny, Ehrechit 1 ss. espec. 10,15. Fichtenau, Das karolingische Imperium 215 s. Schieffer, Ludwig der Fromme 58 ss., espec. 62 ss., 70 ss. Id., Die Karolinger 112 ss.

Riché 179 s. Id., Die Welt 92 s. Wattenbach/Dümmler/Huf II 239, 261 s. Hartmann. Die Synoden 153 ss. 165. Fried, Der Weg 369. Véase también 401 s. Boshof, Ludwig der Fromme 5 s. 27 ss. 74 ss. Schmitz 79.

7. LMA II 1948 s. V 451 s. 903 s. 907 s. Hartmann, Die Synoden 155 ss. Para la «reforma monástica» bajo Luis, véase asimismo Oexle 112 ss. Consultar también 141 s nota 216. además, Goetz 108; Deschner, Dornroschenträume 169.

8. LThK III¹ 592 s. IIP 527 s. LMA III 1705 ss. (Schieffer). Nylander 24. Lassmann 229. Hartmann, Der Rechtliche Zustand 397 ss. Id., Die Synoden 161 ss. Ehlers 30. Brunner 37 s.

9. LMA I 216 s. (Boshof). Mülhbacher II 63. Konecny, Ehrerecht 14 s. Boshof. Erzbischof Agobard 100. Hartmann, Die Synoden 166 s. Véase también 187, 192 s. Deschner, Abermals 453. Y fundamental para la Edad Media, Gurjewitsch 274 ss.: «La única prescripción de la Iglesia orientada a una redistribución parcial de los bienes se limitaba a una exhortación a dar limosna».

10. Ermold. Nig. in honor. Hlud. 2. Astron. 8. Konecny. Ehrerecht 2, 12 s. 21. Schieffer, Die Karolinger 114, 119 s. Werner, Die Nachkommen 4, 443 s. Riché, Die Karolinger 179. Boshof, Ludwig der Fromme 59 s. Wemple 79 s.

11. Astron. 40. Ann. reg. Fr. 826 s. Ann. Fuld. 828. LThK IX1 391 ss. Fichtinger 344. Véase también Deschner, Abermals 268.

Casi increíble, y sin embargo cierto, es también lo que sigue, que no sólo participa del afán de curiosidades por su conexión con el patrón de las sociedades de tiradores, sino también porque demuestra cómo semejante desvarío cristiano continúa tomándose completamente en serio.

El sábado 22 de enero de 1977 inició la «Kgl. privil. Hauptschützengesellschaft Würzburg» (HSG) en la iglesia local de los agustinos con una «celebración del "oficio litúrgico de Sebastián"», con «desfiles de banderas», incluidas las de otros «amigos tiradores», con «reyes» y «maestros tiradores honorarios», y hasta con una «hermana tiradora» y con un «grupo de trompas de caza» junto al «oficio divino», en el que «el celebrante de los [sic] Santo Ministerio» expuso en su sermón que «la sociedad de tiradores, agrupada en torno al blanco que reúne a todos los tiradores, realiza el ideal de la Iglesia», viniendo a decir que la Iglesia contribuye «efectivamente al deporte, la comunión y la sociedad» y, en ese sentido «se realizan en la HSG amor, lealtad y comunión, la sociedad de tiradores contribuye a la misión de Cristo y al reino de Dios». ¿No es magnífico cómo se acerca aquí la real sociedad privilegiada de tiradores de Würzburg y lo cerca que está el blanco del «ideal de la Iglesia» y del «reino de Dios»? ¿Hay que seguir extrañándose de que los padres agustinos adoraran de nuevo la mesa del altar (!) con una reliquia, y en concreto con la punta de una flecha de las que debieron de taladrar a san Sebastián? No cabe más que lamentar eternamente que a la real sociedad privilegiada de tiradores de Würzburg se le «ofreciese el "trago de Sebastián" según un antiguo privilegio» a continuación del oficio divino, trago que «ese año fue un Iphöfer Julius Echterberg de 1975», trago que no fluyó de la calavera de su santo a las gargantas de los tiradores. La real y privilegiada HSG debería haberse dirigido (y es posible que lo haga en el futuro) a Ebersberger en la Alta Baviera, donde al menos antes los habitantes de Ebersberger «bebían vino bendecido en la supuesta calavera de Sebastián» (Lexikon für Theologie und Kirche).

La referencia a la sociedad de tiradores de Würzburg —«en honor de SAN SEBASTIAN»— se la debo a un lector, que el 28.1.1977 me envió la correspondiente hoja suelta con la advertencia final: «Me ahorro las explicaciones al respecto después de que todo se ha podido conocer claramente. Está fuera de duda que para fin de año me daré de baja en la HSG razonando los motivos. Por lo demás, no se comprende...».

12. Ann. reg. Franc. 823. Astron. 37; 42.

13. «Caza y nobleza forman un todo, fieles al *halali* [canto] cortesano», escribe Karl August Groskreuz en su incursión, densa de sentidos ocultos y a menudo con un lenguaje maravilloso, por la anatomía de los hombres-cerdos; una obra absolutamente singular en la literatura alemana contemporánea. «Exactamente 116.106 fueron las criaturas que el duque Juan I, príncipe elector de Sajonia, acosó, cazó y mató durante su gobierno (1611-1655), de las cuales 3192 jabalíes y en la estadística venatoria de la corte aparecen 27 erizos "abatidos" personalmente por él. El corrompido duque de Schubart, Carlos Eugenio de Württemberg, hizo capturar en los montes de su territorio exactamente 5218 piezas, entre las cuales figuraban 330 jabalíes, para celebrar su cumpleaños el 20 de febrero de 1763 con una matanza divertida; las hizo transportar en jaulas sin respetar para nada las épocas de veda, exactamente igual que los tiránicos Visconti de Milán. Dice Burkhardt que "la institución estatal más importante es la caza del jabalí por el príncipe; quien atenta contra la misma es ejecutado entre tormentos. El pueblo temeroso tiene que alimentar para él a cinco mil perros de caza, procurando el bienestar de los mismos bajo la más grave responsabilidad"».

Carlos IX de Francia fue un cazador a la vez que enemigo cruel de los animales, que personalmente mataba jabalíes y hurgaba en sus entrañas, y que en 1572 dio también su asentimiento a su madre Catalina de Médicis para la aniquilación de los hugonotes; después de lo cual llegaron «las bodas de sangre de París», la «Noche de san Bartolomé», en la cual y al grito de combate «¡Viva la misa! ¡Matadlos, matadlos!» los católicos degollaron en pocas horas a veinte mil y quizás hasta treinta mil hugonotes. Después se celebraron júbilos oficios divinos de rito romano, procesiones suntuosas y el papa Gregorio XIII hasta acuñó una medalla conmemorativa con un ángel que atraviesa a un hugonote y tiene el rostro del representante de Cristo.

También el emperador Francisco José abatió en una batida de cincuenta a setenta piezas. Y el emperador Guillermo II, con ocasión de sus 150.000 piezas cobradas, hizo levantar un monolito en la campiña de Prusia oriental. Caza y guerra van estrechamente unidas y, si bien se mira, la caza resulta más repugnante aún que la guerra por cuanto casi siempre se realiza contra animales indefensos por completo. Véase sobre todo Grosskreuz, Der Schnauzenkuss 81 s. Heer, Europäische Geistesgeschichte 384 s. Id., Europa 66, 88, 93. Goetz 199. Rösener 111. Al caballero y al cazador los designa M. Gilseman 113 s. como «los dos símbolos clásicos de una determinada forma de soberanía». Deschner, Die Politik der Pápsten I 572. Id., Opus Diaboli 31.

La infinita desgracia de los animales en la historia cristiana, tanto en la guerra como en la paz, habitualmente la silencian por completo los historiadores. Por ello resultan tanto más meritorias las excepciones de algunos científicos, como Singer,

Befreiung der Tiere, una obra absolutamente necesaria, *passim*. Véase espec. también el apéndice 1, 275 ss. Asimismo Singer/Dahl 280 ss. Hermann, H., Passion der Grausamkeit 26 ss. Moia, Géint d'Pafen, 193 ss. Véase también Deschner, Warum ich Christ, Atheist, Agnostiker bin 167 ss. Lo que yo pienso 93 ss. Escándalos 55 ss. Aforismos mordaces 84 ss.

14. Ann. reg. Franc. 820, 825 ss. Thegan 19. Astron. 19, 32, 35, 40 ss., 46, 57 ss. LMA III 2160; V 270 ss. (Schwenk) HKG III/I, 120, 126. Simson I 34 s, 344. Watten-bach/Dümmler/Huf II 239. Mühlbacher II 48, 133, 143. Brühl, Fodrum 31 ss. Fich-tenau, Lebensordnungen 196 s. Fried, Die Formierung 12, 14. Voss 161. Los detalles sobre la caza los debo sobre todo al libro de Pierre Riché Die Welt der Karolinger 41 ss., 114, que contiene abundante material y en muchos aspectos vale la pena leerlo. Véase espec. 94; la cita aquí es de Ermoldo Nigelo. Boshof, Ludwig der Fromme 63. Werner. Die Ursprünge 421 s. Para todo el conjunto: Lindner, Geschichte des deut-schen Weidwerks II 235 ss.; Jarnut estudia la historia jurídica y social, Die früh-mittelalterliche Jagd 765 ss.
15. Astron. 20. Schieffer, Die Karolinger 117. Fried, Der Weg 341 s.
16. Ann. reg. Franc. 814. Astron. 21, 23, 44. Simson I 10 ss., 33 s. Mühlbacher II 7 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 220 s. Weinrich, Wala 28 ss. Semmler, Ludwig der Fromme 28 ss. Fried, Der Weg 342 s. Kasten 100 s.
17. Nithardi hist. 2. Astron. 21, 23. Simson I 17 ss., 20 ss. HKG III/I, 120 s. LMA I 105, 2023; V 162 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 92 s, 108 s, 144. Mühlbacher II 8 ss. Weinrich, Wala 30 s, 33 ss. Konecny, Ehrerecht 11 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 221 s. Hartmann, Die Synoden 153. Schieffer, Die Karolinger 112 ss., 120. Riché, Die Karolinger 180, 183 s. Fried, Der Weg 342 s. Boshof, Ludwig der Fromme 91 ss. Para Adalhardo: Kasten *passim*.
18. Thegan 8. Para las increíbles riquezas de las Iglesias hoy y sus métodos de explotación, véase H. Herrmann, Die Kirche und unser Geld *passim*. Id., Caritas-Legende 93 ss., 255 ss. Id., Kirchenaustritt 80 ss. Id., Pecunia non olet 226 ss. Además, Deschner/Herrmann 69 ss., 249 ss., 265 ss. Deschner, Das Kapital der Kirche 299 ss.
19. Thegan 10, 20.
20. Ann. reg. Franc. 827. LMA IV 2121; V 806. Simson I 23 s.
21. LThK II³ 200 s. LMA IV 1168 s. (Schild). Fichtenau, Das karolingische Imperium 202. Riché, Die Karolinger 335 s. Boshof, Ludwig der Fromme 46 ss. Fried, Der Weg 345 s. También Prinz, Askese und Kultur 61 ss. enjuicia «más bien en sentido negativo» la transmisión de la cultura literaria en los monasterios. Lo característico del monasterio no sería una transmisión organizada del saber, sino una «educación provocativa». Para la situación en la Alta Edad Media, véase Illmer *passim*, espec. 65 s, 89 ss., 153 ss., con resultados asimismo muy negativos en su conjunto.
22. Astron. 28. Vita Benedicti 35. LThK II¹ 147 s. IP 200 s. LMA I 1864 ss. Simson 124 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1. 94. Mühlbacher II 11 ss., 19 ss., 25 ss., 40. Cartellieri I 240. Löwe, Deutschland 171 s. Steinbach, Das Frankenreich 71 s. Mayer, Staatsauffassung 172 ss. Zöllner 232 ss. Sprandel 100. Haendler 117 s. Kasten 91 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 197 s. Schieffer, Die Karolinger 114 s. Riché, Die Karolinger 334 ss. Hartmann, Die Synoden 153 ss. Id., Herrscher der Karolingerzeit 46. Schneider, Das Frankenreich 38. Goetz 68 s. Fried, Der Weg 346

ss. Staubach 34 habla de la afición «maniática» de Luis al monacato y a las cuestiones de disciplina monástica.

23. Thegan 36. LMA V 10 s., 20, 625. Simson I 23 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1,133. Levison 517. Riché, Die Karolingier 339 s. Schieffer, Die Karolinger 121.

24. MGCap. I 270 ss. Ann. reg. Fr. 817. HKG III/I, 125. LMA III 1133 s. VI 1434 s. Simson I 100 ss., 112 s. Mühlbacher II 22 ss. Cartellieri I 243. Reinhardt, Untersuchungen 31 s. Conrad 102. Steinbach, Das Frankenreich 71 s. Tellenbach, Die Unteilbarkeit 113. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 104 s. Schieffer, Die Karolinger 117 s. Hartmann, Die Synoden 160 s. Schneider, Das Frankenreich 38. Semmler, Ludwig der Fromme 28 ss. Fried, Der Weg 350 ss., que incluye también (en la cita) a grupos dirigentes de la nobleza. Boshof, Ludwig der Fromme 129 ss. Werner, Die Ursprünge 421 ss.

25. Einh. vita Karoli 19. Ann. reg. Franc. 812 ss. espec. 817 s. Thegan 22 s. Astron. 29 s., 39, 42. Nith. hist. 1,2. Reginon. chron. 818. LMA I 1983, VI 2171. Simson I 8 s. espec. 112 ss., 120 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 102 ss. Cartellieri I 244. Mühlbacher II 30 ss. Faulhaber 36. Mohr 80 s. Bund 393 ss. Sprigade 71 ss. Schaab 65 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 241 s. Noble 315 ss. Riché, Die Karolinger 181 s. Boshof, Ludwig der Fromme 141 ss.

26. Thegan 24. Nith. hist. 1, 2. Astron. 35. Chron. Moiss. 817. Simson I 127 s., 177. Mühlbacher II 32 s., 62. Schaab 167. Sprigade 73 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 243. Riché, Die Karolinger 182.

27. Ann. reg. Franc. 822. Astron. 35. Simson I 177 ss. Mühlbacher II 61 ss. Schieffer, Die Karolinger 121. Riché, Die Karolinger 183. Boshof, Ludwig der Fromme 147.

28. Ann. reg. Franc. 820 ss. Nith. hist. 1, 3. LMA VI 1201, 1754. Simson I 300 ss. (con abundantes citas de las fuentes). Mühlbacher II 11, espec. 64 ss. Kupisch 14. Riché, Die Karolinger 187. Duby 11 ss. Véase asimismo Schneider, Das Frankenreich 77. Geremek 7 ss., 21 ss. Bentzien 53. Cipolla/Borchardt 30 ss.

29. Astron. 25 s., 34.

30. Riché, Die Welt 98 ss.

31. Thegan 13, 15. Astron. 25 s. Ann. reg. Franc. 815 s. Simson I 52 s., 64 s. Mühlbacher II 44 s. R. Schneider, Das Frankenreich 37. Kretschmann, Die stammesmässige Zusammensetzung 23.

32. Ann. reg. Franc. 818. Thegan 25. Astron. 30. LMA II 615 ss. Simson I 128 ss. Mühlbacher II 42 s. Schieffer, Die Karolinger 124. Boshof, Ludwig der Fromme 100 s.

33. Ann. reg. Franc. 819, 821. Ann. Bertin. 839. Ann. Sith. 819. Astron. 31 s. dtv Lexikon VII 127. LMA IV 1126 s. Simson I 140 s. 151. Dümmler 166 ss. Schieffer, Die Karolinger 123 s. Friedmann 193.

34. Ann. reg. Franc. 819 ss. Thegan 27. Astron. 32 s., 36. Ann. Sith 820. LMA II 463; V 1538, 2055. Simson I 149 ss., 158 ss., 173 ss. Mühlbacher II 54 ss. Hauptmann, Kroaten, Goten 325 ss. Id., Kroaten im Wandel der Jahrhunderte 12. Vernadsky 265, 279. Cartellieri I 245 ss. Zatschek 69 s. Pirchegger, Karantanien 272 ss. Schulze, Vom Reich der Franken 379. McKitterick 129. Bahic/Belosevic 81 ss.

35. Ann. reg. Franc. 822.

36. Ibid. Astron. 35 s. Simson I 187 ss. Schieffer cit. según HKG III/I, 141.
37. Astron. 23.
38. Ann. reg. Franc. 824. Thegan 31. 49. Astron. 30, 37. Tusculum Lexikon 90 s. LMA III 2160 s. Simson I 216 ss. Mühlbacher II 43 s. Dümmler I 24 s. Ermoldus Nigellus cit. según Riché, *Die Welt* 98. Antón, *Die Iren* 606 ss. Godman 45 ss., 250 ss.
39. Mühlbacher II 58 s.
40. Simson I 311 con referencias de las fuentes.
41. Ann. reg. Franc. 826 ss. Astron. 40 ss. LMA VI 1406. Simson I 47 ss., 267 ss., 273 ss.
42. Ann. reg. Franc. 824 ss. Ann. Fuldens. 828 s. LMA VI 1407. Simson I 223 235 s., 253, 277. 297 s. Mühlbacher II 57 s. Schieffer, *Die Karolinger* 123.
43. Ann. reg. Franc. 828. Astron. 42. Simson I 299.
44. Ann. reg. Franc. 815. Astron. 25. Wetzer/Welte VI 458. HEG I 580 s. LThK VI¹ 494. Kelly 113 s. LMA V 1877 s. Simson I 60ss, 234. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1, 96. Gregorovius I/2 478. Mühlbacher II 14. Stratmann, *Die Heiligen* IV 173. Cartellieri I 241. Haller, *Papsttum* II 18, 24. Seppelt/Schwaiger 96 s. Seppelt II 186 s. Prinz, *Grundlagen und Anfänge* 102. Schieffer, *Die Karolinger* 180. Hartmann, *Die Synoden* 120. 286. Moser 73. Peter de Rosa da por hecho que le sacaron los ojos y le cortaron la lengua: *Gottes Erste Diener* 58.
45. Ann. reg. Franc. 816. Thegan 16 ss. Astron. 26. LP Vita Steph. IV 2, 49 ss. JW I, 316 ss. LThK IX¹ 805, IX² 1039s. HKG III/I 124. HEG I 584. Kühner, *Lexikon* 55. Kelly 114 s. Simson I 67 ss. Mühlbacher II 14 ss. Gregorovius 12, 482 s. Cartellieri I 241. Eichmann I 15 ss., 40 ss. Sobre la corona en general: II 57 ss. Fritze, *Papst* 43 ss. Aubin 152. Haller II 24. Seppelt II 200 ss. Ullmann 215 ss. espec. 218. Gontard 177. Dawson 252. Ermoldus Nigellus cit. según Riché, *Die Welt* 91. Id., *Die Karolinger* 115. O. Engels 25 s. Fried, *Der Weg* 344 s. Boshof, *Ludwig der Fromme* 136 ss. un tanto apologetico como de costumbre, porque para él tampoco la interpretación de Fried «es demostrable». O en p. 162, nota 389 «sin que podamos entrar aquí en detalles, no convence».
46. Ann. reg. Franc. 817. Kelly 115. LMA VI 1612. HEG I 585. Mühlbacher II 18. Gregorovius I 2, 484. Seppelt II 2=3 ss. Hahn 15 ss. Prinz, *Grundlagen und Anfänge* 108. Boshof, *Ludwig der Fromme* 139 s.
47. Ann. reg. Franc. 823. Astron. 36. Kühner, *Lexikon* 56. Kelly 115. LMA VI 1752. Mühlbacher II 34. Cartellieri I 241, 247. Gregorovius II 1, 487. Schnürer II 29. Eichmann I 47 s. Seppelt II 205. Ullmann 233 ss. Aubin 152. Riché, *Die Karolinger* 184. Schieffer, *Die Karolinger* 121 s.
48. Ann. reg. Franc. 823. Thegan 30. Astron. 37 s. Ann. Sith. 823. Kelly 114 s. LMA III 1673 ss. espec. 1681. HKG III/I, 129. Simson I 202 ss. Mühlbacher II 34 s. Gregorovius I 2, 488. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1.111 ss. Cartellieri I 246 s. Haller II 25. Seppelt II 205 s. Seppelt/Schwaiger 97. Gontard 177. Zimmermann, *Papstabsetzungen* 37 s.
49. Ann. reg. Franc. 824. Thegan 30. LThK I¹ 985 informa que Baronio hubo de ser obligado a aceptar la dignidad cardenalicia bajo amenaza de excomunión. LThK I³ 31 subraya el hecho penoso. Kelly 116, Simson I 213 ss. Gregorovius I 2, 489. Seppelt II 206.
50. *Constitutio Romana*: MG Capit. I 323 s. Véase asimismo *De imperatoria po-*

testate in urbe Roma libellus: MG ss. III 720. LP Vita Eugen 2, 69 s. JW 1, 320 ss. Ann. reg. Fr. 824. Astron. 38. Kühner, Lexikon 56. Kelly 116 ss., 133. LMA III 176 s, IV 295, VI 1752. HKG III/I 129 s. Simson I 225 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 115 ss. Mühlbacher II 35 s. Cartellieri I 247. Gregorovius I 2, 487 s. Seppelt II 205, 208 s. Haller II 25 s. Steinbach, Das Frankenreich 73. Löwe, Deutschland 174. Fis-cher, Königtum, Adel 81. Prinz, Grundlagen und Anfänge 108. Schieffer, Die Karolinger 121 s. Hartmann, Die Synoden 173 ss.

51. MG Cap. 2, 4. MG Cone. 2, 606 ss. Astron. 35. Altaner/Stuiber 225 s. Kraft 448. Simson I 303, 315 ss. Hartmann, Geschichte Italiens II 11, 96 ss., 128 s. Dümmler I 48 ss. Cartellieri I 245. Steinbach, Das Frankenreich 72 s. Voigt, Staat und Kirche 419 s. Faulhaber 46 ss., 100 ss. Mohr 91 s. Löwe, Deutschland 181 s. Halphen, The Church 444. Bund 398 ss. Schieffer, Die Karolinger 121,127. Riché, Die Karolinger 183, 185. Véase asimismo Gurjewitsch 196 ss.

52. Simson I 300 ss. con abundantes referencias de las fuentes. Dümmler I 46 s. Cartellieri I 252. Dörries II 217. Weinrich, Wala 60 ss. Goetz 27. Duby 12.

53. Ann. reg. Franc. 819. Nith. hist. 1, 2. Thegan 25 s. Astron. 8, 32. Simson I 145 ss. (aquí la cita de Luden). Mühlbacher II 39 s. Konecny, Die Frauen 99s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 250 ss. (aquí la cita de Agobardo).

54. Ann. reg. Franc. 828 s. Thegan 35 s. Astron. 43. Nith. hist. 1, 3. Mühlbacher II 40 s. Simson I 325 ss. Faulhaber 50 s. Sprigade 80 s. Boshof, Erzbischof Agobar 195 ss. Weinrich, Wala 70 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 252 ss.

55. Ann. reg. Franc. 827, 829. Nith. hist. 1, 3. Astron. 43. LMA I 1985. Simson I 330 ss. Mühlbacher II 74 ss. Schieffer, Die Karolinger 127 s. Véase también la nota siguiente.

56. Thegan 36. Astron. 44. Ann. Fuldens. 830. Ann. Bertin. 830. Regin. chron. 838. Pasch. Radbert. Epitaph. Arsenii 2, 8. Agobardo, Lib. apologet. 2. LMA III 934., IV 2121, V 2123, VI 2170. Simson I 329, 335 s. Mühlbacher II 74 ss. Boshof, Erzbischof Agobard 196 ss., 208. Weinrich, Wala 70 ss. Fichtenau, Das karolingische Imperium 167 s. Bund 401 ss. Riché, Die Karolinger 184 s, 187. Id., Die Welt 117. 222 s.

57. Nith. hist. 1, 3. Ann. Bertin. 830 s. Astron. 44 ss. Thegan 36. Ann. Mett. 830. Pasch. Radbert. Vita Walae 9 s. LMA III 225, 295, 1682. Simson I 335 ss., 341 ss., 351 ss. II 1 ss., 232 ss. Mühlbacher II 82 ss. Dümmler I 56 ss., 65 ss. Cartellieri I 253 ss., 286 s. Sprigade 80 ss. Weinrich, Wala 74 ss. Konecny, Die Frauen 97 s. Fichtenau, Das Karolingische Imperium 257 s, 267 s. Schieffer, Die Karolinger 128 ss. Riché, Die Karolinger 187 s.

58. Thegan 39. astron. 47 s. Ann. Fuldens. 832. Ann. Bertin. 832 s. Nith. hist. 1, 3 s. LMA I 216, VI 2170. HKG III/I 140. HBG I 263 s. Simson II 17 ss., 32 ss. Cartellieri I 244, 246 s., 256. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 133 ss. Steinbach, Das Frankenreich 73. Haller II 38. Seppelt/Schwaiger 98 s. Aubin 153 s. Bund 405 ss. Flec-kenstein, Grundlagen und Beginn 105 s, 124 s. Schieffer, Die Karolinger 127 s, 130 s. Riché. Die Karolinger 188 s.

59. Ann. Xantens. 833. Thegan 42. Ann. Fuldens. 833. Ann. Bertin. 833. Astron. 48. Nith. hist. 1, 4. Pasch. Radbert Epit. Arsen. 2, 14 ss. LMA III 1405. HKG III/I, 141. Dümmler I 74 ss. Simson II 31 ss., 44 ss., 61. Mühlbacher II 98 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 138. Cartellieri I 256. Voigt, Staat und Kirche 448 ss. Bos-

hof, Erzbischof Agobard 216 ss. Sprigade 78 s. Grotz 22. Steinbach, Das Frankenreich 74. Weinrich, Wala 79 ss. Dawson 245 s. expone todavía la táctica papal en favor del papa. Seppelt/Schwaiger 99. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 125. Fichtenau, Das karolingische Imperium 278 s. Riché, Die Karolinger 189 s. Schieffer, Die Karolinger 131 s. Ullmann 246 ss. Bund 407 ss.

60. Astron. 48. Thegan 42 ss. Ann. Bertin. 833. Ann. Remens. 833. Ann. Fuldens. 834. Dümmler I 79 ss. Simson II 52 ss., 62 ss., 76. Mühlbacher II 100 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 139. Cartellieri I 257. Boshof, Erzbischof Agobard 240 s, 253. Voigt, Staat und Kirche 448 ss. Bund 409 ss. Schieffer, Die Karolinger 132 s. Riché, Die Karolinger 190.

61. Cit. ibid. 191. Véase también LMA V 144. HBG I 263 s. Simson II 54 ss., 80 ss. Para la obra espiritual de Rabano Mauro, Haendler 125 ss.

62. Según Riché, Die Karolinger 190.

63. LThK I 143 s. LMA I 216 s. Mühlbacher II 103 ss. Rahner 181. Véase asimismo Deschner, Abermals 453, 460. Boshof, Erzbischof Agobard 244. Wiegand 221, 232, 247. Oepke 292 s.

64. Nith. hist. 1, 3. Thegan 43. Ann. Bertin. 833: Ann. Fuldens. 834. Astron. 48 s. LMA I 216 s., V 2124. HKG III/I 141. Simson II 63 ss., 66 ss. Mühlbacher II 105 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 139 s. Dümmler I 84 ss. Cartellieri I 257 s. Mohr 98 ss. Schoffel I 53. Zatschek 74. Wiegand 221. Boshof, Erzbischof Agobard 228 ss., 241 ss. Bund 413 ss. Schieffer, Die Karolinger 133. Riché, Die Karolinger 190. Hartmann, Die Synoden 188.

65. Simson II 72 ss. Mühlbacher II 109 s. Sommerlad II 192s. Schoffel I 53.

66. Astron. 51. Mühlbacher II 110 ss. Simson II 73 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 140. Cartellieri I 258. Schoffel I 53.

67. Astron. 54. Thegan 44 s. Ann. Bertin. 833 s. Flod 2, 20. LMA III 1527 s. Dümmler I 86 ss. Simson I 207 ss., II 75. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 140. Bertram 33. Boshof, Agobard von Lyon 251. Schoffel 52 s. Haller II 42. Seppelt/Schwaiger 100. McKeon 437 ss.

68. Nith. hist. 1, 4.

69. Ann. Bertin. 834. Nith. hist. 1, 3 ss. Astron. 50 ss. Thegan 48 ss. Simson II 79 ss., 84 ss., 102 ss., 113 ss. Dümmler I 90 ss., 97 ss. Mühlbacher II 110 ss., 116 ss., 132. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 140 s., 145. Cartellieri I 259. Steinbach, Das Frankenreich 74. Hoffmann 11 s. Fichtenau, Das karolingische Imperium 269, 284. Hlawitschka, Franken 54 s. Riché, Die Karolinger 191. Schieffer, Die Karolinger 133 s. Götting 56 ss.

70. Ann. Bertin. 835. Astron. 54. Thegan 56. LMA I 661. Simson II 75, 120 s, 126 ss., 132 s. Mühlbacher II 121 s. Hartmann, Die Synoden 188 s.

71. LMA III 1527 ss. Mühlbacher II 123, 217 s. Hartmann, Fälschungsverdacht und Fälschungsnachweis 111 ss.

72. Syn. Aachen 836 c. 5 s, 12, 14. Simson II 148 ss. Mühlbacher II 126 ss. Hartmann, Die Synoden 190 ss.

73. Mühlbacher II 126, 128. Geremek 52. Staubach 30 ss.

74. Ann. Bertin. 838 s, 844. Ann. Fuldens. 838, 840. Einh. vita Kar. 3, 5. Ann. reg. Fr. 760 ss. Astron. 59 ss. Nith. hist. 1, 6 ss. LMA I 829 s. (Claude), VI 2170. HBG I 264. Simson II 148 ss., 171 ss., 176 ss., 195 ss., 217 ss., 222 ss. Dümmler I 268. Mühlba-

- cher II 133 ss., 137 ss., 144 ss. Novy, Die Anfänge 162 s. Schieffer, Die Karolinger 136 s. Riché, Die Karolinger 192. Id., Die Welt 22.
75. Astron. 62 ss. Ann. Berton. 840. Ann. Fuldens. 840. Ann. Xantens. 840. Nith. hist. 1, 8. Dümmler I 135 ss. Simson II 228 ss. Mühlbacher II 47, 148. Schieffer, Die Karolinger 137.
76. Astron. 42 s, 51 s, 58 s, 62. Nith. hist. 2, 10; 3, 5; 4, 5. LMA I 634, 2023, VI 1201.
77. Ann. Xantens. 831 ss.
78. Ann. Bertin. 837 s. Ann. Xantens. 834 s. Nith. hist. 1, 3. LMA III 1264 s, V 1999 s, VI 1249 s. Dümmler I 102 ss., 122, 193 s. Mühlbacher II 49 s, 131 s, 135. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 143 ss. Stembach, Das Frankenreich 74. Aubin 154. Mayr-Hartung 94 ss. Riché, Die Karolinger 193. Id., Die Welt 298 ss. Schieffer, Die Karolinger 134 s, 138, 144. Hopfner, Wikinger 11 ss.
79. Hopfner ibid. Mühlbacher II 251. Riché, Die Welt 299 ss.
80. Ann. Bertin. 838. Ann. Xantens. 834.

2. Los hijos y los nietos

1. Regin. chron. 876.
2. Ann. Bertin. 854.
3. Ann. Fuldens. 869.
4. Regin. chron. 880.
5. Fried, Die Formierung 61. Riché, Die Welt 298.
6. Thegan 13. Riché, Die Welt 302 s. Leyser, Herrschaft und Konflikt 15. Fried, Der Weg 368 ss. Schneider, Das Frankenreich 74 ss. Werner, Die Ursprünge 450. Para la servidumbre creciente de los campesinos libres durante los siglos IX-XI: Rössner, Bauern 18 ss., espec. 26 ss. Véase asimismo Schneider, Das Frankenreich 76 ss. Y acerca de la «ambivalencia» de la Iglesia cabe consultar Bentzien 54 s. Majoros en Umeljic 13.
7. Nith. hist. 2, 1. Ann. Bertin. 840. Ann. Xantens. 840. Ann. Fuldens. 840. Regin. chron. 840. Flod. hist. Remens. 2, 20. Mühlbacher II 151 ss. Dümmler I 139 ss., 148, 168, 253 s. Riché, Die Welt 302 s. Schieffer, Die Karolinger 140. Fried, Die Formierung 5 s, 60 ss.
8. Nith. hist. 2, 1; 4. Ann. Fuldens. 840. LMA VI 1201. Mühlbacher II 152 ss. Werner, Die Ursprünge Frankreichs 430.
9. Nith. hist. 2, 2 ss. Ann. Fuldens. 841. Ann. Bertin. 841. LMA IV 626 s. Mühlbacher II 157 ss.
10. Nith. hist. 2, 8 ss., 3, 1. Ann. Fuldens. 842. Ann. Bertin. 841. Regin. chron. 841. LMA IV 626 s. HEG I 594. Mühlbacher II 161 ss., 178. Pietzcker 318 ss. Rau I 383 s. Daniel-Rops 556. Schieffer, Die Karolinger 140 s. Riché, Die Karolinger 196 ss. Fried, Die Formierung 61. Schulze, Vom Reich der Franken 326.
11. Nith. hist. 3, 2; 4, 2 ss. Ann. Bertin. 841 s. Ann. Fuldens. 842. Ann. Xantens. 841 s. LMA IV 1928. Schulze, Vom Reich der Franken 326 s. Schieffer, Die Karolinger 141. Leyser Herrschaft und Konflikt 14.
12. Nith. hist. 3, 3. Ann. Bertin. 841. Mühlbacher II 170 s.
13. Nith. hist. 3, 5. Mühlbacher II 171 ss., 195 s. Véase también Banniard 214.

14. Nith. hist. 3, 5; 7. 4, 1. Ann. Fuldens. 842. Ann. Bertin. 842. Ann. Xantens. 842. Mühlbacher II 173 ss. Riché, *Die Welt* 23 ss. Schulze, *Vom Reich der Franken* 327.
15. Nith. hist. 4. 7.
16. LMA IV 577. Cit. según Mühlbacher II 193 s. Para la crítica de Carlos véase la magnífica exposición de Kahl, *Karl der Grosse* 94 ss., espec. 98 ss.
17. Nith. hist. 4, 3, espec. 4, 7. Ann. Fuldens. 842 s. Ann. Bertin. 843. Ann. Xantens. 843. Taddey 559, 744, 869. LMA IV 577. V 971, 2124 s, 2128s, VI 1289 s. Sobre el tratado de Verdún. véanse, por ejemplo, las indicaciones bibliográficas de Reindel en HBGI 264 nota 120. Mühlbacher II 176 ss., 195 ss. Riché, *Die Welt* 21, Fried, *Die Formierung* 1 ss.. 16 ss.. 61 s, 65. Schulze, *Vom Reich der Franken* 327 ss.
18. Ann. reg. Franc. 817. Ann. Fuldens. 849. Chronic. Hildesh. 851. LMA III 2176 s. IV 1 s, 445 s, 1615 s. 1713 s, V 71 (Fleckenstein) 910 ss.. 2039 s. HBG I 223. 260, 373 s. 467. 530 (Glaser). Dümmler I 26, Lindner, *Untersuchungen* 227 ss. Schur 24 ss. Pothmann 746 ss. Werner, *Die Ursprünge Frankreichs* 425. Störmer. *Im Karolingerreich* UG I 163 s. Prinz, *Die innere Entwicklung HBG I* 367 s. Schneider, *Das Frankenreich* 56. Schieffer, *Die Karolinger* 149 s. según Fried, *Der Weg* 392 s Luis II se mostró reservado con el clero. Voss, *Herrschertreffen* 9 siguiendo a C. Brühl llama a Luis II no «el Germánico», sino «el Francooriental». Véase al respecto Brühl, *Deutschland-Frankreich* 140 s.
19. Ann. Fuldens. 847. Ann. Bertin. 844. 853. 855. LMA IV 1615, V 2172 s. Dümmler II 426 ss. Mühlbacher I 1200, 206 ss.. 210, 299. Schur 10 s. 13 ss. Lugge 59 ss. Löwe. Gozbald von Niederaltaich 164 ss. Fried, *Die Formierung* 16 ss., 57 s. Id., *Der Weg* 392. Schulz. *Vom Reich der Franken* 332. Hartmann, *Die Synoden* 222 ss., 466.
20. Ann. Bertin. 844, 851, 856, 867. Ann. Fuldens. 844. 851. LMA III 2177, V 2173 (W. Störmer). HBG I 260 (Reindel). HEG I 607 ss. (Schieffer). Dümmler II 424. Mühlbacher II 197 ss., 229 ss. Voigt, *Staat und Kirche* 431. Schur 11 s. Zatschek 78 ss., 90 ss. Epperlein 268 ss. Prinz, *Innere Entwicklung HBG I* 368. Véase también 371 s. Werner, *Die Ursprünge Frankreichs* 437. Riché, *Die Karolinger* 431. Id., *Die Welt* 298. Schieffer. *Die Karolinger* 150. Fried, *Die Formierung* 65. Hartmann, *Die Synoden* 208. Schulze. *Vom Reich der Franken* 378. Tellenbach, *Die westliche Kirche* F 19.
21. Nith. hist. 4, 6. Ann. Bertin. 842. Ann. Xantens. 843.
22. Ann. Bertin. 868. 873. Regin. chron. 870. LMA IV 514. *Tusculum Lexikon* 267 s. Dümmler II 321 ss., 334 s, 356 ss. Simson I 326. Mühlbacher II 334 ss. Grotz 268 s. Sprigade 95 ss. Riché, *Die Karolinger* 229 s, 237.
23. Véase por ejemplo Ann. Bertin. 844 s, 850. LMA V 967. HEG I 609. Schieffer. *Die Karolinger* 144 s. Riché, *Die Welt* 297. Fried, *Die Formierung* 64.
24. Ann. Bertin. 851. 856 s. Regin. chron. 860, 866. 874. LMA II 615 ss.. III 211 s, 2149. IV 433, V 2172. VI 1228 s. HEG I 487 ss.. 603 s. Kienast, *Der Herzogstitel* 143. Werner. *Die Ursprünge Frankreichs* 437.
25. Ann. Fuldens. 844. Ann. Bertin. 844. LMA V 159. Mühlbacher II 219 s. Sprigade 89 s.
26. Ann. Fuldens. 843 s. Ann. Bertin. 844. LMA VI 2170 s. HEG I 603. Werner, *Die Ursprünge Frankreichs* 437 s.
27. Ann. Bertin. 848 s, 852 ss., 864. Ann. Fuldens. 851. Regin. chron. 853. LMA

- VI 2170 s. Dümmler I 97 ss., 108 ss. Simson II 90 ss., 126 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 141. Mühlbacher II 224, 227. Bertram 34. Cartellieri 260. Aubin 154 s. Kern 346. Voigt, Staat und Kirche 448 ss. Sprigade 90 ss. Boshof, Erzbischof Agobard 254 ss. Ver. por el contrario, los subterfugios apologéticos en Dawson 253 ss. Rau II ss. Bund 424 ss. Werner, Die Ursprünge 438 ss. Schieffer, Die Karolinger 145.
28. MG Capit. II 2 63 ss., 277 s. Ann. Bertin. 852 ss., 864. Regin chron. 853. LMA V 29 s., 159, 967 ss., 2174, VI 2170 s. Martindale, Charles the Bald 109, 114. Sprigade 92 ss. Werner, Die Ursprünge 440. Schieffer. Die Karolinger 146.
29. Ann. Fuldens. 853 s. Mühlbacher II 229 ss.
30. Ann. Fuldens. 854. Ann. Bertin. 854. Regin. chron. 855. LMA II 1065. Mühlbacher II 234 s. Werner, Die Ursprünge 441 s.
31. Ann. Fuldens. 855. Ann. Bertin. 854. Regin. chron. 855. LMA II 1065. Mühlbacher II 234 s. Werner, Die Ursprünge 441 s.
32. Ann. Bertin. 857 s. Ann. Fuldens. 858. LMA I 440 s. Mühlbacher II 235 ss., 242 ss., 262. Werner, Die Ursprünge 441.
33. Ann. Bertin. 860. Ann. Fuldens. 860. Ann. Xantens. 860. HEG I 604. Mühlbacher II 247 ss., 254 ss. Werner, Die Ursprünge 441. Voss 42.
34. Ann. Xantens. 861 s. Para el polvo como reliquia y medio de curación: Trüb 108 ss., un libro revelador acerca del culto cristiano de los santos.
35. LMA VII 2000 s. HEG I 160 s. 362 s. Vernadsky 252 ss. Jirecek 61 ss., 81 ss., 100 ss. Dannenbauer II 7. Rice 140, espec. 33 ss. Herrmann, J., Urheimat und Herkunft, Einleitung 12 s.
36. Muchos textos de las fuentes en Herrmann, Slawisch-germanische Beziehungen 21 ss. LMA III 1779, VII 2001. Hauck II 350 ss. Stadtmüller 88 ss. Ewig 55. Bosl, Europa im Mittelalter 155 s., 175. Störmer, Früher Adel 202. Stern/Bartmuss 116 s. Véase también la recensión de B. Wachter en ZO 1972, 539 ss. Angelow/Ovcarov 58 ss.
37. LMA III 1779 ss. HEG I 364. Waldmüller 111 ss. Fried, Die Formierung 16. Babic/Belosevic 81 ss., 88 ss. Friesinger 109 ss. Kahl, Zur Rolle der Iren 375 s.
38. Ann. Fuldens. 845. Taddey 727. LMA III 1779. Kaiser 9 s. Véase Huber, Die Metropole 24 ss. Id.. Das Verhältnis 58 s. Schieffer, Das Frankenreich, en HEG I 600 s. Hellmann, Die politisch-kirchliche Grundlegung I 862 s. Mühlbacher II 202. Naegele I 43 ss., II 226. Hilsch. Die Bischöfe von Prag 25. Schulze, Vom Reich der Franken 378 s.
39. Ann. Fuldens. 847. Ann. Xantens. 850.
40. Ann. Fuldens. 849. Ann. Bertin. 853. Schulze, Vom Reich der Franken 378.
41. Bonifat. ep. 73. Ann. Bertin. 853. Notker, Gesta Karoli 2, 12. Hauck II 351 ss. Zöllner 195 ss. Donnert 357. Lubenow 10. Fried, Die Formierung 16. Para la situación antes de Bonifacio: M. Werner, Iren und Angelsachsen 239 ss. Acerca de la satanización de quienes diferían en las creencias véase también Patschovskv, Der Ketzer als Teufelsdiener 317 ss. Tellenbach, Die westliche Kirche F 17 ss., 22.
42. LMA VI 1557 s. Hauck II 728 (sobre Otfrido de Weissenburg, aduciendo fuentes).
43. Véase Bonifat. ep. 80. Regin. chron. 866. Helm. Chron. Slav. 68. LMA V 1931 s. Erdmann, Heidenkrieg in der Liturgie 57. H. Hirsch, Der mittelalterliche Kaiser gedanke 22 s. Holtzmann, Geschichte I 179. Donnert. Studien zur Slawenkunde 329.

- Schlesinger, Die mittelalterliche Ostsiedlung 45. Bünding-Naujoks 67 ss., 113. Kosminski/Skaskin 158 s. Stern/Bartmuss 123. Epperlein 263 ss. Schneider, Das Frankenreich 65. Leyser, Herrschaft und Konflikt 14 ss.
44. Herrmann, Materielle und geistige Kultur 259 ss. Dörries II 182 s. Leyser, Herrschaft und Konflikt 14 ss.
45. Ann. Fuldens. 857, 871. Regin. chron. 892. Thietm. 1, 4. Schnürrer II 13. Aufhauser 1. Weller, Württembergische Kirchengeschichte 47 s. Bosl, Herzog, König und Bischof 270. Id., Bayerische Geschichte 61 ss. Id., Europa 175.
46. Ann. Fuldens. 874, 877. Dümmler II 372.
47. Ann. Fuldens. 873 ss. Ann. Xantens. 873. Mühlbacher II 333 ss. Jeggle 109 s.
48. LMA VII 2001 s. HEG I 360, 364, 890. K. Schünemann, Deutsche Kriegsführung im Osten während des Mittelalters, en DAM vol. 2 1938 S, 55 ss. Me refiero aquí a Hensel, Die Slawen im frühen Mittelalter 443. Menzel I 406. Bauer, Der Landkreuzzug 27. Bünding-Naujoks véase nota 43. Fried, Die Formierung 20.
49. Ann. reg. Fr. 822.
50. Ann. Fuldens. 846. LMA VI 106 s, 720 s, VII 232. HBG I 261 ss., 265 s, 443 (Prinz). Al conjunto de las fuentes sobre la historia del reino de la Gran Moravia remite Novy, Die Anfänge 166, nota 67. Para la frontera de dicho reino: Klebel 19 ss. Mühlbacher II 204 s. Graus, Die Entwicklung der Legenden 161 s. Kosminski/Skaskin 151. Schieffer, Die Karolinger 150. Schulze, Vom Reich der Franken 381 s. Erdelyi 155 s. Chropovsky 161 ss.
51. Hilsch, Die Bischöfe von Prag 25. Graus, Die Entwicklung der Legenden 161 s.
52. Ann. Bertin. 846, 848 s, 850. Ann. Fuldens. 844 ss., 849. Ann. Xantens. 844 ss., 849. HBG I 265 s. Véase para la Gran Moravia sobre todo las Magnae Moraviae Fontes Historici, 5 vols. 1966-1977. Hauck II 713 ss. Aufhauser 1. Hilsch, Die Bischöfe von Prag 25. A. von Müller, Geschichte unter uns. Füssen 125 y tabla 25. Hellmann, Grundfragen slawischer Verfassungsgeschichte 387 ss. Novy, Die Anfänge 173. Bosl, Herzog, König und Bischof 271, 278 s. Schieffer, Die Karolinger 150. Hartmann, Die Synoden 228 ss.
53. Ann. Fuldens. 850 s. Rau III 2 s. Véase Geremek 51 s.
54. Ann. Fuldens. 852, 855. Ann. Bertin. 855. HBG I 266. Hartmann, Die Synoden 228 ss.
55. Ann. Fuldens. 855 ss. Ann. Bertin. 856 s, 862.
56. Ann. Fuldens. 864, 869. Ann. Bertin. 869.
57. Ann. Fuldens. 857, 871 s. HBG I 265 s. Mitterauer 91 ss.
58. Ann. Fuldens. 861 ss. Ann. Bertin. 861 s, 864 ss., 870. Ann. Xantens. 871. Regin. chron. 880. LMA III 2176 s. 96. HBG 265 ss. Mühlbacher II 321 ss., espec. 823 s. Bund 469.
59. Ann. Fuldens. 866, 883, 885, 887, 889. Ann. Bertin. 862, 866. LMA V 996. HBG I 277. Schur 24 ss.
60. Ann. Fuldens. 858, 866, 871 ss. Ann. Bertin. 862, 866. Ann. Xantens. 873. LMA V 2174. Mühlbacher II 325 s, 333 s. Trub 73 ss.
61. Ann. Fuldens. 874.

3. El papado a mediados del siglo ix

1. Véase nota 8.
2. Véase nota 9.
3. Véanse notas 10 s, 13.
4. Regin. chron. 868.
5. LP 2, 52 ss. JW 1, 318 ss. Ann. reg. Franc. 824. LMA IV 78; VI 1752. Kühner, Lexikon 56 s. Kelly 116 s. Seppelt II 207, 214. Haller II 27. Kolmer 5.
6. LP 2, 86. JW 1, 327 ss. Ann. Bertin. 844. Ann. Xantens. 844, 846. Ann. Felidens. 843. Kühner, Lexikon 57. Kelly 118 s. LThK IX¹ 492. LMA III 1404. Mühlbacher II 213 ss. Hartmann, Geschichte Italiens 1, 221 s. Haller II 27 ss. Seppelt II 220 ss. Seppelt/Schwaiger 100. Grotz 30. Riché, Die Karolinger 212. Schieffer, Die Karolinger 148.
7. LP 2, 106 ss. JW 1, 329 ss. Wetzer/Welte VI 458 ss. LThK VI 494. Dümmier I 305 s. 393. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 216 s. Gregorovius I 2, 510 ss. Cartellieri I 284. Haller II 29. Seppelt II 224 s. Grotz 31 s. Hlawitschka, Franken 60. Zim-mermann, Das Papsttum 80.
8. Ann. Bertin. 847. LMA V 1878. Gregorovius 12, 509 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 224 s. Cartellieri I 284. Höffner 54. Grotz 32 s. Haller I 52 s. 71. Gontard 178. Seppelt/Schwaiger 101. Ahlheim 172. Bünding-Naujoks 85. Riché, Die Karolinger 212. Schieffer, Die Karolinger 148.
9. Ann. Bertin. 850. Wetzer/Welte VI 460. Pierer IV 181. LThK VI¹ 494. Kelly 119 s dtv Lexikon 2, 36. LMA I 145, 634, V 1878, 2177, VI 1752. Mühlbacher II 218 ss. Gröne I 351 ss. espec. 358. Gregorovius 12, 492 ss., 505 ss. Haller II 28 s, 51 s. Seppelt II 221 ss., 234 s. Kühner, Das Imperium der Pápste 95. Gibson/Ward-Perkins I/II 30 ss., 222 ss. Deschner, Opus Diaboli 22. Schieffer, Die Karolinger 148 s.
10. Wetzer/Welte VIII 849 ss. (con los citados Mast, Rosshirt, Luden). Pierer II 900, III 817, XIII 662 s. Taddey 536, 968. dtv Lexikon 12, 91; 14, 295 (aquí la cita de Seckel). LMA V 29 s (Schieffer), 1710. También Dümmier I 231 habla de «grandiosas falsificaciones». Cartellieri I 302 s. Seckel, Pseudoisidor 267. Schubert II 416, 537. Haller II 45. Seppelt/Schwaiger 103. Kühner, Das Imperium der Pápste 96 ss. Grotz 46, 48. Neuss 76. Dawson 256 s, quien como siempre argumenta de forma apologética. Muchas citas en Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung 8, 61 s, 95 s, 112 ss., 122, 232; Id. en LMA VII 308 s. Id., Zur Überlieferung des Pittaciolus 518. Véase asimismo Brunner 94. Haendler 123 s. Además de lo relativo a las falsificaciones en III cap. 1 (¡187 páginas!) y IV 393 ss., véase por ejemplo Landau 11 ss. Hartmann. Fälschungsverdacht und Fälschungsnachweis 111 ss. 118 ss. Schneider, Ademar von Chabannes 129 ss. Pitz, Erschleichung und Anfechtung *passim*. Ranke-Heinemann, Nein und Amen 157 ss.
11. Pierer XIII 662 s. dtv Lexikon 4, 149. LThK VIII¹ 549 ss., VIII² 864 ss. LMA I 635, 677, 1857. Bardenhewer II 637 ss. Dümmier I 231 s. Gregorovius I 2, 538. Hauck II 546 ss. Cartellieri I 303. Fuchs/Raab 650 s. Neuss 76 s. Grupp II 176 s. Schubert II 415 s, 536 s. Haller II 45 ss. Seppelt II 236 ss. Kühner, Das Imperium der Pápste 95 s. Ullmann 261 ss. Fuhrmann, Die Fälschungen im Mittelalter 531. Id., Einfluss und Verbreitung I 4, 8, 67, 137 ss., 167 ss., 194 ss., 232 s. Schieffer, Kreta, Rom und Laon 15.

12. Dümmler I 232 ss. Gregorovius I 2, 538. Hauck II 547 ss. Schubert II 415 s. Haller II 45 ss. Voigt, Staat und Kirche 431 s. Kantzenbach 62, 85 s. Seppelt II 237 s. Seppelt/Schwaiger 102. Grotz 47. Ullmann 270. Fuhrmann, Einfluss und Verbreitung I 4, 145 ss.
13. Nicolás I defiende las Decretales seudoisidorianas en su carta de enero de 865 a los obispos galos: Mansi 15, 693 ss. MG Epp. VI 393 s. CIC can. 222 § 1. Taddey 968. Kelly 328. Schubert II 416. Grupp II 176 s. Wühr 106 s., 116. Seppelt/Schwaiger 103. Ullmann cit. en Kühner, Imperium der Pápste 95 ss. Fuhrmann, Die Fälschungen im Mittelalter 531. Id., Einfluss und Verbreitung 4, 167 ss., 194 ss. Para la discusión de la influencia de las Decretales suedoisidorianas, véase asimismo Fuhrmann, Pápstlicher Primat 313 ss. Hellmann, Die Synode von Hohenaltheim 298.
14. Pierer XIII 662 s. Dümmler I 252 s. Gregorovius I 2, 538. Haller II 46 ss. Ullmann 273 s.
15. LP 2, 140 ss. JW 1, 235 s. Ann. Bertin. 855. Kühner, Lexikon 59 s. Kelly 121 s. LThK IV³ 1090. LMA I 573 s. Wattenbach/Dümmler/Huf 2, 349. HKG III/I, 193. Gregorovius I 2, 519 ss., 540. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 237 ss., 245 s. Gröne I 361. Haller II 52 ss. Seppelt II 230 ss. Seppelt/Schwaiger 103. Haller II 54 s. Grotz 33 ss.
16. LP 2, 151 ss. JW 1, 341 ss. Ann. Bertin. 858. Kelly 123. Gregorovius I 2, 522. Seppelt II 241. Seppelt/Schwaiger 103. Haller II 54 s. Grotz 18, 40.
17. Ann. Mett. prior. 753. Kelly 123. Haller II 54 ss. Seppelt II 241.
18. Epist. sive Praef. MG Epp VII 395 ss. Kelly 123 s. LMA I 573, VI 1168 s. HKG III/I 164. Gregorovius 12, 536 ss. Haller II 69 ss. Seppelt II 243 ss. Kühner, Das Imperium 101 s. Riché, Die Karolinger 212 s.
19. Regin. chron. 868. Kelly 124. Wattenbach/Dümmler/Huf 2, 349. HKG III/I 165. Haller II 55, 69 ss. Riché, Die Karolinger 212 s.
20. Kelly 123. HKG III/I 164 ss. Gregorovius I 2, 522 s. Seppelt II 249 ss. Riché, Die Karolinger 212 s.
21. Ann. Bertin. 861 s. Kelly 123. HKG III/I 166. Haller II 71. Seppelt II 252 ss. Rau II 2 s.
22. Ann. Bertin. 855, 863. Regin chron. 855. Ann. Fuldens. 855. LMA II 428 s, V 971, 2124 s, 2177. Dümmler I 391 s, 397, 399. II 4. Mühlbacher II 233 s. Hauck II 530. Zöllner 245 ss. Schlesinger. Karolingische Königswahlen 234 s. Nienast, Deutschland und Frankreich I 51 s. Fleckenstein, Grundlagen und Beginn 126 s. Fried, Der Weg 397 s.
23. LMA III 1629. Mühlbacher II 259. Hauck II 560 s. Hartmann, Die Synoden 274.
24. Ann. Bertin. 860, 862, 864. Regin. chron. 864, 866. Ann. Xantens. 865. MG Cap. II 463 ss. LThK IV³ 942 s. LMA IV 1594 s. Dümmler II 5 ss., 110. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 262. Mühlbacher II 260 ss., 270 s, 284. Cartellieri I 295 ss. Brühl, Hinkmariana 58 s. Schrörs 184 ss. Ehrhard, Kirche der Märtyrer 347. Konecny, Die Frauen 97. Seppelt II 260. Grotz 43 s. Hartmann, Die Synoden 274 ss. Fried, Der Weg 398. Staubach 119.
25. Ann. Bertin. 863. Ann. Fuldens. 863. Ann. Xantens. 864. Regin. chron. 864. Dümmler II 61 ss. Mühlbacher II 278 s. Gregorovius I 2, 527. Hartmann, Geschichte

Italiens II 1,255 s. Neuss/Oediger 154 ss. Haller II 65 s, 87. Seppelt II 261 s. Grotz 88 ss. Konecny, *Die Frauen* 109. Hartmann, *Die Synoden* 280 ss.

26. Ann. Bertin. 863. Ann. Xantens. 864 s. Dümmler II 68 ss., 71. Mühlbacher II 279 s. Gregorovius I 2, 527 s. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1, 256 s. Steinbach, *Die Erzonen* 851. Haller II 65, 67. Neuss/Oediger 156 s. Seppelt II 262. Grotz 91 s. Konecny, *Die Frauen* 109. Hartmann, *Die Synoden* 282 s.

27. Ann. Xantens. 866. Hinkm. *De divertio Lotharii reg. et Tetb. regin.* (Migne PL 125, 623 ss.). Dümmler II 13 ss., 38. Mühlbacher II 283. Cartellieri I 296, 312, Mayer, *Mittelalterliche Studien* 22. Löwe, *Deutschland* 186. Brühl, *Hinkmariana* 56 ss. Haller II 63 ss. Neuss/Oediger 158 s. Steinbach, *Das Frankenreich* 77. Grotz 44 ss., 88 s. Konecny, *Die Frauen* 105 s, 114 ss. Anton, *Fürstenspiegel* 282, 329, 425. Penn-dorf 54 ss. Staubach 150 ss.

28. Ann. Bertin. 864. Dümmler II 69 ss. Mühlbacher II 280 s. Gregorovius I 2, 528 s. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1, 258 ss. Cartellieri I 301 s. Neuss/Oediger 158. Haller II 73 s. Perels, *Paspt Nikolaus I*, 217 ss. Id., *Propagandatechnik* 423 ss. Hartmann, *Die Synoden* 283 s.

29. Regin. chron. 865, 868. Ann. Bertin. 867, 869. Ann. Fuldens. 864, 867. Ann. Xantens. 871. Mühlbacher II 294 ss., 305. Seppelt II 265. Grotz 97. Stratmann, *Das Recht der Erzbischofsweihe* 60. Zapperi 15.

30. Dümmler II 237 ss., 243 s. Mühlbacher II 289 ss., 299. Gregorovius I 2, 541 s. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1,278 s. Cartellieri I 301,304, 309. Grupp II 177 s. Pothmann 759. Haller II 68, 76 s, 91, 96. Seppelt/Schwaiger 109 s. Grotz 97, 192 s.

31. Häring III 322. Véase al respecto Deschner, *Das Kreuz* 236 ss. espec. 239. Hartmann, *Die Synoden* 167 (remitiéndose a MG Cap. I 304 s) y 275.

32. LP 2, 173 ss. JW 1, 368 ss. Ann. Bertin. 867 s. Kelly 124. LMA IV 1822. Dümmler II 222 s. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1, 270 s. Haller II 89 ss. Cartellieri I 308 s. Seppelt II 285s. El jesuita Grotz, 16, presenta un cálculo basado en una simple hipótesis, según el cual Talaro, padre de Adriano, habría tenido «unos 20 años» cuando nació su hijo. De lo cual concluye que Talaro era clérigo pero «ciertamente no sacerdote todavía». ¡Como si no se hubieran dado obispos aún más jóvenes! Véase asimismo Grotz ibid. 24 ss., 34,126 ss., 168 ss. Gontard 186. Hartmann, *Die Synoden* 296 s. Riché, *Die Karolinger* 218 s.

33. Ann. Bertin. 869. Regin. chron. 869. Kelly 125. Mühlbacher II 301 s. Seppelt II 287. Zimmermann, *Das Papsttum* 86. Riché, *Die Karolinger* 218.

34. Ann. Bertin. 869. Regin. chron. 869. Dümmler III 57. Mühlbacher II 305 ss. Reinhardt 38 s. Grotz 198 s. Riché, *Die Karolinger* 237 s.

35. Regin. chron. 869 s, 874. Taddey 1020, 1235. LMA VI 466 (con abundante bibliografia antigua y moderna). Mühlbacher II 310 ss. Seppelt II 301 s. Prinz, *Grundlagen und Anfänge* 115. Werner, *Die Ursprünge* 441 s. Sobre los encuentros principescos de su tiempo, véase Voss, *Herrschertreffen* 11.

36. Ann. Bertin. 871. Kelly 125. LMA V 2177. Mühlbacher II 316 ss. Dümmler II 226 ss. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 1, 275 ss. Haller II 98 ss. Seppelt II 289 s, 300 s. Seppelt/Schwaiger 110. Schieffer, *Die Karolinger* 164. Brühl, *Deutschland-Frankreich* 362 s. Para las disputas político-eclesiásticas de Hinkmar, véase, por ejemplo, Boshof, *Odo von Beauvais* 39 ss. Véase asimismo nota 9.

37. Regin. chron. 874. Kelly 125. LMA V 2177. Hartmann, *Geschichte Italiens* 1,

298. Seppelt II 300 ss. Riché. Die Karolinger 219 ss., 240. Schieffer. Die Karolinger 147 s. Kupisch 33.
38. Ann. Fuldens. 866. Ann. Xantens. 868. Regin. chron. 868. LThK II³ 594 s, 774 s. LMA I 571 s, 1456. II 369, 458, 914 ss. espec. 916 ss. V1552. HEG I 924 s. Gregorovius I 2, 524 ss. Hauptmann, Due Frühzeit 307 s. Haller II 61. Erben 3. Ostrogorsk 161. Dollinger 127. Novy 175. Grotz 80. Rice 150. Maier, Die Verwandlung 348. Finme 94 ss. Herrmann, J., Wegbereiter einer neuen Welt 53 ss. Angelov/Ovcarov 77.
39. Kelly 123 s. LMA I 1456,1521 s. IV 449 s. V 597 s, 2109 2. HEG I 625 s. HKG III 1, 207 ss., 214 s. Gregorovius I 2, 523 s. Cartellieri I 300 s, 306. Haller II 56 ss.. 83 ss., 92 ss. Seppelt II 272. Seppelt/Schwaiger 108. Hunger 181 s.
40. Ann. Fuldens. 867. LThK II³ 419, II³ 594 s. LMA II 458, VI 2109 s. Kelly 123 s. HEG I 626 s. HKG III/I 202 ss., 209 ss. Haller II 95. Seppelt II 293 s. Schreiner. Byzanz 16 s. Véase también 73 s.
41. LThK II³ 112 s. LMA V 1244, 1382 s, VI 597. HEG I 601, 609, 627 s, 878 s. Numerosas referencias bibliográficas: HBG I 267 not. 148. HKG III/I 169 ss. Hauck II 718 ss. Stadtmüller 139, 141. Hauptmann, Die Frühzeit 312. Mass, Das Bistum Freising 119 ss. Heuwieser I 152 s. Graus, Die Entwicklung der Legenden 161. Zöllner 202. Prinz, Grundlagen und Anfänge 118. Schulze, Vom Reich der Franken 382 ss. Schreiner, Byzanz 76, 143.
42. Ann. Fuldens. 870. Ann. Bertin. 870. LMA III 2157. VI 1201 s. HBG I 588. HEG I 879. Dümmler II 301 s. Mühlbacher II 321 s. Hauck II 722 ss. Schwarzmaier 60 s. Mass, Das Bistum Freising 123. Burr 50 ss. Bosl, Herzog, König und Bischof 271. Löwe, Deutschland 188. Prinz, Grundlegung und Anfänge 118. Fried, Der Weg 405. Schieffer, Die Karolinger 157. Véase asimismo la nota siguiente.
43. Ann. Fuldens. 871 s, 874, 884. Ann. Xantens. 871 s. HEG I 608 s, 879. HBG I 270. Dümmler III 390 s. Mass, Das Bistum Freising 62 s. Lindner, Untersuchungen 150,232. Dhondt 25. Schieffer, Die Karolinger 157. Prinz, Grundlegung und Anfänge 118.
44. LThK IIP 112 s. Kelly 127 ss. HEG 141 s, 628,879 s. Haller II 136 s. Schwarzmaier 60 ss. Deschner/Petrovic *passim*. Deschner, Die Politik der Pápste II 210 s. Sobre el posterior desarrollo de las leyendas se extiende Graus, Die Entwicklung der Legenden 161 ss. Id., St. Adalbert und St. Wenzel 205 ss. Para los discípulos de Constantino y Metodio y para la cultura véase Zagiba 15 ss.

4. Juan VIH (872-882), un papa como Dios manda

1. Véase nota 7.
2. Haller II 132,
3. Ann. Fuldens. (Altaích) 883.
4. Kupisch II 38.
5. LP 2, 221 ss. JW 1, 376 ss. Ann. Bertin. 871. Regin. chron. 871 s. Kühner, Lexikon 61. Kelly 126. Hartmann, Geschichte Italiens III 2,6. Gregorovius I 2,550 s, 561. Cartellieri I 316. Haller II 106. Seppelt II 300 ss. Eichmann II 243. Seppelt/Schwaiger 112. Daniel-Rops 600.
6. Ann. Fuldens. 875. Ann. Bertin. 875. Ann. Vedast. 875. Mansi XVII 72 s, 77,

79. LMA V 2177. Mühlbacher II 338 ss. Dümmler II 351, III 73 ss. Gregorovius I 2, 546 s, 554. Haller II, 107 ss. Seppelt/Schwaiger 113. Seppelt II 304 s. Eichmann 151 s. Steinbach, *Das Frankenreich* 78. Para las pruebas de simpatía de Carlos II hacia el clero, véase también, por ejemplo, Falkenstein 35 ss.
7. MG Capit. II 98 ss. Haller II 116 ss., 130. Seidmeyer 77. Seppelt II 306. Hlawitschka, *Franken* 67 ss. Riché, *Die Karolinger* 241.
8. Ann. Bertin. 876. Mühlbacher II 345 ss. Riché, *Die Karolinger* 241 s. Sobre el sínodo de Ponthion del 876, véase asimismo Hartmann, *Die Synoden* 333 ss.
9. Ann. Fuldens. 876. Ann. Bertin. 876. Regin. chron. 876. Ann. Vedast. 876. Rau III 8. Hlawitschka, *Vom Frankenreich* 83.
10. Ann. Fuldens. 876. Ann. Bertin. 876. Ann. Hildesheim. 876. Ann. Aquiens. 876. Regin. chron. 876. Mühlbacher II 349 ss. Dümmler II 35 ss. Steinbach, *Das Frankenreich* 78.
11. Ann. Fuldens. 876. Regin. *chora*. 876. LMA V 968 ss., 996, 2174. Mühlbacher II 352 s.
12. Mansi XVII 21. Kelly 126. LMA V 154 ss. Dümmler III 39. Mühlbacher II 353 ss. Riché, *Die Karolinger* 243.
13. Ann. Bertin. 877. Mühlbacher I 1354 ss. Seppelt II 306 s. Riché, *Die Karolinger* 243 ss. Hartmann, *Die Synoden* 243.
14. Mansi XVII 337 ss. Ann. Bertin. 877. Ann. Fuldens. 877. Ann. Vedast. 877. Mühlbacher II 354 ss. Dümmler III 44, 47 ss., 58. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 2, 29 ss. Gregorovius I 2, 555 s. Haller II 114 s. Steinbach, *Das Frankenreich* 78. Cartellieri I 322. Seppelt II 307. Riché, *Die Karolinger* 245.
15. Ann. Fuldens. 877. Ann. Bertin 877 s. LMA V 996, 2174 s. Mühlbacher II 357 s. Para el palacio de Öttinger, véase W. Stormer, *Die Anfänge des karolingischen Pfalzstifts Altötting* 61 ss.
16. Ann. Fuldens. 877. Ann. Bertin. 878. Ann. Vedast. 878. LMA I 96, V 2175 s (Schneidmüller). Gregorovius I 2.556 ss. Haller II 111, 115 ss. Fried, Boso von Vien-ne 193 ss. Riché, *Die Karolinger* 249 ss. Hartmann, *Die Synoden* 336 ss.
17. Ann. Fuldens. 878 s. Ann. Bertin. 876. Regin. chron. 877. Ann. Vedast. 878. LMA II 477 ss. Mühlbacher II 361 s, 368 s. Hartmann, *Geschichte Italiens* III 2, 30, 56, 60 ss. Dümmler III 78 ss., 87 ss., 113 ss. Gregorovius I 2, 558. Cartellieri I 317 s, 324 ss. Haller II 117 s. Hirsch, *Die Erhebung* 131 ss. Zollner 120. Fried, Boso von Vienne 193 ss. Konecny, *Die Frauen* 126 ss. Adegaard 76 ss. Schramm, Kaiser, Könige und Pápste II 251 ss. Hlawitschka, *Franken* 70 s. Id., *Nachfolgeprojekte* 32. Hartmann, *Die Synoden* 340.
18. Ann. Bertin. 879 s. Ann. Fuldens. 880. Regin. chron. 879. MG Capit. II 365 ss. LMA II 477 s. Dümmler III 122 ss., 145 ss. Eichmann II 59. Fried, Boso 193 ss. Schramm, Kaiser, Könige und Pápste II 257 ss. Bund 499 ss. Riché, *Die Karolinger* 252 s. Hlawitschka, *Vom Frankenreich* 84 s.
19. Ann. Fuldens. 878. Mühlbacher II 362 ss. Haller II 118. Véase Gregorovius I 2, 559. Hartmann, *Geschichte Italiens* 2, 66 s. Hartmann, *Die Synoden* 349 ss. con numerosas referencias a las fuentes.
20. Ann. Fuldens. 879 ss. Ann. Bertin. 879. Reegin. chron. 880,882. Ann. Vedast. 879. LMA IV 1146, V 159, 970, 2175 s. Dümmler III 100. Mühlbacher II 369 ss. Hlawitschka, *Vom Frankenreich* 84 s. Werner, *Die Ursprünge* 443 ss.

21. LMA I 1461, 1521, V 1396, V 1597. Dümmler III 174 ss. Hartmann, Geschichte Italiens III 5s, 79 s. Gregorovius I 2 554, 559. Haller II 119 ss.
22. Daniel-Rops 602, 606.
23. Ann. Bertin. 880. Mansi XVII 161. Dümmler III 105 ss., 176 ss. Mühlbacher II 378 ss. Gregorovius I 2 560. Hartmann, Geschichte Italiens III 2,71 ss. Cartellieri I 326 s. Haller II 128 s. Löwe, Deutschland 196. Steinbach, Das Frankenreich 79. Ullmann 244. Reinhardt 61 ss. Riché, Die Karolinger 255.
24. Dümmler III 187 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 75 ss.
25. LMA III 1175 (Ferjancic), V 1538. Hartmann, Geschichte Italiens III 2,83 ss. Gregorovius I 2, 549 ss. Cartellieri I 280 ss. Eickhoff 225 ss. Haller II 106 s. Daniel-Rops 593. Seppelt/Schwaiger 112.
26. Erchemp, Ystoiola Langob. Benev. deg. 31,40. LMA 1506 s, II 1490. Mühlbacher II 378 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 1, 246 ss., 301, Cuad. 2, 6, 22, 83s. Haller II 107.
27. Erchemp. Ystor. Lang. Benev. 39, 44. Ann. Fuldens. 891. Mansi XVII 156 s. LMA IV1075 s. Dümmler III 72 s, 172 ss., 189 s. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 49 s, 86 ss. Gregorovius I 2, 550 ss., 584 s. Eickhoff 229 ss., 297 ss. Haller II 113 ss., 123, 127 ss., 132, 145. Schubert II 433. Ahlheim 173.
28. Ann. Bertin. 876, 878. LMA IV 655. Dümmler III 28 s. Gregorovius I 2, 548. Hartmann, Geschichte Italiens III 2, 22 ss. considera los reproches más o menos infundados o exagerados. Haller II 105, 109. Zimmermann, Papstabsetzungen 49 s.
29. Ann. Bertin. 878. Ann. Fuldens. (Altaich) 883. Ann. Alam. 883. Kühner, Lexikon 61. Gregorovius I 2, 548 s, 560. Haller II 109, 129 s. Gontard 187 s. Zimmermann, Papstabsetzungen 50 s.
30. Cit. según Riché, Die Welt 301.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias, revistas científicas y obras de consulta que se citan con más frecuencia en las notas

- Adalb. contin. Regin.: Adalbert von Weis-
senburg/Magdeburg: Continuado Regi-
nonis.
- Adam von Bremen, Gesta Hamm.: Gesta
Hammaburgensis ecclesiae pontificum.
- Agobard, Lib. apologet.: Agobard **von** Lyon:
Liber apologeticus.
- AKG: Archiv für Kulturgeschichte.
- AmrhKG: Archiv für mittelrheinische Kir-
chengeschichte.
- Ann. Alam.: Annaies Alamannici.
- Ann. Altah.: Annaies Altahenses maiores.
- Ann. Bertin.: Annaies Bertiniani.
- Ann. Corb.: Annaies Corbeienses.
- Ann. Einsidl.: Annaies Einsidlenses.
- Ann. Farf.: Annaies Farfenses.
- Ann. Fuldens.: Annaies Fuldens.
- Ann. Hildesh.: Annaies Hildesheimenses.
- Ann. Laub.: Annaies Laubienses.
- Ann. Lob.: Annaies Lobienses.
- Ann. Magdeb.: Annaies Magdeburgenses.
- Ann. Mett.: Annaies Mettenses.
- Ann. Mett. prior.: Annaies Mettenses priores.
- Ann. Quedlinb.: Annaies Quedlinburgenses.
- Ann. reg. Franc.: Annaies regni Franco-rum
(Reichsannalen).
- Ann. Remens.: Annaies Remenses (ver
también Flodoard).
- Ann. Sangall.: Annaies Sangallenses maio-
res.
- Ann. Vedast.: Annaies Vedastini.
- Ann. Weissenb.; Annaies Weissenburgen-
ses.
- Ann. Xantens.: Annaies Xantenses.
- Arbeo, Vita Haimhr.: Arbeo von Freising:
Vita sancti Haimrhammi.
- Astron.: Astronomus: Vita Hludowici im-
peratoris.
- AUF: Archiv für Urkundenforschung.
- Bonif. ep.: Bonifatius: Briefe.
- Chron. Hildesh.: Chronicon Hildeshei-
mense.
- CIC: Codex iuris canonici.
- DAM: Deutsches Archiv für Geschichte des
Mittelalters (1937-1944), desde 1951
(vol. 8) Deutsches Archiv für Er-
forschung des Mittelalters.
- DOP: Dumbarton Oaks Papers, ed. Harvard
University 1941 ss.
- Einh.: Einhard: Vita Karoli.
- Ekkeh.: Ekkehard IV. von St. Gallen: Ca-sus
sancti Galli.
- Erchemp.: Erchemper von Montecassino:
Ystoriola Langobardorum Beneventi
degenium.
- Ermold. Nig.: Ermoldus Nigellus: In hono-
rem Hludowici Christianissimi Caesaris
Augusti.
- Flod. de Christi triumph.: Flodoard von
Reims: De Christi triumphis.
- Flod. Hist. Remens.: Flodoard von Reims:
Historiarum ecclesiae Remensis libri IV.
- FMSt: Frühmittelalterliche Studien, Berlín
1967 ss.
- FrhLG: Forschungen zur oberrheinischen
Landesgeschichte.
- Greg. dial.: Papst Gregor I.: Dialogi de vita
et miraculis patrum Italicorum (4 libros).
- HBG: Handbuch der bayerischen Geschichte.
I: Das alte Bayern. Das Stam-
mesherzogtum bis zum Ausgang des 12.
Jahrhunderts, edit. por Max Spindler, 2.^a
ed. revisada, 1981.
- HEG: Handbuch der Europaischen Ges-
chichte. I: Europa im Wandel von der
Antike zum Mittelalter, edit. por Theo-
dor Schieder. 3.» ed.. 1992.

- Helm. Chron. Slav.: Helraold von Bosau, *Chronica Slavorum*.
- HJb: Historisches Jahrbuch.
- HKG: Handbuch der Kirchengeschichte, edit. por Hubert Jedin. III/l: Die mittelalterliche Kirche: Vom Frühmittelalter bis zur gregorianischen Reform. Ed. aparte 1985.
- HZ: Historische Zeitschrift, Munich 1859 ss.
- JGO: Jahrbücher für Geschichte Osteuropa, Munich 1936-1941, Nueva Serie 1953 ss.
- JGU: Jahrbuch für Geschichte de UdSSR.
- Joh. diac: Johannes Diaconus de Venecia. *Chronicon Venetum*.
- JW: P. Jaffé, *Regesta pontificum Romanorum ab condita ecclesia ad annum post Christum natum MCXCVIII*, 2.^o ed. prep. por G. Wattenbach 1885 ss. Reimpresión 1956.
- Liutpr. antapod.: Liutprando de Cremona, *Antapodosis*.
- Liutpr. hist. Otton.: *Historia Ottonis*.
- Liutpr. Legatio: *Legatio ad imperato-rem Constantiopolitanum* Nicepho-rum Phocam.
- LMA: Lexikon des Mittelalters I-VII 1980-1995.
- LP: *Liber Pontificalis*, 2 vols. edit. por L. Duchesne 1886 ss 2.^o ed. 1955.
- LThK: Lexikon für Theologie und Kirche 1.^o ed 1930 ss, 2.^o ed. 1957 ss, 3.^a ed. totalmente revisada 1993 ss (vols. aparecidos 1-5).
- Mansi: J.D. Mansi (ed.), *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio* 31 vols. 1759 ss. Reimpresión y continuación edit. por Petit/Martin. 60 vols. 1901 ss.
- MG: *Monumenta Germaniae historica* 1826 ss.
- MG Capit.: *Leges. Capitularia*.
- MG Conc: *Leges. Concilia*.
- MG Const.: *Leges. Constitutiones*.
- MG Epp.: *Epistolae*.
- MG SS: *Scriptores*.
- MOIG: *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung* 1880 ss.
- Nith. hist.: *Nithardi historiarum libri IV*.
- Notk. Gesta Kar.: Notkeri Gesta Karoli.
- Pasch. Radb.: *Paschasius Radbertus: Vita Walae*.
- Pasch. Radb. Epit. Ars.: *Paschasius Radbertus: Epitaphius Arsenii*.
- Petr. Damin. Vita Rom.: *Petrus Damiani, Vita beati Romualdi*.
- PL: J.-P. Migne, *Patrologiae cursus completus. Series latina*.
- QFIAB: Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken, *Zeitschr. des Preussischen bzw Deutschen Historischen Instituts in Rom*, 1898 ss.
- Regin. chron.: *Regino von Prüm: Regi-nonis chronica*.
- Regin. de synod. caus.: *Regino von Prüm: De synodibus causis et disciplinis ecclasticis*.
- Richer: *Richer von Reims: Richeri historiarum libri IV*.
- Ruotg. Vita Brun.: *Ruotger von Köln: Vita Brunonis*.
- Sett. cent.: *Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo* 1953 ss.
- StM: *Studi medievali* 1904 ss.
- Thegan: *Thegani vita Hludovici*.
- Thietm.: *Thietmar von Merseburg: Chro-nicon*.
- UG: *Unterfränkische Geschichte I*.
- Vita Bernw.: *Vita Sancti Bernwardi Epis-copi Hildesheimensis*.
- Vita Ouldalr.: *Vita Sancti Ouldalrici Epis-copi Augustani*.
- Widuk.: *Widukind von Corvey: Res Ges-tae Saxonicae*.
- ZBKG: *Zeitschrift für bayerische Kirchen-geschichte* 1926 ss.
- ZBLG: *Zeitschrift für bayerische Landes-geschichte* 1928 ss.
- ZKG: *Zeitschrift für Kirchengeschichte* 1876 ss.
- ZOF: *Zeitschrift für Ostforschung* 1952 ss.
- ZSRG GM: *Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte Germanische Ab-teilung* 1880 ss.
- ZSRG KA: *Zeitschrift der Savignystiftung für Rechtsgeschichte Kanonische Ab-teilung* 1911 ss.

FUENTES SECUNDARIAS

- Abb, G./Wentz, G., Das Bistum Brandenburg, 1929.
- Achter, I., Die Kölner Petrusreliquien und die Bautätigkeit Erzbischof Brunos (953-965) am Kolner Dom, en Bohner, K., (ed.), Das erste Jahrtausend, 1964. Ahlheim. K., Von Karl dem Grossen bis zum Beginn des Ersten Kreuzzuges, en: Deschner, K. /ed.). Kirche und Krieg, 1970. Altaner, B., Patrologie. Leben, Schriften und Lehre der Kirchenvater, 2.^a ed., 1950. Altaner, B./Stuiber, A.. Patrologie. Leben, Schriften und Lehre der Kirchenvater, 8.^a ed., 1980. Althoff, G., Das Bett des Königs in Magdeburg, Zu Thietmar II 28, en: Festschrift für B. Schwinekoper, 1982. Althoff, G., Der Sachsenherzog Widukind als Monch auf der Reichenau. Ein Beitrag zur Kritik des Widukind-Mythos, en: FMSt 1983. Althoff, G., Amicitiae und Pacta. Bündnis, Einung, Politik und Gebetsgedenken im beginnenden 10. Jahrhundert, 1992. Althoff, G., Otto III., 1996. Althoff, G./Keller, H., Heinrich I. und Otto der Grosse, Neubeginn auf karolingischen Erbe, 2.^a ed. corregida 1994. Ammann, A. M., Abriss der ostslawischen Kirchengeschichte, 1950. Andreas, W. (ed.), Der Aufstieg des Germanentums und die Welt des Mittelalters, 1940. Angelov, D./Ovcarov, D., Slawen, Protobulgaren und das Volk der Bulgaren, en: J. Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Angenendt, A., Taufe und Politik im frühen Mittelalter, en: K. Hauck (ed.) FMSt 7,1973. Angenendt, A., Kaiserherrschaft und Königstaufe. Kaiser, Könige und Päpste als geistliche Patrone in der abendländischen Missionsgeschichte, 1984. Antón. H. H., Fürstenspiegel und Herrscherethos in der Karolingerzeit. 1968. Antón. H. H., Die Iren im frühen Mittelalter, II 1982. Antón, Ff. H., Trier im frühen Mittelalter, en: Quellen und Forschungen aus dem Gebiet der Geschichte, 1987. Aersten, J. van, Kirchengeschichte für Schule und Haus, 1901.
- Aubin, H., Die Umwandlung des Abendlandes durch die Germanen bis zum Ausgang der Karolingerzeit, en: W. Andreas (ed.). Der Aufstieg des Germanentums und die Welt des Mittelalters, 1940. Auer, L., Der Kriegsdienst des Klerus unter den sächsischen Kaisern, Parte I: Der Kreis der Teilnehmer. MIÖG1971. Parte II: Verfassungsgeschichtliche Probleme, en MIÖG 1972. Auer, W., Heiligen-Legende für Schule und Haus. Mit Bild, Leben eines Heiligen, Lehre und Gebet für jeden Tag des Jahres (154-160 millares), 1907. Aufhauser, J. B., Bayerische Missionsarbeit im Osten während des 9. Jahrhunderts, en: Festgabe für Alois Knopfler. 1917. Babic, B./Belosevic, J. y otros, Die Südslawen in Jugoslawien, en Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Babl, K., Emmeram von Regensburg, Legende und Kult, 1973. Baeger, E.. Staat und Kirche, en Dahl (ed.). Die Lehre des Unheils. 1993. Banniard, M.. Europa. Von der Spätantike bis zum frühen Mittelalter, 1993. Bardenhewer, O.. Geschichte der altchristlichen Literatur, 5 vols. 1902-1932. Barracough, G., Die mittelalterlichen Grundfragen des modernen Deutschland, 1953. Bauer, A., Der Livlandkreuzzug, en: R. Wittram (ed.), Baltische Kirchengeschichte, 1956. Bauer, A./Rau, R.. Quellen zur Geschichte der sächsischen Kaiserzeit. Widukinds Sachsen-geschichte; Adalberts Fortsetzung der Chronik Reginos. Liutprands Werke, 4.^a ed. 1992.
- Beck, H.-G., Geschichte der orthodoxen Kirche im byzantinischen Reich, 1980. Becker, K., Sag Nein zum Krieg, s. a. Bentzien, U., Bauernarbeit im Feudalismus. Landwirtschaftliche Arbeitsgeräte und -verfahren in Deutschland von der Mitte des ersten Jahrtausends und Z.bis um 1800,2.^a ed. corregida 1990.

- Benz, E.. Die russische Kirche und das abendländische Christentum, 1966.
- Berg, D./Goetz, H.-W. (ed.). *Ecclesia et regnum. Beiträge zur Geschichte von Kirche, Recht und Staat im Mittelalter*. Festschrift für Franz-Josef Schmale zu seinem 65. Geburtstag, 1989. Bernhart, J.. Der Vatikan als Weltmacht. Geschichte und Gestalt des Papstums, 19.-23.
- A., 1951a. Berr, A., Die Kirche gegenüber Gewalttaten von Laien (Merowinger- und Karolinger- und Ottonenzeit, 1913. Bertram, A.. Geschichte des Bistums Hildesheim I, 1899. Beumann, H., Widukind von Korvi. Untersuchungen zur Geschichtsschreibung und Ideengeschichte des 10. Jahrhunderts, 1950. Beumann, H. (ed.), Karl der Große, 1965. Beumann, H., Grab und Thron Karls des Grossen zu Aachen, en: W. Baufels/P.E. Schramm (ed.), Karl der Große. Lebenswerk und Nachleben, 1967. Beumann, H., Die Bedeutung Lotharingiens für die ottonische Missionspolitik im Osten. 1969. Beumann, H., Die sakrale Legitimierung des Herrschers im Denken der ottonischen Zeit, en: E. Hlawitschka (ed.). Königswahl und Thronfolge in ottonisch-frühdeutscher Zeit, 1971. Beumann, H. (ed.). Heidenmission und Kreuzzugsgedanke in der deutschen Ostpolitik des Mittelalters. 1963, 2.^a ed. 1973. Beumann, H.. Laurentius und Mauritius. Zu den missionspolitischen Folgen des Ungarnsieges Ottos des Grossen. Festschrift für W. Schlesinger. 1974. Beumann, H., Die Einheit des ostfränkischen Reichs und der Kaisergedanke bei der Königserhebung Ludwigs des Kindes, en: Archiv für Diplomatik 23, 1977. Beumann, H.. Otto der Große 936-973, en: Beumann, H. (ed.). Kaisergestalten des Mittelalters, 3.^a ed. 1991. Beumann, H., Otto III. 983-1002 en: Beumann, H. (ed.). Kaisergestalten des Mittelalters. 3.^a ed. 1991. Beumann, H., Die Ottonen. 3.^a ed. aumentada 1994. Bevreuther, G., Otto II. 973-983, en: Engel/Holtz (ed.). Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989. Bevreuther, G.. Otto III. 983-1002. en: Engel/Holtz (ed.). Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989. Birnbacher, D., Das Dilemma der christlichen Ethik. en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993. Bloch, P.. Erzbischof Bruno in Darstellung des frühen Mittelalters, JKG 1966. Blum, G. G., Die Taufe des Grossfürsten Vladimir. Historiographie und christliche Deutung, en: ZKG 1988. Boehmer, A., Erzbischof Giselher von Magdeburg. ein Beitrag zur sächsischen Kaisergeschichte, 1887. Böhmer, H., Willigis von Mainz, 1895. Bohner, K. (ed.). Das erste Jahrtausend. Kultur und Kunst im werdenden Abendland an Rhein und Ruhr. 11962, II1964. Boshof, E., Erzbischof Agobard von Lyon, 1969. Boshof, E., Lotharingien-Lothringen: Vom Teilreich zum Herzogtum. en: Heit (ed.), Zwischen Gallia und Germania, 1987. Boshof, E.. Odo von Beauvais. Hinkmar von Reims und die kirchenpolitischen Auseinandersetzungen im westfränkischen Reich. en: Berg/Goetz (ed.). Ecclesia et regnum, 1989. Boshof, E.. Königstum und Königsherrschaft im 10. und 11. Jahrhundert. 1993. Boshof, E.. Ludwig der Fromme, 1996. Bosl, K.. Geschichte Bayerns. I. Vorzeit und Mittelalter, 1952. Bosl, K., Der Eintritt Bohemens und Mährens in den westlichen Kulturraum im Lichte der Missionsgeschichte, en: Bohmen und Bayern, 1958. Bosl, K., Probleme der Missionierung des böhmisch-mährischen Herrschaftsraumes, en: Ciryllo-Methodiana, 1964. Bosl, K. (ed.), Handbuch der Geschichte der böhmischen Länder, I, 1967.

- Bosl, K., Europa im Mittelalter. Weltgeschichte eines Jahrtausends, 1970.
- Bosl, K., Bayerische Geschichte, 1971.
- Bosl, K., Herzog, König und Bischof im 10. Jahrhundert, en Seibt. F. (ed.) *Bohemia Sacra* 1974. Boye, M. Quellenkatalog der Synoden Deutschlands und Reichsitaliens von 922-1059,
1930. Brackmann, A.. Magdeburg als Hauptstadt des deutschen Ostens im frühen Mittelalter,
1937. Brackmann, A., Gesammelte Aufsätze, 1941. Brackmann, A., Der Römische Erneuerungsgedanke und seine Bedeutung für die Reichs-
politik der deutschen Kaiserzeit, en: *Gesammelte Aufsätze*, 1941. Brackmann, A., Die Anfänge des polnischen Staates, en: *Gesammelte Aufsätze*, 1941. Braunfels, W./Schramm, P.E. (ed.), Karl der Große. Lebenswerk und Nachleben, 1967. Brühl, C. Hinkmariana, en DAEM, 1964. Brühl, C. Fodrum, Histum, Servitium regis, 1968.
- Brühl, C., Deutschland-Frankreich. Die Geburt zweier Volker, 2. ed. corregida, 1995. Brunner, K., Herzogtümer und Marken. Von Ungarnsturm bis ins. 12. Jahrhundert, 1994. Brüske, W., Untersuchungen zur Geschichte des Lutizenbundes, Deutsch-wendische Be-
ziehungen des 10.-12 Jahrh., 1992. Buggle, F.. Denn sie wissen nicht, was sie glauben.
- Oder warum man redlicherweise nicht
mehr Christ sein kann, 1992. Bund, K., Thronsturz und Herrscherabsetzung im
Frühmittelalter, 1979. Bünding-Naujoks, M., Das Imperium Christianum und die deutschen
Ostkriege vom
zehnten bis zum zwölften Jahrhundert, en: Beumann, Heidenmission und Kreuzzugs-
gedanke, 1963. Burr, V., Anmerkungen zum Konflikt zwischen Methodius und den
bayerischen Bischö-
fen, en: Hellmann/Olesch/Stasiewski/ Zagiba, Cyrillo-Methodiana 1964. Büttner,
H., Geschichte des Elsass, 1939.
- Büttner, H., Die Ungarn, das Reich und Europa bis zur Lechfeldschlacht en: Us. für bayerische
Landesgeschichte 19/2, 1956. Büttner, H., Der Weg Ottos des Grossen zum Kaisertum, en:
Archiv für mittelrheinische
Kirchengeschichte, 1964. Büttner, H., Heinrichs I. Südwest- und Westpolitik, edit. por
Konstanzer Arbeitskreis
für mittelalterliche Geschichte, 1964. Büttner, H.. Die christliche Kirche ostwärts der Elbe
bis zum Tode Ottos I., en: Fs. von
Zahn, 1968. Cartellieri, A., Weltgeschichte als Machtgeschichte. 382-911. Die Zeit der
Reichsgrün-
dungen O, 1927. Chropovsky, B.. Das Grossmährische Reich, en Herrmann (ed.), Welt der
Slawen, 1986. Cipolla, C. M./Borchardt. K. (ed.), Europäische Wirtschaftsgeschichte, vol. I:
Mittelalter,
1983. Classen, P., Karl der Große und die Thronfolge im Frankenreich en: *Festschrift*
Heimpel
3, 1972. Classen/Scheiberg (ed.), *Festschrift Percy Ernst Schramm I*, 1964. Claude, D., Geschichte der Westgoten, 1970.
- Claude, D., Geschichte des Erzbistums Magdeburg bis in das 12. Jahrhundert. Die Geschichte
der Erzbischöfe bis auf Ruotger (1124), I, 1972. Claus/Haarnagel/Raddatz. Studien zur
europäischen Vor- und Frühgeschichte, 1968. Coler, C. (ed.), Ullstein Weltgeschichte, 5 vols., 1965.
- Comsa, M., Romanen - Walachen - Rumänen. en Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
- Conrad. H.. Deutsche Rechtsgeschichte, I, Frühzeit und Mittelalter. Ein Lehrbuch,
1954. Cram, K.-G., *Judicium belli*. Zum Rechtscharakter des Krieges im deutschen
Mittelalter,
1955. Dahl, E. (ed.), Die Lehre des Unheils. Fundamentalkritik am Christentum, 1993.
- Daniel-Rops, H., Die Kirche im Frühmittelalter, 1953.
- Dannenbauer, H., Grundlagen der mittelalterlichen Welt, Skizzen und Studien, 1958.
- Dannenbauer, H., Die Entstehung Europas. Von der Spätantike bis zum Mittelalter. I

Der Niedergang der alten Welt im Westen, 1952. II Die Anfänge der abendländischen Welt, 1962. Dauch, B., Die Bischofsstadt als Residenz der geistlichen Fürsten, 1913. David, P., The Church in Poland from its Origin to 1250. en: The Cambridge History of Poland, 1950. Dawson, C, Die Gestaltung des Abendlandes. Eine Einführung in die Geschichte der abendländische Einheit. 2.^a ed. 1950. Deér, J., Papsttum und Normannen. Untersuchungen zu ihren lehnsrechtlichen und kirchenpolitischen Beziehungen, 1972. Deschner, K. (ed.), Kirche und Krieg, 1970. Deschner, K.. Das Kapital der Kirche in der Bundesrepublik, en: G. Szczesny, Club Voltaire IV 1970. Deschner, K., Das Kreuz mit der Kirche. Eine Sexualgeschichte des Christentums, 2.^a ed. 1974. Deschner, K. (ed.I, Warum ich Christ/Atheist/Agnostiker bin, 1977. Deschner, K. (ed.). Das Christentum im Urteil seiner Gegner, I 1969; II 1971, 1986. Deschner, K., Opus Diaboli. Fünfzehn unversohnliche Essays über die Arbeit im Weinberg des Herrn, 1987. Deschner, K.. Dornröschenträume und Stallgeruch. Über Franken, die Landschaft meines Lebens, 1989. Deschner, K., Die Politik der Päpste im 20. Jahrhundert. Edición ampliada y actualizada de "Ein Jahrhundert Heilsgeschichte", I y II, 1991. Deschner, K., Die unheilvollen Auswirkungen des Christentums, en: Dahl, E. (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993. Deschner, K., Ärgernisse, Aphorismen. 1994. Deschner, K., Was ich denke, 1994. Deschner, K.. Bissige Aphorismen. 1996. Deschner, K., Abermals krähte der Hahn. Eine kritische Kirchengeschichte. 1962; nueva ed. 1996. Deschner, K./Herrmann, H., Der Antikatechismus. 200 Gründe gegen die Kirchen und für die Welt, 1991. Deschner, K./Petrovic, M., Weltkrieg der Religionen. Der ewige Kreuzzug auf dem Bal-kan, 1995. Dhondt, J.. Das frühe Mittelalter. 1968. Dölger, F. J., Byzant und die europäische Staatenwelt. Ausgewählte Vorträge und Aufsätze. 1964. Dollinger, H.. Schwarzbuch der Weltgeschichte. 5000 Jahre der Mensch des Menschen Feind, 1973. Donnert, F.. Studien zur Slawenkunde des deutschen Frühmittelalters vom 7. bis zum beginnenden 11. Jahrhundert, JGU 8, 1964. Dorn, L., St. Ulrich in der Volksüberlieferung des ehemaligen Bistums Konstanz, JAB 1973. Dörries, H.. Wort und Stunde. I Gesammelte Studien zur Kirchengeschichte des vierten Jahrhunderts, 1966. II Aufsätze zur Geschichte der Kirche im Mittelalter, 1969. III Beiträge zum Verständnis Luthers, 1970. Dresden, A., Kultur- und Sittengeschichte der italienischen Geistlichkeit im 10. und 11. Jahrhundert, 1890. Duby, G., Die Zeit der Kathedralen. Kunst und Gesellschaft 980-1420, 2.^a ed. 1984. Dümmler, E., Geschichte des Ostfränkischen Reiches, I: Ludwig der Deutsche bis zum Frieden von Koblenz 860, II: Ludwig der Deutsche vom Koblenzer Frieden bis zum seinen Tode (860-876) 2.^a ed. 1887. III: Die letzten Karolinger. Konrad I. 2.^a ed. 1888. Reimpresión 1960. Dvornik, F., The Making of Central and Eastern Europe, 1949. Dvornik, F.. The Patriarch Photius in the Light of Recent Research, Berichte zum XI. Internationalen Byzantinistenkongress, 1958. Ebner, H., Die Burg als Forschungsproblem mittelalterlicher Verfassungsgeschichte, en: Patze (ed.), Die Burgen im deutschen Sprachraum I 1976. Ehlers, J.. Geschichte Frankreichs im Mittelalter. 1987.

- Ehrhard, A., Die Kirche der Märtyrer, 1932.
- Eibl, E.-M., Heinrich I. 919-936, en: Engel E./Holtz E. (ed.), Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1889. Eichmann, E., Die Kaiserkrönung im Abendland. Ein Beitrag zur Geistesgeschichte des Mittelalters. Mit besonderer Berücksichtigung kirchlichen Rechts, der Liturgie und der Kirchenpolitik, 2 vols. 1942. Eickhoff, E., Seekrieg und Seepolitik zwischen Islam und Abendland. Das Mittelmeer unter byzantinischer und arabischer Hegemonie (650-1040), 1966. Engel, E./Holtz, E. (ed.), Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters, 1989. Engels, O., Zum päpstlich-fränkischen Bündnis im 8. Jahrhundert, en: Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989. Ennen, E., Frauen im Mittelalter, 3.^a ed. 1987. Epperlein, S., Frankische Eroberungspolitik, feudale deutsche Ostexpansion und der Unabhängigkeitskampf der slawischen Stämme bis zum 11. Jahrhundert, en: Herrmann, J. (ed.), Die Slawen in Deutschland, 1970.
- Erben, W., Kriegsgeschichte des Mittelalters, 1929.
- Erdélyi, I., Slawen, Awaren, Ungarn, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986.
- Erdmann, C., Der ungesalbte König, DA 2, 1938.
- Erdmann, C., Forschungen zur politischen Ideenwelt des Frühmittelalters, 1951. Erdmann, C., Der Heidenkrieg in der Liturgie und die Kaiserkrönung Ottos I., en: Beumann, H. (ed.), Heidenmission und Kreuzzugseedanke in der deutschen Ostpolitik des Mittelalters, 1963, 2.^a ed. 1973. Erkens, F.-R., Die Frau als Herrscherin in ottonisch-frühsalischer Zeit, en Euw, A. v./Schreiner P. (ed.), Kaiserin Theophanu. Begegnungen des Ostens und Westens um die Wende des ersten Jahrtausends, 2 vols. 1991. Euw, A. v./Schreiner, P. (ed.), Kaiserin Theophanu. Begegnungen des Ostens und Westens um die Wende des ersten Jahrtausends, 2 vols. 1991. Ewig, E., Die Merowingerzeit, en: P. Rassow (ed.), Deutsche Geschichte im Überblick.
- Ein Handbuch, 2.^a ed. 1962. Falck, L., Mainz im frühen und hohen Mittelalter (Mitte 5. Jahrhundert bis 1244). 1972. Falco, G., Geist des Mittelalters. Kirche, Kultur, Staat, 1958.
- Falkenstein, L., Karl der Große und die Entstehung des Aachener Marienstiftes, 1981.
- Faulhaber, R., Der Reichseinheitsgedanke in der Literatur der Karolingerzeit bis zum Vertrag von Verdun, 1931. Feeley-Harnik, G., Herrscherkunst und Herrschaft: Neuere Forschungen zum sakralen Königtum, en: Lüdtke, A. (ed.), Herrschaft, 1991. Fichtenau, H., Das karolingische Imperium. Soziale und geistige Problematik eines Grossreiches, 1949. Fichtenau, H., Zu den Urkundenfälschungen Pilgrims von Passau, en: MOL 1964 und in Beitr. z. Mediav. 2, 1972. Fichtenau, H., Lebensordnungen des 10. Jahrhunderts. Studien über Denkart und Existenz im einstigen Karolingerreich, 2.^a ed. 1994.
- Fichtinger, C., Lexikon der Heiligen und Päpste, 1980. Fine, J., The Early Medieval Balkans, 1983. Fischer, F. M., Politiker um Otto den Grossen, 1938.
- Fischer, J., Königtum, Adel und Kirche in Königreich Italien (774-875), 1965.
- Fischer, J. A., Bischof Uto von Freising (906-907), BAK 1962. Fischer, J. A., Das Zeitalter des heiligen Ulrich, BAK 1974.
- Fischer, P., Strafen und sichernde Massnahmen gegen Tote in germanischen und deutschen Recht, 1936. Fleckenstein, J., Rex Canonicus. Über Entstehung und Bedeutung des mittelalterlichen Königskanonikates, en: Classen/Scheiber (ed.), Festschrift Percv Ernst Schramm I, 1964. Fleckenstein, J., Grundlagen und Beginn der deutschen Geschichte, 1974.
- Fleckenstein, J., Die Struktur des Hofes Karls des Grossen im Spiegel von Hinkmars De ordine palatii, en: Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins 83, 1976. Fleckenstein, J., Hofkapelle und Kanzlei unter der Kaiserin Theophanu, en: Euw/Schreiner, Kaiserin Theophanu. 1991.

Fleckenstein, J./Bulst-Thiele, M.L., Begründung und Aufstieg des deutschen Reiches.
1973. Fleckenstein, J./Schmid, K., Adel und Kirche, 1968. Franzen, A., Kleine Kirchengeschichte, 1965. Frenzel, H. A. y E., Daten deutscher Dichtung. 2. ed. 1959. Fried. J.. Boso von Vienne oder Ludwig der Stammler? Der Kaiserkandidat Johanss VIII. en: DA 32, 1976.
Fried, J., Otto III. und Boleslaw Chrobry. Das Widmungsbild des Aachener Evangeliiars, der "Akt von Gnesen" und das frühe polnische und ungarische Königtum. Eine Bildanalyse und ihre historischen Folgen. 1989. Fried, J.. Die Formierung Europas 840-1046, 1991.
Fried, J., Der Weg in die Geschichte. Die Ursprung Deutschlands. Bis 1024, 1994. Friedmann, B., Untersuchungen zur Geschichte des abodritischen Fürstentums bis zum Ende des 10. Jahrhunderts, 1986. Fries, L., Geschichte, Namen, Geschlecht, Leben, Taten und Absterben der Bischöfe von Würzburg und Herzoge zu Franken. Nach zwei der ältesten und vorzüglichsten Handschriften herausgegeben. 1924. Friesinger, H., Alpenslawen und Bayern. en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen. 1986. Fritze, W.H., Beobachtungen zu Entstehung und Wesen des Lutizenbundes, en: Jahrbuch für die Geschichte Mittel und Ostdeutschlands, 1958. Fritze, W.H., Papst und FrankenKönig. Studien zu den päpstlich-fränkischen Rechtsbestimmungen von 754 bis 824, 1973. Fuchs, K./Raab, H. (ed.), dtv-Wortebuch zur Geschichte, 2 vols. 1972. Fuhrmann, H., Die Fälschungen im Mittelalter. Überlegungen zum mittelalterlichen Wahrheitsbegriff, en HZ vol. 197, 1963. Fuhrmann, H., Konstantinische Schenkung und abendländisches Kaiseramt. Ein Beitrag zur Überlieferungsgeschichte des Constitutum Constantini, DAM, 1966. Fuhrmann, H., Papstlicher Primat und pseudoisidorische Dekretalen. en: QFIAB 49, 1969. Fuhrmann, H., Der angebliche Brief des Erzbischofs Hatto von Mainz an Papst Johannes IX, en: MIÖG 1970.
Fuhrmann, H., Zur Überlieferung des Pittaciolus Bischof Hinkmars von Laon (869), en: DAM 1971. Fuhrmann, H., Einfluss und Verbreitung der pseudoisidorischen Fälschungen. Von ihrem Auftauchen bis in die neuere Zeit. I parte, 1972. Fuhrmann, H., Die Synode von Hohenaltheim (916) - quellenkundlich betrachtet, en: DA 43, 1987. Gelhausen, H., Atheismus - ein Stadium der Reife, en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993. Geremek, B., Geschichte der Armut. Elend und Barmherzigkeit in Europa, 1991. Gibson, S./Ward-Perkins, B., The Surviving Remains of the Leonine Wall I/II, Papers of the British School, 1979. Giese, W., Die lancea Domini von Antiochia 1098/99. en: MGH Schriften 33. 1988. Gilsenan, M., Patrimonialismus im Nordlibanon - Willkürherrschaft. Entzauberung und Ästhetik der Gewalt, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft 1991. Glocker, W., Die Verwandten der Ottonen und ihre Bedeutung in der Politik. Studien zur Familienpolitik und zur Genealogie des sächsischen Kaiserhauses, 1989. Godman, P., Poetry of the Carolingian Renaissance, 1985. Gontard, F., Die Päpste. Regenten zwischen Himmel und Hölle, 1959. Goody, E., Warum die Macht rechthaben muss. Bemerkungen zur Herrschaft eines Geschlechts über das andere, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft 1991. Gorich, K., Der Gandersheimer Streit zur Zeit Ottos III. Ein Konflikt um die Metropolitanzrechte des Erzbischofs Willigis von Mainz, en: ZRG KA 110, 1993. Gorich, K., Otto III. Romanus Saxonius et Italicus. Kaiserliche Rompolitik und sächsische Historiographie, 1993. Goetting, H., Das Bistum Hildesheim. Die Hildesheimer Bischöfe von 815 bis 1221 (1227). Im Auftrage des Max-Planck-Instituts für Geschichte, 1984. Goetz, H.-W., Leben im Mittelalter vom 7. bis zum 13. Jahrhundert 5. ed. sin cambios 1994.

Graf, G., Die weltlichen Widerstände in Reichsitalien gegen die Herrschaft der Ottonen und die beiden ersten Salier 951-1056, 1936. Graus, F., Die Entwicklung der Legenden der sog. Slavenapostel, en: JGO, 1971. Graus, F., St. Adalbert und St. Wenzel. Zur Funktion der mittelalterlichen Heiligenverehrung in Böhmen, en: Grothusen/ Zernak, Europa Slavica, 1980. Gregorovius, F., Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter. Vom V. bis zum XVI. Jahrhundert, 2.^a ed. 2 vols. 1869/1874. Pero casi siempre se utiliza la edición totalmente preparada por W. Kampf para dtv, 1978. Grivec, F., Konstantin und Method, Lehrer der Slawen. 1960. Grone, V., Papst-Geschichte I, 2.^a ed., 1875. Groskreutz, K.A., Der Schnauzenkuss, Eine Anatomie der Schweine- Menschen, 1995, 2.^a ed. 1996. Grothusen, K.-D./Zernak, K. (ed.), Europa Slavica - Europa Orientalis, Festschrift für Herbert Ludat zum 70. Geburtstag, 1980. Grotz, H., Erbe wider Willen. Hadrian II. (867-872) und seine Zeit, 1970. Grundmann, H., Betrachtungen zur Kaiserkrönung Ottos I., en: Zimmermann, H. (ed.), Otto der Grosse. 1976. Grupp, G., Kulturgeschichte des Mittelalters, 6 vols. 1907-1925. Gurjewitsch, A.J., Das Weltbild des mittelalterlichen Menschen. 4.^a ed. sin cambios 1989. Haefele, H.F. (ed.), Ekkehard IV., St. Galler Klostergeschichten, 3.^a ed. 1991. Haendler, G., Die lateinische Kirche im Zeitalter der Karolinger, 1985. Hahn, A., Das Hludowicianum. Die Urkunde Ludwigs des Frommen für die römische Kirche von 817, en: Archiv für Diplomatik 21, 1975. Halecki, O., Geschichte Polens, 1963. Haller, J., Das altdeutsche Kaisertum, 1944. Haller, J., Das Papsttum. Idee und Wirklichkeit I-V, 1965. Hallinger, K., Gorze-Kluny. Studien zu den monastischen Lebensformen und Gegensätzen im Hochmittelalter, 2 vols. 1950/51. Reimpresión 1971. Hampe, K., Die Berufung Ottos des Grossen nach Rom durch Papst Johann XII., Festschrift K Zeuner, 1910. Hampe K., Karl der Grosse und Widukind, en: Lammers, W. (ed.), Die Eingliederung der Sachsen, 1970. Handbuch der Bayerischen Geschichte, edit. por F. Spindler. Vol. I: Das alte Bayern. Das Stammesherzogtum bis zum Ausgang des 12. Jahrhunderts, 2.^a ed. 1981. Handbuch der Kirchengeschichte. Die mittelalterliche Kirche. I Vom kirchlichen Frühmittelalter zur gregorianischen Reform, vol. III/1, 1985. Handbuch der Europäischen Geschichte I, edit. por Th. Schieder, 3.^a ed. 1992. Haring, B., Das Gesetz Christi. Moraltheologie, 6.^a ed., 3 vols. 1961. Hartmann, C.M., Geschichte Italiens im Mittelalter, 4 vols., 1897 ss. Reimpresión 1969. Hartmann, W., Der rechtliche Zustand der Kirchen auf dem Lande: Die Eigenkirche in der frankischen Gesetzgebung des 7. bis 9. Jahrhunderts, en: Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo, 1982. Hartmann, W., Fälschungsverdacht und Fälschungsnachweis im früheren Mittelalter, en: MGH Schriften vol. 33, Fälschungen im Mittelalter, 1988. Hartmann, W., Die Synoden der Karolingerzeit im Frankenreich und in Italien. 1989. Hartmann, W., Herrscher der Karolingerzeit, en Schnith K.R. (ed.), Mittelalterliche Herrscher in Lebensbildern, 1990. Hauck, K., Kirchengeschichte Deutschlands. Hauck, K., Die Ausbreitung des Glaubens in Sachsen und die Verteidigung der römischen Kirche als konkurrierende Herrscheraufgaben Karls des Grossen, en: FMSt, 1970. Hauptmann, L., Kroaten, Goten und Sarmaten, en: Germanoslavica, 1935. Haverkamp, A., Einführung, en: Heit, A. (ed.), Zwischen Gallia und Germania, 1987. Hay, D., Das Reich Christi. Das mittelalterliche Europa nimmt Gestalt an, en: D.T. Rice (ed.), Morgen des Abendlandes, 1965. Heer, F., Europäische Geistesgeschichte, 2.^a ed. 1953. Heer, F., Mittelalter, 1961. Heer, F., Europa, Mutter der Revolutionen. 1964. Hchl, E.-D., Iuxta canones et instituta sanctorum palrum. Zum Mainzer Einfluss auf Sy-

noden des 10. Jahrhunderts, en: Mordek, H. (ed.). Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991. Heimpel, H., Bemerkungen zur Geschichte König Heinrichs I., 1937.

Heine, A. (ed.), Adam von Bremen, Hamburgische Kirchengeschichte. Geschichte der Erzbischöfe von Hamburg, 1986. Heine, A. (ed.), Helmod, Chronik der Slaven, 2.» ed. 1990. Heit, A. (ed.), Zwischen Gallia und Germania, Frankreich und Deutschland. Konstanz und Wandel raumbestimmender Kräfte, 1987. Hellmann, M., Grundfragen slavischer Verfassungsgeschichte des frühen Mittelalters, en:

Jahrbuch für Geschichte Osteuropas, 1954. Hellmann, M., Slawisches. insbesonders ostlawisches Herrschertum des Mittelalters, en:

Jahrbuch, Verträge und Forschungen 3, 1956. Hellmann, M., Die Ostpolitik Kaiser Ottos II., en: Festschrift für H. Aubin, 1956. Hellmann, M., Die Synode von Hohenaltheim. Die Entstehung des Deutschen Reiches (Deutschland um 900). Wege der Forschung 1, WBG 1956. Hellmann, M., Die politisch-kirchliche Grundlegung der Osthälfte Europas, en: Schieder (ed.), HEG, vol. I; 3.» ed. 1992. Hellmann, M., Neue Kräfte in Osteuropa, en: Schieder (ed.), HEG, vol. I; 3.» ed. 1992. Hellmann/Olesch/Stasiewski/Zagiba (ed.), Cyrillo-Methodiana. Zur Frühgeschichte des Christentums bei den Slawen, 863-1963. 1964. Hensel, W., Die Slawen im frühen Mittelalter. Ihre materielle Kultur, 1965. Hensel, W., Polen und der Staat der Piasten, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Hergenrother, J., Handbuch der Kirchengeschichte, revisado por J.P. Kirsch, 2 vols. 1925. Herrmann, E., Slawisch-germanische Beziehungen im südostdeutschen Raum von der Spatantike bis zum Ungarnsturm. Ein Quellenbuch mit Erläuterungen, 1965. Herrmann, H., Kleines Wörterbuch des Kirchenrechts für Studium und Praxis, 1972. Herrmann, H., Die Kirche und unser Geld, 1990.

Herrmann, H., Kirchenfürsten. Zwischen Hirtenwort und Schäferstündchen, 1992. Herrmann, H., Die Caritas-Legende. Wie die Kirchen die Nachstenliebe vermarkten, 1993. Herrmann, H., Pecunia non olet, en: Dahl (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993.

Herrmann, H., Passion der Grausamkeit. 2000 Jahre Folter im Namen Gottes, 1994. Herrmann, J., Materielle und geistige Kultur, en Id. (ed.), Die Slawen in Deutschland, 1970. Herrmann, J. (ed.), Die Slawen in Deutschland. Geschichte und Kultur der slawischen Stämme östlich von Oder und Neisse vom 6. bis 12. Jahrhundert, 1970. Herrmann, J., Urheimat und Herkunft der Slawen, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Herrmann, J., Wegbereiter einer neuen Welt - der Welt der Staaten und Völker des euro- päischen Mittelalters, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Herrmann, J. (ed.), Welt der Slawen, Geschichte, Gesellschaft, Kultur, 1986. Herrmann J./Struve, K.W., Die Nordwestslawen zwischen Germanen und Deutschen, en: Herrmann (ed.), Welt der Slawen, 1986. Herrmann, R., Thuringische Kirchengeschichte, 2 vols. 1937/47. Hertling, L., Geschichte der katholischen Kirche, 1949. Heuwieser, M., Geschichte des Bistums Passau, 1. Die Frühgeschichte. Von der Gründung bis zum Ende der Karolingerzeit, 1939. Hiestand, R., Byzanz und das Regnum Italicum im 10. Jahrhundert, 1964. Hilsch, P., Die Bischöfe von Prag in der frühen Stauferzeit. Ihre Stellung zwischen Reichs- und Landesgewalt von Daniel I. (1148-1167) bis Heinrich (1182-1197), 1969. Hilsch, P., Die Stellung des Bischofs von Prag im Mittelalter - ein Gradmesser böhmischer "Souveränität"? en: ZO 1974. Hirsch, H., Der mittelalterliche Kaisergedanke in den liturgischen Gebeten, en: Beumann (ed.), Heidenmission und Kreuzzugsgedanke, 1963, 2.» ed. 1973. Hirsch, P., Die Erhebung Berengars I. von Friaul zum König von Italien, 1910. Hlawitschka, E., Franken, Alemannen. Bayern und Burgunder in Oberitalien (774-962). Zum Verständnis der fränkischen Königsherrschaft in Italien (Forsch. z. oberrhein. Landesgesch. 8), 1960.

- Hlawitschka, E.. Lotharingien und das Reich an der Schwelle der deutschen Geschichte,
 1968. Hlawitschka, E. (ed.). Königswahl und Thronfolge in ottonisch- frögdeutscher Zeit,
 1971. Hlawitschka, E., Nachfolgeprojekte aus der Spätzeit Kaiser Karls III., en: DA 34,
 1978. Hlawitschka, E., Vom Frankenreich zur Formierung der europäischen Staaten- und
 Völkergemeinschaft 840-1046. Ein Studienbuch zur Zeit der spaten Karolinger, der
 Ottonen un der frühen Salier in der Geschichte Mitteleuropas, 1986. Hlawitschka, E.,
 Kaiser Otto I.(der Grosse), en: Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche
 Herrscher in Lebensbildern, 1990. Hlawitschka, E., Kaiser Otto II., en: Schnith, K.R. (ed.),
 Mittelalterliche Herrscher in
 Lebensbildern, 1990. Hlawitschka, E., Der König einer Übergangsphase und die Herrscher
 der fröhdeutschen
 Zeit: Konrad I. und die Liudolfinger/ Ottonen, en: Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche
 Herrscher in Lebensbildern, 1990. Hoffmann, U., König, Adel und Reich im Urteil
 frankischer und deutscher Historiker des
 9.-11. Jahrhunderts, 1968. Höffner, J., Christentum und
 Menschenwürde, 1947.
 Holtzmann, R., Aufsätze zur deutschen Geschichte im Mittelelberaum, 1962. Holtzmann, R.,
 Das Laurentius-Kloster zu Calbe, en: Aufsätze zur deutschen Geschichte
 im Mittelmeerraum, 1962. Holtzmann, R., Geschichte der sächsischen Kaiserzeit,
 900,1024, 2 vols., 1955. Höman, B.,Geschichte des ungarischen Mittelalters, I: Von den
 ältesten Zeiten bis zum
 Ende des XII. Jahrhunderts. II: Vom Ende des XII. Jahrhunderts bis zu den Anfängen
 des Hauses Anjou, 1940 y 1943. Hopfner, W., Wikinger und Christentum, en: Nordische
 Zeitung, Cuad. 2, 1987. Horger, H., Die "Ulrichsjubiläen" des 17. bis 19. Jahrhunderts und ihre
 Auswirkung auf
 die Volksfrömmigkeit in Ulrichspfarreien, en: Z.f.b.L. 37, 1974. Huber, A.K., Die
 Metropole Mainz und die böhmischen Länder, en: Archiv für Kirchen-
 geschichte von Böhmen-Mähren-Schlesien III, 1973. Huber, A.K., Das Verhältnis der
 Bischöfe von Prag und Olmütz zueinander. Ein Über-
 blick, en: Archiv für Kirchengeschichte von Bohmen-Mahren-Schlesien III, 1973. Hunger,
 H. (ed.), Byzantinische Geisteswelt. Von Konstantin dem Grossen bis zum Fall
 Konstantinopels, 1958. Illmer, D., Erziehung und Wissenvermittlung im frühen Mittelalter.
 Ein Beitrag zur Ent-
 stehungsgeschichte der Schule, 1979. Janin/Sedov/Petrovic Tolocko, Die Ostslawen und
 die kiewer Rus, en: Herrmann (ed.),
 Welt der Slawen, 1986. Janner, F., Geschichte der Bischöfe von Regensburg, 3 vols., 1883-
 1886. Jarnut, J.. Die Eroberung Bergamos, en: DA 1974. Jaschke, K.-U., Königskanzlei und
 imperiales Königntum en 10. Jahrhundert, en: HJB 84,
 1964. Jedlicki, S., Die Anfänge des polnischen Staates, en: HZ 152, 1935. Jeggle, U.,
 Alltag, en: Bausinger, H., Grundzüge der Volkskunde, 1978. Jirecek, C. Geschichte der Serben
 I, 1911. Kahl, H.D., Zum Geist der deutschen Slawenmission des Hochmittelalters, en:
 Beumann
 (ed.), Heidenmission, 1963. Kahl, H.D., Karl der Grosse und die Sachsen. Stufen und
 Motiven einer historischen "Es-
 kalation", en: Ludat/Schwinges (ed.), Politik, Gesellschaft, Geschichtsschreibung, 1982.
 Kahl, H.D.. Zur Rolle der Iren im östlichen Vorfeld des agilolfingischen und fröhkat-
 holischen Baiern. en: Löwe, H. (ed.), Die Iren und Europa im früheren Mittelalter,
 1982. Kaiser, V., Die Gründung des Bistums Prag, en: Archiv für Kirchengeschichte von Böh-
 men-Mähren-Schlesien III, 1973. Kalischer, E., Beiträge zur Handelsgeschichte der Kloster zur
 Zeit der Grossgrundherr-
 schaften, 1911. Kallfclz. H. (ed.), Lebensbeschreibungen einiger Bischöfe des 10.12.
 Jahrhunderts, 2.^a ed.
 1986.

Kämpf, H. (ed.). Die Entstehung des Deutschen Reichs. 1980.

Kämpf, W. (ed.). Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter. Vom V. bis XVI. Jahrhundert. vol. I, 2 y vol. II, 1. 2.^a ed. 1978. Kantzenbach, F.W., Die Geschichte der christlichen Kirche im Mittelalter, 1967. Karpf, E., Herrscherlegitimation und Reichsbegriff in der ottonischen Geschichtsschreibung des 10. Jahrhunderts, 1985. Kasten, B., Adalhard von Corbie. Die Biographie eines karolingischen Politikers und Klostervorstehers, en: *Studia humaniora. Düsseldorfer Studien zu Mittelalter und Renaissance*, 3 vols. Kehr, P., Die Kanzlei Ludwigs des Rinden. Abhandlung der Akademie Berlin, 1939. Reller, H., Das Kaisertum Ottos des Grossen im Verständnis seiner Zeit, en: DA 20, 1964. Keller, H., Zur Struktur der Königsherrschaft im karolingischen und nachkarolingischen Italien, QFIAB, 47, 1967. Kelly, J.N.D., Reclams Lexikon der Päpste, 1988. Kern, F., Gottesgnadentum und Widerstandsrecht im früheren Mittelalter. Zur Entwicklungsgeschichte der Monarchie, 2.^a ed. 1954, 6.^a ed. 1973. Ketrzynski, S., The Introduction of Christianity and the Early Kings of Poland, en: The Cambridge History of Poland, 1950. Kienast, W., Der Herzogstitel in Frankreich und Deutschland, 1968. Kienast, W., Deutschland und Frankreich in der deutschen Kaiserzeit (900-1270), 2.^a ed. 1974. Kindlers Literatur Lexikon 1968. Klauser, T., Die liturgischen Austauschbeziehungen zwischen der römischen und der frankisch-deutschen Kirche vom 8. bis 11. Jahrhundert, en: HJ 53, 1933. Klebel, E., Herzogtümer und Marken bis 900, en: DA 2. 1938.

Klebel, E., Die Ostgrenze des Karolingischen Reiches, en: *Wege der Forschung* I, 1956.

Kliemt, H., Der Glaube als Feind der Aufklärung, en: Dahl (ed.), *Die Lehre des Unheils*, 1993. Köhler, O., Die Ottonische Reichskirche. Ein Forschungsbericht, en: Fleckenstein/Schmid, Adel und Kirche, 1968. Kolb, P./Krenig, E.-G. (ed.), Unterfränkische Geschichte I. 3.^a ed. 1991. Kolmer, L., Christus als beleidigte Majestät. Von der Lex "Quisquis" (397) bis zur Dekretale "Vergentis" (1199), en: Mordek (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter. 1991. Konecny, S., Die Frauen des karolingischen Königshauses. Die politische Bedeutung der Ehe und die Stellung der Frau in der fränkischen Herrscherfamilie vom 7. bis zum 10. Jahrhundert, 1976. Konecny, S., Ehrerecht und Ehepolitik unter Ludwig dem Frommen, en: MIÖG 85, 1977. Köpke, R./Dümmel, E., Kaiser Otto der Große. Jahrbücher der deutschen Geschichte, 1876. Kosminski, J.A./Skaskin, S.D., Geschichte des Mittelalters, 1958. Kosman, O., Deutschland und Polen um das Jahr 1000. Gedanken zu einem Buch von Herbert Ludat, en: ZOF 21, 1972. Kötzschke, R./Ebert, W., Geschichte der ostdeutschen Kolonisation, 1937. Kraft, H., Kirchenväter Lexikon, 1966. Krah, A., Absetzungsverfahren als Spiegelbild von Königsmacht. Untersuchungen zum Kraftrerverhältnis zwischen Königtum und Adel im Karolingerreich und seinen Nachfolgestaaten, 1987. Kraus, A., Geschichte Bayerns. Von den Anfängen bis zur Gegenwart, 1983. Kühner, H., Lexikon der Päpste von Petrus bis Paul VI. s.a. Kühner, H., Das Imperium der Päpste. Kirchengeschichte - Weltgeschichte - Zeitgeschichte. Von Petrus bis heute, 1977. Kupisch, K., Kirchengeschichte II. Die christliche Europa. Grosse und Verfall des Sacrum Imperium, 2.^a ed. 1984. Lacarra, J.M., Mauren und Christen in Spanien (711-1035), en: Schieder (ed.), HEG I, 3.^a ed. 1992. Ladner, G.B., Die Papstbildnisse des Altertums und des Mittelalters, 1984. Lammers, W. (ed.), Die Eingliederung der Sachsen in das Frankenreich, 1970.

- Landau, P., Gefälschtes Recht in den Rechtssammlungen bis Gratian, en: MGH Schriften, vol. 33, Fälschungen im Mittelalter, 1988. Lassmann, H., Die Testamente der Bamberger Fürstbischöfe von Albrecht Graf von Wertheim bis Johann Gottfried von Aschhausen, en: Historischer Verein Bamberg, 1972. Last, M., Zur Einrichtung geistlicher Konvente in Sachsen während des frühen Mittelalters, en: FMS 4, 1970. Lautemann, W., Mittelalter, 1970.
- Levison, W., Aus rheinischer und fränkischer Frühzeit. Ausgewählte Aufsätze, 1948. Lexikon des Mittelalters LMA, vols. I-VII, 1980/1995. Leyser, K., The Battle at the Lech, 955. A Study in Tenth-Century Warfare, History 50, 1965. Leyser, K.J., Herrschaft und Konflikt. König und Adel im ottonischen Sachsen, 1984. Lindner, K., Geschichte des deutschen Weidwerks II: Die Jagd im frühen Mittelalter, 1940. Lindner, K., Untersuchungen zur Frühgeschichte des Bistums Würzburg und des Würzburger Raumes. Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte 35, 1972. Lintzel, M., Zu den deutschen Königswahlen der Ottonenzeit, 1948. Lintzel, M., Miszellen zur Geschichte des 10. Jahrhunderts, 1953, y en: Id., Ausgewählte Schriften, vol. 2, 1961. Lintzel, M., Zur Designation und Wahl König Heinrichs I. (DA 6), 1943 y en: Hlawitschka, E. (ed.), Königswahl und Thronfolge in ottonisch-frühdeutscher Zeit, 1971. Lippelt, H., Thietmar von Merseburg. Reichsbischof und Chronist (Mitteldeutsche Forschungen 72), 1973. Lippert, W., Die Aufrichtung der deutschen Herrschaft im Meissner Land, en: W. Lippert (ed.), Meissnisch-sächsische Forschungen, 1929. Lobbedey, U., Zur archäologischen Erforschung westfälischer Frauenklöster des 9. Jahrhunderts, en: FMSt 4, 1970. Looshorn, J., Geschichte des Bistums Bamberg, nach den Quellen bearbeitet, 7 vols. 1886-1910. Lotter, F., Die Vita Brunonis des Ruotger. Ihre historiographische und ideengeschichtliche Stellung. Bonner historische Forschungen 9, 1958. Lotter, F., Das Bild Brunos I. von Köln in der Vita des Ruotger, en: Jb. des Kölner Geschichtsvereins 40, 1966. Lotter, F., Heiliger und Gehenkter. Zur Todesstrafe in hagiographischen Episoden-zählungen des Mittelalters, en: Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989. Löwe, H., Gozbald von Niederaltaich und Papst Gregor IV, en: Festschrift B. Bischoff, 1971. Löwe, H., Deutschland im fränkischen Reich, 9. ed. revisada 1973. Löwe, H. (ed.), Die Iren und Europa im früheren Mittelalter, 1982. Lubenow, H., Die Slawenkriege der Ottonen und Salier in den Anschauungen ihrer Zeit, 1919. Ludat, H., Piasten und Ottonen, en: L'Europe aux IXe-XIe siècles, 1968. Ludat, H., An Elbe und Oder um das Jahr 1000. Skizzen zur Politik des Ottonenreiches und der slawischen Mächte in Mitteleuropa, 1971, 2. ed. 1995. Ludat, H./Schwingen, R.C. (ed.), Politik, Gesellschaft, Geschichtsschreibung. Giessener Festgabe für Frantisek Graus zum 60. Geburtstag, 1982. Lüdtke, F., König Heinrich I, 1936. Lugge, M., "Gallia" und "Francia" im Mittelalter, 1960. Maier, A., Kirchengeschichte von Kärnten, Cuad. 2, Mittelalter, 1953. Maier, F.G., Die Verwandlung der Mittelmeerkultur, 1968. Maschke, E., Der Peterspfennig in Polen und dem deutschen Osten, 1933. Mass. J., Bischof Arno von Freising 854/55-875. Cyrillo-Methodiana. Zur Frühgeschichte des Christentums bei den Slawen 863-1963, 1964. Mass. J., Das Bistum Freising in der späten Karolingerzeit. Die Bischöfe Arno (854-875), Arnold (875-883) und Waldo (884-906), 1969. Mayer, T., Staatsauffassung in der Karolingerzeit, HZ 173, 1952. Mayer, Th., Mittelalterliche Studien, 1959.

- Mayr-Harting, H., *The coming of Christianity to Anglo-Saxon England*, 1972.
- McKeon, P.R., *Archbishop Ebbo of Reims*, en: *Church History*, 1974.
- McKitterick, R., *The Frankish kingdoms under the Carolingians, 751-987*, 1983.
- Menzel, W., *Geschichte der Deutschen I*. 1872.
- Meyers Taschenlexikon Geschichte, 2.^a ed. 1989.
- Meyer, O., *In der Harmonie von Kirche und Reich*, en: Kolb/Krenig (ed.), *Unterfränkische Geschichte. Von der germanischen Landnahme bis zum hohen Mittelalter*. vol. I, 3.^a ed., 1991. Mitterauer, M., *Karolingische Markgrafen im Südosten. Frankische Reichs aristokratie und bayerischer Stammesadel im österreichischen Raum*, 1963.
- Moehs, T.E., *Gregorius V 996-999. A biographical study*. 1972. Mohr.
- W. Die karolingische Reichs sidee, 1962. Moia, N.. *Für die Frauen. Pour les femmes*, 1992. Moia, N., *Géint d'Pafen*, 1994.
- Montgomery of Alamein, B.L., *Weltgeschichte der Schlachten und Kriegszüge*, 2 vols., 1975.
- Monumenta Germaniae Historica, Schriften vol. 33. *Fälschungen im Mittelalter. Internationaler Kongress der Monumenta Germaniae Historica. Teil II u. III*, 1988. Mordek, H. (ed.), *Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter. Festschrift Horst Fuhrmann zum 65. Geburtstag*, 1991. Moser, B. (ed.), *Das Papsttum. Epochen und Gestalten*, 1983.
- Mühlbacher, E., *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, 2 vols. Reimpresión s.a. Mulert, H., *Gott im Schicksal?* 1947.
- Müller, A. von, *Geschichte unter unseren Füssen. Archäologische Forschungen in Europa*, 1968. Müller, H., *Heribert, Kanzler Ottos III und Erzbischof von Köln*. 1977. Müller-Mertens, E./Huschner, W., *Reichsintegration im Spiegel der Herrschaftspraxis Kaiser Konrads II.* 1992. Mynarek, H., *Eros und Klerus. Vom Elend des Zölibats*, 1978.
- Mynarek, H., *Mystik und Vernunft. Zwei Pole einer Entwicklung*, 1991. Mynarek, H., *Denkverbot. Fundamentalismus in Christentum und Islam*, 1992. Mynarek, H., *Wie "progressive" Theologen das Christentum "retten"*, en: Dahl (ed.), *Die Lehre des Unheils*, 1993. Naegle, A., *Einführung des Christentums in Böhmen*, 2 vols., 1915/1918. Neuss, W., *Die Kirche des Mittelalters*, 1946. Neuss, W./Oediger, F.W., *Das Bistum Köln von den Anfängen bis zum Ende des 12. Jahrhunderts*, 1964. Nitschke, A., *Der misshandelte Papst, Folgen ottonischer Italienpolitik*, en: Gedenkschrift für J. Leuschner, 1983. Nitzsch, F., *Geschichte des deutschen Volkes*. Noble. ThF.X., *The Revolt of King Bernhard of Italy in 817*, en: *Studi medievali III, 15*, 1974. Novy, R., *Die Anfänge des böhmischen Staates*, 1969.
- Nylander, J., *Das kirchliche Benefizialwesen Schwedens während des Mittelalters*, 1953.
- Odegaard, Ch.E., *The Empress Engelberga*, en: *Speculum* 26, 1951. Oepke, A., *Das Neue Gottesvolk*, 1950.
- Oesterle, H.J., *Die sogenante Kopfoperation Karls III. 887*, en: *AKG 61*, 1979. Oexle, O.G., *Forschungen zu monastischen und geistlichen Gemeinschaften im Westfränkischen Bereich*, 1978. Ostrogorsky, G., *Geschichte des byzantinischen Staates*, 2.^a ed. 1952, 3.^a ed. 1962. Parisse, M., *Lothringen - Geschichte eines Grenzlandes*. Edición alemana H.-W. Herrmann, 1984. Patschovsky, A., *Der Ketzer als Teufelsdiener*, en: Mordek (ed.), *Papsttum. Kirche und Recht*, 1991. Patze, H. (ed.), *Die Burgen im deutschen Sprachraum I*. 1976.
- Patzold, B., *Otto I. 936-973*, en: Engel/Holtz (ed.), *Deutsche Könige und Kaiser des Mittelalters*, 1989. Pauler, R., *Das Regnum Italiae in ottonischer Zeit*. Markgrafen. Grafen und Bischöfe als politische Krafte, 1982.

- Penndorf, U., Das Problem der "Reichseinheitsidee" nach der Teilung von Verdun, 1974.
- Perels, E., Papst Nikolaus I. und Anastasius Bibliothecarius, 1920.
- Perels, E., Propagandatechnik im 9. Jahrhundert. Ein Originalaktenstück für Erzbischof Gunthar von Köln, en: AUF 15, 1938. Pfeifer, W., Die Bistümer Prag und Meissen. Eine tausendjährige Nachbarschaft, en:
- Archiv für Kirchengeschichte von Böhmen- Mahren-Schlesien III, 1973. Pfeifer, G., Die Bamberg-Urkunde Ottos II. für den Herzog von Bayern, en: HVB 1973. Pierer's Universal Lexikon. Vergangenheit und Gegenwart, 19 vols. 1857-1865. Pietzcker, F.. Die Schlacht bei Fontenoy 841. Rechtsformen im Krieg des frühen Mittelalters, en: ZSRGGA 81, 1964. Pitz, E., Wirtschafts- und Sozialgeschichte Deutschlands im Mittelalter, 1979. Pitz, E., Erschleichung und Anfechtung von Herrscher- und Papsturkunden vom 4. bis 10. Jahrhundert, en: MGH Schriften 33. Fälschungen im Mittelalter, 1988. Plötzl, W., Die Anfänge der Ulrichsverehrung im Bistum Augsburg und im Reich, en:
- Jahrbuch des Vereins für Augsburger Bistumsgeschichte, 1973. Poppe, A., Once again concerning the baptism of Olga, archontissa of Rus', en: DOP 46, 1992. Portmann, M.L., Die Darstellung der Frau in der Geschichtsschreibung des früheren Mittelalters, 1958. Pothmann, A.. Altfried. Ein Charakterbild seiner Persönlichkeit: Das erste Jahrtausend, Textband I, 1964. Prinz, F., Klerus und Krieg im frühen Mittelalter, Untersuchungen zur Rolle der Kirche beim Aufbau der Königsherrschaft, 1971. Prinz, F., Askese und Kultur. Vor- und frühbenediktinisches Monchtum an der Wiege Europas, 1980. Prinz, F., Die innere Entwicklung: Staat, Gesellschaft, Kirche, Wirtschaft, en: Spindler (ed.), HBG 2.^a ed. 1981. Prinz, F., Grundlagen und Anfänge. Deutschland bis 1056, 1985. Rahner, Juda und Rom, en: Stimmen der Zeit, 65 Jg. 1934. Ranke-Heinemann, U., Eunuchen für das Himmelreich. Katholische Kirche und Sexualität, 1988. Ranke-Heinemann, U., Nein und Amen. Anleitung zum Glaubenszweifel, 1992. Rassow, P. (ed.), Deutsche Geschichte im Überblick. Ein Handbuch. 2.^a ed. 1962. Rau, R., Quellen zur karolingischen Reichsgeschichte. I Parte, Die Reichsannalen/Einhard Leben Karls des Grossen/Zwei "Leben" Ludwigs/Nithard Geschichten, reimprisión 1987. II Parte, Jahrbücher von St. Bertin/Jahrbücher von St. Vaast/ Xantener Jahrbücher, reimprisión 1992. III Parte, Jahrbücher von Fulda/Regino Chronik/Notker Taten Karls, reimpr. 1992. Reindel, K., Herzog Arnulf und das Regnum Bavariae (ZBLG 17), 1953/54. Reimpresión en: Die Entstehung des dt. Reiches. Wege der Forschung 1. 1956. Reindel, K., Bayern im Karolingerreich. en: H. Beumann (ed.), Karl der Grosse, 1965. Reindel, K., Bayern vom Zeitalter der Karolinger bis zum Ende der Welfenherrschaft (788-1180) en: Spindler (ed.), HBG, 2.^a ed. 1981. Reindel, K.. Grundlegung: das Zeitalter der Angiolfinger (bis 788). en: HBG vol.I, M. Spindler (ed.), 1981. Reindel, K., Königstum und Kaisertum der Liudolfinger und frühen Salier in Deutschland und Italien (919-1056), en Schindler (ed.), HEG, vol. I. 3.^a ed. 1992. Reinhardt, U., Untersuchungen zur Stellung der Geistlichen bei den Königswahlen im Fränkischen und Deutschen Reich, 1975. Rentschler, M.. Liudprand von Cremona. Eine Studie zum ostwestlichen Kulturgefalle im Mittelalter, 1981. Rhode, G.. Kleine Geschichte Polen, 1965. 3.^a ed. corregida 1980. Riché, P., Die Welt der Karolinger, 1984. Riché, P., Die Karolinger. Eine Familie formt Europa, 3.^a ed. 1991. Rice, D.T. (ed.), Morgen des Abendlandes, 1965. Rice, D.T., Schmelztiegel der Völker. Osteuropa und der Aufstieg der Slawen, en: Rice, Morgen des Abendlandes, 1965. Ridder, B., Geschichte der katholischen Kirche für Schule und Haus in Überblicken, vol. II Das Christentum und die abendländische Kultur. 1953.

Rosa, P. de, Gottes erste Diener. Die dunkle Seite des Papsttums, 1989.
Rösener, W., Bauern im Mittelalter, 4.thed. sin cambios 1991.
Schaab, M., Die Blendung als politische Massnahme im abendländischen Früh- und Hochmittelalter. Diss. Masch. 1955. Scharf, J., Studien zu Smaragdus und Jonter.
Radegund († 587) und der Nonnenaufstand
von Poitiers (589), en: MIÖG vol. 87, 1979. Schieder, T. (ed.), Handbuch der Europäischen Geschichte, vol. 1, 3.th ed. 1992. Schieffer, R., Ludwig 'der Fromme'. Zur Entstehung eines karolingischen Herrscherbeis-
namen, en: FMSt vol. 16, 1982. Schieffer, R., Kreta, Rom und Laon. Vier Briefe des Papstes Vitalian vom Jahre 668, en:
Mordek, H. (ed.), Papsttum. Kirche und Recht im Mittelalter, 1991. Schieffer, R., Die Karolinger. 1992. Schieffer, T., Voraussetzungen und Grundlagen der Europäischen Geschichte. Die Euro-
paische Welt um 400, en: Schieder (ed.), HEG, vol. 1, 3.th ed. 1992. Schieffer, T., Das Karolingerreich. Der Aufstieg der Karolinger (687-751), en: Schieder (ed.), HEG vol. I, 3.th ed. 1992. Schieffer, T., Das Ostfränkische Reich (887-918), en: Schieder (ed.), HEG vol. I, 3.th ed.
1992. Schieffer, T., Burgund (879-1038), en: Schieder, HEG vol. I, 3.th ed. 1992. Schieffer, T., Nord- und Mittelitalien (888-962), en Scheider (ed.), HEG vol. I, 3th ed.
1992. Schlesinger, W., Kaisertum und Reichsteilung. Zur *divisio regnum* von 806, en:
Fors-
chungen zu Staat und Verfassung, Festschrift Fritz Hartung, 1958. Schlesinger, W., Kirchengeschichte Sachsen im Mittelalter, I: Von den Anfängen christlicher Verkündigung bis zum Ende des Investiturstreites, 1962. Schlesinger, W., Die Anfänge der deutschen Königswahl, en: Die Entstehung des Deut-
schen Reiches, 1956, y con notas complementarias en: W. Schlesinger, Beiträge zur deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters 1, 1963. Schlesinger, W., Karolingische Königswahlen, en: Zur Geschichte und Problematik der Demokratie. Festschrift Hans Herzfeld, 1958 y en Id., Beiträge zur deutschen Verfassungsgeschichte des Mittelalters 1, 1963. Schlesinger, W., Beobachtungen zur Geschichte und Gestalt der Aachener Pfalz in der Zeit Karls des Grossen, en: Claus/ Haarnagel/Raddatz, Studien zur europäischen Vor- und Frühgeschichte, 1968. Schlesinger, W.. Die mittelalterliche Ostsiedlung im Herrschaftsraum der Wettiner und Askaniern, en: Deutsche Ostsiedlung in Mittelalter und Neuzeit, 1971. Schlesinger, W., Die Königserhebung Heinrichs I., der Beginn der deutschen Geschichte und die deutsche Geschichtswissenschaft, en: HZ 1975. Schlesinger, W., Archäologie des Mittelalters in der Sicht des Historikers, 1974; finalmente en: Ausgewählte Aufsätze, 1987. Schmid, K., Die Thronfolge Ottos des Grossen, ZRG GA 81, 1964. Schmid, K., Die Mönchsgemeinschaft von Fulda als sozialgeschichtliches Problem, en: FMSt 4, 1970. Schmid, K., Bemerkungen über Synodalverbrüderungen der Karolingerzeit. en: Festschrift R. Schmidt-Wiegand, 1986. Schmidt, H.J., Religiöse Mittelpunkte und Verbindungen, en: Heit, A. (ed.), Zwischen Gallia und Germania, 1986. Schmidt, R., Rethra. Das Heiligtum der Lutizen als Heidentempel, 1974. Schmitt, J.-C., Macht der Toten. Macht der Menschen. Gespensterscheinungen im hohen Mittelalter, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft 1991. Schmitz, G., Intelligente Schreiber. Beobachtungen aus Ansgis- und Kapitularienhandschriften, en: Mordek, H. (ed.), Papsttum. Kirche und Recht im Mittelalter, 1991. Schneider, F., Rom und Romgedanke im Mittelalter. Die geistlichen Grundlagen der Renaissance, 1926. Schneider, G., Erzbischof Fulko von Reims (883-900) und das Frankenreich, 1973. Schneider, H., Ademar von Chabannes und Pseudoisidor - der "Mythomane" und der Erzfalscher. en: MGH Schriften vol. 33, Fälschungen im Mittelalter, 1988.

Schneider, H., Eine Freisinger Synodalpredigt aus der Zeit der Ungarneinfälle (Clm 6245)
en: Mordek, H. (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991. Schneider, R., Das
Frankenreich, 3.^a ed. 1995. Schneidmüller, B., Karolingische Tradition und frühes
französisches Königtum. Untersu-
chungen zur Herrschaftslegitimation der westfränkisch-französischen Monarchie im
10. Jahrhundert, 1979. Schnith, K.R. (ed.), Mittelalterliche Herrscher in Lebensbildern. Von
den Karolingern zu
den Staufern, 1990. Schnürer, G., Kirche und Kultur im Mittelalter, I 3.^a ed. 1936, II 1926,
III 1929. Schoffel, J.B., Kirchengeschichte Hamburgs, I: Die Hamburgische Kirche im
Zeichen der
Mission und im Glanze der erzbischöflichen Würde, 1929. Schramm, P.E.,
Herrschzeichen und Staatssymbolik, 3 vols. 1954/1956. Schramm, P.E., Kaiser. Könige
und Päpste. Gesammelte Aufsätze zur Geschichte des
Mittelalters, I y II, 1968. Schreiner, K., Gregor VIII. nackt auf einem Esel. Entehrende
Entblössung und schand-
bares Reiten im Spiegel einer Minia- tur der "Sächsischen Weltchronik", en:
Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989. Schreiner, P., Byzanz, 2.^a ed. revisada 1994.
Schröder, I., Zur Rezeption merowingischer Konzilskanones bei Gratian, en: Mordek
(ed.), Papsttum, Kirche und Recht, 1991. Schrörs, H., Hinkmar, Erzbischof von Reims,
1884. Schubert, H. von, Geschichte der christlichen Kirche im Frühmittelalter, I. 1917, II.
1921. Schulte, A., Der Adel und die deutsche Kirche im Mittelalter, 1910. Schulze, H.K.,
Hegemoniales Kaisertum. Ottonen und Salier, 1991. Schünemann, K., Deutsche Kriegsführung
im Osten, DA 2, 1938. Schur, J., Königtum und Kirche im ostfränkischen Reich, 1931.
Schwarzmaier, H., Ein Brief des Markgrafen Aribō an König Arnulf über die Verhalt-
nisse in Mähren, FS 6, 1972. Seckel, E., Pseudoisidor, en: Realencyclopädie für protest.
Theologie und Kirche, 16.
1905. Seibt, F. (ed.), Bohemia Sacra. Das Christentum in Böhmen 973-1973, 1974.
Seidlmayer, M., Geschichte Italiens. Vom Zusammenbruch des Römischen Reiches bis
zum Ersten Weltkrieg. Mit einem Beitrag. Italien vom ersten zum zweiten Weltkrieg.
de T. Schieder, 1962. Semmler, J., Corvey und Herford in der benediktinischen
Reformbewegung des 9. Jahr-
hunderts, en: FMSt 4, 1970. Semmler, J., Ludwig der Fromme 814-840, en: H. Beumann (ed.)
Kaisergestalten des Mittelalters, 3.^a ed. 1970. Seppelt, F.X., Geschichte des Papsttums. Eine
Geschichte der Päpste von den Anfängen
bis zum Tod Pius' X, 5 vols. 1931-1936. Seppelt, F.X./Schwaiger, G., Geschichte der Päpste.
Von den Anfängen bis zur Gegenwart,
1964. Simson, B., Jahrbücher des Fränkischen Reichs unter Ludwig dem Frommen, I: 814-
830,
reimpres. de la 1.^a ed. de 1874. II: 831-840, reimpres. de la 1.^a ed. de 1876, 1969. Singer, R.,
Befreiung der Tiere. Eine neue Ethik zur Behandlung der Tiere, 1982. Singer, P./Dahl, E., Das
gekreuzigte Tier, en: Dahl, E. (ed.), Die Lehre des Unheils, 1993. Sommerlad, Th., Die
wirtschaftliche Tätigkeit der Kirche in Deutschland. I 1890: II 1905. Spindler, M., Handbuch
der Bayerischen Geschichte. Das alte Bayern. Das Stammesher-
zogtum bis zum Ausgang des 12. Jahrhunderts, 2.^a ed., voll. I, 1981. Sprandel, R., Verfassung
und Gesellschaft im Mittelalter, 5.^a ed. revisada 1994. Sprigade, K., Die Einweisung ins Kloster
und in den geistlichen Stand als politische Mass-
nahme im frühen Mittelalter, Phil. Diss. Heidelberg 1964, en: FMSt 17, 1983. Sprotte, F.,
Biographie des Abtes Servatus Lupus von Ferrières. Nach den Quellen des
neunten Jahrhunderts, 1880. Staber, J., Kirchengeschichte des Bistums Regensburg, 1966.
Stachnik, R., Die Bildung des Weltklerus im Frankenreich von Karl Martell bis auf
Ludwig den Frommen. Eine Darstellung ihrer geschichtlichen Entwicklung, 1926.

- Stadtmüller, G., Geschichte Südosteupas. 1950.
- Stamer, L., Kirchengeschichte der Pfalz, 2 partes, 1936/1949.
- Staubach, N., Das Herrscherbild Karls des Kahlen. Formen und Funktionen monarchischer Repräsentation im frühen Mittelalter, 1981. Steinbach, F., Das Frankenreich (Brandt/Meyer/Just, Handbuch der deutschen Geschichte 1.2), 1957. Steinbach, F., Die Ezzonen. Das erste Jahrtausend, 1964. Stern, L./Bartmuss, H.J., Deutschland in der Feudalpochen von der Wende des 576. Jh. bis zur Mitte des 11. Jh., 1973. Steuer, H., Historische Phasen der Bewaffnung nach Aussagen der archäologischen Quellen Mittel- und Nordeupas im ersten Jahrtausend n.Chr., en: FS 4, 1970. Stormer, W., Früher Adel, Studien zue politischen Führungsschicht im fränkisch-deutschen Reich vom 8.-11. Jahrhundert, 1973. Stormer, W., Die Anfänge des karolingischen Pfalzstifts Altötting, en: Berg/Goetz (ed.), Ecclesia et regnum, 1989. Stormer, W., Im Karolingerreich, en: Kolb/Krenig (ed.), Unterfränkische Geschichte. Von der germanischen Landnahme bis zum hohen Mittelalter, vol. 1, 3.^a ed. 1991.
- Stratmann, F.M., Die Heiligen und der Staat, 4 vols., 1949-1952. Stratmann, M., Das Recht der Erzbischofsweihe im ostfränkisch- deutschen Reich vom 8. bis 13. Jahrhundert (con una ojeada sobre los frances occidentales e Inglaterra), en: Mordek, H. (ed.), Papsttum, Kirche und Recht im Mittelalter, 1991. Stutz, U., Die rheinische Erzbischöfe und die deutsche Königswahl, en: Fs. H. Brunner, 1910. Taddey, G. (ed.), Lexikon der Deutschen Geschichte. Personen- Ereignisse- Institutionen. Von der Zeitwende bis zum Ausgang des 2. Weltkrieges, 1979. Tangl, G., Die Teilnehmer an den allgemeinen Konzilien des Mittelalters, 1952. Tellenbach, G., Vom Zusammenleben der abendländischen Völker im Mittelalter, en: Festschrift Gerhard Ritter, 1950. Tellenbach, G., Europa im Zeitalter der Karolinger (Historia mundi 5), 1956. Tellenbach, G., Die Unteilbarkeit des Reiches. Ein Beitrag zur Entstehungsgeschichte Deutschlands und Frankreichs, 1956. Tellenbach, G., Zur Geschichte Kaiser Arnulfs, en: Kämpf, H. (ed.), Die Entstehung des Deutschen Reiches, 1980. Tellenbach, G., Die westliche Kirche vom 10. bis zum frühen 12. Jahrhundert, 1988. Thrasolt, E., Das Martyrologium Germaniens. Geschichtliche Gebetslesungen zum taglichen Gedächtnis der deutschen Heiligen, 1939. Tomek, E., Kirchengeschichte Österreichs, 2 vols. 1935/1948. Trillmich, W. (ed.), Thietmar von Merseburg. Chronik, 7.^a ed. 1992. Trüb, C:L:P., Heilige und Krankheit, 1978. Tüchle, H., Kirchengeschichte Schwabens, I vol. Die Kirche Gottes im Lebensraum des schwäbisch-alamanischen Stammes, 1955. Tusculum Lexikon der griechischen und lateinischen Literatur vom Altertum bis zur Neuzeit, 1948. Uhlirz, K., Jahrbücher des Deutschen Reiches unter Otto II. und Otto III., vol. Otto II. (973-983), 1902; Otto III. (983-1002) preparada por M. Uhlirz, 1954. Uhlirz, M., Otto III. und das Papsttum: HZ 162, 1940.
- Ullmann, W., Die Machtstellung des Papsttums im Mittelalter. Idee und Geschichte, 1960. Umeljic, V., Die Besetzungszeit und das Genozid im Jugoslawien 1941-1945, 1994. Valjavec, F. (ed.), Frühes Mittelalter, 1956. Vehse, O.. Die päpstliche Herrschaft in der Sabina bis zur Mitte des 12. Jahrhunderts, en: QFIAB 1929/30. Vernadsky, G., Das frühe Slawentum. Das Ostslawentum bis zum Mongolensturm, en: F. Valjavec (ed.), Frühes Mittelalter, 1956. Vogel, P.M., Lebensbeschreibungen der Heiligen Gottes auf alle Tage des Jahres. Mit zur Nachfolge ermunternden Lehrstücken, 1963. Voigt, H.G., Adalbert von Prag, 1898. Voigt, K., Staat und Kirche von Konstantin dem Grossen bis zum Ende der Karolingerzeit, 1965.

- Voltaire, Aphorismen und Gedankenblitze, 1979.
- Voss, I., Herrscher treffen im frühen und hohen Mittelalter. Untersuchungen zu den Begegnungen der ostfränkischen und westfränkischen Herrscher im 9. und 10. Jahrhundert sowie der deutschen und französischen Könige von 11. bis 13. Jahrhundert, 1987. Waitz, G.. Jahrbücher des Deutschen Reichs unter König Heinrich I., 3.^a ed. 1885, 4.^a ed.
- aumentada 1963. Waldmüller, L., Salzburg als Zentrum der bairischen Slawenmission des 8. Jahrhunderts,
- en *Bavaria Christiana*, 1973. Walterscheid, J., Deutsche Heilige. Eine Geschichte des Reiches im Leben deutscher Heiliger, 1934. Warnke, C., Ursachen und Voraussetzungen der Schenkung Polens an den heiligen Petras, en: Grothusen/Zernak (ed.), *Europa Slavica*, 1980. Wattenbach, W./Holtsmann, R. (ed.), Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter.
- Die Zeit der Sachsen und Salier, I: Das Zeitalter des Ottonischen Staates (900-1050), nueva edición 1967. Wattenbach/Dümmeler/Huf. Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter. Frühzeit und
- Karolinger, revis. y complet. por Franz Huf, edit. por Heine, A., 1991. Weinrich, L., Wala. Graf, Mönch und Rebell. Die Biographie eines Karolingers, 1963. Weinrich, L., Tradition und Individualität in den Quellen zur Lechfeldschlacht 955, en:
- Deutsches Archiv für Forschung. Geschichte des Mittelalters. 1971. Weitlauif, M., Der heilige Bischof Udalrich von Augsburg (890-4. Juli 973), en: Jb. des Vereins für Augsburger Bistumsgeschichte 7, 1973. Weller, K., Württembergische Kirchengeschichte bis zum Ende der Stauferzeit, 1936. Weller, K., Geschichte des schwäbischen Stammes bis zum Untergang der Staufer, 1944. Wemple, S.F., Women in Frankish Society. Marriage and the Cloister 500 to 900. 1981. Wentz, G./Schwinckoper, B., Das Erzbistum Magdeburg, edit. por Max-Planck-Institut für Geschichte, 1972. Werner, K.F., Die Unruochinger, en: Karl der Grosse. Lebenswerk und Nachleben, 1965
- ss. Werner, K.F., Die Nachkommen Karls des Grossen, en: Karl der Grosse, edit. por W. Braunfels, 1967. Werner, F.K.. Die Ursprünge Frankreichs bis zum Jahr 1000, 1989.
- Werner, F.K., Westfranken-Frankreich unter den Spätkarolinger und frühen Kapetingern (888-1060). en: Schieder (ed.), HEG, I; 3.^a ed. 1992. Werner, F.K., Iren und Angelsachsen in Mitteldeutschland. Zur vorbonifatianischen Mission in Hessen und Thüringen. en: Löwe (ed.), Die Iren und Europa, 1982. Wetzer, H.J./Weltz, B., Kirchen-Lexikon oder Enzyklopädie der katholischen Theologie und ihrer Hilfswissenschaften I-XI, 1847-1854. Wiegand, F., Agobard von Lyon und die Judenfrage. en: Festschrift für Luitpold von Bayern, s.a. Wies, F.W., Otto der Grosse, Kämpfer und Beter, 2.^a ed. 1991. Wilpert, G. von (ed.), dtv-Lexikon der Weltliteratur, 1971.
- Wollasch, J., Das Grabkloster der Kaiserin Adelheid in Selz am Rhein, en: FMSt 2, 1968.
- Wolter, H., Die Synoden im Reichsgebiet und in Reichsitalien von 916 bis 1056, 1988. Wühr, W.. Studien zu Gregor VII. - Kirchenreform und Weltpolitik, 1930. Wührer, K.. Die Anfänge der nordeuropäischen Monarchien, en: Schieder (ed.), HEG I,
- 3.^a ed. 1992. Zagiba, F., Das abendländische Bildungswesen bei den Slawen im 8./9. Jahrhundert. Jb.
- für altbayrische Kirchengeschichte, 1962. Zappeler, R., Der schwangere Mann. Männer. Frauen und die Macht, 1984. Zatschek, H., Wie das erste Reich der Deutschen entstand. Staatsführung, Reichsgut und
- Ostsiedlung im Zeitalter der Karolinger, 1940. Zeissberg, H. Die öffentliche Meinung im 11. Jahrhundert über Deutschlands Politik gegen Polen, en: Beumann, Heidenmission, 1963.
- Zibermayr, I., St. Wolfgang und die Johanneskirche am Abersee, en: MIÖG, 1952. Ziegler, A.W., Der Konsens der Freisinger Domherren im Streit um Hethodius. Ein Bei-

trag zur kirchlichen Rechtsgeschichte, en: Helimann/Olesch y otros, Cyrillo-Metho-
diana, 1964. Zimmermann, H., Papstabsetzungen des Mittelalters, en: MIÖG, 1952.
Zimmermann, H... Das dunkle Jahrhundert. Ein historisches Portrat, 1971. Zimmermann, H.
(ed.), Otto der Grosse, 1976. Zimmermann, H., Das Papsttum im Mittelalter. Eine
Papstgeschichte im Spiegel der His-
toriographie, 1981. Zimmermann, H., Gerbert als kaiserlicher Rat, en: Gerberto Scienza,
storia e mito. Atti
del Gerberti Symposium, Archivum Bobiense, Studi 2, 1985. Zöllner, E., Die politische
Stellung der Volker im Frankenreich (Veröffentl. des Inst. für
österr. Gesch. 13), 1950. Zoepfl, F., Udalrich, Bischof von Augsburg, en: G. von Pöllnitz,
Lebensbilder aus dem
bayerischen Schwaben, 1952. Zoepfl, F.. Das Bistum Augsburg und seine Bischöfe im
Mittealter, 1955. Zott, T., Präsenz und Repräsentation. Beobachtungen zur königlichen
Herrschaftspraxis
im hohen und späten Mittelalter, en: Lüdtke (ed.), Herrschaft, 1991. Zufferey,
M., Der Mauritiuskult im Früh- und Ffochmittelalter, en: HJb, 1986.